Crónicas de mi puerto

La Paz 1830-1959

Rosa María
Mendoza
Salgado

Archivo Histórico Pablo L. Martínez

Crónicas de mi puerto
La Paz 1830-1959

Crónicas de mi puerto
La Paz 1830-1959

Rosa María Mendoza Salgado

GOBIERNO DEL ESTADO DE BAJA CALIFORNIA SUR
CONSEJO NACIONAL PARA LA CULTURA Y LAS ARTES
INSTITUTO SUDCALIFORNIANO DE CULTURA
ARCHIVO HISTÓRICO PABLO L. MARTÍNEZ

Gobierno del Estado de Baja California Sur

Lic. Marcos Alberto Covarrubias Villaseñor
Gobernador del Estado de Baja California Sur

Lic. Rafael Tovar y de Teresa
Presidente del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes

Lic. Andrés Córdova Urrutia
Secretario General de Gobierno del Estado de Baja California Sur

Lic. Christopher Alexter Amador Cervantes
Director General del Instituto Sudcaliforniano de Cultura

José Guadalupe Ojeda Aguilar
Subdirector del Instituto Sudcaliforniano de Cultura

M.C. Elizabeth Acosta Mendía
Directora del Archivo Histórico Pablo L. Martínez

Sandino Gámez Vázquez
Coordinador de Vinculación y Fomento Editorial
del Instituto Sudcaliforniano de Cultura

Primera edición 2014

D.R. © 2014 Instituto Sudcaliforniano de Cultura

Archivo Histórico Pablo L. Martínez
Altamirano e/Navarro y Legaspy, Zona Centro,
C.P. 23000, La Paz, Baja California Sur

ISBN: 978-607-9314-59-0

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, o transmitida en ninguna forma electrónica, mecánica, fotocopiada, magnetofónica, u otra, sin permiso escrito del Archivo Histórico Pablo L. Martínez y el o los beneficiarios de los derechos del autor.

Diseño gráfico y editorial: Creativo Arte Gráfico
Jorge Ricardo Fuentes Maldonado / correo electrónico: jorge_ricardof@hotmail.com
Luis Chihuahua Luján / correo electrónico: lchihl59@hotmail.com

Edición y arreglo fotográfico digital: Carlos Octavio Mendoza Ochoa

Impreso y hecho en México

A mi familia por su cariño,
comprensión y paciencia.

Para tí, que compartes
conmigo el amor hacia
Baja California Sur,
y el interés por preservar
la memoria de nuestros
antepasados.

A manera de prólogo

Nos encontramos hoy ante una obra verdaderamente auténtica, curiosa y notable: *Crónicas de mi puerto. La Paz 1830-1959* de Rosa María Mendoza Salgado, nuestra querida Rosita. Y es así porque, contrario al orden que se sigue en un libro común, aquí no hay un tema definido por seguir, ni argumento continuado, tal como sería en una novela. Tampoco contiene un guión constante como para una película. No es, por lo tanto, una historia, una biografía, o la secuencia literaria de una narración definida para contarse. ¿Qué es, entonces?

El libro de Rosita tiene la original idea de presentarnos una colección de **estampas descriptivas** (como ella misma las llama) acomodadas en agradable sucesión de temas conservados en su mente fértil y creativa, revividas y acrecentadas por los recuerdos que permanecen claros en su mente, y expuestas todas en un garboso orden de ideas en sus amenas páginas.

En efecto, es ésta una serie de auténticas descripciones muy bien logradas que la autora nos hace ver, casi como en un libro ilustrado, con vistosos grabados, los cuales ella describe con un

realismo asombroso. Las escenas de su infancia, transcurrida en aquella época feliz de los años cincuenta, nos transportan con el admirable y vívido realismo correspondiente a cada escena, auxiliada por una incansable búsqueda en las diversas fuentes, y nos hacen retroceder con nostalgia a esa inolvidable *belle époque* de nuestra ciudad.

De esta manera, la autora va al nacimiento de nuestras raíces regionales y, tomándonos gentilmente de la mano, nos introduce, con suavidad pero a la vez con admirable realismo, a través de una serie de coloridas narraciones con minuciosos detalles para visitar todos los escenarios, desde su propio hogar y algunos sitios de especial interés (como las tiendas de abarrotes), hasta la reseña completa (con el canto de los gallos) de los meticulosos preparativos para una ansiada fiesta familiar, terminando luego con la sección de los carnavales de La Paz y la lista cronológica de las reinas de esos festivales desde 1890 hasta 1957.

En cada crónica es notable la descripción casi palpable que hace la autora de cada personaje, de cada habitación, de la decoración y detalles de cada rincón, en el mismo orden en que se encontraban los hogares de las antiguas familias de ese tiempo. Nos hace ver, con los ojos de la imaginación y con toda claridad, las precisas y hábiles pinceladas de sus pinturas, si me permiten llamarlas así.

Tal parece eso: una colección de pinturas, como en la obra musical "Cuadros en una exhibición" de "Las mil y una noches"; o la minuciosidad de los detalles con que nos deleitaba Daphne Du Maurier en su inolvidable novela *Rebeca*; o el depurado y realista estilo en primera persona que utilizó Alejandro Dumas en *El Conde de Montecristo.*

Pero más que nada, y lo más importante de todo, es que nos transporta en forma amable y emotiva al pasado en alas del

recuerdo, con ese tenue velo de la dicha espontánea que brotaba de aquella nuestra lejana niñez, que nos envolvía y nos hacía ver todas las cosas color de rosa, y que hará también que el lector viaje al pasado y goce de un solaz y sano entretenimiento.

Los atractivos párrafos de Rosita, con su memoria casi fotográfica y la consulta atinada y cuidadosa de sus archivos, nos dan una clara idea de cada lugar, como una fiel muestra de su conocimiento asombroso de lo que la rodeaba en aquel tiempo, enriquecido además con la amenidad de su estilo, de una inteligencia notable y de una innata facilidad de palabra.

Este libro es, pues, un verdadero documento, una afortunada colección de escenas antiguas narradas fielmente en armoniosa combinación, muy similar a aquellas cubrecamas hechas a mano que se usaban en las alcobas y que se hacían con recortes de cuadritos de diversas telas de variados colores, zurcidas y formando un conjunto alegre y multicolor, ¿se acuerdan?

Pues bien, quienes deseen conocer cómo era ese añorado pasado o quien ya lo haya vivido y quiera recordarlo, retrocediendo a los detalles cotidianos de aquel armonioso conjunto que nos hace exclamar ¡qué tiempos aquellos!, aquí tienen esta obra literaria que obsequiará abundantemente y con creces sus deseos. Todo ello, presentado como una nostálgica y vívida colección de románticos y antañones "dibujos a lápiz".

O también, si se quiere, asistiendo imaginariamente y participando de un regio banquete de apetitosos platillos regionales, preparados y servidos en un agradable y amplio corredor de altos techos, gruesas paredes de ladrillo y robustas vigas de madera barnizada, rodeado por un patio sombreado por corpulentos laureles de la india y macetones de refrescantes helechos, alegrada toda la escena por los perros ladrando y los pájaros lanzando al aire, desde sus jaulas, sus regocijantes trinos (para

decirlo en forma similar y parafraseando los textos de su libro, con ese delicioso estilo único de Rosita, su autora).

Así pues, los invito a pasar al comedor... Adelante, la mesa está servida…

Por aquí, por favor…

Francisco Arámburo Salas

Introducción

El hecho de haber nacido en el puerto de La Paz me enorgullece, y haber visto la luz primera tan cerca del mar me da la certidumbre para sentirme plenamente porteña.

La frase de Emil Ludwig, que ha permanecido en mi mente durante tanto tiempo y que dice: "Al fin y al cabo, todos escribimos para darnos gusto: quien lo niegue se engaña a sí mismo." Es lo que me ha motivado para plasmar en el papel las memorias de quienes han contribuido a conformar La Paz, capital de Baja California Sur, tan alejada de todo y a la vez, tan cerca de dios.

Valoro completamente la entrega de mujeres y hombres, los que vieron caer las horas de su vida, una a una tras el horizonte, de la misma forma en que cae el sol en el mar tornasolado, esplendor que renovó su espíritu día a día, para lograr brindar, alimentos, educación, salud y bienestar a los habitantes del puerto.

Los aquí nacidos y los bien llegados: unidos para consolidar esta tierra que nace a diario.

He sido privilegiada de escuchar sus narraciones, una fuente de maravillosa información, la cual me permitió, en el transcurso de más de una década, tejer palabra por palabra hasta reunir este invaluable acervo que nos transportará, a través del tiempo, para

recoger nuestros pasos en el lugar idílico de arenas radiantes y mares cristalinos, los que son el espejo en el que el desierto contempla su magnificencia, mares que mecieron los sueños de nuestra dorada niñez.

La Paz es un lugar privilegiado que han admirado desde siempre quienes tienen la oportunidad de conocerlo y que, por designio divino, fue, es, y será un puerto único.

Esta joven ciudad me brinda la oportunidad de sumar mis vivencias a las descripciones que de su vida cotidiana se han hecho.

Mi puerto de La Paz, sencillo, hospitalario y acogedoramente provinciano en esas épocas, con el aroma de sus jardines soñolientos y el colorido, sabor y olor tan excitante de su cocina nos ha dado el carácter decidido y entusiasta que poseemos.

Pretender describir en unas cuantas líneas, en las estampas que forman este nidal de recuerdos, la vida diaria y la historia de todo un pueblo, como lo podemos comprender no es posible.

Queda una infinidad de evocaciones resguardadas en el laberinto de un nacarado caracol, en espera de volver a ver la fulgurante belleza de nuestros crepúsculos.

Agradezco a dios y a la vida por tener estos momentos para decirles (parafraseando "La paloma viajera" de La Fontaine):

Nada puede decir quien nada ha visto,
en mi plática les diré, he visto esto o aquello
y ustedes creerán verlo con sus propios ojos.

La Paz

Considerada desde siempre la perla más hermosa de los mares de California, con su población repartida en los barrios: La Ladrillera, El Esterito, El Choyal, El Centro, El Manglito, La Tenería y Pueblo Nuevo. La Paz, lugar que históricamente queda dividido durante la temporada de lluvias por los arroyos que corren hacia el mar y que todavía conocemos con los nombres de:

Arroyo Central (calle 16 de Septiembre)
Arroyo del Palo y del Romerillal (por la calle Nayarit).
Arroyo de Las Chivas (Colosio y Solidaridad).
Arroyo del Vallado (corre por debajo del puente de El Esterito).
Arroyo de Las Choyas (calles Rosales y Gómez Farías).

La Paz posee una ubicación geográfica privilegiada por el abrigo que le brinda la Ensenada de La Paz, formada por el banco de arena que llamamos "Mogote" y que protege al puerto y embarcaciones de los embates del clima. Fue precisamente aquí donde se da, a partir de 1830, la conformación de la vida cultural, económica y social de este puerto.

La Paz no nació pueblo después que misión, como el resto de las poblaciones de la península, sino que nació puerto ciudad y capital desde su inicio. Por lo anterior, es necesario contextualizar su historia y remontarnos hasta la época de las expediciones enviadas por Cortés para cerciorarse sobre la veracidad de las riquezas que guardaba la isla llamada California.

Así, en 1533, Hernán Cortés financió una vez más la tercera travesía con el fin de encontrar placeres perleros y grandes riquezas metalúrgicas, esta vez envió dos embarcaciones: una al mando de Hernando de Grijalva, quien descubrió un pequeño archipiélago que posteriormente sería bautizado como Revillagigedo, la otra nave tenía al frente a Diego Becerra, quien fue muerto junto con algunos de sus tripulantes en el motín que encabezó el piloto Fortún Jiménez Bertandoña. Los amotinados huyeron para eludir las consecuencias de sus actos y, navegando hacia el noroeste, vieron a lo lejos el contorno de lo que les pareció un cuerpo insular; así, por el azar, los fugitivos descubrieron la California.

Su estancia en la península fue corta, mas lograron obtener información sobre la existencia de placeres perleros. Las dificultades con los nativos pronto se hicieron presentes, perdiendo la vida varios de los fugitivos, entre ellos Jiménez; los que lograron escapar retornaron a la Nueva España donde informaron de su descubrimiento.

Cortés quiso cerciorarse personalmente de lo que sus soldados le estaban informando y, en este cuarto intento, se hizo acompañar de más personas con el fin de establecer una colonia en el sitio que ya empezaba a conocerse como California.

El historiador Pablo L. Martínez, en su libro *Historia de la Baja California*, consigna que La Paz tuvo cinco fundaciones:

- 3 de mayo de 1535: Hernán Cortés le dio el nombre de puerto de La Santa Cruz.

- **Sebastián Vizcaíno en 1596**, de gran relevancia, pues fue quien la bautizó con el nombre de **La Paz**.
- Isidro de Atondo y Antillón en 1683.
- Los Padres Juan de Ugarte y Jaime Bravo en 1720.
- La quinta fundación, que se considera la definitiva, fue en 1811 por el soldado José Espinoza.

Abunda Pablo L. Martínez sobre la fundación del 3 de mayo de 1535: "Considero a mi juicio, la verdadera y legítima fundación".

Los exploradores de la California del siglo XVI cuentan, a través de la historia, con 24 personajes:

Álvaro de Saavedra Cerón, 1527.
Diego Hurtado de Mendoza, 1532. Los sobrevivientes de su naufragio encontraron las Islas Marías.
Hernando de Grijalva.
Diego Becerra y Fortún Jiménez, 1533-1534.
Hernán Cortés, 1535. Su empresa fracasó por falta de víveres y la aridez de la tierra.
Francisco de Ulloa, 1539. Explorando el Golfo constató que la California era una península y, doblando por el Cabo de San Lucas, navegó por el Pacífico hasta llegar a la Isla de Cedros.
Hernando de Alarcón, 1542.
Juan Rodríguez Cabrillo, 1542.
Francisco Gali, 1584.
Pedro de Unamundo, 1587.
Sebastián Rodríguez Cermeño, 1595.
Sebastián Vizcaíno, 1596. No fructificó su intento de fundar una colonia y rebautizó el puerto con el nombre de **La Paz**.
Sebastián Vizcaíno, 1602. Expedición con fines cartográficos.
Tomás de Cardona, Nicolás de Cardona y Juan de Iturbe, 1615-1616.

Francisco de Ortega, 1632-1636.
Luis Cestín de Cañas, 1642.
Pedro Porter y Cassanate y Alfonso Botello Serrano, 1648.
Bernardo Bernal de Piñaderro, 1662-1664.
Francisco de Lucenilla, 1668.
Isidro de Atondo y Antillón, 1683-1685. Salieron de La Paz por conflictos con los nativos y se instalaron en un paraje al que llamaron San Bruno, mas las condiciones adversas del terreno los llevaron al fracaso.
Francisco de Itamara, 1694.

A pesar de los intentos de fundar una misión como en el resto del territorio y la larga lista de visitantes que acudían a nuestras costas en busca de riquezas, La Paz empezó a poblarse hasta principios del siglo XIX, cuando a Don José Espinoza, soldado de la escolta que protegía San Antonio, se le concedió, en premio a sus servicios, el sitio llamado La Paz en 1811 con la condición de que lo habitara para que se brindara auxilio a los barcos que arribaran al puerto y éstos tuvieran forma de hacerse de víveres y agua. Afirma Adrián Valadez[1] que también se le dieron instrucciones, a José Espinoza, de que nadie más se estableciera en el puerto ni en sus alrededores; el mismo Espinoza era el encargado de recibir la correspondencia enviada de Loreto.

1 Miguel León Portilla refiere lo siguiente sobre este personaje: Adrián Valadez nació en Mazatlán, Sinaloa, el 8 de septiembre de 1842 y falleció en Guaymas, Sonora, el 26 de noviembre de 1918. Se estableció en La Paz, B.C.S., en 1861 donde radicó durante cincuenta años. Fundó una imprenta y publicó el periódico *El Correo de La Paz*. Fungió como secretario del ayuntamiento de La Paz de 1880 a 1882 y de 1884 a 1885. Hombre de apreciable cultura e investigador del pasado bajacaliforniano en libros y testimonios de viva voz de quienes participaron en los acontecimientos de mayor relevancia histórica en Sudcalifornia. Una de sus obras más importantes es *Historia de Baja California 1850-1880* en donde da su punto de vista sobre lo ocurrido a lo largo de buena parte del siglo XIX en la península. Siendo él mismo testigo de ello de 1861 a 1880.

Espinoza también custodiaba los restos de lo que fue el asentamiento de la misión de Nuestra Señora del Pilar de La Paz y que, en ese entonces, era llamada "Casa de su majestad": consistía en una finca de piedra que ocupaba la cárcel y la casa municipal. Ésta fue bombardeada y destruida en 1847 por las fuerzas navales de los Estados Unidos.

Espinoza, quien contaba sólo con algunos criados, no alcanzaba a satisfacer las demandas de las tripulaciones de los barcos que arribaban al puerto, mismos que presentaron sus quejas ante el gobernador del territorio, Don José Manuel Ruiz, quien en 1823 otorgó un permiso para quienes, viviendo en el sur, quisieran establecerse en La Paz. Les concedió solares y los condicionó para que cultivaran huertos y criaran ganado suficiente para abastecer la creciente demanda del tráfico marítimo.

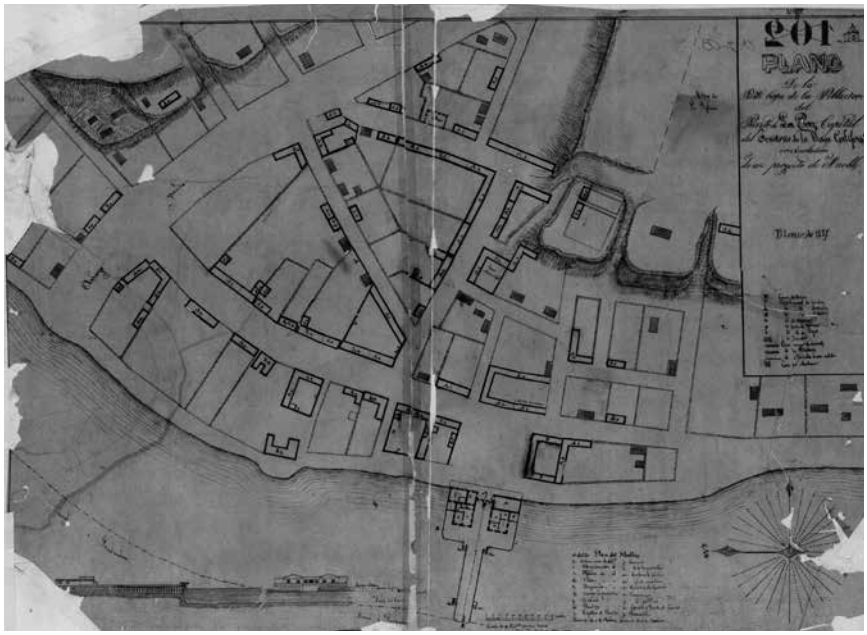
Don Juan García fue uno de los primeros vecinos que se instaló en el puerto, recibiendo licencia del gobernador para construir una casa y almacén para mercancías. Puede ser que así se haya establecido el primer comercio en La Paz y, con ello, lo que Valadez denominó "la fundación de La Paz".

Un pueblo que se quedó con el título de capital por poseer un puerto de abrigo para la navegación y la facilidad de contacto que brinda su ubicación geográfica con las costas de Sinaloa, Sonora y Jalisco, además de sus placeres de perlas y su cercanía con los centros mineros de San Antonio y El Triunfo. Para 1829, La Paz alcanzó una población cercana a los cuatrocientos habitantes.

Aunada a la determinación que tomó la diputación territorial de trasladar la capital, que hasta entonces había sido Loreto, a otro lugar. Ello se debió a que una gran avenida de agua, provocada por un huracán, arrasó el presidio y el pueblo de Loreto; aunque se llegó a concebir la idea de formar, con aquel fin, una nueva población en Puerto Escondido. Las condiciones referidas, en que ventajosamente se encontraba La Paz, hicieron a aquella

corporación decidirse por esta villa que, de simple alcaldía dependiente de San Antonio, ascendió el 11 de septiembre de 1830 al rango de capital de Baja California, condición que conservó hasta el último día del año de 1887, en que quedó dividido el territorio en dos distritos independientes, el Norte y el Sur.

A la vez que aquella determinación vino necesariamente a favorecer el progreso de la ciudad y puerto, el gobierno federal determinó la organización de la Hacienda Pública en la península y la apertura del puerto de La Paz al comercio de altura y cabotaje, quedando establecida la aduana marítima bajo la administración del Sr. Juan José López a principios de 1834. Describe Valadez que se construyeron la casa municipal y otras fincas, y la población empezó a extenderse hacia el sur por la Mesa de la Capilla, como se llamaba el sitio donde estuvo por poco tiempo



Plano de La Paz, 1857 (AHPLM).

la misión, lo que obligó al Ayuntamiento a establecer formalidades para la concesión de lotes, sujetándose a un plano para el arreglo de las calles.

En este remanso de paz –que hace honor a su nombre– sólo se escucha en la playa desierta el suave golpetear provocado por las mansas olas del mar contra el costado de las canoas de los pescadores fondeadas en la ribera, y que mejor describiera el poeta José Alberto Peláez Trasviña:

La Paz

Novia en eterna espera:
¡La Paz! mi ciudad dormida.
Donde parece que impera
la muerte, más que la vida.

Puesta de sol en La Paz, década de 1930 (archivo de Filiberto Cota Martínez).

Las horas pasan lentas y, cuando al fin la aurora se anuncia con destellos magenta y oro seguidos de una explosión multicolor que realzan los lejanos cerros que nos separan del Océano Pacífico, tal parece que es su saludo a nuestro tranquilo Golfo y, a su vez, le dice ¡el día reclama! A un tiempo inician, gaviotas y pescadores, el ajetreo diario y, así, se desplazan las ligeras embarcaciones mar adentro, unas desplegando sus velas y otras a fuerza de remo, unas en busca del alimento, otras a arrebatarle a las profundidades sus nacarados tesoros.

La ciudad se despereza, sus calles huelen a pan recién horneado, se escucha el rodar de los carretones por el empedrado,

el ladrar de los perros y el suave y diáfano sonido de la varilla de los molinos de viento al subir y bajar rítmicamente, mientras sus grandes aspas destellan saludando al sol. En los patios de las casas predomina el melodioso trino que las aves canoras lanzaban desde sus artesanales jaulas de carrizo; el sedante murmullo del agua al verterse en la gran pila que riega el jardín y la parcela familiar, pilas oasis que albergan rojos peces, los que se esconden bajo las plantas acuáticas llamadas "patitos" para protegerse de las blancas garzas que, cual damas acicaladas, se posaban en el brocal esperando el menor descuido para engullirlos. Así fue la vida en La Paz durante el siglo XIX y hasta mediados del XX.

En el devenir de todo este tiempo acontecen sucesos, tanto políticos como económicos, culturales y sociales: fueron construyéndose las residencias privadas, edificios públicos, templos, jardines, y planificándose las calles de la ciudad. Así, en 1860 fue construido por el Sr. Antonio J. Ruffo Santa Cruz el primer edificio significativo en el puerto: la casa comercial La Perla de La Paz.

Con el pasar de los años, los descendientes de la familia Ruffo Azcona han llegado a ser muy entrañables en nuestra tierra, ya fuera por negocios o por amistad entre las familias. Pude conocerlos, con el trato diario, durante mi niñez, en la década de los cincuenta, por la amistad que entre Don Antonio Ruffo Polastri y Doña María Teresa Azcona de Ruffo existía con la familia de mis abuelos maternos Lucio Salgado Legaspi y Elvira Castro de Salgado, amistad que sólo terminó con la partida final.

La Perla de La Paz, década de 1930 (AH-PLM).

Residencia de la familia Ruffo Azcona, década de 1950 (archivo de Filiberto Cota Martínez).

Siendo niña, constantemente visité la casa de la familia Ruffo y siempre recibí grandes muestras de cariño. Gustaba de admirar el menaje de la sala, todos los muebles de mimbre pintados de verde y con una pátina plateada, los altos jarrones de porcelana que al golpearlos suavemente emitían un sonido tan nítido como el de las celestas; también me gustaba pasar mi mano sobre el teclado del piano, y tomar de las bomboneras de cristal las deliciosas golosinas que guardaban.

Mi fascinación era subir a la azotea, para entrar a la linda casita de madera que coronaba la casa. Ésta fue construida para ser el salón de clases cuando hubo niños en la casa, desde ahí El Mogote se dejaba tocar por mis manos, esa era mi impresión, pues la vista que desde ahí se tenía dominaba toda la ensenada de La Paz, por encontrarse la casa a escasos metros de la playa, sobre el Malecón. Hoy en día me indigna y entristece profunda-

Malecón de La Paz con arbotantes, década de 1940 (AHPLM).

El malecón con la torre del vigía al fondo y en primer plano la caseta de Mr. Silver, trámites aduanales (archivo de Filiberto Cota Martínez).

mente el hecho de que nuestra vista, que antaño se perdiera en lontananza azul de cielo y mar, tope ahora con las edificaciones construidas en El Mogote y que dan a conocer el progreso del puerto, aún pasando sobre la preservación de nuestro planeta.

Otra de mis diversiones era competir a gritos con Loreta, una colorida guacamaya que habitaba una gran jaula. El ave no tenía edad, pues no se recordaba cuándo llegó a la casa. Me encantaba premiarla con galletas "roncadoras" cuando a mi orden giraba en su aro.

Y cómo es el transcurrir de la vida que, al ausentarse permanentemente los tíos –como yo los llamaba–, el trato familiar continuó con sus hijos; a todos ellos los recuerdo con amor. Contamos aún con María Teresa, hija de este matrimonio tan apreciado. Maríatere –como la llamábamos cariñosamente–, además de su afectuoso trato con todos, siempre destacó por su

María Teresa Ruffo Azcona con Rosita Mendoza Salgado, 1949 (archivo de la familia Mendoza Salgado).

belleza. De Antonio y Agustín, además de su afecto, conté con sus consejos acerca de las promotorías de servicio social que realicé, en especial brindándome su total respaldo durante los años que dediqué al rescate del Teatro Juárez.

Por otro lado, los habitantes del puerto también fueron receptores de diversas formas de apoyo de la familia Ruffo, pues en sus almacenes trabajaba una importante parte de la población. La Perla de La Paz, además de brindar empleos, participó en importantes obras de beneficio común para la ciudad. Ya entrado el siglo XXI, con certeza afirmo que, después de presenciar el incendio del 12 de octubre de 2006 que destruyó el centenario edificio de la tienda más importante de La Paz, la que perduró hasta nuestros días, no hubo quien no sintiera un enorme vacío; y es comprensible, nacimos y crecimos con ella, mas la vida continúa.

La Perla de La Paz, además de brindar empleos, participó en importantes obras de beneficio común para la ciudad, foto tomada en la década de 1920 (archivo de la familia Mendoza Salgado).

Sobre Antonio Ruffo Santa Cruz y su casa comercial, J.R Southworth en su *Baja California Ilustrada* (1899) anotó:

> Probablemente la casa más antigua en La Paz, conductora de negocios de mercancías generales, es la que posee el Sr. Don Antonio Ruffo, quien quizás es el comerciante más rico en la Baja California. La casa, como tal, se estableció en el año de 1861 y siempre ha gozado de buena reputación y métodos honestos para conducir sus negocios. Hasta la fecha, sus intereses se extienden por todo el Territorio de Baja California, además de los estados de Sonora y Sinaloa. El Sr. Ruffo compra directamente de las casas principales extranjeras y genuinas en grandes cantidades, así es que de esa manera puede realizar sus mercancías a mejores precios que sus competidores. Este hecho ha contribuido sobre manera para obtener nuevos marchantes y, hasta hoy, tiene muchos más clientes que ninguna otra casa en la Baja California. Su establecimiento es muy cómodo y ocupa media manzana, estando sus bodegas bien arregladas, y aquí se tiene un surtido completo de toda clase de mercancías generales, como son abarrotes, licores, cervezas, puros, telas, sedas, efectos de mercería, de cristal y surtido general de útiles para mineros, productos del país y extranjeros, semillas, harina etc. También hay allí un surtido de todas clases de maderas. Él es agente de la Compañía de El Progreso y arrendatario de las pesquerías de perla de El Espíritu Santo, Cerralvo y las islas San José.
>
> El Sr. Ruffo nació en La Paz, es progresista y popular, y está sumamente interesado en el desarrollo de su país natal y la Baja California.

En agradables pláticas que sostuve con Agustín Ruffo Azcona, me decía: "Antonio Ruffo, el fundador de La Perla, llegó a La Paz a fines de 1829, debido a la casualidad. Estando radicados en Quito Ecuador, deciden mudarse a San Francisco California, son sorprendidos por un huracán y, durante la travesía, se ven

en la necesidad de fondear su embarcación en la Ensenada de La Paz, puerto de arribo que comenzaba a poblarse".

En la bitácora, don Antonio anotó: "Estamos anclados en el golfo de California en una grande y hermosa ensenada, en espera de que la tormenta se calme"; después de poder desembarcar, anotó: "Éste es un lugar pacífico, tomaremos algunos días para descansar y continuar nuestro rumbo a San Francisco". Mas, como es frecuente, a don Antonio y su familia les pasó lo que a todos los que llegan a nuestras costas: decidieron quedarse, cautivados por el no sé qué, que tiene el desierto en su extraordinaria simbiosis con el mar, aunado a que en esos momentos florecía la pesquería de perlas en estos mares.

Así que don Antonio con su familia, un hermano y dos de sus hermanas se quedaron a formar parte del naciente puerto; iniciaron un comercio de perlas, comercio que muy pronto abarcaría todos los ramos necesarios en la población.

Los habitantes de la naciente ciudad y puerto demandaban la construcción de un templo católico. Esto inició cuando, el 6 de octubre de 1861, el Exmo. Juan Francisco Escalante y Moreno, primer vicario apostólico de Baja California y después primer Obispo de La Paz, colocó la primer piedra de la que sería la catedral de la ciudad. Se concluyó la construcción cuatro años después, en 1865. Fue utilizada cantera local para las paredes y madera para puertas, ventanas y piso, construyendo con tejamanil el techo de dos aguas.

La austera construcción carecía de torres, permaneció así hasta los primeros años del siglo XX en que el padre César Gastaldi inició una colecta para construir la torre izquierda, ésta fue terminada en 1910, coincidiendo con el centenario de la Independencia.

Al inicio de la década de 1920, de nuevo por medio de aportaciones de la ciudadanía y, a decir del Profr. César Piñeda

Catedral sin torres (archivo de Leonardo Reyes Silva).

Catedral con la torre que fue terminada en 1910 (archivo de Filiberto Cota Martínez).

Construcción de la torre derecha de la catedral de Nuestra Señora de La Paz (archivo de Filiberto Cota Martínez).

Chacón: con el importe de la venta de la impresión de un poema escrito por su padre el Sr. Filemón C. Piñeda llamado "Eucarístico", se construyó la torre del lado derecho, bajo la coordinación del Obispo Dr. Silvino Ramírez y el Pbro. Alejandro Ramírez, su sobrino.

Desde 1840 era cada vez mayor la afluencia de barcos al puerto, con mercancías de toda índole y de familias procedentes tanto del interior del país, como del extranjero; familias que arribaban en busca de prosperidad; se asentaban en la ciudad fundando zapaterías, panaderías, tiendas de abarrotes, venta de equipo para minería, armadas perleras, estudios fotográficos, talleres de herrería, de carpintería y, lo más importante, cerraban lazos de amistad y formaban nuevas familias y, con ello, se daba la fusión de culturas y costumbres, como podemos ver en los archivos del Registro Civil.

Buceadores de perlas de raza yaqui en los años veinte: armadas perleras de La Paz (archivo de la familia Uribe Mendoza).

Buzo con escafandra (archivo de la familia Uribe Mendoza).

Los primeros apellidos que aparecen anotados en el libro de matrimonios del Registro Civil, y que corresponden a 1860 son: Martínez-Soriano y Duarte-Morillo. Continúan:

> 1861: González-Ruffo, Piñeda-Contreras / 1863: González-De la Toba, Flores-De los Reyes / 1865: Moreto-Cruz, Santiesteban-Moreno, Roth-Savín, Von Borstel-Mármol / 1866: Galindo–Mejía / 1867: Fernández–murillo / 1868: Belloc-Navarro / 1870: Olmos-Lucero, Encinas-Chávez, Hidalgo-Savín / 1872: Espinoza-Güereña, Sánchez-Peña, Mendoza-Martínez, Estrada-Rousseau / 1873: Pulgrain-Gómez, Romero-Meza, Cosío-Ramírez, Villegas-Gómez, León-Grajeda. Tadeo-Figueroa / 1876: Ybarra-Vázquez / 1877: Petersen-Lizardi, Valadez-Cobos, Quijano-Sánchez, Bahelrer-Márquez, Sosa-Flores, Zelayeta-Navarro, Avilés-Olachea, Cota-Mendoza, Ramos-Cobarrubias, Meana-Medina, Aldrete-Palacio / 1878: Osuna-Lans, Vega-Rodríguez, Von Borstel-Mendoza, Hidalgo-Urriolagoitia / 1879: Olachea-Talamantes, Palacio-Graña, Ochoa-Corona /

1880: Ruiz-Quintero, Ramos-Mendoza, Hidalgo-Von Borstel / 1881: Calderón-Higuera, Carrignán-Bobadilla, Palacio-Labastida, Manríquez-Arias / 1882: Moreno-Castro, Ruffo-Polastri, Wilson-Hirales, Silva-Calderón, Garfias-Canalizo, Espinoza-Carrillo, Bustamante-Vargas, Cosío-Martínez, Osuna-Mendoza, Ochoa-Irrigoyen, Bolayo-Posada, Lombardo-Labastida, Cabrera-Castro / 1883: Ycara-Palacio, Zaspe-Quijada, Verdugo-López, Aréchiga-López, Savín-Durazo / 1884: Casillas-Seguame, Avilés-Carrillo, Castillo-Famanía, Labastida-Moreno, Cota-Mendoza, Tamayo-Aguilar, Almada-Gómez, Ramos-Abaroa, Martínez-Cota, Isais-Marcq / 1885: Cota-Talamantes, Mendoza-Lieras, Avilés-Amador, Martínez-De la Toba, Matute-De la Toba, Uruchurto-Platero, Sánchez-Uzárraga, Angulo-Ramos, Taylor-Cota, Reales-Quiñones, Armenta-Petit / 1886: Carrillo-Morales, Labastida-Higuera, Mayoral-Vizcarra, Moller-Lizardi, Erqyuiaga-Cano, Abaroa-Famanía, Garaysar-Castro, Guardado-García / 1887: González-Fernández, Rosas-Talamantes, Pérez-Ruelas, Gómez-Ritchie, Preciado-Verdugo, Zberh-Encinas, Ramos-Palacio / 1888: Navarro-Ochoa, Cornejo-Canalizo, Velazco-Casillas, Avilés-Graciano, Labastida-Romero, Ramírez-León / 1889: Lieras-Castro, Burgoin-Olave, León-Lucero, Cota-Zamora, Lara-Mendoza, Geraldo-Verdugo, Pozo-Martínez / 1890: Romero-Miraan, Talamantes-Calderón, Rivas-Angulo, Mendoza-Martínez, Peña-Suárez, Ramírez-González, Schnabl-Saldiera, Avilés-Avilés, Santana-Villarino, Calderón-Escobar, Flores-Peña, Augusto-Jacobs, Barón de Kanststun-Cota, Hirales-Carballo, Carballo-Félix, Sepúlveda-Cota / 1891: Rosenzueiz-Viosca, Trasviña-Palacio, Vidaurazaga-Cebreros, Palacio-Quiñones, Cota-Martínez, Viruete-Cebreros, Ochoa-Osuna, Gámez-Monteón, Agruel-Avilés, Álvarez-Castro, Olachea-Avilés / 1892: Moreno-Uruchurto, Vázquez-Cosío, Loya-Quijada, Moyrón-Buelna, Rivera-Orantes, Castro-Bajeca, Romero-Ramírez, Cabezud-Díaz / 1893: Ganelón-Contreras, Aguilar-Barrera, Calderón-Castro, Verdugo-Avilés, Romero-Flores, Romero-Talamantes, Valdivia-Calderón, Toledo-Calderón, Cornejo-Navarro, Alvarado-Falcón

/ 1894: Cornejo-González, Taylor-Yepiz, Sosa y Silva-Verdugo, Angulo-González, Landera-Quijada, Green-Wallace, Flores-Ritchie / 1895: Padilla-Gallo, Palacio-Estrada, Meza-Alve, Sandoval-Delgado, Marq-Amador, Calderón-Jiménez, Savín-De la Toba, Nava-Palacio, Avilés-Avilés, Labastida-Rosas / 1896: León-Durazo, Sandoval-Sandoval, De María-Amaya, León-Talamantes, García-Moyrón, Osuna-Ojeda, Coronado-Pisano, Romero-Castro, Talamantes-Verdugo, Urrós-Elmer, Alvarado-Meza, Mancilla-Urbano, Talamantes-Navarro, Milhe-Saldierna, Nolasco-Solís / 1897: Rolland-Piñeda, González-Monteón, Espinoza-Savín, Ávila-Meza, Moreno-Reyes, Vila Fontán-Hidalgo, Martínez-Navarro, De la Toba-Fuerte, Sosa y Silva-Sandoval, Verdugo-Ruiz, Cabrera-Hale /1898: Muñoz-Flores, Ascencio-Avilés, Olachea-Núñez, Treviño-Romero, Viosca-Hidalgo, Pino-Erquiaga, Acosta-Calderón, Flores-Villalobos, Durazo-Trasviña, Hirales-Murillo, Domínguez-Gómez, León-Camoú / 1899: Cocío-Castro, Hidalgo-Rivas, Sagredo-Contreras, Hirales-Verdugo, Allison-Canalizo, Hidalgo-García, Romero-Mancilla, Heras-Hurtado, Guerrero-Ortega, Rodríguez-Domínguez, Galindo-Peralta, Dávalos-Quiñones, Piñeda-Chacón, Ruiz-Ruiz, Delgado-González, Estrada-Talamantes, Arnaut-Fernández / 1900: Moreno-Preciado, Moreno-Flores, Águila-Hidalgo, Encinas-Amador, Avilés-Cota, Amador-Amador, Uruchurto-Osuna, Marínez-Moreno, Mendoza-Clement, Mendoza-Angulo, Angulo-Angulo, Pelarrey-Estrada, Olachea-Núñez, Cota-Beltrán, Álvarez-Alameda, Encinas-Higuera, Durazo-Villavicencio, Elías-Santiesteban, Olachea-Duarte.

Los matrimonios eclesiásticos están asentados en el libro No. 1 de la Parroquia de La Paz. Las actas se inician en 1835:

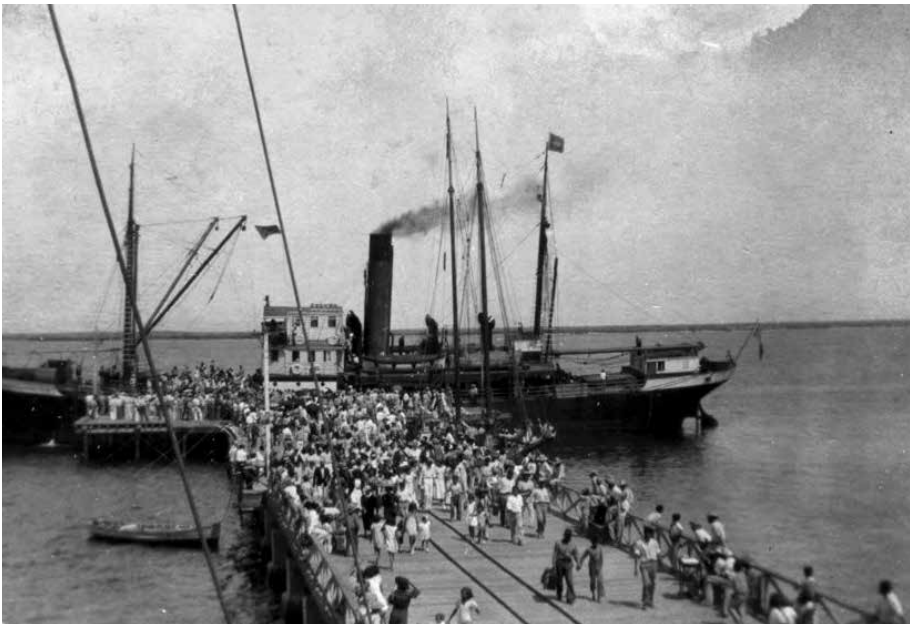
1835: Garrido-Arce, Villegas-Sánchez, Bernal-Paredes, Rosuo-Lucero, Fierro-Megías, Gonzaga-Moreno, Poveda-Garrido y Jurado, Lucero-Uribe, Rosas-Calderón, Ruiz-Calderón, González-Ayende, Montaño-Santa María, Galindo-Gamón, Martínez-Ta-

lamantes, Lerma-Rosales, Ruiz-Ojeda / 1836: Ganelón-Palacios / 1837: Navarro-Cota, Cota-Cota / 1838: Cota-Cuevas / 1839: Sataray-Velazco / 1840: Beltrán-Espinoza, Palo-Aguiar / 1841: Avilés-Estrada, Velasco-Eras / 1842: Verdugo-Albáñez, Olachea Avilés / 1843: Camello-Armenta, Berdugo-Castro / 1844: De la Toba-Maitorena / 1845: Jourdan-Orantes / 1846: Sosa y Silva-Baldenegro / 1849: Calderón-Estrada, Contreras-Avilés, Avilés-León, Avilés-Armenta, Chávez-Muñoz / 1850: Quintana-Ozuna, Cota-Flores, Camacho-Geraldo / 1851: Álvarez-Trasviña / 1854: Álvarez-Orozco, Romero-Espinoza, Osuna-Valenzuela / 1855: Osuna-Tamayo, Mendoza-Aguilar, Cota-Flores, Arriola-Erquiaga, Meza-Angulo, Belis-Olachea, Rolland-Mejía, Durazo-Bedín / 1856: Cota-Mendoza, Cicero-Ruffo, Amao-Cota / 1859: Mayoral-Ramírez, Cota-Romero, Sosa y Silva-Martínez, Avilés-Martínez, Acosta-Lieras, Arce-Castro, Murillo-Amador, Higuera-Sandoval, Olachea-Avilés, Avilés-Contreras / 1860: García-Morillo, Moreno-Castro, Gracia-Alvarez, Osuna-Martínez, Gaspar-Talamantes, Murillo-Murillo, Romero-León, Encunas-Amador, Maquilla (tal vez Mc Millan)-Fiches / 1861: Morillo-Smith.

Así en el naciente puerto, ciudad y capital de la Baja California, entre las blancas velas de las goletas y bergantines, y las sirenas de los vapores, anunciando su entrada o salida a la ensenada, y la algarabía propia de los cargadores y estibadores en la calle de La Playa, se sucede la vida con la cotidianidad de cada momento. Y debido al progreso que se daba, el día 9 de noviembre de 1860 el gobierno del Territorio, a cargo del Sr. Jerónimo Amador, emitió una convocatoria para la construcción del muelle fiscal; mas fue hasta tres años después que Félix Gibert, quien fungía como Agente de Fomento, firmó un contrato con los señores J. S. Wadelyn e Isac Swani para que construyeran el muelle, el cual se erigió con pilares de madera al igual que el piso y su barandal, dando así un mejor servicio a los barcos mercantes y de pasaje

Armada perlera, principios del siglo XX (archivo de la familia Uribe Mendoza).

El Malecón. A la izquierda, junto a la playa, se ve la caseta aduanal de Mr. Silver. Década de los años veinte, siglo XX (archivo de Filiberto Cota Martínez).



Barco de vapor anclado en el muelle fiscal (archivo de Filiberto Cota Martínez).

Malecón de La Paz a finales de los años veinte (AHPLM).

Malecón de La Paz a finales de los años treinta (archivo de Filiberto Cota Martínez).

de toda esa época. Fue hasta 1908 que existió la "torre del vigía" a la entrada del muelle.

La calle de La Playa se transformó el día 16 de septiembre de 1926: el Gral. Carlos M. Esquerro inauguró, sobre esta calle, el paseo que nombró Malecón. Al año siguiente se concluye la construcción del Quiosco en la desembocadura de la calle 16 de Septiembre, quedando en medio del paseo. Se plantaron laureles de la india y cocoteros por las orillas de las banquetas, y colocaron bancas de cemento armado. Correspondió al Gral. Amado Aguirre continuar con la calzada para vehículos, la cual fue ornamentada con arbotantes forjados en cemento, con focos a cada lado, los que se instalaron en medio de la calle, formando así dos carriles. El paseo abarcaba el frente de la ensenada, desde la calle Degollado hasta la calle Hidalgo.

Durante los tiempos de conformación de la vida en La Paz las familias acomodadas viajaban frecuentemente, tanto por diversión como para llevar a sus hijos a realizar sus estudios, ya fuera al interior del país o al extranjero, o bien para concretar negocios. Las familias se transportaban llevando gran cantidad de equipaje en baúles de madera forrados en piel o lámina que llamaban "baúles mundo" debido a su tamaño, además de las aparatosas cajas porta sombreros; embarcados en primera clase,

Inicios de la definición del malecón a finales de la década de 1910 (archivo de Filiberto Cota Martínez).

podían disfrutar de buena mesa durante la navegación por varios días, sobre todo si eran barcos de vela.

Si tenemos en cuenta que el auge de la minería en el distrito sur estaba en su momento, la demanda de pasajes era continua por los extranjeros y aún nacionales que, o eran dueños, socios o ejecutivos de las empresas mineras, ya fuera de San Antonio y el Triunfo, y eran frecuentes en los periódicos los avisos como estos:

Periódico *La Baja California*
Director Teófilo Encinas

> DIRECCIÓN DE LA COMPAÑÍA UNIDAD DE MINAS DE LA BAJA CALIFORNIA.
> Los socios de la compañía que deseen conocer el estado de la contabilidad pueden recurrir al que suscribe.
>
> La Paz, enero 27 de 1871
>
> F. Gibert.

> Se invita al Sr. D. Antonio del Castillo o a quien lo represente, a que ocurra a los gastos que se eroguen en la mina "San Nicolás la nueva" en la municipalidad de San Antonio, por la parte que le corresponde en ocho barras que posee en la mencionada mina en la inteligencia que si no lo verifica en el término de ley, sufrirá los perjuicios a que hubiera lugar.
>
> La Paz, abril 11 de 1871
>
> Por si, Por J.C. Flores y J. R. Moller

Una de las líneas de vapores que se anunciaban en este mismo diario era M.A.L.A. del Pacífico.

La Baja California
Director Teófilo Encinas

Enero 27 de 1871

Esta compañía residente en Nueva York, posee los vapores más hermosos y de mayor solidez que ninguna otra compañía de los Estados Unidos.

Se ha dado orden a todas las oficinas para que las líneas de Panamá hagan escala en cinco puertos de la costa mexicana, a saber: Acapulco, Manzanillo, Mazatlán, Cabo San Lucas y Magdalena. La agencia escribe que tomará la correspondencia del Cabo San Lucas, del interior, tanto de ida como de venida, así como de los pasajeros que se dirijan a cualquiera de los puertos de su arribo. Todos los vapores de 3000 toneladas son ligeros y reúnen las condiciones de andar más cómodos, y más baratos los pasajes que los de la compañía de los vapores salineros.

Los vapores que los días 15 y 3 de cada mes salen de Nueva York y San Francisco, hacen escala en Mazatlán, Acapulco, San José de Guatemala, Punta Arenas y Panamá.

El que sale de Nueva York el día 15 tocará Mazatlán del 4 al 5 de cada mes y en el Cabo San Lucas del 6 al 7.

El vapor que sale de San Francisco el día 3 tocará Mazatlán del 9 al 10, haciendo escala un día antes en el Cabo San Lucas.

LISTA DE PRECIOS DE PASAJES

DE MAZATLÁN A NUEVA YORK

Camarotes interiores	$1.00
Camarotes exteriores	$1.25

Entrepuente ..... $ .50

DE MAZATLÁN A PANAMÁ
EN LA CÁMARA SEGÚN EL LOCAL..... $.75 a $.90

DE MAZATLÁN A SAN FRANCISCO
En la cámara ..... $.80
Entrepuente ..... $.15

DE MAZATLÁN A CABO SAN LUCAS
En la cámara ..... $.20
Entrepuente ..... $.10

La organización del naciente puerto era continua, se cuidaba el orden público, la salud de la población y, de igual manera, se destaca el interés por conservar las especies de nuestros mares, tal y como lo podemos ver en las reseñas siguientes:

Periódico *La Baja California*
Tomo VII # 25
Director Teófilo Encinas

Mayo 15 1874

AVISO

Las personas que se interesen en una colección completa de conchas y caracoles de las costas de esta península, pueden ocurrir a esta redacción a verla y convenir en precio.

También hace parte de dicha colección un surtido de esqueletos de peces marítimos de los más raros y feroces que hasta ahora conocemos.

Columna del Gobierno del Territorio
Gobierno Político y Comandancia Militar
del Territorio de la B.C.

Este Gobierno político tiene noticias de que a pesar de las medidas preventivas dictadas para evitar la invasión de la peste de viruelas a este Territorio, esta enfermedad contagiosa ha hecho su aparición en la Villa de San José del Cabo, en donde ha hecho ya algunas víctimas, amenazando invadir las demás poblaciones del sur, y quizás las del Territorio entero, habiendo también aparecido en el mineral del Triunfo una peligrosa epidemia de tifus. Ordenándose que se apliquen con todo rigor las medidas de policía, de salubridad e higiene que se encuentran prevenidas para tales casos en el capítulo 13 de las ordenanzas municipales vigentes del 29 de diciembre de 1840, en lo relativo a "Salubridad pública".

Quedan prohibidos los bailes, velorios, festejos y en general todas las diversiones públicas y privadas que dan ocasión a desarreglos nocivos a la salud, por todo el tiempo que dure amagando la epidemia. Recordando a este propósito para su observancia la circular de este Gobierno expedida el 16 de marzo de 1868, que prohíbe de una manera absoluta y permanente los bailes conocidos con el nombre de "mariachis", y todos aquellos en que haya continuo expendio de licores al menudeo.

INDEPENDENCIA Y LIBERTAD

La Paz, junio 19 de 1874

B. DÁVALOS – MANUEL DE ZAYALETA, SECRETARIO

También las crónicas de la vida social ocupaban importantes columnas, como la de la fiesta en la casa de la familia Von Borstel Mendoza:

La Baja California
Junio 19 de 1874.

BAILE EN CASA DEL SR. VON BORSTEL

El domingo pasado tuvimos el gusto de asistir a una elegante soireé, que tuvo lugar en casa del Sr. Enrique Von Borstel.

Nuestro estimado amigo Sr. D. Julio Butcher, uno de los extranjeros que goza de más simpatías en la población, había perdido una apuesta hecha con una linda señorita, y el baile era el resultado.

La reunión comenzó a las ocho y media, a esa hora el salón se hallaba profusamente iluminado, y la orquesta dirigida por el inteligente y hábil Profr. Sr. Galorza, comenzaba a hacer oír los primeros acordes.

Llegamos a las nueve: Varias parejas se entregaban con entusiasmo a los placeres de la fiesta, quisimos también tomar parte de aquel vértigo y pedimos la primera pieza a la reina del baile, simpática y encantadora Victoria Sain.

Victoria pertenece a un grupo de jóvenes hermosas, vestidas todas de igual manera, con trajes azules con ruedas blancas y elegantes peinados que realzaban los encantos de sus hechiceros semblantes, pero Victoria llevaba además, florecillas blancas entretejidas en el cabello y una rosa encarnada sobre el pecho, tal vez este adorno era un símbolo, blanca la frente y ardiente el corazón.

También vestían de azul María Von Borstel, Elena Savín, Herlinda Mendoza y blanco por Lupe Arriola, Luisa Palacios, Srita. Uzárraga, el encarnado por Teresa Navarro e Isabel Güereña de Espinoza.

Hubo tresillo para los papás, una batería de botellas capaz de asustar al adorador más entusiasta de Baco.

También en la fiesta estuvo el amor bastante entretenido, y más de un suspiro escapó de algunos pollos amigos nuestros, lo que nos hizo comprender el estado de ánimo y las saetas que habían atravesado sus corazones. A la una de la mañana todo había terminado.

Uno de los integrantes de esta familia con quien tuve la oportunidad de convivir de manera más cercana fue Anita Von Borstel Mendoza, quien, a su vez, también era miembro de mi familia por mi línea paterna; la tía Anita, como la llamábamos, fue esposa del Profr. Manuel Gómez Jiménez. Su casa, una de las más bellas residencias de las que yo visitaba frecuentemente –todavía se puede apreciar su arquitectura–, está ubicada en la calle Guillermo Prieto, entre Independencia y Reforma (hoy se encuentra en ella una clínica).

La tía Anita guardaba en los corredores del fondo de su casa varios baúles, los que contenían todo el guardarropa que la señora lució en su juventud en los años veinte, ya podrá imaginar el lector las maravillas de que le hablo, trajes de seda y tafetán, así como de *charmess* con largos flecos de seda, era la década del Charleston: sombreros y tocados con plumas y velos, largos, muy largos collares de cuentas de cristal y perlas de fantasía, que hacían mis delicias a mis ocho y diez años, al igual que de las amigas que me acompañaban esos sábados dedicados a visitar a las tías. Las horas no existían cuando me vestía con aquellos trajes, calzando los lindísimos zapatos de razo con trabilla que se abrochaba con botón de concha, y los vestidos largos, bordados en pedrería de finos cristales, de cuentas grandes rodeadas de chaquiras y canutillos, los que refulgían con el sol cuando yo bailaba en el patio, o en los corredores del Jardín de Niños Cristóbal Colón, el que se comunicaba a la casa de la tía por el

patio trasero, puesto que tía Anita rentaba la casa en que estaba ubicado el Jardín de niños.

Ella disfrutaba plenamente viéndome, y se desbordaba explicándome y repitiéndome la letra de zarzuelas y canciones populares de esa época, y luego me animaba para que las interpretara, vestida con esos ricos y hermosos trajes, y con los zapatos de tacón "carrete" y aguzada punta, gracias a ella aprendí la letra de "Pompas ricas", "Kinachón", "Dúo de los paraguas", entre tantas otras canciones y, además, me enseñaba a interpretarlas adecuadamente.

Ahora, después de tantos años, comprendo la maravillosa experiencia que viví, la que, debido a mi corta edad, no valoré del todo y, a pesar de ello, sus enseñanzas han sido una luz en mi carrera profesional como maestra de las artes escénicas. Quizás nunca seré la inolvidable intérprete y maestra que ella fue, pero lo vivido se queda conmigo.

Los años volaron, tía Anita es ya una luz esplendente y, cómo son las coincidencias de la vida, en 1972 acudí a rentar su casa a sus familiares más cercanos que en ese momento habitaban una parte de ella, lo hice con el fin de instalar mi academia de ballet que había iniciado sus actividades en 1970, a ella debe haberle dado muchísimo gusto al ver, desde donde se encuentra, las actividades que se realizarían en su casa.

Fue en ese entonces que pregunté por los tesoros de mi niñez, esperando volver a verlos y, quizás, tenerlos para mí; terrible fue enterarme del triste fin de todo: la casa, como yo la recordaba, ya no estaba, los muebles los habían desechado por antiguos, los libros, las fotografías que guardaban gran parte de la historia de La Paz, y que ella me mostraba con orgullo platicándome sobre lo que observábamos y las ocasiones en que había lucido tal o cual traje, los aparatos de radio de piso y de mesa, la vitrola a la que tantas veces tía Anita le dio cuerda para que yo escuchara

a los cantantes de su época y los discos de pasta con su olor tan peculiar, todo, todo se desechó y destruyó en aras del modernismo. Sólo quedaban en las paredes de la ducha y su vestidor, los murales que mostraban a esta señora tan memorable, montando a caballo, vestida de china poblana y en otra escena interpretando una zarzuela, estos recuerdos quedan en mi memoria. Tal vez los murales los haya observado con detenimiento, y los recuerde, alguna de mis primeras alumnas que acudieron al Ballet Mejibó en sus inicios.

Crónicas y noticias del siglo XIX

En la década de 1880 el esparcimiento con las actividades sociales es cada vez más frecuente, y el desarrollo del puerto cada vez más firme y notorio, así lo reseñan los diarios de esta época. También florece la belleza femenina y el amor; la exquisitez con que nacen las relaciones, que sabían guardarse celosamente entre las páginas del libro de poemas y aún en el misal, de la misma manera en que se protege una violeta o un "no me olvides", con el ensueño de poder verse a través del visillo de encaje de la ventana o de la gasa del abanico…

Crónicas de *La Voz de California*

Editor y propietario Felipe R. Cota.

Semanario de política, noticias, literatura e instrucción pública.

Se publica una vez por semana sin día fijo. El precio de suscripción es de 37 ½ cts por cuatro números, el número suelto vale un real.

Consejero Adrián Valadez

Colaboradores:	El Triunfo	Francisco L. García
	El Rosario	Felipe J. Estrada
	San José	Irineo Olachea
	Comondú	Manuel Salorio
	Mazatlán	Agustín Monterde Z. Hernández

Imprenta del Comercio, calle de Medellín.

Enero de 1881

ALAMBRADO DE LA PLAZA VELASCO

Por el vapor "Newbern" último se recibió el alambrado que circundará nuestra plazuela y pronto se dará principio a este trabajo. Felicitamos al Ayuntamiento por esta mejora.

Enero de 1881

AVISO A NUESTROS JÓVENES ELEGANTES

Se está arreglando debidamente el conocido carruaje del Sr. Abelardo S. Mendoza para que quede en este puerto como coche de sitio, en el presente mes.

Marzo 11 de 1881

LENGUAJE DEL ABANICO

El abanico en las manos de una mujer es como un alambre eléctrico para el telegrafista, él se entiende con las personas sin abrir los labios. Ella por medio de su abanico habla con los hombres sin pronunciar una palabra.

La mujer que abre y cierra su abanico muchas veces en corto tiempo, tiene celos o está encolerizada.

Cuando por el contrario lo abre y cierra con pausa es que le son indiferentes los que la miran.

Si lo cierra de golpe y con rabia indica desdén.

Alejandrina Legaspy Fajardo (archivo de la familia Uribe Mendoza).

Si juega con sus varillas, amor a quien la mira.

Si fija su mirada en los adornos o pinturas de su abanico, da una cita a su amante, contando después las varillas indica la hora, con la mano derecha la mañana, con la izquierda la tarde. Y si al contar lo vuelve hacia abajo, la noche.

Si lo mantiene cerrado unos instantes y después se abanica despacio, da a entender que su corazón está ocupado.

La que después de mirar fijamente al hombre se abanica de prisa, indica que lo ama.

Si lo mantiene cerrado y hacia abajo indica que no tiene amante.

El hombre declara su amor entregándole un abanico entreabierto, si ella lo abre del todo es que corresponde a su cariño, si lo cerrara es negativo.

Cuando el abanico se da por las varillas significa amistad, por el lado opuesto odio.

Marzo 28 de 1881

LA ELEGANCIA

El que suscribe, participa a sus numerosos favorecedores, que ha trasladado su ESTABLECIMIENTO DE BARBERÍA, a la calle del Comercio, a la antigua casa conocida por de Salorio.

Participa además que por el vapor "NEWBERN" próximo, recibirá un regular surtido de perfumes y otros útiles de barbería. HIPÓLITO ROA.

Marzo 28 de 1881

LÍNEA DE DILIGENCIAS
DE
LA BAJA CALIFORNIA

Esta empresa tiene actualmente unos magníficos tiros de caballos, a fin de hacer más violento el viaje entre este puerto y el mineral del Triunfo.

LA PAZ– Parte el carruaje de la casa de los Srs. Pablo Hidalgo y Cía., los martes, jueves y sábados a las tres de la mañana en punto.

TRIUNFO– Sale de la casa del Sr. Manuel Navarro los lunes, miércoles y viernes a las cuatro de la mañana en punto.

Se advierte que los bultos y paquetes de transporte no se recibirán sin el previo pago correspondiente.

PRECIOS:

La Paz á Triunfo	$ 3.00
La Paz á San Blas	$ 2.75
La Paz á Trinchera	$ 2.50
La Paz á Calabazas	$ 2.00
La Paz á Playitas	$ 1.50
La Paz á Pocitos	$ 1.00

MANUEL NAVARRO DIRECTOR

Junio 15 de 1881

FÉLIX MARTÍN Z. PÉREZ
Médico y cirujano

Vive en la calle del Obispado, casa contigua a la de Lautaro Ramírez, donde también tiene establecida una

"BOTICA NUEVA"

Con un surtido de medicinas de las más modernas y económicas. Da consultas gratis a los pobres a todas horas.

Notas de gacetilla

Junio 29 de 1881

El 25 del presente, tuvo lugar la Tertulia que se dio en celebración del cumpleaños de Don Santiago Viosca.

La fiesta, como todas las que hemos tenido en casa de este Sr. no han dejado nada que desear, la concurrencia era numerosa, y en toda ella se pintaba una animación y alegría, signos inequívocos de la más completa satisfacción.

El Sr. Viosca y su apreciable familia, con la amabilidad que les caracteriza, han dejado en nosotros, a más de

Rachel de Viosca (archivo de la familia Uribe Mendoza).

las dulces impresiones del baile, un grato recuerdo de la fiesta mencionada.

¡Ojalá! que estos actos que vienen a disipar el fastidio producido por la monotonía en que vivimos se repitieran con más frecuencia.

Julio 9 de 1881

¡TINTA! ¡TINTA!

El que suscribe participa al público en general que tiene constantemente en su establecimiento el:

CENTINELA

Un buen surtido de tinta violeta para escribir y que ofrece venderla más barata que la extranjera. También se preparan tintas de diversos colores para lo mismo.

Para todo pedido diríjase a C. ANTUNA

El que suscribe, participa al público en general y en particular a sus numerosos amigos de este mineral, que en su establecimiento de comercio.

LA NUEVA ERA

ha quedado abierto un restaurant, donde serán atendidos con el mayor esmero y prontitud las personas que se dignen favorecerlo.

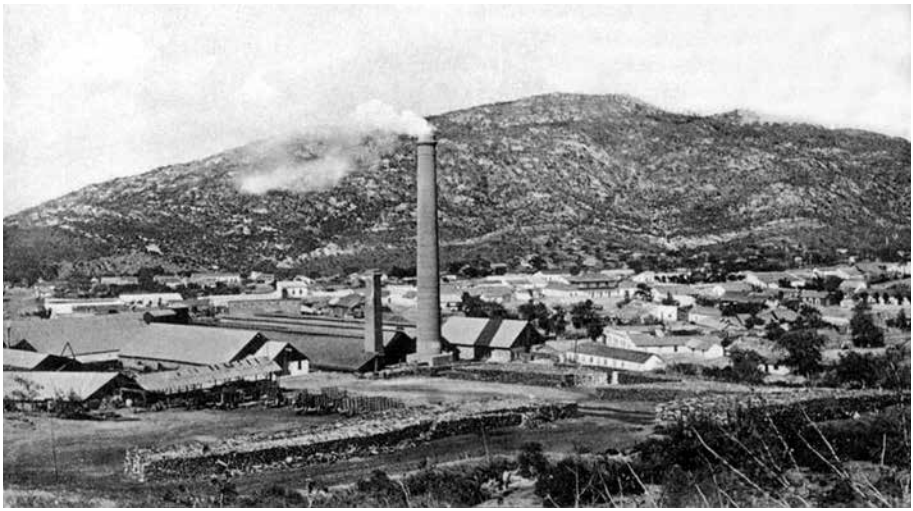
Además posee en su establecimiento unas cómodas y elegantes piezas de alojamiento para una o más personas.

Y ofrece también tomar a cargo las cabalgaduras de los pasajeros que lo favorezcan, pues se encargará de que éstos sean tratados con especial cuidado.

Todo a precios sumamente cómodos.

CIRILO N. MENDOZA

Triunfo, julio de 1881



El Triunfo, finales del siglo XIX (archivo del Sr. Roberto Fuerte López).

HOTEL COSMOPOLITA

LA CASA CONTIGUA AL PUENTE NUEVO

El que suscribe tiene el honor de participar al público y a sus numerosos amigos en particular que, por el vapor "Newbern", acaba de recibir un selecto de adornos y fantasía.

Además de buenos y elegantes alojamientos para caballeros y familias, posee un magnífico billar y un constante y variado surtido de licores, conservas alimenticias, cervezas, &c. &c.

Por norma: prontitud y buen trato.

Triunfo, julio 14 de 1881

Septiembre 13 de 1881

DESASTRE MARÍTIMO

El chubasco que se dejó sentir el domingo 4 del corriente, ha causado estragos de bastante consideración.

El pailebot nacional "Almirante" de Francisco Lie, que zarpó de este puerto cargado en su mayor parte de madera con destino a San José, fue arrojado a las playas de Cabo Pulmo, haciéndose totalmente pedazos, afortunadamente no hubo desgracias personales que lamentar.

Avisos comerciales

Septiembre 13 de 1881

PABLO HIDALGO Y CÍA.
Importadores y negociantes en toda clase de efectos nacionales y extranjeros, tiene continuamente un completo y variado surtido de:

ROPA
MERCERÍA
FERRETERÍA
Y ABARROTES

Además acaban de recibir directamente de París diversidad de objetos de:

FANTASÍA Y PERFUMERÍA DE TODAS CLASES

Trafican con conchas y perlas finas y poseen un gran depósito de maderas de construcción

Noviembre 26 de 1881

"LA ESPERANZA"
Fábrica de cigarros del Sr. Samuel Núñez.

El público le aconseja usar mejor calidad de papel, pues el tabaco que emplea es bueno, el papel es demasiado grueso y corriente, siendo más fino, el tamaño de los canales y la cantidad de tabaco, daría al cigarro mejores proporciones y un mejor gusto.

Diciembre 8 de 1881

Se hace muy necesaria una línea entre este puerto y el mineral del Triunfo. Habiendo terminado la que existía del Sr. Manuel Navarro, ¿qué no habrá otros empresarios?

FELICITACIONES

Diciembre 8 de 1881

"COMODORO"

Así se llamará el pailebot que está construyendo en este puerto el Sr. Francisco Lie, nos felicitamos por tener entre nosotros un hombre verdaderamente emprendedor.

Diciembre 19 de 1881

Higiene de tocador

"PARA LAS BELLAS"

Entre las preparaciones higiénicas que dan frescura a la piel y entonan las carnes, y rejuvenece el cutis, recomendamos mucho la siguiente receta, que se ha olvidado casi, y es que es la de la

Por su belleza, María Díaz, originaria de Todos Santos, B.C.S., fue invitada a participar como reina en el Carnaval de La Colorada, Sonora, en 1909 (archivo de la familia Uribe Mendoza).

antigua agua de colonia, tan célebre en el último siglo, y que ha perdido su reputación a causa de las numerosas falsificaciones que le ha originado su misma reputación.

AGUA DE COLONIA

Esencia de	bergamoto	10 gr.
“”	naranja	10 gr.
“”	limón	5 gr.
“”	sidra	3 gr.
“”	romero	1 gr
“”	tintura de ámbar	5 gr.
“”	benjuí	5 gr
Alcohol de 85 grados		1 litro

Después de comprar cada artículo en la botica, mezcladlos en alcohol y servíos de esa agua para todos los usos del tocador.

Diciembre 19 de 1881

LA FIESTA DE NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE

Merced a los esfuerzos de los Srs. eclesiásticos encargados de la parroquia y otras personas, fue solemnizado el día 12 del corriente con todo el lucimiento debido.

El Sr. Enrique Pardini y J.M. Muñoz con sus alumnos del colegio católico, cantaron la misa perfectamente.

El sermón lo predicó el sub-diácono Sr. Refugio Romo, informados como estábamos de que esta es la primera vez que predica en el púlpito, nos hace pensar que pronto tendremos un sacerdote ilustre y digno.

Durante todo el día no cesaron los cohetes y el repique de campanas, y por la noche la concurrencia al templo fue numerosísima.

Hubo fuegos artificiales y música del colegio católico.

De la plazuela a la iglesia, pendían algunos hilos en los que estaban atados faroles de colores, cuyas luces se esparcían por todo el atrio. La plazuela también muy concurrida y no menos alumbrada, a las 10:30 de la noche la música del colegio tocó como pieza final la dulce y conmovedora "Golondrina", entonces los alegres concurrentes abandonaron satisfechos este sitio de recreo de nuestra población.

Avisos

Diciembre 26 de 1881

LA BARCA MONTANA

Hoy fondeó en nuestro puerto procedente de Guaymas y se informa que mañana comenzará a cargar concha perla, de los Srs. F. Gibert y González y Ruffo, con destino a Europa.

Enero 1 de 1882

CALIFORNIA HOTEL

El que suscribe tiene el honor de ofrecer a sus numerosos favorecedores que ha quedado nuevamente establecido en la calle del Comercio, frente al muelle, donde está dispuesta constantemente una cantina con excelentes licores, cuartos amueblados para pasajeros y una asistencia, respecto al arte culinario no dejará nada que desear.

CARLOS L. MADRIGAL

Enero 1 de 1882

EL BUEN GUSTO
Zapatería de Nicolás S. Carrillo.

La más acreditada fábrica de calzado de todas clases, tiene por norma prontitud, esmero en sus trabajos y baratura.

Ocurrid a la calle del Puerto y quedaréis verdaderamente satisfechos.

Enero 1 de 1882

EDUARDO G. MARILES
SASTRERÍA, CALLE DEL PUERTO
(Contigua a la zapatería "El Buen Gusto")

Ciclista Francisco de Asís González de la Toba transitando por la calle Ignacio Zaragoza, 1896 (AHPLM).

Enero 3 de 1861

FIESTA SOSTICIAL DE INVIERNO
LOS FIELES OBREROS DE BAJA CALIFORNIA

La sociedad masónica de este puerto, establecida bajo el nombre simbólico de "Los fieles obreros de Baja California", celebran anualmente, como es costumbre en la orden, los solsticios de verano e invierno, y el 27 del pasado fue celebrado este último de una manera digna a la institución y a la ilustración de los miembros que la componen.

El templo masónico está situado a la espalda de la hermosa casa del Sr. Santiago Viosca, teniendo enfrente a la iglesia católica.

Cerca de las siete de la noche se abrieron las puertas del templo para recibir a las personas invitadas, cada uno de los hermanos que pertenecen a la logia ocupaba su lugar respectivo y desempeñaba su comisión.

En su pequeño coro se colocó la orquesta que, dirigida por los Profrs. Pardini y Paredes, estuvo ejecutando durante el acto sentidísimas piezas religiosas que tanto conmueven al espíritu. Algunos de los discípulos de los Profrs., entre las que se distinguen las señoritas Sofía Castro, Rosa Viosca, Carlota Canalizo, Carmen Palacios, e Inés Calderón, cantaron con admirable ejecución varios himnos alusivos y en acción de gracias al ser supremo.

El Sr. Viosca, actual Venerable de la logia, tomó tres veces la palabra y con voz clara y robusta recitó algunas oraciones. También fueron oradores los hermanos Francisco Cortez, A. Núñez y Juan Hidalgo.

Se reunió entre los masones y concurrentes la limosna que se repartirá entre las familias más pobres, recabándose la cantidad de $18.25 pesos. Y comisionándose a las señoritas Carmen Guereña y Carlota Canalizo para el efecto antes dicho.

Al terminar la ceremonia se repartió entre la concurrencia, diminutas ramas de ciprés, unidas por un lazo tricolor, el que colocaron en las solapas y en el pecho de las damas.

Se invitó a concurrir a la casa del Sr. general José María Rangel, local destinado para el baile. Estuvo animadísimo reinando la más franca y cordial expansión. Tanto el general Rangel como su simpática esposa se mostraron, como siempre, finos, atentos y obsequiosos con los convidados, reinando la alegría hasta las tres de la mañana.

Abundantes y excelentes vinos y licores se repartieron y llamó la atención, por el grado con que se tomó un ponche caliente que se preparó con el mayor esmero.

A cierta hora, después de bailar algunas piezas, fuimos invitados a tomar la cena en casa del Sr. Viosca, y debemos decir que ella estuvo rica y convenientemente servida. El Sr. Viosca y su apreciable Sra. prodigaron a los convidados las más finas atenciones.

Ojalá que en lo venidero siga esta benemérita y humanitaria sociedad abriendo las puertas de su templo a todo el mundo para que, convencido éste de su verdadero objeto y de sus sanos y moralizadores principios, adquiera un mayor número de adeptos para beneficio de la sociedad.

C.E. TREVIÑO

Enero 17 de 1882

En El Triunfo ha quedado abierta en la casa del Sr. Cirilo N. Mendoza, una plaza de gallos debidamente arreglada, participamos esto a las personas afectas a este juego, por lo que pudiera interesarles.

Enero 17 de 1882

Deseando siempre proporcionar al escogido público de esta ciudad un local a propósito de distracción, ha arreglado convenientemente, además de un buen billar que posee, un nuevo salón con un sencillo y divertido juego de Tívoli.

Tiene constantemente dispuestos escogidos vinos, cocktail exquisitos, excelentes tortas compuestas, hígado de ganso y mortadela.

Además la concurrencia tiene gratis a su disposición algunos juegos de damas, ajedrez y dominó.

Acudid a Tívoli de Aguilar y os quedareís enteramente satisfechos de la limpieza, afabilidad para con los parroquianos y esmero en obsequiarlos.

Puerto de La Paz–Calle del Puerto

Antonio Aguilar

Enero 26 de 1882

Pronto se ensayará, bajo la dirección de los Profrs. Pardini y Muñoz, el concierto a beneficio del nuevo panteón de la ciudad.

Febrero 7 de 1882

NUEVO PANTEÓN

El Ayuntamiento ha celebrado un contrato con el Sr. Ángel Fernández para la construcción de un nuevo panteón que se trata de establecer entre San Juan y el Esterito.

Sábado 26 de febrero de 1882

CERVECERÍA ALEMANA

Han llegado, por el vapor "Newbern" último, los Srs. Fischer y Laung con el fin de establecer una cervecería en este puerto. Han traído los útiles necesarios para tal empresa y pronto quedará establecida en toda forma frente a la mercería del Sr. Von Borstel.

Marzo 24 de 1882

CERVECERÍA DE LA PAZ
Calle del Progreso

Nuevo establecimiento cuyos dueños han trabajado en Baviera, Austria, y la Alta California en las cervecerías de más fama, como la de Erlagen, Kleen-Schwechat y Boca, se vende CERVEZA pura y sin ingredientes dañosos, muy propia para el consumo de las familias, como también embotellada y lista para su exportación, a precios muy moderados.

AGENTE GENERAL: H. VON BORSTEL
PROPIETARIOS: FISCHER Y LAUNG

Agosto 3 de 1882

El 31 del mes pasado, la explosión en la mina "San Nicolás" en el mineral del Triunfo, dejó sepultados a dos obreros y heridos de gravedad.

Agosto 31 de 1882

LOCO-MÓVIL

No tenemos ferrocarriles en el Territorio, pero tenemos Loco-Móvil. Pronto recorrerá nuestros caminos el del Sr. Hoskins. Se teme que los arenales entorpezcan su marcha, pero entonces se hará un rodeo para salvarlos.

Agosto 29 de 1882

Por el vapor nacional "Zaragoza", que fondeó ayer, llegó a este puerto con objeto de establecer teléfonos en esta población y la del Triunfo.

Celebramos la introducción de esta mejora.

Agosto 29 de 1882

LLUVIAS

Se dejaron sentir por primera vez el domingo pasado, humedeciendo apenas nuestras calles, mientras que en los pueblos del interior del Territorio ha llovido a cántaros.

Al fin los paceños ni vacas que se mueran tienen, nada importa que no llueva.

Agosto 29 de 1882

EL LOCO-MÓVIL

Hizo al fin su entrada triunfal al lugar de su destino, El Triunfo. Llegó haciendo más ruido que la maquinaria del "Progreso" con todos sus morteros, dejando azorado al pueblo que lo contemplaba atónito.

Agosto 29 de 1882

Los Srs. Hidalgo y Careaga y C. han mandado construir a San Francisco un pailebot. Llevará el nombre de "COMETA" y será según dicen, el más ligero en la costa Mexicana del Pacífico.

Diciembre 21 de 1882

VINO DE UVA DE LOS DOLORES

Preparado con esmero, se vende en casa de H.A. Von Borstel a los siguientes precios:

Barril de 18 galones s/ el casco	$ 20.00
Damajuana de 5 galones	$ 5.00
Botella	$ 0.37 cts.

El vino de la última cosecha es de superior calidad a la de todos los años anteriores, y en vista de la falsificación, caso general del vino de importación, todos los facultativos recomiendan al público el consumo del VINO PURO DE UVA.

Diciembre 21 de 1882

G. Silver - Agente gral. y comisionista.
Oficina Telefónica Central.
Calle del Comercio

Diciembre 21 de 1882

AVISO DEL PERIÓDICO

El precio de suscripción es:

Dentro y fuera de la ciudad.	
Por un año	$ 4.50
" seis meses	$ 2.50
" un mes	$ 0.37 ½
Número suelto	$ 0.12 ½

21 de diciembre 1882

El seis del presente fue general el deseo de esta ciudad para observar el anunciado fenómeno del paso de Venus por el disco del sol, poco antes del meridiano se veía por las calles a todas las personas con la cara al sol cubriendo los ojos con vidrios ahumados.

Diciembre 21 de 1882

30 años hace que se perdió en la rada de Mazatlán una barca francesa llamada MONET. Su cargamento consistía en galápagos de cobre, brasil, concha perla y barras de plata. Se hicieron repetidas y minuciosas operaciones para recobrar su casco y no pudo encontrarse.

En el último viaje del vapor Méjico, al levar el ancla, se tuvo que hacer uso de fuerza extraordinaria y no pudo levantarse. Un buzo que bajó al fondo de las aguas para investigar, se encontró con el casco del MONET.

Los Srs. Hidalgo y Careaga de esta ciudad explotan el descubrimiento, según se nos informa, haciendo uso de dinamita y demás útiles necesarios.

Diciembre 21 de 1882

Varios jóvenes obsequiaron a las señoritas de este puerto la noche del 18 a bordo del vapor MÉXICO con una brillante tertulia, la cual estuvo muy concurrida concluyendo a las 12 hrs. pm.

Enero 25 de 1883

Antes de ayer en la iglesia parroquial, solemnes vísperas religiosas, y ayer misa pontificial en honor de Nuestra Señora de La Paz, patrona titular de este puerto.

Febrero 1 de 1883

Hoy en El Pescadero (pequeña población que dista 7 millas al sur), se anuncia un bonito plantío de café perteneciente al Sr. Rosario Salgado.

Febrero 8 de 1883

Satisfecho debe estar el Sr. general Rangel, con el magnífico resultado que produjeron sus esfuerzos por dotar a la capital del Territorio de un local digno y decente para establecer las oficinas públicas, la casa de gobierno ya concluida tiene hermosa apariencia.

Palacio de gobierno (AHPLM).

Febrero 8 de 1883

Como medida de precaución contra la viruela, en la semana pasada estuvo vacunando el Sr. Dr. Hidalgo a los niños y niñas de esta población y a algunas personas grandes.

Febrero 22 de 1883

PESCA DE BALLENAS.

En el Cabo de San Lucas, el Sr. Hildefonso Green últimamente ha pescado dos monstruosas ballenas, habiendo ya algunas remesas de aceite a este puerto.

Marzo 1 de 1883

La casa de gobierno.- Se prosigue con entusiasmo la construcción de esta casa, en el frente y costado derecho pueden ya verse cómodas y espaciosas oficinas, y en el costado izquierdo ya se levantan otros muros, sobre el reloj público se ha fijado una hermosa águila nacional dorada.

Los C.C. Munícipes están embelleciendo la ciudad, ya colocando cañería por donde se surtirá de agua la fuente pública, ya aumentando el número de faroles de alumbrado público, ya disponiendo prudentes arreglos en el hermoso jardín de la plaza de armas. No es aventurado asegurar que dentro de poco tiempo La Paz será lo que debe ser, una limpia y hermosa población.

Marzo 8 de 1883

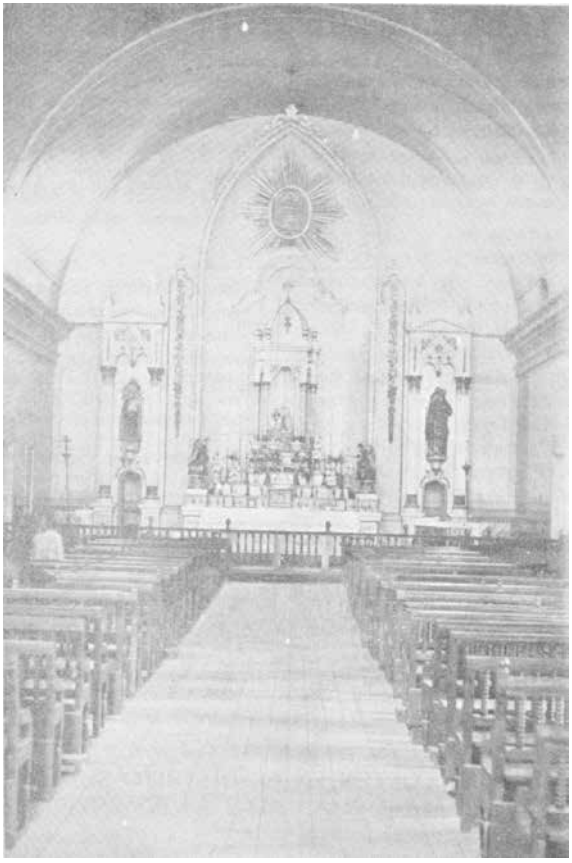
SOIRÉES.- Sabemos que se han establecido en la casa del Sr. Lic. Galán los lunes y viernes de cada semana. Algunos jóvenes están pues en hora buena, bendiciendo de seguro la llegada de la apreciada familia Galán, que les ha proporcionado tan dulce pasatiempo. ¡Que se diviertan!

Marzo 29 de 1883

EL RACQUET.- Tal es el nombre que se le da a una enfermedad que se ha desarrollado últimamente en esta población y consiste en fuertes dolores de cuerpo, tos y calenturas.

Agosto 9 de 1883

OBRAS ARTÍSTICAS.- En el altar mayor de la iglesia de este puerto, a iniciativa del Obispo Sr. Portillo, varios jóvenes y señoritas dieron un concierto a beneficio del templo, el cual produjo la suma de $300.00, con estos escasísimos fondos se comenzó el 8 de julio de 1882, concluyéndose el 24 de junio de este año. El C. Benito Velazco artista del interior de la República, vino a encargarse de su diseño y construcción.



Interior del templo de Nuestra Señora de La Paz (J.R. Southworth, *Baja California Ilustrada***).**

Dicho altar es de orden gótico con adornos de bajo y alto relieve, los cuales revisten los fondos de los filetes, boceles y molduras que a su vez forman arcos, cúspides, conos y graciosas ojivas. Aunque el orden se altera por lo estriado de sus esbeltas columnas que sostienen el gran arco curvilíneo que forma la concha del altar, esto no altera la armonía ni gracia del conjunto.

Del centro de la concha se levanta un triple arco fingido, adornado con festones de flores y macollos de hojas de acanto. Este arco sostiene en su mayor elevación una ráfaga, en cuyo centro está colocado un cuadro de gran mérito, que representa la Divina Trinidad.

El trono se compone de cuatro gradas superpuestas en un precioso frontis de mármol de carrara, que sostiene el tabernáculo.

El costo total de la obra fue de $2,212.00.

Agosto 16 1883

TELÉGRAFO.- Pronto comenzarán los trabajos de la línea telegráfica entre este puerto y el Partido del Centro, pues llegó en el último vapor el ingeniero encargado de su construcción.

Agosto 16 1883

FRUTA.- El vapor "Newbern" trajo a este puerto, un valioso cargamento de fruta y papas. En el comercio, por lo tanto, es fácil ahora encontrar peras y manzanas.

Agosto 30 1883

NOTICIA BUENA.- Hoy llegó a esta ciudad procedente de Guaymas el pailebot nacional "Laura", trayendo cuarenta toneladas de alambre para el telégrafo entre esta ciudad y el Partido del Centro. Otro buque ya dejó en Mulegé igual cantidad.

Septiembre 8 1883

LA FIEBRE O VÓMITO.- Se han dado algunos casos en esta población, se está muy alarmada y empiezan a salir las familias a pasar el resto de la temporada en los ranchos inmediatos.

Septiembre 20 1883
Primera plana

DESASTRES Y CALAMIDADES.- México goza de una paz y bienestar relativa, pero sus pueblos del litoral del Pacífico han sido diezmados por una mortal epidemia:

LA FIEBRE AMARILLA

En La Paz, que es una de las poblaciones que ha sufrido menos, se recordará siempre con tristeza el mes de septiembre de 1883.

En todos los días del presente mes, la fiebre ha hecho numerosas víctimas. Los negocios están paralizados y la gente alarmada, hubo un día en que verdaderamente no se encontraba casa en la ciudad donde no hubiera un enfermo.

Nuestro clásico día, aniversario de la Independencia, pasó desapercibido.

Por rareza se encontraba en las calles alguna persona, y ésta andaba por necesidad en servicio de algún enfermo.

Las noticias de Mazatlán son aterradoras 950 muertos.

Allí murió, lejos de su nido, el Ruiseñor Mexicano y 18 artistas de la compañía de ópera italiana.

Octubre 3 1883
Nota del *Diario Comercial* de Veracruz

ÁNGELA PERALTA

El Ruiseñor Mexicano cantó, durante toda su vida, 818 veces óperas italianas, el papel de Lucía lo representó en 166 ocasiones, recibió más de 500 coronas, muchas de oro y plata, fue objeto de ovaciones ruidosísimas en la República y Europa.

Ángela Peralta de Montiel, el "Ruiseñor de México".

Octubre 3 1883

A LAS FAMILIAS... MÁQUINAS DE COSER que se hallan de venta en la oficina del Sr. José Viosca.

En la oficina de la compañía de vapores, frente a la agencia del Sr. Silver, se venden máquinas de coser directamente importadas de la fábrica a los siguientes precios:

Una doméstica de primera	$ 37.00
"" "" segunda	$ 33.00
De Saint John	$ 34.00

Noviembre 7 1883

Se inician los trabajos de la línea telefónica entre esta ciudad y el mineral del Triunfo por el Sr. Allen.

Octubre 17 1883
Variedades

LA SERENATA DEL DOMINGO

Animadísima y concurrida estuvo la que tuvo lugar la noche del último domingo en el jardín de la plaza.

El bello sexo, sobre todo, estaba dignamente representado por las bellas señoritas Viosca, verdaderos cisnes que a primera vista atraen y cuya belleza sin afectación es realzada por ese paso majestuoso que les envidiaría una reina.

Por la espiritual Melany Savín y la virtuosa y apreciable Sra. Rangel, por la hechicera y encantadora Srita. Castro y una infinidad cuyos nombres sentimos ignorar.

Octubre 24 1883

LÍNEA TELÉGRAFICA ENTRE LA PAZ Y EL TRIUNFO

Por el vapor Sonora, llegó a este puerto el Sr. Allen para dar principio a los trabajos, y con tal objeto se compraron a los Sres. Hidalgo y Cía. 500 postes.

La tarifa será de $1.00 por cinco minutos de conversación o por 20 palabras.

La línea se inaugurará la Noche Buena, 25 de diciembre.

Octubre 24 de 1883

Agencia.- En la casa del Sr. Don Ignacio Romero, frente a los consistoriales de esta ciudad, pueden encontrarse de venta los mejores libros nacionales y extranjeros, por su carácter eminentemente nacional, recomendamos el ANUARIO UNIVERSAL de Filomeno Mata y el almanaque de Manuel Caballero.

Diciembre 12 de 1883

Oficina telefónica.- desde el día 15 del presente quedará establecida en Calabazas por ser la mitad del camino de este puerto al Triunfo.

Diciembre 27 1883

INVITACIÓN A UNA VELADA EL DÍA DE HOY EN EL TEMPLO MASÓNICO DE ESTE PUERTO.

PROGRAMA

1.- Himno Masónico, cantado por los Srs. Santiago Viosca y Enrique Pardini.
2.- Alocución por el Sr. Carlos C. Cornejo.
3.- "El solsticio de invierno" cantado por la Srita. Sofía Castro.
4.- Alocución por el Sr. Alberto Núñez.
5.- Fantasías ejecutadas al órgano por el Sr. Enrique Pardini.
6.- Alocución por el Sr. Adrián Valadez.

Rosa Viosca (archivo de la familia Uribe Mendoza).

7.- "La plegaria de Moisés" coro con las Señoritas: Rosa Viosca, Sofía Castro e Isabel Cota y los Srs. Carlos C. Cornejo y Enrique Pardini.
8.- Alocución por el Sr. Lic. Rodolfo Nieto.
9.- Himno Masónico por los Srs. Santiago Viosca y Enrique Pardini.

Enero 3 1884

NUEVA FOTOGRAFÍA.- En el vapor SONORA último, llegó a este puerto el Sr. Guillermo L. Zuber, hábil retratista muy conocido en estas costas.

El público debe aprovechar sus servicios durante su corta permanencia entre nosotros, vive en la calle del Comercio.

Enero 3 de 1884

FIESTAS.- Las que con el nombre de "Plazas" tienen lugar ahora en este puerto, se animan cada día de una manera extraordinaria.

Enero 23 1884

GRATA NOTICIA.- Ha quedado establecida la clase de TENEDURÍA DE LIBROS en la escuela nacional de varones del Triunfo.

Enero 23 1884

LOS SRS. GONZÁLEZ Y RUFFO.- Según vemos en varios periódicos de la capital los apreciables comerciantes de este puerto, con cuyos nombres encabezamos este párrafo, han sido nombrados agentes del BANCO NACIONAL MEXICANO. Sea para bien.

Febrero 7 1884

SERENATA.- Antenoche en la plaza Velazco, la música que dirige el entendido joven Jesús Manríquez se lució tocando a los concurrentes. También la tarde del día 5, en el muelle, los alumnos de la escuela del Sr. Arce que componen la referida música nos deleitaron en ese ameno lugar.

Febrero 7 de 1884

CUESTIÓN DE MODA

La nueva palabra de la moda que la gente de tono ha introducido es "NIF".

"CHIC", "PSCHUTT", oh pasan en autoridad de cosa juzgada entre los "GOMOSOS" de París. Con que adoptemos el "NIF".

Febrero 14 1884

BAILE DE MÁSCARAS.- Se nos ha informado que varios jóvenes, entusiastas por el culto a Tepsícore, preparan dos bailes suntuosos que animarán la temporada de CARNAVAL. Ya veremos.

Febrero 14 de 1884

TEATRO SILVER.- Se nota decidido empeño por llevar a cabo tan útil e importante obra. Se ha celebrado ya el contrato respectivo entre el Sr. Silver y otras personas que conforman la empresa.

Los trabajos se inaugurarán el próximo lunes 18 de un modo definitivo. Se ha pedido a los EE. UU. diversos materiales y enseres. En una palabra, la empresa promete que la capital del Territorio tendrá un coliseo moderno, cómodo y elegante pues no se omitirá gasto de ninguna especie.

Marzo 5 de 1884

ZARZUELA.- La compañía "Mateos" que se encuentra hoy en Guaymas, llegará próximamente a este puerto, y dará una serie de funciones en el local que anticipadamente prepara el Sr. Guillermo Silver, empresario de dicha compañía.

Así pues en breve oiremos a la simpática Sra. Cuaranta, nos divertiremos con los oportunos chistes del Sr. Piña y a Martín lo volveremos a aplaudir en sus piezas favoritas y Silver, por todo esto, merecerá un voto de gracias por sus afanes, para que los habitantes de La Paz se proporcionen un paréntesis risueño en su triste vida.

Marzo 5 de 1884

TEATRO SILVER

Se ha improvisado un salón que servirá para que la compañía dramática, dirigida por el Sr. Cardoso, dé una serie de funciones. El próximo domingo se representarán las piezas "No hay mal que por bien no venga" y "La casa de campo".

Próximamente Zarzuela.

Marzo 5 de 1884

FÁBRICA DE HIELO

El Sr. Silver va a establecer una en este puerto. Buenas ventas le deseamos.

Marzo 5 1884

El domingo por la noche se estrenó el "Teatro Silver", con las obras antes mencionadas.

Mañana se pondrá en escena la pieza "Dudas de la honra".

Marzo 5 1884

La Compañía Cardoso ha continuado dando funciones en el improvisado salón llamado a ser más tarde "Teatro Silver".

Octubre 17 1884

Fueron graves los desastres causados por el chubasco del 30 de Septiembre último.

Noviembre 13 1884

FIESTAS EN TODOS SANTOS (PILAR)

Marzo 13 1885

PERLA NOTABLE

En Mulegé, sacada de la bahía de Mulegé en los últimos días, cuyo peso es de 93 quilates, por el buzo Joaquín Acuña.

Octubre de 1895
El Triunfo, B.C.

"LA VOZ DEL PUEBLO"

AVISA A SU CLIENTELA QUE HA RECIBIDO
NUEVO SURTIDO DE MERCANCÍAS

Gasas para baile, ricas telas para trajes, cañamazo de última novedad, zurat de seda blanco y negro, mantillas y vistas de seda

con y sin abalorios, crespón Virginia, cortes de vestido de media confección, cachemiras, pongee, pique poirtille a color, vestidos para niños y abanicos españoles para dama.

Rebeca Cota Márquez, sobrina del Gral. Manuel Márquez de León, 1889 (archivo de la familia Uribe Mendoza).

Semblanza del puerto

El puerto de La Paz ha ejercido siempre una especial fascinación en quienes nos visitan. Así lo podemos leer en las descripciones y crónicas que, de este sitio, han dejado la pluma de grandes escritores.

José María Barrios de los Ríos… Baja California, la diferencia

José María Barrios de los Ríos nace en Zacatecas en febrero de 1864. Siendo de profesión abogado, llega a La Paz en octubre de 1892 a hacerse cargo del Juzgado de Primera Instancia durante el gobierno del general Bonifacio Topete. En su corta estancia en Baja California Sur, la cual duró de 1892 a 1894, escribe varios cuentos y relatos relacionados con esta tierra. En el relato "El país de las perlas y cuentos californios" hace una detallada descripción de la vida en La Paz:

> Un paseo matutino por la ciudad es mi primera operación del día siguiente… Pero ruego a los lectores para quienes sea descono-

cida la región en que me encuentro, que no esperen de este libro la narración de cosas extraordinarias, ni simplemente notables. Cabalmente el atractivo que tiene para mí el escribirle, es que casi nada hay que decir, sino la exposición de un viaje en que no he visto nada…

Aquí no hay edificios que describir, ni antigüedades que desenterrar, ni monumentos que descubrir, ni apenas historia que recordar… Un territorio inmenso, mas grande que Inglaterra y poco menos que la mitad de España, donde viven, dispersos en villas humildes, en aldehuelas desoladas y en campos incultos algunos poquísimos miles de almas; montañas desnudas, playas ardientes y arenosas, desiertos perennemente secos, mares agitados de procelas y vientos; días de radiosa blancura y noches de soledad encantadora: esto es todo. Y así, a la buena de Dios, como quien entra de una ruidosa feria al claustro de un convento

Calle de La Playa, finales del siglo XIX (AHPLM).

de capuchinos, contaré con la simplicidad misma de las cosas comunes y ordinarias de la vida, lo que se desliza a mi rededor, abandonando de buen grado lo gigantesco y maravilloso, a aquellas plumas que para menearse sobre el papel necesitan estruendos, auroras boreales, erupciones volcánicas; o bien sabias curiosidades, nebulosos logogrifos y aterradoras historias…

Cogido del brazo de mi cicerone, abogado ilustrado de la metrópoli, nacido en las playas meridionales de México y huésped de pocos meses en la península, doblo difícilmente, por la arena que cubre el piso, la cuestecita que conduce de mi alojamiento a la loma en que está la plaza…

Porque ha de saberse que La Paz está fundada sobre dos lomas, que no han recibido el bautismo. Los de la plaza y calles contiguas llaman al conjunto de casas del lado opuesto, la otra loma; y los de este rumbo designan a los otros de la misma manera. Es el cuento de aquel buen hombre que preguntaba:

—¿Dónde es la acera de enfrente?
—Allá –le respondían indicándosela.
Y luego se iba allá y volvía a preguntar:
—¿Aquí es la acera de enfrente?
—No, allá, tornaban a decirle… Y no se daba modo de comprender el pobre palurdo.

La Paz resulta, para su población de tres mil almas, una ciudad inmensa, pues ocupa su caserío cosa de cuatro kilómetros cuadrados. Mi cicerone le llama la ciudad de los paréntesis, porque del frontis de cada casa sigue un solar; de suerte que las casas son pocas y se levantan en grandes extensiones de terreno.

En la plaza de Velasco, única del puerto, me siento en un banco de madera, frente a la iglesia. ¿Pero dónde está la población? Pregunto con deseos de ver gente. Miro a todos lados: de la iglesia no sale un alma, ni entra ninguna tampoco; los andenes del jardín están solitarios; de las calles adyacentes nadie desemboca en la plaza, y a lo lejos, en las aceras de palo, no se oyen pasos

transeúntes. Desde las siete que salí del hotel, hasta ahora, las nueve y cuarto, no he visto un ser viviente; ni un hombre, ni una criada, ni un perro. El silencio del sepulcro en torno mío: porque tampoco se escucha ruido ninguno, fuera del lejano y escaso rumor del agua en los bajos de la playa. Echamos a andar la ventura por las calles sin nombre, aunque numeradas en serie ordinal, primera, segunda, etc. Las puertas están cerradas, las ventanas tienen corridas las persianas o celosías; no se ve nada para adentro. Atisbo por los cercos de estípites: sólo se percibe la vida de la población por el humo que sale de las cocinas, por uno que otro cerdo que gruñe y por gallináceas que pican desperdicios en las corralizas. He oído tres o cuatro veces cantar los

Panorámica de La Paz, (J. R. Southworth, *La Baja California ilustrada***).**

gallos y ladrar los perros; a mis oídos llega un sonoro mugido, y a poco distingo el relinchar de caballerías…

Y nada más. Con estas novedades me vuelvo a mi alojamiento. Hago tranquilamente lo que hacía Cadalso todas las mañanas con un huevo: "pasado por agua, blando y caliente".

Salgo enseguida a hacer mis visitas y a entregar mis cartas. Por la tarde verifico otro paseo urbano, y por la noche me encierro, como todo el mundo, casi antes de concluir el crepúsculo, porque la obscuridad, los arenales, las calles empinadas y el desconocimiento de esta topografía, exigen que poco a poco, y por ensayos y tanteos progresivos me vaya separando de las modalidades que por ahora me impone mi nueva residencia. Así transcurrió un día, y muchos días; enteramente lo mismo que en todos los lugares donde no hay coches de sitio, ni tranvías, ni luz eléctrica, ni días de fiesta…

Las casas de La Paz y las de toda la península, para no repetirlo, por lo común de un solo piso, se componen generalmente de tres partes: el pasadizo con la sala de recibo y cuartos de dormir, el corredor, alegre, alto, lleno de luz y bien ventilado, que sirve también de comedor; y colores, amarillo en las barandas de tiras de madera, de un metro de altura, que circundan los patios, azul o verde claro en los frontis, rosa y blanco en los corredores y rojo en los tejados, les dan un aspecto alegre, realzado por una limpieza que no se encuentra en muchos lugares del interior de la República, sin ir más lejos, en algunos villorrios y poblachos nauseabundos que rodean a México. Esta cualidad de los californios se advierte no sólo en sus habitaciones, sino en sus personas y hasta en sus animales. No he visto aquí los hombres con calzón de manta, mugrosa camisa y sombrero infumable de la capital, ni las mujeres desgreñadas y haraposas que pululan en la metrópoli llevando a las espaldas a sus hijos y en la cabeza cosas que venden. Los buzos y marineros más humildes portan blusa de lienzo, camisa planchada de lustre y pantalón de casimir en invierno, y de una tela llamada mezclilla o lona marina en verano; sus hijos y esposas cubren las espaldas con un chal de

lana o seda, desdeñando el nada elegante rebozo, calzan sus pies con zapatos de la tienda, abominando la horripilante chancla, y se visten en cuanto es posible rumbo a la moda, con gracia, si bien sea pobremente. Aunque las más de ellas ofician de criadas en las casas grandes, no tienen su dormitorio en el hogar de sus amos, sino en casa de sus padres o parientes.

Estas humildes familias, que se sostienen de la pesca, de la marinería fiscal y particular, de la carga y descarga en el muelle de los servicios domésticos, encierran en sus llanas y modestas residencias cuantas comodidades pueden adquirirse en proporción equitativa a las clases más elevadas. Sus casas tienen la misma distribución y dependencias que las otras, con las salvedades de los techos de palma, los pilares de horcones y las paredes de madera. Poseen máquinas de Singer para coser, comen en mesa enmantelada, usan vajilla de losa y cubiertos y duermen en catres de campaña, de lona, cuerdas o tiras de cuero. Así, una civilización más adelantada que en los Estados interiores de la Nación, se nota sin esfuerzo en las familias pobres de esta costa, donde jamás se ven los repugnantes cuadros de comer en cuclillas, con los dedos, y acostarse en el suelo pelado, como los cerdos. Viviendo estas gentes en un plácido confort, prolongan sus días, tienen constantemente el humor alegre, y se procrean y se multiplican que es un contento: casi todas las mujeres llegan a parir diez o más hijos; algunas, todavía buenas mozas, cuentan hasta diez y seis alumbramientos, y no es raro que en una misma casa habiten rebozando salud y felicidad los bisnietos, los padres, los abuelos, y los bisabuelos.

La longevidad de los ancianos es comunísima: de ciento cuatro a ciento diez y siete años conocí en la península más de veinte ejemplares.

De las antiguas tribus indígenas que poblaron primitivamente esta gran región, no queda ningún descendiente aborigen: todos los actuales son criollos, oriundos de españoles en su mayoría, aunque son numerosísimas las familias de otros pueblos de Europa que tomaron aquí asiento desde tiempo casi inmemorial.

La desaparición de la raza primitiva se debió primeramente a su escasez y al gran número de emigrantes de España, y enseguida a la persecución de los indios que abandonando el suelo nativo se dispersaron por Sinaloa y Sonora. Este último estado ha contribuido, desde las sublevaciones de los yaquis, a un pequeño aumento de población de La Paz, pues diversos grupos de aquellos indios, huyendo la reyerta y cometidos al gobierno se han establecido aquí, donde forman una barriada numerosa, llamada del Esterito, que cuenta como unas cien familias: Sus jefes se ocupan en el buceo de perlas, en la pesquería y en tripular buques de cabotaje; y las mujeres y los niños en servir en las casas como *doncellas* y *pajes*. Es de notarse que esta antigua designación española de los mozos de servicio, que señalamos con bastardilla, se conserva entre los californios en uso constante y general.

Uno de los renglones indispensables de la vida en la península es el molino de viento, no para utilizarle en moliendas de granos, sino para sacar agua. Siendo ésta muy escasa pues el municipio no cuenta con ningún manantial para el surtimiento de la ciudad; y siendo los salarios muy crecidos, el molino, cuya torre se coloca sobre el pozo, ahorra el estipendio de un jornalero y el comprar el agua a algún vecino. La escasez de lluvias y los fuertes calores han hecho de ésta una tierra muy sedienta, si bien fertilísima; de aquí la necesidad de regar constantemente las huertas y pequeños plantíos. La profundidad del agua en el subsuelo varía entre doce y veinticuatro metros, siendo generalmente delgada y dulcísima y raro que se halle a mayor profundidad, aún en los puntos más lejanos de la playa…

La canoa es otro artículo de rigurosa necesidad entre estas familias: las acomodadas poseen embarcaciones de regular porte, en que hacen el cabotaje entre los puertos vecinos, o con que allegan a sus almacenes los víveres de sus marinos o buzos. Para los pobres cuando están de vagancia, pues no todo el año tienen ocupación en las expediciones de buceo, la canoa pescadora provee copiosamente sus mesas de mariscos sabrosos, y vendiendo el resto en el mercado ayuda a suplir el salario en las periódicas

cesantías. Cuando el jefe de la casa ha partido a una expedición, no por esto la canoa queda improductiva, pues la utilizan los muchachos yendo a los esteros y marismas a coger careyes y cahuamas, dos especies de tortuga abundantísimas en todo el litoral, o bien se alquila la embarcación a los vecinos...

La parte del solar que no ocupan la cocina, el pozo y los animales, se destina al cultivo de frutales, hortalizas y flores…

Esta descripción de Barrios de los Ríos puede ser aplicable a la región hasta prácticamente finales de la década de 1950.

El Historiador Adrián Valadez, en sus crónicas de la ciudad, afirma, que en 1880, el jardín principal ya ostentaba el nombre de Velazco, quien fue el antecesor del Coronel Andrés L. Tapia en sus gestiones como Jefe Político; también señala que durante la administración del Gral. Bonifacio Topete, 1884-1889, se construyó el quiosco central y frente a la construcción de la casa de gobierno, que se iniciaba, fue colocado un busto de Benito Juárez.

Relata Valadez que en el archivo de la ciudad existía un padrón, correspondiente al año de 1836, en el que constaba que La Paz ya se componía de la calle de La Playa, frente a la ensenada, y hacia el poniente estaba la calle del Teso, hacia el oriente la calle de La Breva, y la calle Portugal al norte, además de algunas casas en la mesa de La Capilla, lugar éste donde se intentó fundar la misión.

También en ese documento aparece el dato de que existían 93 fincas construidas, en su mayoría, de adobe y techo de palma. El desarrollo se vio interrumpido por la invasión norteamericana de 1847, cuando el puerto fue bombardeado e incendiado provocando con ello que más de 300 personas emigraran hacia la Alta California.

En 1893 Adrián Valadez describía de esta manera la ciudad-puerto de La Paz:

Plano del puerto de La Paz, 1886 (AHPLM).

El aspecto de la ciudad es halagüeño, especialmente vista desde el mar, a una distancia de donde puede abarcarse en todo su conjunto. Su caserío de colores suaves y alegres como todas nuestras ciudades, se encuentra entrecubierta por palmeras, alamedas y naranjales. Por toda la orilla frente al mar, se extienden huertos de emparrados, higueras y datilares, que le forman a manera de un encortinado de verdura, dándole un aspecto bellísimo que regocija con la idea de una fertilidad que desgraciadamente no existe, pues solo debido a los esfuerzos del hombre, dispuesto por su propia naturaleza a luchar con las dificultades, ha logrado el desarrollo de esta vegetación. En ninguna parte hay tanto y tan general afecto por la horticultura como aquí, en donde por conseguir su mantenimiento se necesita de un afán continuo y

de una dedicación especial, porque los habitantes de La Paz no disponen sino de agua de pozos profundos hasta de 22 metros, para el riego de sus huertos y jardines, y de un suelo arenoso y desastrosamente seco. Sin embargo, la industria ha venido en su ayuda y tienen en uso un gran número de aparatos mecánicos para la extracción de agua. Los molinos de todas formas y sistemas se ven graciosamente por todas partes de la ciudad girando al impulso de los coromueles, brisas del sureste que soplan en el verano y de los noroestes, vientos reinantes durante los meses de invierno. En lo general, las fincas son de un solo piso, de buen aspecto y tienen toda la ventilación que permite el clima.

La descripción de la ciudad que hace J.R. Southworth en su libro *Baja California Ilustrada* en 1899, confirma la fascinación que tenía y sigue teniendo nuestro puerto en quienes nos visitan:

La capital del Distrito Sur de La Baja California es una hermosa ciudad anidada en la ribera de la bahía que lleva su nombre.

Edificada sobre dos mesas enteramente planas y divididas por un arroyo a la orilla derecha, de cuya desembocadura está situada la parte baja de la población.

La Paz presenta un encantador aspecto, mecida al arrullo de las mansas olas de su bahía tranquila, y tendida a la sombra de espesa arboleda en que, como gigantes mariposas, se destacan numerosos molinos de viento bajo un cielo azul de esplendente diafanidad.

Los paseos públicos en La Paz son dos: El Jardín Velasco, que es un ameno lugar de recreo, y el parque Porfirio Díaz, inaugurado por el actual gobernante coronel García Martínez, en el terreno adyacente a la Esc. # 2 de niños. Estos dos paseos embellecen la población por su caprichosa flora.

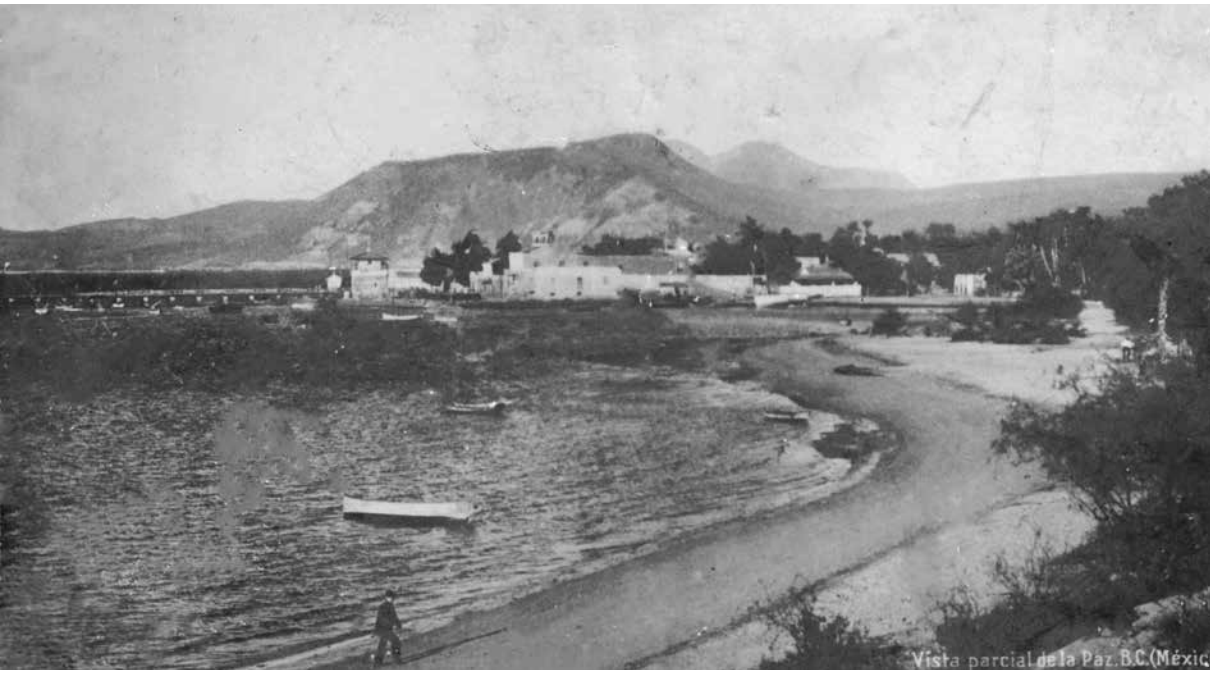
La ciudad de La Paz tiene 5184 habitantes, según el censo general practicado el día 20 de octubre de 1895.

Los habitantes de La Paz llevan una vida tranquila, entregados a los trabajos que les proporcionan la subsistencia: Las pesque-

rías, la ganadería y el comercio, animados con las operaciones de la compañía minera "El Progreso" del Triunfo, que da vida a casi todo el Distrito.

Otra de las descripciones trascendentes es la que hizo León Diguet en *Reseña geográfica y estadística de 1912*:

> Rodeada de montañas de mediana elevación y asentada en anfiteatro parte sobre una meseta, parte sobre un declive que llega al nivel del mar, la villa de La Paz se presenta bajo un aspecto de lo más pintoresco.
>
> Las calles derechas y bien alineadas están cubiertas de sombra por plantaciones de árboles.
>
> Las casas, que casi todas tienen jardín, son generalmente bajas y están construidas con piedras volcánicas, con ladrillos, o con adobes, y aún hay algunas de madera.



Ensenada de La Paz, 1913 (archivo de la familia Uribe Mendoza).

El agua potable lo suministran pozos, o la canalización de un manantial de las cercanías.

Cada casa tiene su pozo y una máquina para elevar el agua, movida por un molino de viento.

Lo que hace vivir a la población obrera es, principalmente, la pesca de las perlas y el tráfico de las minas del Real de San Antonio, así como los ranchos y diferentes explotaciones que existen en las cercanías.

El puerto de La Paz constituye un abrigo seguro para los navíos de medio porte, y está formado por un estrecho canal de seis a ocho metros de profundidad, que se encuentra entre la tierra firme y una lengua de arena baja que llaman Mogote.

Del año 1881 a la fecha, la ciudad ha crecido notablemente debido a la acción combinada del Jefe Político del Territorio y del Ayuntamiento.

Se han llevado a cabo importantes mejoras materiales como son un jardín público, un nuevo panteón, apertura y arreglo de algunas calles, aparte de las obras que ha realizado el gobierno federal, como es la reconstrucción del muelle y la conclusión del palacio de gobierno, edificio éste de elegante apariencia, bastante amplio y cómodo, en el cual se encuentran las oficinas públicas del ramo político y judicial, archivos, imprenta y cuartel para la fuerza. Entre los edificios públicos está la cárcel y el templo católico.

Son notables también el templo de la masonería de este puerto y muchas otras fincas particulares, especialmente la del Sr. Miguel González e Hijos.

La logia masónica se debió, en 1869, a la iniciativa del Sr. Santiago Viosca, quien llegó al puerto a mediados del siglo XIX. Los constructores del templo fueron los señores Julián Galindo, carpintero, Manuel Ortiz, albañil, y bajo la dirección de Félix Martínez, con un costo de $4,000.00.

Torre Eiffel (archivo de la familia Uribe Mendoza).

Edificio de la logia masónica (archivo de Filiberto Cota Martínez).

El comercio se consolidaba en La Paz

Se contaba con un considerable grupo de empresarios de gran importancia, además de Antonio Ruffo y Miguel González, con Felipe R. Cota, Gastón J. Vives, Manuel V. Fontan, Hidalgo y compañía, Narciso Chávez, Vicente F. Gutiérrez, William Silver, Quon Ley Yuen y compañía, Hong Chong Tai.

En 1889, en *La Baja California ilustrada*, J.R. Southworth deja constancia de la fábrica de puros de relevante importancia:

> El Sr. Narciso Chávez es uno de los hombres de negocios prominentes de La Paz. Además de tener una fábrica de puros y cigarros, comercia en géneros y artículos para el uso de las señoras; abarrotes, vinos, licores, etc. Él surte a la Baja California y Sinaloa. Emplea veinticinco hombres en su fábrica.
>
> Las principales marcas de puros que él elabora son: "La tropical", "Conchas", "Boccaccio" y "Regalías", Los principales cigarros son: "Republicanos" y "La Reina".

Semblanza de la educación

Al visitar nosotros el Distrito Sur de la Baja California nos llamó altamente la atención y de manera muy simpática, por cierto, el notable estado de adelanto en que se encuentra la educación pública en esa región del país y, sin caer en ponderaciones extremadas, bien podemos calificarla como una de las mejores de la República Mexicana.

Aurelio Vivanco y Villegas, 1924

El desarrollo de la educación pública en la República Mexicana se confirma en la península de B.C. en 1830, cuando el puerto de La Paz es nombrado capital y, como tal, adquiere gran importancia. Desde el primer ayuntamiento, entre 1831 y 1833, se consideraron los gastos de una escuela como parte de sus egresos.

En 1835 el cabildo promovió la formación de una escuela de primeras letras, la situación económica era precaria, por lo que las autoridades solicitaron cuotas voluntarias a los vecinos, para lograr sostener una escuela para niñas, quedando al frente de ella el padre José Morqueche al que sustituyó José de Jesús Mouriño.

En 1842 el preceptor era José Catalino García, mas el obstáculo de la economía prevalecía, debido a lo cual el Jefe Político, Francisco Palacios Miranda, decretó un impuesto para la educación de dos reales por cada res sacrificada, el impuesto lo cobraba la aduana marítima y no resultó pues no alcanzaba a pagar ni el sostenimiento de una de las escuelas y sólo podían pagarle diez pesos al preceptor. En 1845 se cobraba un peso por cada barril de licor o mezcal, que se llevara a los pueblos, el ingreso se destinaba al mismo fin.

En 1849, siendo Jefe Político el Coronel Rafael Espinoza, se dio nuevo impulso a la educación y aplicaron el impuesto de medio real por la mercancía de exportación y su importe se entregó a los fondos municipales para la construcción de escuelas en San José del Cabo.

En 1850 además de la escuela pública de primeras letras abrió sus puertas una escuela nocturna para adultos, y una escuela

Escuela para niños Ignacio Allende (1893), a su costado izquierdo se encontraba el parque "Porfirio Díaz" (AHPLM).

particular bajo la dirección del padre Trinidad Macías, éste es un año importante en este rubro, pues la diputación territorial inicia los trámites para becar a un alumno de la entidad para cursar estudios en el Colegio de Agricultura de San Gregorio en la ciudad de México y al mismo tiempo gestiona, el establecimiento de una escuela náutica en el puerto, con resultados infructuosos, mas se logró becar al joven José Amao para inscribirse en el Colegio de San Gregorio, siendo éste el primer estudiante becado del entonces Territorio

La escuela de primeras letras abrió sus puertas el 1 de noviembre de 1850 con Francisco Santos Carrillo como Preceptor, habiendo acordado el cabildo el siguiente programa de enseñanza: ortología y lecturas corridas, caligrafía, letra inglesa y española, aritmética y sus operaciones, urbanidad y cortesía, doctrina cristiana basada en el catecismo del padre Ripalda, algunas nociones de gramática y ortografía castellana, materias impartidas en un horario de ocho a once de la mañana y de tres a seis de la tarde con un sueldo de 25 pesos para el Preceptor, las clases se impartían a 28 niños pobres de la municipalidad.

Continuando las gestiones, la Diputación Territorial logró en el año de 1854 el establecimiento de una escuela para niñas a cargo de la Sra. Noemí Amada de Rodríguez, la que se reconoció con la categoría de particular.

Los libros de texto que se llevaron en las escuelas municipales durante la década de los cincuentas del siglo XIX son los siguientes: *El Silabario* de García San Vicente, *Amigos de los niños*, libro de lecturas, el catecismo de Ripalda, *Elementos de geografía*, cartillas y libros de aritmética entre otros. De 1857 a 1858, a pesar de la época de crisis, se tuvo el más alto desarrollo educativo en la península, sobre todo en La Paz.

El 31 de marzo de 1859 el alcalde paceño decide cerrar las escuelas de primeras letras por falta de fondos en La Paz y es en-

tonces que surge la notable figura de Teodoro Riveroll, defensor de la educación pública en la entidad y así mismo se manifiesta partidario de la creación de una escuela profesional en Baja California, indicando el establecimiento de un colegio moral y científico y de una escuela normal, idea que expuso en asamblea legislativa que le tocó presidir como Diputado Presidente de la Comisión de Instrucción Pública.

En 1864 el Ayuntamiento amplía los servicios educativos al establecer una escuela para niños y una para adultos, ésta con un horario de siete a nueve de la noche encabezada por Feliciano Canalizo; también se hizo el primer intento por fundar una escuela secundaria particular a iniciativa del Profr. Cristóbal Llaneza. En 1868 el Gral. Bibiano Dávalos brindó todo su apoyo a la educación y además autorizó una escuela particular conocida como Liceo Hidalgo; también, al frente del gobierno del territorio, exigió el derecho de enviar alumnos becarios a la ciudad de México: a fines del año correspondió una beca al joven Carlos Martínez y al iniciar 1869 a Andrés Molina quienes ingresaron a la Escuela de Artes y Oficios de la capital del país. Insistiendo, el gobierno obtuvo cuatro becas para la realización de estudios de educación primaria y secundaria en el estado de Jalisco. Para fines de 1869 se lograron las becas para los jóvenes Jesús Sosa y Silva y Federico Cota para cursar estudios preparatorios en el Colegio de San Ildefonso de la ciudad de México, aunados al becario de 1850 fueron éstos los primeros nueve alumnos becados por el gobierno del territorio en la historia de la ciudad de La Paz.

Entre altibajos económicos se llega al 20 de mayo de 1870, cuando la obra educativa del jefe político, coronel Andrés L. Tapia, se incrementa notablemente al crear tanto la Inspección de Instrucción Pública del Territorio, como la Escuela Normal para Profesores, ambas con sede en La Paz, recayendo la titularidad de ambas en el Preceptor Fernando Montaño, cuya labor

educativa se ennoblece porque, además, desde principios del año 1878 se hizo cargo de la Escuela Normal para Señoritas, llamada también Escuela Dominical o Liceo de Señoritas, cargo que desempeñó sin recibir honorarios igual que toda la planta docente, constituida por el coronel Andrés L. Tapia, Guillermo Zayaleta, Irineo Olachea, José María Muñoz, Teodora Cebreros, Amelia y Carlota Bretón y el mismo Fernando Montaño.

El 1 de julio de 1870 se inició el primer curso de educación profesional, al inaugurarse una cátedra de náutica conforme a lo dispuesto por el Gobierno Federal. La Escuela Náutica empezó a funcionar en la sala de sesiones de la Sociedad de Artesanos de Beneficencia Mutua de la capital del puerto, a cargo del Preceptor y catedrático Rafael López, quien debe ser considerado como el primer director de una escuela profesional en el Territorio de Baja California.

La Escuela Náutica de La Paz se regía por ramos específicos para la enseñanza, como fueron: aritmética, sistema métrico decimal, geometría, trigonometría plana y esférica, astronomía, cosmografía, observaciones y comparaciones de los barómetros y termómetros, pilotaje y sistema para levantar planos. Esta escuela seguía vigente en 1872.

Con gran desilusión se dio la clausura de la Escuela Náutica de La Paz que ya contaba con siete alumnos, esto ocurrió en septiembre de 1872.

Después de funcionar por varios años el club filarmónico, abre como academia el 9 de abril de 1872 bajo la dirección de Miguel Mendoza y Matías Sígala quienes también dirigieron la Escoleta de Música de La Paz, esta academia filarmónica fue la primera institución de este tipo en la península californiana.

El 1 de junio de 1880 empiezan a laborar dos escuelas mixtas en la periferia del puerto: Escuela Mixta # 1 a cargo de Refugio

Rodríguez, institución dividida en tres clases y con capacidad para 50 alumnos, y la Escuela Municipal # 2, bajo la dirección de la profesora Teresa S. Alvarado, funcionando de igual forma que la anterior, esta última escuela se ubicó en el barrio El Manglito, sector de la ciudad en donde la antecedió una escuela a cargo de Jesús María Méndez.

La Escuela Secundaria de Real del Castillo se fundó en el mes de abril de 1874, auspiciada por el Gral. Bibiano Dávalos, jefe político del distrito, y bajo la dirección del Preceptor Eliseo Schieroni.

El curso de instrucción secundaria impartía los ramos siguientes: retórica y elocuencia, historia general de México, geografía, álgebra, geometría plana y esférica, trigonometría plana, teneduría de libros, inglés, francés e italiano.

Como colegio particular existía en 1875 el Colegio de Nuestra Señora de La Paz antecesor en el nombre del que ahora conocemos, y fue la institución de más prestigio en la enseñanza particular en el puerto, contando además con orquesta compuesta por sus alumnos.

El 5 de mayo de 1881 es inaugurada la Escuela de Artes y Oficios en la cárcel de la ciudad de La Paz.

Los estudiantes de las escuelas existentes en el puerto asistieron puntualmente a la inauguración de la Biblioteca Pública Ocampo el 5 de mayo de 1882, primera en la península a propuesta de Federico Cota, estudiante bajacaliforniano en la ciudad de México.

El 26 de noviembre de 1885 es creada la Academia y Banda de Música de La Paz, B.C., a cargo de Indalecio E. Hernández.

El 1 de enero de 1894 inicia sus actividades la Academia de Música de La Paz, bajo la dirección del profesor colimense Juan Nava.

Llegado el siglo XX las dificultades para lograr el sostenimiento de las escuelas continuaba, y a pesar de ello, los cursos continuaban regularmente, no así los sueldos para los preceptores, que iniciaban puntualmente el año escolar el 1 de enero, terminando el 15 de diciembre. Después del examen privado presentado en la primera quincena de junio, inmediatamente se otorgaban 15 días de vacaciones. El reinicio de clases era a partir del 1 de julio. El examen público se verificaba en la primera quincena de diciembre y tenía el carácter de examen final.

En 1916 La Paz contaba con las siguientes escuelas:

- Escuela Libertad para niños, sostenida por el clero.
- Escuela Inocencia para niñas, sostenida por los padres de familia.
- Escuela Piat-Lux, de carácter mixto, sostenida por los padres de familia.

Clases de tenis en la Escuela # 1, ubicada en Nicolás Bravo y Aquiles Serdán, 1910 (archivo de Filiberto Cota Martínez).

El 21 de septiembre de 1920 toma posesión del cargo de gobernador Agustín Arriola, el cual centró su labor educativa en cuatro hechos singulares:

1.- La creación de la Escuela Especial de Comercio.
2.- Jóvenes pensionados para estudiar en la ciudad de México.
3.- Ofrecer el apoyo a la Escuela Industrial.
4.- Elevar el curso normal a la Escuela Normal.

La Casa del Estudiante Sudcalifornianо en México fue una de las primeras obras del gobierno de Agustín Arriola, la que inició el 17 de noviembre de 1920, comisionándose al profesor Arturo Oropeza Villegas para conducir e instalar a los 10 primeros jóvenes pensionados en esta casa, éstos fueron los siguientes: Alejandro Pedrín, Manuel C. Galván, Jesús Castro Agúndez, Francisco M. Cota, Pablo Nolasco, Félix Sánchez, Luis Peláez,

Deportes en la Escuela # 1, 1910.

Federico Romero, Francisco Borbón y Gustavo Moreno. A este primer grupo de jóvenes procedentes de San José del Cabo, El Triunfo y La Paz, se integraron otros grupos originarios de Todos Santos, Loreto y otros lugares de la entidad.

Este hecho fue uno de los gestos más nobles del cuadrienio ejemplar de don Agustín Arriola y significó, para la juventud estudiosa, el apoyo que necesitaba en la búsqueda de su superación.

En este cuadrienio (1920-1924) destacó la labor de Isidro Isáis como director de la Escuela Industrial y Artística.

En mayo de 1923 se expide el reglamento interior de la Escuela Normal para Profesores, donde se contempla el funcionamiento de una sección de kindergarden; ya en 1919 Rosaura Zapata había reconocido a la Escuela de Párvulos No. 1 de La Paz con el nombre de Cristóbal Colón, y la profesora Jesús H. Isáis es comisionada como acompañante de coros en el kindergarden anexo a la Escuela Normal de La Paz. El Jardín de Niños Cristóbal Colón fue el precursor en nuestra entidad, fundado en 1917 tuvo como directora a la Profra. Magdalena Contreras auxiliada por educadoras preparadas para esta maravillosa tarea, de la cual corroboro las inolvidables y mágicas experiencias que dan el guiar y convivir con los niños en sus primeros años, el ser maestra de preescolar y, además, en las ramas del arte brinda la oportunidad de vivir cada día, a un tiempo, todas las emociones que pueda experimentar el ser humano y que repercuten en un diario renacer.

En la memoria de don Amadeo Verdugo, durante las décadas de 1920 y 1930, quedó el recuerdo de una precaria solvencia económica de los pobladores de La Paz, mas eso no impedía que los niños acudieran a la escuela llevando en sus mochilas –confeccionadas en casa con tela de mezclilla o dril cortada de los pantalones de los adultos que ya estaban en desuso– los cuadernos con hojas de papel manila y muchas veces de papel de estraza, con

pasta de cartoncillo o sin pasta –cosidos por las mamás–, pizarra y tiza, además de canutero y el frasco de la tinta para escribir, sostenido en una cajita que anteriormente contuvo polvo facial a la cual, en la tapadera que era de cartón grueso, se le hacía una perforación a la medida del frasco para que cuando lo colocaran en el pupitre no se volteara con facilidad.

Don Amadeo, quien no dejó de sorprenderme con la lucidez de su mente a sus noventa y nueve años de edad, me cuenta:

> Los libros de lectura por estos años los cuidábamos con gran esmero, pues su costo era alto y por ello no era fácil comprarlos, muchas veces los obteníamos por traspaso y era nuestro deber que quedaran en buen estado para poder pasarlos de nuevo. Para primero y segundo año tenían como título *Saber leer*, *A través de México* (historia y lectura) para tercero y cuarto grados, y para quinto y sexto: *El tesoro de la juventud* y *Libro cuarto de lectura.*

Una nueva etapa inicia el 30 de septiembre de 1929 para los jóvenes del puerto de La Paz y poblaciones circunvecinas: abre sus puertas la Escuela Secundaria Federal José María Morelos y Pavón, primera institución de este nivel educativo en Baja California Sur.

Gracielita Taylor (hermosa señora que me brindó su amistad, su cariño y me obsequió sus recuerdos de 1913 a 2006) rememora sobre la escuela No. 2, al frente de la cual estaba la Profra. Rosario Rosas, quien además de excelente maestra es recordada por ser muy estricta: "el uniforme debía estar impecable, era de gabardina azul marino y blusa blanca con corbatón rojo, aún en el verano, medias negras de popotillo y choclo con cordones, la falda a media pierna y la manga de la blusa era larga, llevábamos una boina azul marino con listones rojos, no era fácil soportarlo, pero así se exigía y había que hacerlo".

Continuando con sus remembranzas, Gracielita Taylor platica que "en esta misma época impartían clases particulares de inglés Teresita Alvarado, Margarita Silver y Margarita Ortega. Aritmética, gramática y ortografía: Conchita Casillas. Taquimecanografía: Josefina Llosa y Juan Pérez Amador. Mecanografía: Conchita Casillas, Victoria Lucero, Soledad Albarrán y Clemente S. Sígala.

Diez años después de inaugurada la institución, el 15 de mayo de 1939, abre sus puertas la Biblioteca Maestro Justo Sierra en la sala principal de la Escuela Secundaria José María Morelos y Pavón en la calle Belisario Domínguez, entre 5 de Mayo e Independencia (en el centro del puerto), lugar donde estuvo ubicada la secundaria desde sus inicios: de 1929 hasta 1962.

Las clases de piano eran impartidas por Pachita de Arámburo, Soledad Casillas, Delfina de Bancalari, Juanita de Navarro, Laura Peña de Castro, María de la Luz Avilés –a quien cariñosamente llamaban "Chiquitina"–, Luis y Pedro Peláez M., María Luisa Arámburo de Alvarado y Gilberto Mendoza.

En 1944 se impartían cursos regulares en la Academia de Comercio de Hernán de Sandozequi.

Un acontecimiento relevante ocurrió en nuestra ciudad el 5 de febrero de 1944: el gobernador Francisco J. Mújica inauguró la Escuela Normal Urbana de La Paz, a la que posteriormente se le impuso el nombre de uno de sus fundadores, el maestro Domingo Carballo Félix, y fue declarada Benemérita en 1986 por el gobernador Alberto Andrés Alvarado Arámburo.

La Torre Eiffel

En la memoria de los que nacimos en la generación de los años cincuenta, queda latente el recuerdo del edificio de "La Torre Eiffel", que aún estando ya en ruinas mostraba la magnificencia de su arquitectura, resistiéndose a desaparecer, resguardando entre sus muros y pesados portones la historia de esfuerzo, tesón, y amor por esta tierra, aunados al esplendoroso auge de la minería

Torre Eiffel, inicios del siglo XX (archivo de la familia Uribe Mendoza).

y el comercio que dieron pie al desarrollo de la vida en una muy joven ciudad y puerto, acunada frente a la ensenada de La Paz. Miguel González Rodríguez, nacido en el seno de una emprendedora familia originaria de Durango, al despertar a la juventud, se embarca en Mazatlán con destino hacia San Francisco, California, en la década de los 50 del siglo XIX, como tantos otros jóvenes deslumbrados por "la fiebre del oro" que debido al descubrimiento de grandes vetas en el vecino país era la noticia del momento; acudían a él importantes grupos de empresarios con el fin de acrecentar sus fortunas.

El barco en que viajaba, habiendo zarpado de Mazatlán, Sin., tenía como escala el puerto de La Paz. La travesía, que ya de por sí era regularmente lenta, esta vez lo fue mucho más debido a que el barco presentó problemas a poco de salir de las costas sinaloenses; gracias a ello, los pasajeros tuvieron oportunidad de relacionarse más.

Miguel González entabló amistad con el comerciante Antonio Ruffo, quien viajaba acompañado de su familia, de regreso a La Paz, donde radicaba y era propietario de un almacén y una panadería. González quedó prendado de la belleza de la hija del Sr. Ruffo, de nombre Soledad; y debido a esta romántica circunstancia Miguel González decide cambiar el destino final de su viaje y, sin sospecharlo, cambió así el destino de su vida y desembarcó en La Paz, encontrándose con que la región florecía gracias a la actividad minera y perlífera, por lo que avisoró grandes oportunidades de buenos negocios.

La relación de González con la familia Ruffo se fortaleció al grado de que, en poco tiempo, Miguel González contrae matrimonio con Soledad Ruffo Santa Cruz en el rancho de Santa Catarina (hoy El Novillo, jurisdicción de San Pedro) próspera hacienda ganadera propiedad de Tomás Balarezo. amigo de la familia, y quien además había edificado una hermosa capilla

dedicada a Nuestra Señora del Refugio la que plasmada en un bellísimo lienzo al óleo y que aún se venera, presidía el altar, ya que en el puerto de La Paz todavía no se contaba con iglesia, sino sólo con una muy pequeña capilla en mal estado, de tal manera que los invitados se trasladaron a la hacienda y la ceremonia se llevó a cabo en ese lugar, siendo éste el tercer matrimonio que ha quedado anotado en el Registro Civil de La Paz:

> Miguel González y Soledad Ruffo, C. el 21 de marzo de 1861, en el rancho de Santa Catarina [hoy El Novillo], propiedad de Tomás Balarezo. Él de 31 años, nat. de Cerro Gordo, Durango, h.l. de Francisco González, orig. éste de San Juan de Río Durango, y de Sóstenes Rodríguez nat. del Mineral de Yndé, v. de la Villa de Cerro Gordo de 48 años. La pretensa, de 25 años, nat. del puerto de Acapulco y v. de La Paz, h.l. de Antonio Ruffo, nat. de Cartagena [España], ya difunto, y de Josefa Santa Cruz, nat. de Piura y v. de este puerto de edad de 53 años.

El matrimonio González Ruffo instala su hogar en La Paz, en una cómoda casa recién construida y, con la tranquilidad con que se viven las horas en el puerto, transcurre su vida mientras sus negocios crecen día a día.

Debido a la alianza de las familias González y Ruffo, se consolida una asociación mercantil que ostentaba los dos apellidos. La empresa tiene gran éxito durante algunos años, ya que su almacén es el que distribuye la mayor cantidad de los implementos necesarios para la minería, para equipar las armadas perleras, además de surtir a la creciente población de alimentos, menajes de casa, de uso personal, contando ya con botica y panadería, a pesar de esto la fortuna no les sonríe del todo, y ante la impotencia de todos Soledad Ruffo Santa Cruz muere al dar a luz a su hija primogénita nacida el 30 de diciembre de 1861, la que llevó el nombre de Soledad González Ruffo, quien queda al

cuidado de su abuela Josefa Santa Cruz. Chole, como llamaban a la niña, cumplía dos años cuando su padre Miguel González de nuevo contrae nupcias, esta vez en La Paz.

> Miguel González y Elena de la Toba, c. el 6 de febrero de 1863. Él de 33 años comerciante nat. de Cerro Gordo Durango y v. de este puerto, viudo de Soledad Ruffo [sus demás generales aparecen en la partida anterior], ella de 14 años, nat. de Monterrey, alta California y v. de este puerto, h.l. de Pablo de la Toba y Manuela Maitorena.

La pequeña Chole se integra a su nueva familia y transcurre su niñez en medio de paseos y juegos a la orilla del mar,viajes a Mazatlán y a San Francisco y recibiendo en su casa la instrucción adecuada para una señorita, idiomas, bordado, tejido, cocina, clases de piano y arpa, así como ocupándose de organizar eventos culturales y de beneficiencia, debido a lo cual era conocida y querida por todos en el puerto, y al llegar a ser toda una señorita se despide para ir a radicar a la ciudad de México con el fin de reafirmar sus estudios, y la sociedad de La Paz la despedía así:

> Nota del periódico *La Voz de California* de Felipe R. Cota.
> Gacetilla – febrero 15 de 1883
>
> SOLEDAD GONZÁLEZ.- La señorita con cuyo nombre encabezamos estas líneas, deja en breves días nuestro suelo para ir a habitar por algún tiempo la capital de la República, nuestra sociedad, privada de una de sus joyas más preciosas, sentirá un vacío difícil de llenar.
>
> Chole es uno de los astros de primera magnitud que alumbra los horizontes de esta oscura tierra, y su separación es un eclipse que los amantes de lo bueno y lo bello deben lamentar.

Que en su viaje sea feliz, que el cielo le depare mil venturas y que la influencia de otros climas no la hagan olvidar su nativo suelo.

Chole, poseedora de tantas virtudes y de saberse desenvolver con gracia en la vida de la exigente sociedad porfiriana, aunado esto a su delicada belleza, contó con varios pretendientes y contrajo matrimonio con Carlos Obregón Santacilia, miembro de una de las más renombradas familias de la capital, instalando su hogar en la calle de Gral. Prim # 76 esquina con Lucerna de la colonia Juárez en la ciudad de México. Carlos Obregón era

Soledad González Ruffo, 1899 (archivo de la familia González Mendoza).

socio mayoritario de la fábrica de puros El Buen Tono, entre otros importantes negocios.

De esta unión nace su único hijo Franco Obregón González, quien desafortunadamente muere a los siete años. Años después, Soledad queda viuda y continúa visitando frecuentemente a su padre en La Paz, quien ha logrado establecer una empresa propia que dio por terminada la sociedad González y Ruffo en el mes de noviembre de 1890; es entonces que Antonio Ruffo Santa Cruz denomina a su negociación con el nombre de La Perla de La Paz y Miguel González al suyo como La Torre Eiffel, Miguel González e Hijos, Sucs.

Torre Eiffel, 1899 (J. R. Southworth, *Baja California ilustrada***).**

Esta última llamada así por la gran influencia Francesa que prevalecía en el país y por la noticia más relevante en esos años: la Exposición Universal de 1889, donde México tuvo relevante participación representado por el delegado especial Manuel Díaz Mimiaga con domicilio de despacho en París, en la avenida Carnot.

En la *Guía ilustrada* (1889) para visitar dicha exposición (documento valiosísimo perteneciente a Don Julio Pérez González, bisabuelo de mi esposo, y que forma parte de la biblioteca de casa) también se lee:

> La primera visita que debe hacerse en la exposición es a La Torre Eiffel, que se levanta en las márgenes del Sena cerca del puente de Alma y lo domina todo con su prodigiosa altura.
>
> La torre de 300 metros, llamada Torre Eiffel por el nombre de su constructor y cuya colosal empresa ha agitado tanto en diversos sentidos a la opinión pública, está formada por una pirámide de hierro con cuatro aristas curvas, reunidas dos a dos en su parte inferior por arcos de 50 metros de altura. La separación entre los pies es de 100 metros de eje a eje. Está anclada en el suelo por cimientos de 14 metros de profundidad y pesa 7,300,000 kilogramos.
>
> Los trabajos de su construcción empezaron el 28 de enero de 1887 y se concluyó el 30 de marzo de 1889.

Es a mediados de 1880 cuando González inicia la construcción del edificio que ocuparía su negociación, el que es concluido a la par que el inicio de la exposición en París. En su planta baja albergaría los almacenes, oficinas y tienda y el segundo piso se destinaría para las habitaciones de su familia. En su construcción se emplearon ricas maderas labradas para la viguería de los techos; vitrales interiores, espejos, mobiliario y tapicerías fueron transportadas por los barcos propiedad de la empresa El Boleo, desde Europa.

En la edición de *Baja California ilustrada* (1899) de J.R. Sothworth, impresa en San Francisco, Cal., E.U.A. , se lee la descripción más fidenigna de este almacén:

> Éste es uno de los más antiguos e importantes establecimientos mercantiles de la Baja California. Hace mucho, en 1863, fue establecida por los Srs. González y Ruffo. En noviembre de 1890 se disolvió esta sociedad para cambiar por la que ahora forma la razón social de la casa. El edificio donde está radicada es uno de los más hermosos y mejor acondicionados de La Paz, de una fuerte construcción de piedra y ocupa casi una cuadra; sus varios departamentos son modelo de las últimas conveniencias de nuestra época. En los cuartos de ventas hay preciosos aparadores de cristal y artísticas colgaduras que realzan el mérito del extenso y escogido surtido de la casa.
>
> El primer piso contiene, además de los cuartos de venta, los departamentos de muestras, las oficinas y las bodegas. La casa comercia en artículos de fantasía, géneros y toda clase de artículos para señoras; abarrotes, vinos, licores, y puros: efectos del país e importados, cereales, Mercería fina y corriente y ferretería.
>
> Compra sus efectos directamente de los principales centros productores, tanto del país como del extranjero, y las relaciones que la casa mantiene con ellos facilita el hacerlo de manera muy ventajosa.
>
> La casa no solamente realiza sus efectos en todos los puntos de la Baja California, sino también en Sonora, Sinaloa y Tepic. Vende al por mayor y al menudeo, y tiene a su servicio una extensa planta de atentos dependientes y dos tenedores de libros que están siempre muy ocupados [uno de ellos fue el poeta Sudcaliforniano Filemón C. Piñeda].
>
> Además de los artículos que mencionamos antes, tiene la casa vajillas esmaltadas de primera calidad, muebles, alfombras, lámparas, artículos de cristal o vidrio, arneses, sillas de montar y artefactos para tocador.

Ninguna casa mercantil de la Baja California tiene un surtido mejor ni más extenso que La Torre Eiffel.

Uno de los importantes ramos de La Torre Eiffel es la venta de madera de todas clases. La importa de las mejores casas de los Estados Unidos, y la vende tanto en cantidades grandes como pequeñas. Acaban de construir grandes cobertizos y patios para el depósito de madera e intentan hacer pedidos de mucha importancia. La casa es dueña de la goleta "Churruca", que se usa para flete y otros objetos mercantiles, y es agente de la compañía El Boleo de Santa Rosalía, del Banco occidental de Mazatlán, de

Oficina de La Torre Eiffel, de izquierda a derecha: Filemón C. Piñeda, Francisco de Asís González de la Toba, Isidro Isáis Marq (al fondo) y Fernando Chacón, 1909 (archivo de la familia González Mendoza).

los vapores de línea pertenecientes a la compañía del Ferrocarril Occidental de México, de la línea de vapores del Sr. D. Luis A. Martínez, de la Cervecería de Sonora (Sonora Brewery) y de las champañas de Cliquot.

El Sr. Don Miguel González, jefe de la casa, es nativo de Durango y toda su vida a estado dedicado activamente a los negocios. Tiene vivo intéres en el progreso de La Paz, una evidencia de lo cual, es la erección del edificio de La Torre Eiffel. Su hijo, el Sr. D. Francisco de A. González nació en La Paz y recibió su educación en el colegio Holly Mount de Inglaterra. Dedica todo su tiempo a los asuntos de la casa y es el más enérgico e inteligente de los jóvenes negociantes de La Paz. El Sr. D. Miguel González es accionista de la Empresa del Agua, de Mazatlán, de la Compañía Minera de Pánuco y de la nueva línea de vapores que fue establecida por los comerciantes de Mazatlán, Sinaloa.

Nota del periódico *La Voz de California*:

La Paz, B.C., enero 23 de 1884

LOS SEÑORES GONZÁLEZ Y RUFFO.- Según vemos en varios periódicos de la capital, los apreciables comerciantes de este puerto con cuyos nombres encabezamos este párrafo, han sido nombrados agentes del Banco Nacional Mexicano. Sea para bien.

Las memorias de las habitaciones privadas en la planta alta, descritas por quienes eran amigos de las jóvenes de la casa, y que se hospedaban en ella procedentes de Todos Santos, San Antonio, El Triunfo y San José del Cabo, nos dan pie para reconstruir su ambiente: al traspasar la amplia puerta de entrada a un costado de las puertas de la tienda, arrancaba la escalera para acceder a las habitaciones familiares, en el descanso dominaba un espejo monumental que permitía percatarse, a quienes estaban en casa, de las personas que pretendían subir a la planta alta, y también

era frecuente ver a María González, la menor de los jóvenes de la casa, contemplarse en él con sus mejores trajes, mi abuela la recordaba con un vestido de razo negro forrado de encaje azul celeste. La casa era amplia, pintada en colores claros, con guardapolvos de tono más fuerte y coronadas con cenefas pintadas a mano con motivos florales, el mobiliario combinaba maderas de cedro y caoba. Conservo una alta rinconera bellamente labrada de piso a techo que me fue obsequiada como regalo de bodas por mi tía Matea Salgado, quien a su vez la recibió de María González. También, debido al clima y por estar ubicada tan cerca del mar, en sus terrazas interiores se encontraban juegos de muebles fabricados en mimbre, tales como sillones, poltronas, sillas, mesas, jardineras, todas ellas coronadas y circundadas por arabescos de delicado diseño, mismas piezas que, al cerrar el famoso almacén y ser desmontada la casa familiar en 1913, fueron compradas por la señora "Monona" Ruffo, quien a su vez continuó luciéndolos en las pérgolas de su casa.

Al partir a radicar al extranjero la señora Ruffo los vendió a mi tía Matea, quien me donó las piezas que lograron conservarse hasta los años setenta del siglo XX, y que aún guardo.

En las recámaras de las señoritas de la casa se apreciaba el refinado gusto de ambientación: murales plasmados en paredes y techo que, con temas de querubines y nubes, ascendían del piso al techo, rodeando las delicadas lámparas de cristal y porcelana. Éstos complementaban al mobiliario: altas camas de latón, cubiertas con pabellones de fino tul, sillas y mesas, burós y tocador de finas maderas esmaltadas en tonos claros y, sobre las mesas, una colección de cajitas musicales.

En la casa de "La Torre" eran frecuentes las tertulias, las que amenizaba al piano María González, la menor de los hijos de la nueva familia de Miguel González y Elena de la Toba, matrimonio que procreó once hijos: Luisa 1865, Francisco de Asís

1866, Carlos y Carlota (gemelos) 1867, Miguel 1869, Pablo José 1871, Elena Ernesta 1872, María Julia 1876, María del Carmen 1879, Emmanuel 1880, María Manuela Amparo 1884, al nacer esta última fallece Elena de la Toba de González.

María Amparo, consumada concertista, gustaba de abrir las grandes ventanas que daban hacia el balcón de la calle y que circundaba toda la residencia para, posteriormente, deshacerse el recogido del pelo, dejando caer los rizos como cascada por la espalda, y sentarse al piano, el que se encontraba ex profeso junto a una ventana, y, así, tocar para que todos los que pasaran

Ciclista Francisco de Asís González de la Toba transitando por la calle Puerto, 1894 (AHPLM).

pudieran escucharla y verla. Se cuenta que le gustaba hacerlo a media mañana y, quienes ya lo sabían, acudían a esa hora para disfrutar del concierto y su belleza.

Los hijos varones del matrimonio González de la Toba: Francisco de Asís, Carlos, Miguel, Luis, y Pablo fueron enviados, en los barcos de El Boleo a Europa, para estudiar en diferentes colegios cada uno, en Francia, Alemania e Inglaterra. Luis y Carlos se quedan en el extranjero, Francisco de Asís, Miguel y Pablo regresan a La Paz y, al fallecer su padre en 1906, se quedan al frente de la tienda bajo la tutela de Francisco de Asís. La tienda, sigue siendo de gran importancia para el desarrollo económico de la entidad.

Los conflictos revolucionarios se suceden con gran perjuicio para la economía debido a la circulación de los bilimbiques, billetes que trataban de imponer los grupos revolucionarios y que tenían un valor estimativo sólo en la región en donde se emitían y durante el tiempo que durara el conflicto. Ello ocasionó la ruina para muchas familias, pues vendieron sus bienes obligados por los revolucionarios que tenían el poder en ese momento, pagándoles con su papel moneda, mismo que, pasados los conflictos, ya no tuvo valor; así que se quedaron sin dinero y sin propiedades.

Los revolucionarios locales presionaron a la empresa Torre Eiffel para que les proporcionara alimentos, parque y armamentos para la tropa, entre otras cosas que requerían los oficiales y generales, ofreciendo pagar con su papel moneda, al no aceptar el trato Francisco de Asís, quien estaba al frente de la negociación, es amenazado con incendiarle la tienda y la casa. Aunado a esto, los centros mineros ya no podían cubrir sus adeudos debido al mismo problema. La tienda se ve obligada a cerrar definitivamente en 1914, declarándose en quiebra. La salud de Francisco de Asís se ve afectada emocionalmente con estos sucesos y decide radicar en Los Ángeles, Cal., en donde al poco tiempo muere.

Revolucionarios en la calle Obispado, 1913 (archivo de Raúl Arturo González Mendoza).

El regio edificio permanece cerrado, quedando como herederos Miguel, Valerio y Manuel González Canseco, hijos del matrimonio formado por Carlos González de la Toba y Manuela Canseco Cota.

Durante el Gobierno del Gral. Francisco J. Mújica, el edificio de "La Torre Eiffel" es expropiado a la familia González en el año de 1944, notificado mediante telegrama enviado al Sr. Valerio González Canseco, firmado por el Gobernador Francisco J. Mújica, con fecha del 17 de noviembre de 1944, se lee:

> RUÉGOLE ORDENAR ENTRÉGESE AL GOBIERNO EDIFICIO TORRE EIFFEL RENTADA COMPRADA O DONADA. Punto. URGE PARA MANDARLA DESOCUPAR DE LAS LACRAS QUE LA ESTÁN CARCOMIENDO ENTRE ANIMA-

LES INVÁDENLA Y BILLARES. Punto. ATENTAMENTE. GOBERNADOR TERRITORIO. Rúbrica.

Valerio González Canseco se traslada hasta esta ciudad, desde San José del Cabo lugar en que radicaba, para proponer la venta del edificio al gobierno solicitante, lo que ratificó por escrito el 3 de diciembre de 1944, desde San José del Cabo, en una carta dirigida al Sr. Arturo Canseco Jr., su representante en la ciudad de La Paz, en ella explica: "Las condiciones de la venta de una parte del edificio de La Torre Eiffel, la que ya concerté con el señor gobernador del Territorio, son como sigue: yo vendo, y el C. gobernador me compra la parte del edificio indicado que ya

Manuela Canseco Cota, 1894 (archivo de la familia González Mendoza).

personalmente le informé y que se concreta a lo edificado en dos pisos con los patios que corresponden a esa porción de la casa. El precio de la operación es de $100,000.00 (cien mil pesos)."

El citado monto de la compra-venta nunca fue cubierto a pesar de que el Banco Mexicano, S.A. de la ciudad de México, el 26 de febrero de 1945, expide una notificación al gobierno del Territorio que dice: "Por medio de la presente nos permitimos poner en su conocimiento que obra en nuestra cartera un documento a cargo de ese H. Gobierno, por la cantidad de $100,000.00, expedido el día 2 de los corrientes por el Sr. Valerio González Canseco, con vencimiento el día 2 de agosto del año en curso, que nos entregaron los Srs. González Canseco Hnos. y que con esta misma fecha estamos remitiendo al Banco del Pacífico, S.A. de esa ciudad, con instrucciones de recibir pagos parciales a cuenta del mismo, según instrucciones recibidas de los mencionados Sres. González Canseco Hnos."

La intención de disponer del edificio de La Torre Eiffel, era para convertirlo en biblioteca, museo, escuela de música y sala de conciertos. En oficio expedido por la Tesorería General del gobierno del Territorio con fecha de 11 de enero de 1945 se informa sobre la entrega-recepción del citado edificio, en el que representantes del gobierno hacen un recorrido por las instalaciones y se dan las siguientes constancias: "el edificio de La Torre Eiffel se compone de: planta baja y alta, o sea primer y segundo piso, con una extensión de 33 metros 70 centímetros, por la calle Zaragoza, lado Este del edificio, de Norte a Sur, hasta la esquina formada por dicha calle y la del Puerto y 36 metros más por la calle Puerto, hasta donde da principio el segundo piso, 763 metros 25 centímetros cuadrados. En la parte alta 8 piezas grandes, dos piezas chicas, un salón, un balcón y cuarto de baño con W.C. y ducha. En la parte baja se encontró un salón grande, una pieza

para oficina, un amplio departamento para actividades comerciales, en donde se encuentra un mostrador de tienda con medida de 27 mts., y 24 mts. de tres estantes y aparadores en excelente estado." Parte de estos muebles los conserva el Sr. Raúl Arturo González Mendoza, bisnieto de Miguel González Rodríguez.

El gobierno comisionó al ingeniero Pompeyo Tello Barrera, responsable de Obra Pública en el Territorio, para lograr la adaptación, y en un absurdo intento de lograr tener tres pisos en lugar de los dos originales con que se contaba, derriban el entretecho, y lo que logran con ello es que se desplome todo el interior, dejándolo entonces abandonado, y diseminando las finas maderas de pino rojo de su viguería, artesonados, duelas de piso, mamparas y 97 puertas y ventanas en obras de escuelas rurales, según indica en sus reportes el Ing. Tello.

Por un tiempo, a decir de residentes de la ciudad, se utilizó el espacio para las caballerizas y almacenes del gobierno. Y es así, derruido y olvidado, como lo conocimos en los años cincuenta, ruinas en donde solían presentar obras de teatro los grupos locales.

El Sr. Valerio González Canseco realiza, en el inicio de los sesenta con el entonces gobernador Bonifacio Salinas Leal, la permuta de la manzana de su propiedad, en donde ahora se encuentra la Escuela Técnica Industrial No. 27 (Isabel la Católica, e/ 5 de Mayo y Reforma), por el predio donde se encontraban las ruinas de La Torre Eiffel. Aceptado el trato, el gobierno regresó esta edificación a sus legítimos propietarios. Mas, debido al alto costo que implicaba restaurarlo, las paredes de la soberbia construcción del que fuera el edificio más hermoso con que ha contado nuestro puerto, fueron demolidas, levantándose en su lugar la negociación denominada "Servicentro" supermercado que revolucionó el comercio de abarrotes en la ciudad, de 1968 a 1988, con Raúl Arturo González Mendoza como propietario.

Temple y visión

Valerio González Canseco, nieto de Miguel González Rodríguez, don Valerio, como se le recuerda, dejó profunda huella en el entonces Territorio de Baja California Sur y es ejemplo a seguir en nuestros días; fue poseedor de vigorosa personalidad; lo recordamos con respeto y admiración quienes tuvimos la oportunidad de conocerlo en familia, más allá de sus logros como el exitoso hombre de negocios que llegó a ser.

Su presencia predomina como la de un ser humano noble y generoso, padre amoroso y enérgico a la vez para lograr una correcta formación en sus hijos; hombre de pronta sonrisa, siempre dispuesto a responder a las solicitudes de apoyo y, sobre todo, brindándolo de manera anónima cuando se percataba de familias

Valerio González Canseco (archivo de la familia González Mendoza).

en necesidad, o de enfermos, situaciones de las que se enteraba por medio de las pláticas de sus empleados, conocidos, o miembros de su propia familia, se abocaba entonces a investigar y a hacerles llegar lo necesario.

Valerio González Canseco nació en Santiago, B.C.S., el 6 de septiembre de 1898, ocupando el segundo lugar de los hijos del matrimonio de Carlos González de la Toba y Manuela Canseco Cota, hijos que llevaron los nombres de Miguel, Valerio y Manuel. Valerio creció en el seno de una familia emprendedora de comerciantes, ganaderos y agricultores, debido a lo cual aprendió, día a día, a amar a su tierra y a conocer a fondo el sur peninsular y lo que producía.

Con el paso de los años demostró haber nacido dotado de una extraordinaria capacidad para el comercio, pues desde muy corta edad su diversión favorita era simular la compra y venta, tanto del ganado, de las hortalizas, y las cargas de hojas de damiana y orégano, con los que estaba tan familiarizado, y simulando estas ventas y compras, cada vez de forma distinta, sorprendía a sus familiares, que se sumaban gustosos al juego; tampoco se perdía la oportunidad de asistir a presenciar los embarques de ganado, granos y hortalizas, provenientes de los ranchos propiedad de su familia, estos embarques tenían como destino tanto la contracosta, el interior del país, así como el extranjero. También fue testigo de los trueques de alimentos frescos por mercancías de diversa índole, que efectuaban los tripulantes de los barcos con los rancheros.

Debido a la prematura muerte de su padre, él y sus hermanos se acogieron con su abuelo materno Valero Canseco, quien, entre sus propiedades, poseía la hacienda Eureka, lugar situado muy cerca de las costas de La Ribera, sitio por donde se efectuaban los embarques de la producción, en especial de Santiago, y donde pasaban el tiempo necesario para ello.

Siendo un niño inquieto e inteligente, destacó notablemente en su educación básica, sobre todo en aritmética y lectura, teniendo una marcada sensibilidad hacia la poesía.

La apacible vida en Santiago, se alternaba con visitas a La Paz, donde pasaba semanas en la casa de sus abuelos, La Torre Eiffel; disfrutaba de las mañanas en la playa y, de manera especial, al cruzar al Mogote donde solían pasar el día. También se trasladaban a San José del Cabo para visitar a su tía Amelia Canseco, cuya casa se encontraba ubicada en la calle "Ancha", muy cerca de la casa en donde vivía la entonces niña con quien varios años después contraería matrimonio.

La anécdota que dio a conocer su carácter decidido fue cuando de improviso, siendo un adolescente de 14 años, hizo saber a su madre que quería salir a estudiar a la ciudad de México, dominando su angustia doña "Chata", como cariñosamente llamaban a su mamá, accedió por la tranquilidad que le brindaba el saber que se hospedaría en la casa de su tía "Chole", Soledad González Ruffo de Obregón; y así Santiago, su pueblo, lo vio partir.

Santiago, pequeña villa que se caracterizaba por su producción de granos y hortalizas, donde se podía disfrutar de una hermosa visión en las pilas de los jardines familiares, pues allí acudían parvadas de colibríes revoloteando velozmente, daban la impresión de ser flores volando.

Doña Chata lloraba a escondidas el día de su partida, confiándole a su hermana su pena, y a su vez para consolarla ella le contesta, "No te preocupes Chata, no va a aguantar mucho fuera de Santiago, va a volver muy pronto, todavía no es hombre grande", ninguna de las dos se percató de que Valerio las escuchaba, así que ya estando en la ciudad de México, en sus momentos de nostalgia por su pueblo y su familia, el recuerdo de aquella plática le daba fortaleza y se decía a sí mismo: "Tengo que demostrar que ya soy hombre grande, volveré hasta que termine la carre-

ra"; lo que logró de manera brillante en la Escuela Superior de Comercio y Administración, y posteriormente en Los Ángeles, California, en donde estudió con gran empeño el idioma inglés.

En este viaje a la ciudad de México lo acompañaron su madre y su hermano Manuel, y coincidió con el acontecimiento de la decena trágica en 1913, por lo cual tuvieron que permanecer en casa con toda la seguridad posible, y ni aún así escaparon de que la turba entrara a registrar la casa en busca de dinero; él y su familia llevaban monedas de oro y, para evitar el latrocinio, las ocultó de la manera más sencilla: vaciándolas en la palangana y jarra de porcelana del aguamanil de la recámara, las que contenían agua, y de esta manera protegieron el capital.

Regresó a Santiago convertido en un joven profesionista, la vida en la población seguía siendo exclusivamente agrícola y ganadera, decidiendo entonces con su hermano Manuel que radicarían en San José del Cabo, no así Miguel el hermano mayor, quien por razones de sus intereses en la administración de los ranchos, opta por quedarse en Santiago. Manuel y Valerio se avocan a aplicar sus conocimientos sobre administración, en el almacén "La Voz del Sur", la casa comercial de mayor importancia en San José, tanto para el abastecimiento local, como para las exportaciones de la producción, tanto agrícola, ganadera y artesanal. "La Voz del Sur", negociación propiedad de su tío Arturo Canseco en la que conjuntamente con él tenían acciones, era sucursal de una mayor que Arturo Canseco tenía en La Paz, registrada con el nombre de "Emporio de La Paz"; la tienda, ubicada en San José, estaba instalada en el edificio que ocupara el Hotel de "Chinos" que Canseco adquirió a principios de los años 20.

El espíritu emprendedor y visionario de Valerio era la característica más notable de su personalidad y la que lo llevaba a ver siempre más adelante de su época: fueron los primeros en abrir una agencia de venta de automóviles Ford en la península.

Esto debido a la propuesta de Valerio y Manuel a Arturo Canseco, siendo la segunda agencia en la República al inicio de la década de los veinte, agencia que tuvo gran éxito, no sólo local, sino en La Paz y la contracosta, a donde enviaban los vehículos.

Ya con la experiencia adquirida en el trabajo diario, los hermanos González Canseco le proponen a su tío Arturo, en 1937, la compra de sus acciones y, sorprendido, Canseco les pregunta ¿qué piensan hacer si no les vendo?, Valerio decidido le contesta: "nos vamos a Cananea a invertir en la minería", ante el arrojo de los jóvenes, Arturo Canseco decide venderles y regresa a La Paz, quedando Valerio y Manuel al frente de los negocios, en una hermandad única que sólo terminó con la muerte.

Juntos Valerio y Manuel lograron incrementar las transacciones con nuevos negocios, uno de ellos con el auge de la producción de tomate que se exportaba principalmente a los mercados norteamericanos, y panocha, carne seca y queso regional al mercado nacional, y hojas de damiana a demandantes europeos.

Se vislumbraba un brillante porvenir en los negocios y también en su vida personal al contraer matrimonio con Angelina Mendoza Mouett el 5 de diciembre de 1934.

De esta feliz unión nacen sus hijos Valerio Miguel, Raúl Arturo, José Manuel, María Angelina y María Elena González Mendoza.

Siempre trabajando en una hermandad, más que una sociedad Valerio y Manuel González Canseco, de 1942 a 1946, además de fincar su residencia, fundan en la ciudad de México la Financiera México, S.A., asociándose a Elías Pando con la compañía filmadora de películas Astro-films.

De 1942 a 1950 fundan las siguientes empresas: Compañía Minera Perla, S.A. del Triunfo, B.C.S.; Impulsora de Turismo, S.A. y Bebidas Purificadas, S.A. en Culiacán, Sin.; Jabonera

México, S.A., Manufacturas México, S.A., Tenería Aragón, S.A. y Comercio Mundial, S.A. en México D.F.

En Los Ángeles, California, fundan la empresa Panamericana Comercial Company.

De 1955 a 1957 fundan, en La Paz, tres empresas: Automotriz Sur-Cal, dedicada a la venta de automóviles, Tecsa (Tubos y equipos de California, S.A.) y Cima, dedicada a la venta de fertilizantes.

En 1955, establecen la empresa INALAPA (Industrial Algodonera de La Paz) y finalmente, en 1960, continuando con la asociación de su hermano Manuel y ahora con su hijo Valerio Miguel y su sobrino Carlos Manuel González Ceseña fundan Almacenes California, con matriz en la ciudad de México y sucursales en La Paz y San José del Cabo, Baja California Sur.

De manera personal San José del Cabo lo recuerda como su benefactor, debido a que, entre otros donativos que hizo, donó el terreno para la construcción de la Escuela Secundaria "José Antonio Mijarez", el terreno donde ahora se encuentra el Jardín de Niños "Educadora Laura Núñez Cota", el terreno en donde se construyó el Hospital "Dr. Raúl A. Carrillo Salgado" y el terreno que hoy ocupa el Teatro "Manuel Lomelí". En la ciudad de La Paz junto con Miguel L. Cornejo y Carlos "Chalito" Cota, entre otras personas más, contribuyen con la fundación la "Ciudad de los niños y niñas", centro creado por el padre Carlitos y que ha transformado la vida de los niños desvalidos.

El 1 de julio de 1965, su vida se extingue en la ciudad de México, rodeado del cariño de su familia y amigos, con la satisfacción del deber cumplido. Su nombre quedó inscrito en una de las principales avenidas de San José del Cabo y en la plaza comercial que en su memoria construyera su hijo José Manuel González Mendoza en su Baja California Sur.

La medicina en La Paz, siglos XIX y XX

Gracias al legado que nos dejara el Dr. Enrique Von Borstel Labastida en lo que llamó *Resumen de la historia de la medicina en Baja California Sur*, cuyos hechos transcurrieron dentro del edificio del Hospital Juan María de Salvatierra –fundado en 1890, durante la jefatura política del general Bonifacio Topete–, podemos valorar plenamente la entrega, al ministerio de su profesión, de los galenos que ejercieron y ejercen en nuestro puerto:

Dr. Enrique Von Borstel Labastida.

> Hacia 1860 el médico nayarita José de Jesús Reza enviado por el gobierno central a la zona de Santiago, Agua Caliente, Miraflores de la Sierra y Caduaño a combatir el paludismo

en su etapa más intensa y ese mismo año llegó a La Paz un eminente médico genovés, con experiencia de 11 años de lucha contra las epidemias ecuatorianas, el Dr. Vicenzo Polastri que se nacionalizó mexicano y de 1860 a 1868 organizó el primer cuerpo de auxiliares de enfermería en cada población atacada por el paludismo.

Además, el Dr. Polastri, encargado temporalmente de las tropas del 17 batallón irregular La Paz, pugnó para que doña Josefa Santa Cruz Frella de Ruffo cediese una hectárea de terreno de sus huertos de la zona del Esterito para la construcción del **Hospital Civil Juan María de Salvatierra**, inaugurado oficialmente el 14 de julio de 1890 por el Jefe Político, general Bonifacio Topete.

Habiendo sido el Dr. Vicenzo Polastri el primer director.

El segundo director del hospital Salvatierra fue el Dr. José Manuel María Hidalgo Navarro nativo de San Antonio primer médico de origen sudcaliforniano.

Hospital Juan María de Salvatierra, 1899 (AHPLM).

El general Bonifacio Topete fue el Jefe Político que lo fundó. Inmediatamente después de su inauguración comenzó a funcionar una junta de beneficencia que organizó el propio Jefe Político con la finalidad de que ésta se encargara de promover todo lo necesario para conseguir los recursos económicos que se requieren para la alimentación, medicinas, etc., de los enfermos, así como para la terminación del edificio.

Los integrantes de esta junta fueron: Gastón Vives, Miguel González, Sóstenes Becerra, Apolonia Casillas, Francisco L. García, Ernestina P. de Ruffo, Guadalupe de Rivera, Mercedes R. de Espinoza, Carlota C. de Cornejo, Dolores González, Concepción Saldierna, Brígido Preciado y Octaviano Ruffo quien desde un principio fungió como tesorero.

El Jefe Político ordenó que sus nombres quedaran escritos en un cuadro que fue colgado en el lugar más visible del salón principal del hospital y de hecho fueron los que sostuvieron el nosocomio, ya que el gobierno de México y los ayuntamientos poco o nada contribuían para estos gastos. Esta junta de beneficencia, en coordinación con las autoridades locales, fue quien desde un principio enfrentó los problemas propios de un hospital, el cual no obstante que había sido inaugurado oficialmente no reunía los requisitos indispensables para ser una verdadera institución hospitalaria, por ello las autoridades solicitaron al gobierno federal la cantidad de $20,104.00 para la construcción del edificio, haciendo gratuitamente el presupuesto de la edificación el Ing. Alfredo Rosenzwaig, planeando la inversión en las mejores condiciones posibles y enviándolo para su aprobación al general Porfirio Díaz el 23 de septiembre de 1890 o sea dos meses después de la inauguración. Este presupuesto tuvo que pasar por el secretario de gobernación Matías Romero el cual contestó al jefe político Bonifacio Topete, en nombre de Porfirio Díaz lo siguiente:

"El Sr. Presidente reconoce la importancia de que se haga esta obra pero hay la circunstancia de que por ahora no puede destinar ningunos fondos para los gastos de ella. En esta virtud

me ha ocurrido que valiéndose usted de los medios análogos a los que empleó en la ensenada para arbitrarse recursos y llevar a cabo la parte de la construcción que allá hizo, bien podría usted ir haciendo esta obra que es tan útil y tan necesaria entre tanto mejoran las circunstancias del erario y se puede mandar hacer el gasto de lo que falte".

Para recolectar fondos las juntas de sanidad de los principales ayuntamientos realizaron promociones para recaudar donativos de los particulares, con una generosa respuesta de los californianos, si se toma en cuenta el atraso económico que se padecía en la península. Ante las juntas de sanidad y de la propia beneficencia del hospital desfilaron muchísimas personas que entregaron sus donativos para la construcción del edificio. Destacan en esa acción la organización de actividades teatrales, conciertos, kermesses, rifas y otros eventos tendientes a recaudar los fondos necesarios. Sabemos que la compañía El Boleo contribuyó con donaciones en efectivo, así como con materiales de construcción. No sabemos cuántas peripecias los paceños hubieron de pasar para lograr finalmente la construcción del edificio, ligándose la historia de la institución al pueblo de La Paz y del territorio. Las juntas de sanidad que se establecieron en las principales ciudades del Distrito también recaudaron dinero mediante la venta de lo que se denominaba patentes, que eran cupones, o sea algunos impuestos municipales que recibían ese nombre.

El edificio que albergó primero al Hospital Salvatierra perteneció originalmente al ayuntamiento y se componía de dos piezas. Estaba ubicado en las calles que hoy se designan Madero y Salvatierra. Le pusieron al hospital el nombre del misionero jesuita Juan María de Salvatierra y Vizconti por considerar que la figura del Padre Salvatierra era la imagen exacta que mejor escogía el espíritu de beneficio que estaba llamado a desempeñar el hospital. El presidente municipal, Federico Cota, en sesión solemne del cabildo el 28 de febrero de 1893 aprobó el acuerdo que ordenaba se conservara para siempre el retrato del padre Salvatierra en parte principal y visible del edificio, así como la

placa que indicaba los nombres de los miembros de la junta de beneficencia ya enumerados:

La señora Jesús Tapia, originaria de Cosalá, fue nombrada la primera administradora del hospital que, repetimos, se inició con dos cuartos y luego llegó a tener 15 camas, pero que ya a principios del siglo contaba con 3 salones generales para hombres y uno para mujeres, seis apartados para hombre o mujeres y una sala para enfermos distinguidos. Los salones generales para hombres fueron bautizados con los nombres de "Montes de Oca", "Dr. Lucio" y "Monseñor Alcalde" y los tres salones contaban ya con un total de 16 camas. Las dependencias del antiguo hospital se distribuían en un despacho para el médico director, una habitación para la administradora, una despensera, una habitación para criados, una cocina, un comedor, despensa, un almacén y una pieza para botiquín, un baño excusado y finalmente una pieza de descanso para cadáveres.

Se sumó a los doctores Polastri e Hidalgo el eminente epidemiólogo español originario de Santander, el Dr. Valeriano Landera Galán que se quedó a luchar por la salud en estas tierras durante 44 años y fue el tercer director del Hospital Salvatierra y el segundo jefe del Consejo Médico Bajacaliforniano hasta el año de 1900, año en que el gobierno cambió el rango a Delegado General de Salubridad.

Es de consignarse que durante dos años, de 1883 a 1884, estuvo entre nosotros el doctor Kraft que luchó con los brotes de fiebre amarilla entre la población contratada por la empresa minera francesa.

El doctor José Manuel Hidalgo ya mencionado, nativo del Real de San Antonio, inició sus labores al lado del Dr. Kraft de quien aprendió muchísimo en la lucha de ese padecimiento. En 1891 fue nombrado inspector de sanidad y a la muerte del Dr. Polastri asumió la dirección del hospital, colaborando los pasantes Rufino Gaxiola Alcántar y Federico Cota Savín, oriundo de San Antonio y que llegó a ser gobernador del Distrito Sur de la península.

Para 1885 llegó, procedente de la Habana, Cuba, el Dr. José Santana Guerra, nativo de las islas Canarias, quien se quedó definitivamente en el área de Todos Santos hasta 1923 que falleció.

A fines del siglo XIX y principios del XX hubo varias epidemias de paludismo intenso y alarmante, enviando el ministerio de salud de la ciudad de México a cinco médicos y una enfermera especialista a sumarse a los residentes para luchar contra la plaga, además de la fiebre amarilla cuyo vector es el mosquito *Aedes aegypti*, que también transmite el dengue. En 1918 causó una mortandad espantosa junto con una epidemia de influenza española.

Los doctores Perfecto Vadillo, poblano, Guillermo Servín, veracruzano, Ventura Viruete Mendoza, nayarita, Armoure Mc Hatton de origen anglo francés, Esteban María Boscani ex sacerdote español y la enfermera Carolina Félix Valle, oriunda del Real de San Antonio, que había sido enviada a entrenarse a la ciudad de México, todos fueron concentrados en la zona de La Purísima y Mulegé porque la epidemia estaba diezmando a esas poblaciones en forma despiadada, asumiendo Carolina Félix interinamente la dirección del Hospital Salvatierra el 6 de junio de 1890, tocándole asistir en su muerte al Dr. Vicenzo Polastri, fundador del Hospital Salvatierra y maestro de muchos médicos de la época.

Carolina murió en 1892 y el Dr. Boscani, ex sacerdote, asume la dirección del hospital, seguido por el Dr. Mc Hatton, auxiliado por el Dr. Federico Cota, ya que hablaba con mucha dificultad el español y enseguida pasó el hospital por un matriarcado ya que, además de la directora, la administradora era doña María de Jesús Tapia originaria de Todos Santos y capacitada personalmente por la capitana Toñita Orozco.

En 1892, el tercer médico oriundo de Baja California Sur, el Dr. Francisco López Castro, nativo de San José del Cabo, se unió a las campañas de sanidad y de 1900 a 1904 fue director del hospital; delegado de salubridad en el Distrito Sur el Dr. Miguel Pérez al que siguió de 1904 a 1906 el Dr. Feliciano Ortiz, de

1906 a 1907 el Dr. Jesús M. Elizondo y de 1907 a 1910 el Dr. Ventura Viruete Mendoza, que junto con otros revolucionarios fue encarcelado y enviado a Guaymas y otros al destierro a Estados Unidos o fusilados aquí mismo en La Paz.

El Dr. Eduardo Fernández Morphen, de origen anglo-español, nacido en Hong-Kong llegó a La Paz en 1910 y fue director del hospital de ese año a 1920, fundando conocida familia paceña y permaneciendo aquí hasta su fallecimiento.

Hacia el fin del mandato del Dr. Viruete en 1909, otra mujer fue directora interna del hospital, la enfermera paceña Leocadia Mancillas, quien entregó la dirección al Dr. José Baba, yucateco, y fue auxiliado por el Dr. Dwight Lewis Beckingdale, norteamericano enviado gratuitamente desde el puerto naval de Bahía Magdalena.

Hacia 1913 el Dr. Baba entregó la dirección del hospital a un médico egresado de la Universidad de París, el Dr. Víctor Lacavalerie, quien fue auxiliado por el joven médico empírico Federico Cota Talamantes y el Dr. Antonio Robles del Campo, quien continuó trabajando, aunque sin título, durante 43 años. De 1916 a 1918 se presentaron las epidemias de fiebre amarilla y la de influenza española, luchando contra ellas el Dr. Antonio Robles del Campo, el Dr. Fernández Morphen, el médico empírico Federico Cota Talamantes y en Comondú el enfermero sonorense Julio Molina Urastegui, quien prestó atención médica en esos lugares por tres décadas.

En plena revolución, en la esquina de Francisco I. Madero y 5 de Mayo, llegó a trabajar en servicio social el Dr. John Charles Ingram, odontólogo originario de Sulters, California; mientras, de 1919 a 1920, operó en la ciudad el primer laboratorio clínico en la esquina de 5 de Mayo y Guillermo Prieto, manejado por el Dr. Marcus Goodson.

En 1920 fue director del hospital el Dr. Fernando Hurtado, e inspector de sanidad el Dr. Abraham Romo Vivar, en 1927 asumió ambos cargos el Dr. Miguel Ángel Nevarez.

En 1928 asumió la dirección del hospital el Dr. Esteban G. Morales, quien practicó en ese hospital la primera apendicectomía debidamente programada y reglamentada al profesor Luis Rodríguez Chávez y poco después otra a la señora Jesús Moreno de Isáis, siendo pues el pionero de esta clase de intervenciones en nuestro nosocomio. Inclusive recuerdo que a mí me curó del sarampión.

En esa época llegaron también los Dres. José Torre Iglesias quien se dedicó poco a la medicina, orientando sus actividades a la enseñanza y al arte; también llegó el Dr. Pedro J. Domínguez, cuyo nombre lleva el hospital de Todos Santos y dejó una estela de admiración y respeto en el pueblo terrisureño. A mí me operó de apendicitis en 1935 en La Paz.

Relatan las crónicas una tragedia que ocurrió en 1929 cuando una enfermera, Bertha de la Peña Almeida, originaria de San Antonio, murió atacada por un demente en un cubículo de aislados del nosocomio sin que nadie se diera cuenta de los gritos de auxilio de la pobre mujer. Fue enterrada con honores y acompañada por todo el pueblo al cementerio el 7 de diciembre de ese año.

En la década de 1930 existió el brote más grave, así como el más extenso, de paludismo. Llegaron los doctores Miguel Ángel Batturoni Bellini, Fausto García Merino y José de Jesús Montero a La Paz, a San José del Cabo Miguel Quevedo, a Santa Rosalía Gonzalo Ángel Ruedo, a Todos Santos Pedro J. Domínguez, y Cirilo Mondragón Ochoa a Santiago. De ellos Miguel Ángel Baturoni se casó con una todosanteña, Cirilo Mondragón con Esther González Aguiar –nuestra querida "Terucha"– nativa de Santiago, B.C. y es el padre de nuestro querido traumatólogo Miguel Mondragón González y toda una institución en el extenso campo del municipio de Los Cabos.

Abro un paréntesis para ahondar sobre la labor del Dr. Mondragón en esos años de lucha para erradicar el paludismo, en especial de la zona de Santiago y San José del Cabo, debido a la afectuosa relación que hemos tenido con nuestras familias,

logré ahondar en este importante suceso platicando con su hijo el Dr. Miguel Mondragón González y he constatado la relevancia de la participación y entrega como médico y ser humano de su padre, lo que es reconocido ampliamente en toda la región sur de la península.

Ya en la década de 1940, con el fin de lograr la exterminación del vector del paludismo *anopheles*, llegó a Santiago el entomólogo Correa Colorado, quien unió esfuerzos con el Dr. Mondragón y recibieron un importante apoyo de la fundación Rockeffeller, la que envió, entre otras cosas, *Jeeps* de color amarillo para facilitar el traslado del personal médico a las difíciles áreas donde se ubicaban las rancherías y poblados, así como un importante equipo y material de laboratorio para la detección del paludismo.

Continuamos con el texto del Dr. Labastida:

> En 1930 el C.D. Edelmiro González García, originario de Ciudad Victoria, Tamaulipas, egresado de la Universidad Nacional de México, abrió un consultorio dental –que ahora es manejado por su hijo el C.D. Enrique González Moreno y su nieto–, el Dr. Edelmiro González vino contratado por la Tenería Suela Viosca a atender a sus trabajadores, pero además atendió gratuitamente, durante 10 años, a los necesitados del Hospital Salvatierra.
>
> En el año de 1933 llegaron los doctores Federico González Anaya, Rafael Alvarado y a Santa Rosalía el Dr. Adán Velarde Oaxaca, chihuahuense, a la compañía de El Boleo, ganándose no solamente la confianza, sino prácticamente la devoción de los habitantes de aquella región del norte de la península y de muchas partes de la misma. Llegó a ser diputado federal y fundó el servicio médico del Congreso de la Unión en México, creando un timbre postal a favor de las campañas de medicina preventiva en el país.
>
> En 1935 llegaron los doctores Cicerón Mejía y Augusto Holguín Hermida y se estableció el servicio sanitario ejidal en el territorio al mando del Dr. José Ángel Dávila García, acom-

pañado por cuatro médicos que se distribuyeron por el Distrito: los doctores Eduardo S. Llerenas, Manuel Natos Pérez, Ernesto Cervera Castellanos y el sacerdote y médico César Castaldi Gionella, quien se estableció definitivamente en San José del Cabo. Entre 1938 y 1941 llegaron los doctores Heleodoro Campos Robledo, Miguel Arroyo Guijosa, Fausto García Pino, Juan Manuel Villaseñor, Jorge Vallesca Valencia, Rafael Cano Ávila y Romeo Velasco Valdivieso.

En San José del Cabo y la región sur del estado seguían trabajando el Dr. Mondragón y el Dr. Pico y enseguida el Dr. Eduardo Rodríguez Cota, mientras en Santa Rosalía los Dres. Velarde, Olguín, Ramírez y posteriormente Daniel Sánchez Cornish, mientras que por una temporada, y aún como médico general, nuestro cardiólogo el Dr. José Santa Ana Piñeda y su esposa la Q.B.P. María Luisa Estrada de Santa Ana; en el Pacífico norte el Dr. Sergio Noyola atendía toda esa extensa región de las bahías hasta San Ignacio, y al Valle de Santo Domingo llegaban Francisco Urrea y Víctor Maya Rojas.

En 1940 llegaron a La Paz los doctores, médicos militares, Joaquín Corres Calderón y Salvador Álvarez de los Cobos, adscritos a la 3ª. Zona militar y al 5to. Batallón de infantería. El Dr. Joaquín Corres Calderón fue director-jefe de cirugía del Hospital Salvatierra y yo lo considero mi maestro de cirugía, pues desde primero de medicina en la facultad me "pegué" a él en cada periodo que tenía de vacaciones para meterme con él al quirófano y después, ya recibido, cada vez que no estaba de cursos de adiestramiento en las diferentes instituciones donde estuve. Está ya jubilado como General M.C. y seguimos siendo íntimos amigos y compadres. A este equipo se unió el Mayor M.C. Alberto Forcada Martínez, médico particular del general Olachea Avilés, gobernador del territorio.

El Dr. Raúl Carrillo Salgado, a fines de 1935, llegó como médico de la Escuela Normal de San Ignacio y en 1938 se vino a La Paz en donde fue jefe de servicios coordinados de salubridad y director del Hospital Salvatierra y gravemente enfermo. Durante

cinco años el Dr. Francisco Cardoza y yo, de mutuo acuerdo, nos repartimos la obligación de atender la dirección del nosocomio, ya que él no podía trabajar directamente hasta que falleció en la ciudad de México el 6 de abril de 1962. Su ilustre nombre lo lleva el auditorio del Hospital Salvatierra, el hospital de San José del Cabo y una sociedad mutualista de esta ciudad.

Su hijo, el Dr. Raúl Carrillo Silva fue jefe de Servicios Coordinados de Salud de 1962 a 1968 y actualmente es secretario general de gobierno del Sr. Lic. Víctor Manuel Liceaga Ruibal. Lo siguió en el puesto de la Secretaría de Salud el Dr. José Berber Sánchez de 1969 a 1970, el Dr. Antonio Carrillo Huacuja de 1971 a 1972, el Dr. Sergio Ángeles Zepeda de 1972 a 1973, el Dr. Francisco Cardoza Macías de 1974 a 1977, el Dr. Jorge Miranda Mejía de 1977 a 1981, el Dr. Rafael Olachea Sandoval de 1981 a 1983 y desde febrero de 1984 a la fecha el Dr. Rubén Cardoza Macías.

El Dr. Armando León Serrano Anaya primero ejerció medicina general en Loreto y San José del Cabo y luego se fue a especializar en oftalmología a México, siendo así el primer oftalmólogo establecido en la entidad.

La primer sociedad médica que se formaba en el entonces Territorio fue la Sociedad Médica Sudcaliforniana, donde, como éramos muy pocos, también ingresamos al grupo con fines de convivencia y de estudio para mejorar nuestros conocimientos y atender mejor a la población, constituyendo un grupo mixto de médicos, dentistas, laboratoristas, y el único anestesiólogo que había venido a Baja California Sur, el teniente Juan Ángel Cordero, ya que desde los años 30 el administrador del hospital, el inapreciable don Ángel Román nos daba las anestesias generales con el "ombredane" con una mezcla de éter, cloruro de etilo y gomenol. Cuando ya la Dirección de Profesiones y la Secretaría de Relaciones Exteriores nos autorizaron, el 19 de marzo de 1968, constituimos formalmente el Colegio Médico de La Paz, al que posteriormente se fueron uniendo, al reunir el número adecuado de socios y cumplir los requisitos legales, los colegios

de Comondú, de Los Cabos y de Mulegé, hasta que por fin, ya actualmente, contamos con la realización del sueño que tuvimos tanto tiempo: la Federación Médica de Baja California Sur.

Recuerdo que al principio, cuando sólo era la sociedad médica sudcaliforniana, el mayor número de las sesiones las hacíamos en La Paz, pero para que todos tuvieran el privilegio de convivir en esa asociación y de intercambiar experiencias y conocimientos, también las hacíamos en San José del Cabo, Santa Rosalía, en Ciudad Constitución y especialmente en Santiago, con la alegría y fraternidad que le daba a las reuniones nuestro inolvidable "Ciro" Mondragón.

En 1941 llegó a Todos Santos el Dr. Guillermo Corssen Luna como jefe de servicios rurales e higiene general, de donde salió electo diputado federal por la entidad y tuvo el honor de tomar la protesta como presidente de la República al Lic. Adolfo Ruiz Cortínez, por ser el miembro más joven de su legislatura y viniendo a terminar su gestión como delegado del ISSSTE y director de la Aduana Marítima de La Paz, actualmente retirado. También fue mucho tiempo, junto con Juanito Cordero, nuestro anestesiólogo.

El Dr. Francisco Cardoza Carballo que ya era profesor normalista, terminó su carrera de medicina en la UNAM y se vino a establecer en la entidad en 1940 y dentro de las múltiples actividades que tuvo en beneficio del pueblo, como neumólogo fundó el preventorio anti tuberculoso en 1939, en servicio social, con cuya acción se salvaron muchos niños de ser contagiados por sus padres de la "peste blanca" que, según un reporte del general Francisco J. Mújica al presidente Manuel Ávila Camacho afectaba a un 25% de la población sudcaliforniana, lo cual considero una exageración, aunque sí es cierto que eran muchos los casos que existían entonces. Al Dr. Cardoza Carballo y su grupo de enfermería se debe que muchos niños escaparan de la tuberculosis y en el preventorio sostenido por el gobierno del estado donde se les daba alimentación, ropa, calzado, educación,

medicina y atención médica, se pudo realmente prevenir el ataque del bacilo de Koch.

A continuación se construyó el Hospital Roberto Koch en el año de 1950 donde el propio Dr. Cardoza Carballo conmigo como ayudante y las religiosas Carmelitas Descalzas atendimos durante 14 años con la técnica de colapsoterapia (neumotórax, toracoplastias, frenicectomías) Iso Niazida, dehidroestreptomicina, PAS, hasta que fue demolido en el año de 1968 para construirlo en la misma cuadra donde está ahora: en la calle Bravo y Lic. Verdad. Se construyó después de siete sesiones del Colegio Médico de La Paz con la comisión constructora de la Secretaría de Salubridad y el gobierno del estado el actual edificio donde está el Hospital Juan Ma. de Salvatierra y Vizconti, que inició sus labores en diciembre de 1969.

Personal del Hospital Juan María de Salvatierra. De derecha a izquierda: Dr. Valdivieso y Graciela Taylor de pie, sentadas: Lucía Jordán, María Gámez, Lucía y Amalia Angulo y María Luisa Pozo (archivo de la familia Davis Avilés).

En el Hospital Antituberculosis Roberto Koch, como no teníamos dinero para las placas radiográficas, hacíamos los controles de los neumotórax con fluoroscopía, de tal manera que nos encerrábamos dos veces por semana teniendo como protección solamente los guantes y el mandil emplomados y un cubre-bocas sencillo con 25 o 30 tuberculosos para controlarlos. No sé cómo no estamos los dos con lesiones dérmicas en las manos por la radiación o invadidos de tuberculosis, quizá porque entonces estábamos más fuertes y no tan achacosos como ahora.

El 20 de noviembre de 1958 tuve el honor de ser quien inauguró la primera unidad del Seguro Social en B.C.S. y fui su director y jefe de cirugía durante 24 años. Ahora ya hay unidades hospitalarias de dicho magnífico instituto en Ciudad Constitución, Guerrero Negro y unidades de atención médica familiar en San José del Cabo, Cabo San Lucas, Loreto, Santa Rosalía, Bahía Tortugas y todo el Pacífico norte incluyendo Isla de Cedros y Natividad.

También se construyeron los hospitales de San José del Cabo, de Todos Santos, Ciudad Constitución y de Santa Rosalía, por la Secretaría de Salud de México.

Son muchas las anécdotas que podemos contar de esos años duros y difíciles en que tuvimos que luchar, como desde el principio luchó la Junta de Beneficencia del hospital, con los escasos recursos económicos que nos forzaban muchas veces a improvisar o inventar diversos recursos para aliviar a nuestros pacientes.

Mi esposa, la Dra. Graciela Álvarez Rivera de Von Borstel, desde 1947 se vino conmigo para incorporarse a la acción médica de Baja California Sur y fue, durante dos años, jefa de servicios médicos escolar en el Hospital Salvatierra hasta que decidió dedicarse a atender a sus hijos y a la enseñanza de la biología en la Escuela Secundaria José María Morelos y Pavón.

Durante esta lucha por atender mejor a nuestros pacientes realizamos muchos actos bizarros y aun temerarios. Recuerdo que nuestro inolvidable don Ángel Román administrador del Hospital Salvatierra durante muchos años y el no menos querido don Candelario Antuna hacían soluciones (sueros) fisiológicas

y glucosadas con agua que destilaba el auto-clave grande del quirófano y pesaban la sal y la glucosa en la balanza granataria, porque muchas veces no había con que comprar los sueros comerciales. Lo raro es que casi nunca tuvimos un choque pirógeno… ¡Dios protege la inocencia!

Aparte de fabricar los sueros y preparar las prescripciones magistrales en la farmacia del hospital, don Ángel Román como ya lo he dicho era nuestro anestesista, cuando no podíamos usar raquia-anestesia sino que teníamos que recurrir a la anestesia general con el ya mencionado aparato "ombredanne" o a veces con mascarilla abierta con gotero. Cuando me operó de apendicitis el Dr. Pedro J. Domínguez fue don Ángel Román quien me anestesió con ese método de "ombredanne".

Como no teníamos casi instrumental quirúrgico ortopédico excepto algunos cinceles, fijador de lambotte, alambre maleable, desatornilladores, etc. Las operaciones de huesos las teníamos que hacer con equipo que conseguíamos en las ferreterías locales, e inclusive el Dr. Esteban G. Morales realizó osteosíntesis con placas de carey esterilizadas por ebullición, lo cual también facilitaba moldearlas para contener los fragmentos óseos en su lugar, muchas veces con alambre de plata o tornillos de acero, ya que no teníamos de vitalium u otro material.

Hacíamos sostenes de fracturas complicadas con minutas o abiertos por el traumatismo, algunas veces con alambrón de las construcciones de concreto aplicadas sobre los yesos en férulas externas que permitían la curación sin meter material extraño en la herida e, inclusive, en muchas ocasiones inventamos incubadoras con focos eléctricos que apagábamos o encendíamos según el calor que requería el prematuro o recién nacido para conservar su vida, dándoles alimentación por nuestras admiradas enfermeras, a falta de sondas especiales para lactantes, con leche diluida administrada por goteros.

Los casos sépticos peritoniales o extra-peritoniales, después de amplio lavado con suero fisiológico, del que fabricaba don Ángel, los desinfectábamos con hexil-resorcinol o peróxido de

hidrógeno, clorazena o en algunos casos permanganato de potasio aplicado localmente y no sé cuántas otras cosas hacíamos, forzados por la necesidad de salvar vidas con tan pocos recursos.

El Dr. Guillermo Vallarino Kelly, afamado ginecólogo, llegó en el año de 1956 y desde entonces trabajó en el Hospital Salvatierra y posteriormente en el ISSSTE, al igual que unos años después del Dr. Gustavo Farías Noyola.

Llegaron también y se quedaron a trabajar en el estado los hijos del Dr. Francisco Cardoza Carballo, los doctores Francisco Cardoza Macías, eminente cirujano con posgrado de 6 años en la clínica Rochester de Estados Unidos y junto conmigo, que fui el primero, y el Dr. Guillermo Villarino Kelly somos los tres únicos miembros del Colegio Americano de Cirujanos en esta ciudad a la fecha. Su hermano, el Dr. Rubén Cardoza Macías, fue el primer patólogo que tuvimos en esta ciudad, llegando en años más recientes el Dr. Francisco Aguilar Von Borstel y su esposa la citóloga María Teresa Magaña de Aguilar.

Después llegaron una pléyade de médicos generales y especialistas que completaron el cuadro de atención médica en esta tierra guaycura: anestesiólogos, ortopedistas, gineco-obstetras, pediatras, internistas, oncólogos, neurocirujanos, cirujanos plásticos, médicos sanitaristas, y así fueron aumentando y fortaleciendo el sector salud en nuestra tierra el Dr. José Santa Ana Piñeda primer cardiólogo establecido en La Paz, Eduardo Rodríguez Cota y posteriormente sus hijos Roberto Cota Pulido, oncólogo y Raúl Cota Pulido, pediatra, el Dr. Juan Manuel Anzaldo Oliva, C.D. Ricardo Von Borstel Álvarez, la C.D. Carmen Rodríguez Cota, Arturo Pérez y Pérez, Luis Amezcua González, Eduardo Ajuria Gowald, Víctor Maya Rojas, pionero junto con Francisco Urrea en el Valle de Santo Domingo, C.D. Rodolfo Gibert Romero, David Noriega García, Manuel Mora Esteba y muchos años antes el Dr. Manuel González González nativo de San José del Cabo quien murió trágicamente en un accidente en el hogar del Dr. José de Jesús Castorena, afamado pediatra que residió en Loreto, el Dr. José Gottine de origen alemán que

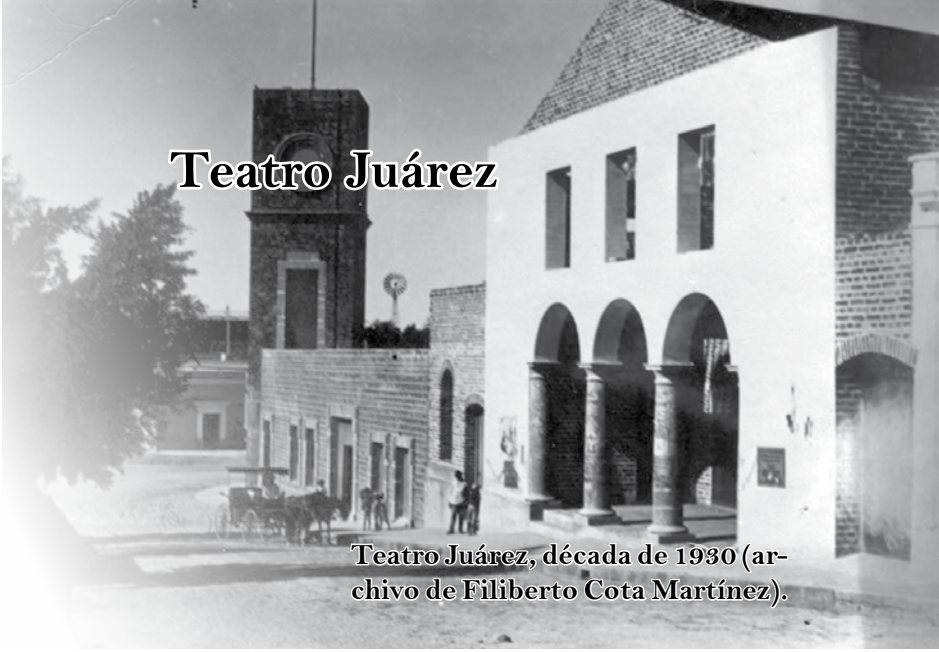
sirvió en la zona de Buena Vista y la Ribera, C.D. Manuel Calderón Ortiz de Zaratem, Enrique González Moreno y Ramona Briceño Rodirigiera, Álvaro Fox Alonso, Gral. médico cirujano ortopedista que fue director del hospital regional militar y actualmente presidente de las XX Jornadas Médicas Sudcalifornianas de 1987, Carlos Cornejo Luna eminente radiólogo con amplia y utilísima práctica en esta región, al que se unieron los doctores también radiólogos Carlos Pérez Villegas y Armando Serrano Castro, cirujanos plásticos Fabio Castro Zárate y José Luis Zúñiga Mendoza, contando desde mucho antes con los médicos generales: Carlos Millán Calles, José de Jesús Soltero Gaytán, Carlos Zaragoza Cota Carrillo y en San José del Cabo: Severo Orduño Castañeda. Se incorporó nuevamente a Baja California Sur el general M.C. retirado Alejandro Magallón Cosío, nativo de esta ciudad, que estuvo mucho tiempo en Acapulco y ya retirado es el actual director de la clínica hospital del ISSSTE.

Entre el enorme listado de trabajadores de la salud en Baja California Sur, tan grande que es imposible mencionarlos a todos, sí recordamos a personas como Anita Ruibal Cosca, partera muy querida y estimada en la población, Leonarda Rivera de Mújica, Isabel Coronado Pisano, Luis Gastélum García, Pedro Medrano Méndez, Ángel Fernández, Lucía y Rosario Angulo Hirales, y mil más que dieron su dedicación y tiernos cuidados a la población, contribuyendo grandemente al bienestar del pueblo nativo.

El Instituto Mexicano del Seguro Social y el Instituto de Seguridad Social al Servicio de los Trabajadores del Estado contribuyeron con una multitud de medios familiares (generales) y especialistas diversos a la considerable mejoría de la calidad de atención médica en la península. Y así vinieron, entre otros, los hermanos Hernández Vela Salgado, Dr. Antonio Villafuerte Moreno, Genaro Obregón Mimbela, René Urcádiz Verdugo, José Antonio Martínez Salcedo, José María Mendoza Salgado, y miles que han contribuido con sus experiencias y su trabajo a la atención médica quirúrgica del pueblo.

Actualmente ya tenemos Colegio de Enfermería, Colegio Dental, Colegio de Medicina Interna, asociaciones de ginecología y obstetricia, de traumatología y ortopedia, de trabajo social y otros que contribuyen a que se continúe mejorando el alto nivel de servicios médicos que se ha alcanzado en Baja California Sur, encabezado por los elementos de la Secretaría de Salud, del Instituto de Salud, del Instituto Mexicano del Seguro Social, del Instituto de Seguridad Social al Servicio de los Trabajadores del Estado, del Desarrollo Integral de la Familia y la Federación de Colegios Médicos de Baja California Sur. Importantísimo es mencionar la extensa y decidida colaboración que han tenido en la medicina del estado el Hospital Militar Regional y la Enfermería de la IV Zona Naval.

Teatro Juárez



Teatro Juárez, década de 1930 (archivo de Filiberto Cota Martínez).

La capital del distrito sur está en pleno auge económico, social y cultural, y con las necesidades propias que demandaba el crecimiento de la misma tanto en educación, urbanización, salud y espacios culturales, uno de ellos fue la necesidad de construir un teatro, que debido al gran interés que existía en la población por las bellas artes, se hacía imperiosa, pues además de los artistas locales que organizaban periódicamente veladas literarias, arribaban al puerto procedentes de Guaymas, Mazatlán, del centro del país o bien del extranjero, diversos grupos de artistas, ya fuera por contrato o porque las compañías, estando en gira, así lo decidían.

El 16 de agosto de 1883 en la sección de gacetillas de *La Voz de California* de quien era director Felipe Cota se pudo leer:

> Se espera en esta ciudad al Ruiseñor Mexicano: gloria nacional y prez de nuestro pueblo, se hacen grandes preparativos para recibirla lo mejor posible, pero quizás saldrán fallidas las esperanzas que abrigan los habitantes de esta población porque aquí no hay teatro, ni local propio para la representación de óperas. De todas maneras se ha iniciado una suscripción entre

los comerciantes y empleados públicos para preparar el local del "Colegio Católico" y hacer a la distinguida artista la recepción que por sus virtudes merece.

Desde nuestra niñez tenemos el honor de cultivar la amistad de la egregia artista.

Confundida en su inestimable álbum, se halla la expresión sincera de nuestra admiración, porque donde quiera que ha estado ÁNGELA PERALTA ha dado testimonio de su patriotismo y generosos sentimientos.

Si por fortuna viniera aquí, estamos seguros de que dejará inmortal recuerdo entre nosotros. La divina voz, el divino arte que posee se consagrará como siempre al auxilio de los desvalidos.

Así, el 23 de agosto de 1883, después de su arribo un día antes a nuestro puerto a bordo del vapor "Newbern" acompañada por los 80 integrantes de la compañía de ópera Italiana de la cual la Peralta era la figura principal, en primera plana de *La Voz de California* se leía la siguiente crónica:

Agosto 23 1883

MARÍA DE ROHAN

Pudiéramos ofrecer algún incienso a la eminente artista mexicana señora ÁNGELA PERALTA, pero nos abstenemos de ello, porque tal vez incurriríamos en vulgaridades, no siendo capaces de hacer una justa crítica, ni de otorgar un elogio, también justo, tratándose del divino arte de la música.

El sábado próximo pasado, tuvimos la fortuna de escuchar al Ruiseñor Mexicano, en el hermoso melodrama trágico de Cammarano, María de Rohan, con música de Donizetti.

Como siempre la señora Peralta estuvo a la altura de su reputación.

¡Lástima! que el elenco de su compañía no guarde proporción con las admirables aptitudes de la artista mexicana. Sin embargo como en la península es cosa rara la representación de óperas, por no decir desconocido, lo más distinguido de esta población se reunió en el teatro que se improvisó en la Casa de Gobierno.

Faltó al público el tino de comprar libretos; de manera que muchas personas no comprendieron la acción que se ponía en escena; y como ya es extemporáneo, nos abstenemos de hacer reminiscencias históricas de María Condesa de Rohan.

Ángela Peralta interpretó a María de Rohan en la Casa de Gobierno de La Paz, B.C.

La descripción de su recibimiento en el muelle fiscal quedó en la memoria de "Cuquita" Taylor con el color azul de lo inolvidable:

> Me contaba mi madre: "la Peralta llegó vestida de blanco, y los que asistimos a recibirla le llevamos flores", también asistió el Jefe Político Filemón C. Piñeda, Manuel Hidalgo, Alejandro E. Allinsonn y Félix Moreno entre otras autoridades.
>
> Los habitantes de la ciudad sumaban en ese año 4500, así que el arribo de los artistas fue todo un acontecimiento, la presentación fue un día después en los corredores de la Casa de Gobierno que rodeaban un jardín interior, y sólo tuvieron acceso las familias acomodadas, tanto de la ciudad como de las poblaciones mineras vecinas y aún de la contracosta. El pueblo acudió desde temprano al Jardín Velazco para escuchar desde afuera la prodigiosa voz. Sobre este tema hemos escuchado a través del tiempo algo que deseamos fuera verdad: "al ser tan cerrada la ovación que le brindara el pueblo a la artista, al terminar su actuación, ella salió de la Casa de Gobierno y cruzando la calle subió al quiosco de madera que había en el centro del jardín, y como la inmensa artista que era interpretó unas arias, quienes tuvieron este privilegio, no olvidaron jamás la experiencia de escuchar las celestiales coloraturas de su voz y de verla iluminada por los mecheros de petróleo con que se alumbraba la plazuela".

Desafortunadamente, al embarcar de nuevo, ahora con rumbo a Mazatlán para continuar su gira, varios de los integrantes de la compañía, entre ellos la Peralta, sufrieron de fiebres muy altas falleciendo unos en la travesía y Ángela Peralta poco después de desembarcar en el puerto vecino, se ha dicho que fueron víctimas de la fiebre amarilla que en ese entonces afectaba a varios países, flagelo que debieron ellos de contraer en algún punto que habían tocado antes que La Paz, y a su vez dejando en nuestra ciudad el contagio que ocasionó una gran crisis de salud y el costo de

muchas vidas. En la paradoja de la vida, a pesar de ser tan celebrada la Peralta en el mundo, su sepelio fue rápido y solitario debido a que Mazatlán también sufría las consecuencias de la epidemia. Meses después, el 19 de diciembre de 1883, en *La Voz de California*, en gacetillas, aparece lo siguiente:

> LA SEÑORA ÁNGELA PERALTA DE MONTIEL.- Según refiere "La integridad de México" del 12 de noviembre último, tuvo lugar en el teatro "Hidalgo" de la capital, una velada fúnebre en honor de la diva mexicana.
>
> Desde las seis de la tarde las sociedades obreras en ordenada procesión, condujeron al teatro el busto de la señora Peralta que iba en suntuoso carro alegórico, se pronunciaron entusiastas discursos y se tocaron variadas piezas de música con arreglos a un programa escogido.

En la misma columna aparece un encabezado y una nota por demás desconcertante:

> CONTRABANDO DE UN CADÁVER.- Tomamos de "La voz de Mazatlán" lo siguiente:
>
> Una persona que acaba de llegar de Guadalajara nos refiere que, entre Tepic y Guadalajara, ha sido capturado un bulto que contenía un contrabando extraño, por una parte, y valiosa por otra.
>
> Es el caso que unos arrieros llegando a una población, fueron detenidos en la garita de entrada, en donde el encargado de inspeccionar los bultos mandó abrir uno de ellos (los arrieros decían que contenía cigarros), después de algunas excusas el bulto fue abierto y, en vez de cigarros, fue hallado el cadáver de la señora Ángela Peralta de Montiel, inmediatamente se sintió herido el inspector y parece que a estas fechas ha muerto, víctima del mal posible que le causaron las miasmas que del cadáver se desprendían.

En el boletín oficial del gobierno del Territorio, el 11 de marzo de 1894, se publicaría la siguiente nota: "No nos dejan de visitar buenas compañías con frecuencia, que dejan ver y apreciar a la sociedad del lugar los progresos y las mejores producciones de arte moderno. Aunque con bastante dificultad por no tener un lugar adecuado para el propósito, Ángela Peralta cantó en La Paz, ante una numerosa concurrencia, la pieza María de Rohan, unos días antes de su muerte…"

A pesar de las expresiones vertidas en el interior del país por algunas empresas de que "La Paz no daba ni para comer a las compañías, cualesquiera que fuera su categoría", el empresario teatral Ángel Miranda, de gran importancia en los medios, realizó los trámites para presentar su espectáculo en La Paz, y en las notas de los periódicos de la época eran constantes los comentarios sobre las visitas de estos grupos foráneos al sur de la península de Baja California:

El Distrito Sur
Febrero 29 de 1908
La Paz, Baja California

> La compañía de zarzuela y comedia de los hermanos Areu, se encuentra en esta población procedente de Santa Rosalía y Guaymas, ha inaugurado con buen éxito artístico y pecuniario una temporada de zarzuela. El cuadro de la compañía Areu es bastante regular y los trabajos han agradado mucho al público.

Y como la vida sigue, la visita de la fatídica compañía italiana sería la que acrecentaría la naciente idea de la sociedad de construir un teatro y, en 1885, el jefe político, Gral. José María Rangel, inició las gestiones para tal efecto; mas, por diversas causas, la primera piedra se colocó hasta el 21 de marzo de 1906, coincidiendo con el centenario del nacimiento de Benito Juárez,

motivo por el cual lleva su nombre; el relevante acto fue realizado por el Coronel Agustín Sanginés. Al mismo tiempo, el recién fundado Club Benito Juárez inició diversas actividades, su acta constitutiva está firmada y fechada el 22 de mayo de 1905:"Con el objeto de trabajar por el desarrollo y realización de la idea enunciada", y se conformó con destacados miembros de la sociedad paceña, empresarios o poseedores de algún cargo en el gobierno territorial: como presidente el coronel Agustín Sanginés que era el Jefe Político del Distrito Sur; Adrián Valadez, vice-presidente; primer vocal, Dr. Ventura O. Viruete; segundo vocal, Arcadio Villegas; tercer vocal, Alfonso Schnabl; primer tesorero, Filemón C.

Esposas e hijas de los integrantes del Comité Pro-Teatro Juárez, 1905 (AHPLM).

Piñeda; segundo tesorero, Eduardo S. Carrillo, y Alfredo Melgar como secretario; otros miembros del club serían Guillermo Silver, Nicolás S. Carrillo, Ignacio Romero, Ramón Araiza, Rodolfo G. Castillo, Vicente Rochín, León Castro Cerio, Adalberto Rubalcaba, Rafael S. Carrillo, Manuel B. Cota, Amadeo Romero, Enrique S. Carrillo, Teniente Antonio Ogazón, Andrés Molina, Santiago J. Sierra, Pablo Romero, Rafael S. Casillas, Carlos Alamillo, Carlos Fux, E.R. Taylor e Ignacio Bañuelos Cabezud.

Para lograr edificar el primer teatro del floreciente puerto, el Ayuntamiento de La Paz donó un solar –contiguo a donde se construía la Casa del Pueblo (presidencia municipal)– en la Calle Primera (ahora Belisario Domínguez) entre Calle Central (16 de Septiembre) e Independencia.

Presidencia Municipal en construcción, 1905-1910 (archivo de la familia Uribe Mendoza).

El entusiasmo era grande, participaron grupos de señoritas organizando bailes, juegos de lotería y de cintas, entre otros eventos y la tradicional kermés anual que a partir de esa fecha encabezaba Soledad Casillas Següame, y que se anunciaba en el periódico *Don Clarito* (12 de julio de 1908):

> Sábese que el Club Benito Juárez efectuará una kermesse las noches del 15 y 16 de septiembre próximo, destinándose el efectivo que produzca, para ponerle techo al teatro local, que lleva el nombre del inolvidable luchador contra la monarquía de Maximiliano.

De igual manera, veladas y zarzuelas que montaban las señoritas Von Borstel Mendoza y los recitales dados por la orquesta de señoritas recibieron donativos generosos de prominentes empresarios y el costo de las plateas del aún inexistente teatro; entre los poseedores de estos exclusivos espacios estaban los señores Antonio Ruffo, Antonio Domínguez, Miguel L. Cornejo, Néstor Pino, Guillermo Silver, Santiago Viosca, Manuel V. Fontán y Gastón Vives; además, los donativos de Manuel Cota con veinte pesos, Antonio Navarro diez pesos y Urbano Angulo cinco pesos.

A pesar de todo el esfuerzo realizado, los trabajos eran lentos y los sorprende la gesta revolucionaria. Aún sin haberse concluido, estando en obra negra y sin techo, el 15 de septiembre de 1910 se inaugura el teatro en medio de las festividades del centenario de la Independencia, junto con la Casa del Pueblo, la torre derecha de la Catedral y los empedrados de las Calles Ayuntamiento, Independencia, Obispado y Lerdo. La población asistió llevando cada uno su silla. En el ramo "Regímenes Revolucionarios" del Archivo Histórico Pablo L. Martínez se tiene el registro de que, durante este periodo, el teatro fue utilizado para acuartelar al 27 Batallón que participó en la lucha revolucionaria.

El Callejón 21 de Agosto –llamado en ese entonces "La Chinesca"– fue engalanado con motivo de la celebración del primer centenario de la consumación de la Independencia, 1921 (archivo de la familia Uribe Mendoza).

Carro alegórico participante en la celebración del primer centenario de la consumación de la Independencia, 1921 (archivo de la familia Uribe Mendoza).

En el periódico *Baja California* de Jorge Carrillo (1952) se publicó un artículo en el que se recuerdan las fiestas patrias de ese año y, refiriéndose al teatro Juárez, dice:

> Con ningunos fondos se contaba cuando fue colocada la primera piedra, y sin embargo el persistente interés por la construcción de esta obra, han venido procurándose los recursos necesarios, y el edificio se ha levantado y aunque no está terminado todavía, quedó inaugurado, celebrándose en él nuestras fiestas patrias [...]

Celebración del primer centenario de la consumación de la Independencia, 1921 (archivo de la familia Uribe Mendoza).

El Sr. Carrillo recuerda que en el acto inaugural se presentaron los Juegos Florales, convocados por el comité de las fiestas del centenario, y la señorita Beatriz Mc Hatton fue la reina que presidió la ceremonia e hizo entrega de la flor natural al poeta David Gutiérrez Vázquez. El mantenedor de los Juegos Florales fue don Julio Mitchell, reconocido por su amplia cultura y elocuente orador.

En 1912 la situación económica en el Distrito Sur no estaba del todo bien; los integrantes del Club Benito Juárez informan al ayuntamiento que no cuentan con los fondos suficientes para terminar el teatro y hacen entrega del inmueble al propio Ayuntamiento, quedando este espacio por algún tiempo inactivo. Alejandro E. Allinson, presidente del Municipio de La Paz en aquel tiempo, decidió continuar con las obras de construcción del teatro nombrando una junta patriótica, al frente de ella quedó Filemón C. Piñeda, las actividades culturales locales continuaron y las compañías foráneas siguieron llegando, destinándose los fondos monetarios para el acondicionamiento del mismo. Dentro de las artes escénicas eran frecuentes las zarzuelas, obras de teatro y espectáculos dancísticos, de 1913 a 1917 estuvieron en su foro la compañía dramática La Nacional, la empresa teatral D.A. Guisado, la Solavad Bros, entre otras, y las compañías cinematográficas A. Elliot y Cía., Armando Elliot, Marcos E. Raya y Alejandro de la Toba; estos últimos representantes de empresas que se dedicaban al cinematógrafo.

Es 1918 y el país sigue inestable, mas es este año que el teatro es considerado para instalarle luz eléctrica, el servicio de energía no era permanente, sino que se solicitaba con antelación y tenía un costo de dos pesos por función, que el empresario arrendado en turno pagaba a la tesorería del Distrito.

La inauguración de la instalación de la luz dentro del teatro fue todo un acontecimiento en el puerto, que trascendió a todas

las poblaciones vecinas y aún a las de la contracosta, esta vivencia guardada en la memoria de tía Consuelo Bátiz Ríos la describe así:

> Me contaba mi tía Soledad Casillas Següame, quien presidía el grupo de señoritas que conformaban el Club Benito Juárez, que el orador estaba al centro del escenario y al decir ¡Fiat Lux! se iluminó todo y el público prorrumpió en aplausos y vivas e inició la proyección de la película "El jardín de la sabiduría".

Durante 1919 se le coloca el techo, dejando antes una anécdota más de las que ha tenido el teatro Juárez en su historia: "En 1917 fue encargado por la Junta Patriótica, un pedido de láminas de cinc, que debería llegar a La Paz a bordo del vapor chileno Golden Gate, mas antes de llegar al puerto el barco naufragó. Después de varios meses de trámites la aseguradora pagó el seguro de la pérdida, con lo cual se compró la madera para hacer el enjaule del techo, quedando terminado al fin en 1919".

Es entonces cuando se firma el primer contrato de arrendamiento entre el ayuntamiento y la sociedad formada por los señores Jorge Von Borstel y Juan Manuel Castro, denominada Castro y Cía.; este contrato les dio la exclusividad del teatro, con el compromiso de pagar ciento cincuenta pesos mensuales de renta. Esta sociedad, representada por el señor Enrique Von Borstel, arrendó las instalaciones al Municipio de La Paz, desde 1929 hasta finales de la década de los años sesenta, para presentar funciones de cine, variedades y festivales escolares y teatrales, tanto locales como foráneos.

Debido a la constante proyección de películas, se empezó a llamar al teatro "cine Juárez", las películas de estreno llegaban semanalmente desde Mazatlán y la ciudad de México, distribuidas por la compañía del señor Pruneda en Mazatlán, Sin., transportadas por barco y posteriormente por avión, siendo en su mayoría producciones nacionales. El costo de entrada en los

años cuarenta era de un peso en luneta y cincuenta centavos en "gayola" o sea en las gradas del mezanine, teniendo una capacidad total para setecientas personas. Se recuerda que también en el teatro se vivieron las emociones de peleas de box, contando con un considerable número de asistentes, sobre todo cuando Castro y Cía. organizaban; pugilistas recordados fueron Enrique Nava, José Nava, "El Kid" Morales, Donacio Villalva oriundos del puerto y boxeadores extranjeros como el cubano Molinet, nota que fue publicada en el periódico *El Eco de California* en 1929.

En el caso de las proyecciones cinematográficas se requería de permiso especial teniendo que pasar los filtros de la censura tanto del ayuntamiento y algunas veces de la comunidad siendo así que los largometrajes como "Su enemigo la ley" de la casa Triangle Kay See, "Mare Nostrum" del director Rex Ingram u "Outlam" del director Howard Huges, no pudieron exhibirse o cuando en 1925 se pretendió llevar a cabo en el teatro una conferencia a cargo del presidente de la misión mexicana de la iglesia de Jesucristo de los Últimos Días negándose el pueblo con una misiva enviada al ayuntamiento con más de cuatrocientas firmas que desaprobaban el acto.

En cuanto a las artes escénicas es notable ver que el drama de Jacinto Benavente "La malquerida", escrito y montado en España en 1913, se representó en el puerto de La Paz en 1918, teniéndose memoria de otras obras como: "Dos fanatismos" 1918, "El as rojo" 1919, "La carcajada" 1923, "Don Juan Tenorio" de José Zorrilla, "La cosca" y "El jorobado" en 1927. En el diario de circulación local *La Prensa* de septiembre de 1919, en su columna cultural, se lee el programa de las fiestas patrias:

Ecos de las fiestas patrias

A las nueve de la mañana en el teatro "Juárez" comenzó un acto literario-musical, presidido por nuestro progresista gobernador,

Sr. Gral. Mezta, acompañado de su Estado Mayor, autoridades y numerosa concurrencia, en cuyo acto pronunciaron brillantes discursos los señores Cuahutémoc Hidalgo, Marcos Gómez, profesores Manuel Quiroz, Pedro González Orduña y Alberto J. Morín y el Sr. Ing. Alfredo Rivera Mutio, quienes estuvieron a la altura de su cometido y muy felices en la expresión, conceptuosos y correctos en el fondo y forma de sus peroraciones, por lo que el público aplaudió estrepitosamente. Enseguida las bellas señoritas Delfina y María Luisa Arámburo ejecutaron al piano, a cuatro manos, la hermosa obertura LUSTPIEL, siendo justamente aplaudidas por la concurrencia, incontenibles los Sres. Juan Nava y Ernesto Peláez, en unión de la Srita. María Luisa Arámburo, se lucieron en la ejecución, a violín, violoncello y piano, de la sentimental pieza "Corazones y flores", que el público aplaudió con entusiasmo, terminando la matineé como a las once y media.

1924 es el año en que el Teatro es designado para que se lleven en él la verificación de las labores de la Junta Computadora en las elecciones de Presidente de la República y Diputados al Congreso de la Unión.

Una de las epidemias que asolaron en esos tiempos, fue el brote de viruela negra que se había propagado por la ciudad, por lo cual el teatro fue clausurado por dos meses después de su fumigación, mas ya el 29 de abril de 1928 aparece el aviso "PRÓXIMAMENTE retumbantes estrenos en el teatro Juárez, esté Ud. pendiente" y el 27 de mayo en el mismo diario *La Vanguardia*, semanario político y de información constituido el 26 de septiembre de 1927, en su sección de notas diversas aparece:

POR EL TEATRO JUÁREZ

Con verdadero entusiasmo ha seguido el público paceño, acudiendo al Teatro Juárez a presenciar las funciones del notable

cuadro EXCÉLSIOR que, para delicia de la sociedad, vinieron a este puerto.

Los encantadores niños artistas Juan Carlos, Rosita y Angelita Briz, son los amos del público, a quien conquistaron desde la primera noche con su arte inigualable. La Sra. Márquez deleitándonos con su hermosa voz y el Sr. Zamorano correcto y discreto en sus papeles.

Felicitamos muy de veras al director del cuadro, nuestro amigo y viejo conocido Sr. Juan B. Briz padre de tan nobles niños artistas y le deseamos recoja el fruto de sus nobles desvelos y grandes afanes.

Tan simpática compañía se despide del público de La Paz, embarcándose en el pailebot motor "Sonora" mañana lunes rumbo a Santa Rosalía en donde debutarán el día 2 del entrante en el teatro "El Boleo".

Después de las actividades de la revolución sobresalió la creatividad de Juan Abarca Pérez, quien en las páginas de "Pluma y Alma" suplemento dominical literario del periódico *El Eco de California*, en el año 1925 da noticia de la revista teatral titulada "Las ciruelas del amor", escrita y puesta en escena por él, ocupando un elenco de 22 personas; en esta modalidad se presentó, el 20 de noviembre de 1938, la revista infantil "Escena campestre" por el grupo de educadoras de la ciudad, supervisada y coordinada por la señorita Laura Núñez, jefa de los Hogares Infantiles en el Territorio Sur de Baja California (jardines de niños).

El edificio del teatro se encontraba bastante deteriorado en 1929 y sin haberse concluido para el fin original con que se había iniciado. Con las mejores intenciones, se conforma de nuevo un comité pro teatro teniendo al frente dos entusiastas personas como lo fueron los señores Bonifacio Díaz Bonilla e Isidro Isáis con el propósito del remozamiento del mismo, pero es hasta nueve años después, siendo gobernador del Territorio el teniente co-

ronel Rafael M. Pedrajo en 1938, que se realiza la rehabilitación del Teatro Juárez, remodelando la fachada, acondicionando el escenario con una tramoya de madera que contaba con 13 telones, bambalinas y telón de boca, se construyó un cubículo para el equipo de máquinas y se montó una pantalla adecuada para la proyección del naciente cine sonoro, siendo la película "Allá en el rancho grande" con la que se reinauguró el entonces Cine-Teatro Juárez, siendo todo un acontecimiento, y fue la última vez que la orquesta de don Tereso Hernández tocó, esta vez antes de iniciar la función, pues anteriormente con las cintas mudas amenizaba el tiempo que durara la proyección de las mismas, siguiendo a la película de estreno las grandes producciones de la llamada época de oro del cine mexicano y aun de cintas extranjeras.

A finales de los años cuarenta, y para precisar en el año de 1949, el gobernador del Territorio, Gral. Agustín Olachea Avilés, encarga al Profr. César Piñeda Chacón, quien dirigía el Comité Central del Buen Vivir, la reconstrucción del escenario del teatro que se encontraba en pésimas condiciones.

El maestro César Piñeda quien fuera gran promotor cultural en nuestra entidad durante toda su vida, cumpliendo la encomienda recibida, impulsa además con gran empeño el ejercicio teatral, montando obras como: "Un drama nuevo", "La cenicienta", "Los sumergidos", "Al Este rumbo a Cadiff", "La mordaza", "Las cosas simples", entre otras.

El Profr. Piñeda impulsó el teatro infantil montando representaciones en las celebraciones de primavera, y después, en los primeros años de los cincuenta, con adultos, con quienes se realizaban escenificaciones en las que se recordaba el desembarco de Hernán Cortés en 1535; fue entonces que se iniciaron escenificaciones masivas con cuadros plásticos de calidad, alcanzando su apoteosis en las fiestas celebradas en el Caimancito, en mayo de 1958, al presentar el tema "Calafia y guaycura" en base al poema

"Calafia" de Fernando Jordán y de la leyenda "Flor de California" del Lic. Manuel Torre Iglesias, con la movilización de cuatro mil participantes escolares que caracterizaron a los indígenas, quienes eran encabezados por su jefe nativo y la solemne presencia de su reina Calafia caracterizada por la bella María Luisa Ayala Luken. La obra fue narrada por Manuel Bernal de acuerdo al guión y dirección del Profr. Carlos Rosas Rueda.

De este memorable suceso cultural en el Territorio, las personas que conformamos mi generación y las anteriores, tuvimos la oportunidad de vivir estas experiencias y las mantenemos como un maravilloso recuerdo. Fue un gran logro coreográfico, los participantes que cursábamos en ese entonces quinto y sex-

María Luisa Ayala Luken (Calafia) y Raúl Carlón (Tláloc) (archivo de la familia Salgado Ayala).

to de primaria conformábamos "el pueblo", mientras los otros tres grados de secundaria y normalistas representaron a la raza local: los guaycuras; todos vestidos de falda o pantalón negro y blusas grises de tosco tusor que con el sol de mayo era ardiente, además, llevábamos rebozos obscuros los cuales manteníamos extendidos sobre la cabeza al bajar en ordenado tropel del cerro que se encuentra frente al Caimancito, con dirección a la playa. Debe haber producido un gran efecto para los que presenciaban el espectáculo, por el número de bailarines que éramos. Ya en la playa, con sus correspondientes desplazamientos, los integrantes del batallón de infantería que caracterizaban a los nativos y a los españoles con todo y sus cabalgaduras escenificaban el poema en sí. A decir de quienes participaron en la organización del even-

María y Lucila Salgado Castro en el escenario del Teatro Juárez, 12 de octubre de 1931 (archivo de la familia Mendoza Salgado).

Desarrollo escénico del Teatro Juárez. De izquierda a derecha de pie: (?), Lupita Cosío, Rosita Mendoza Salgado y Alicia Juárez (archivo de la familia Uribe Mendoza).

to, el vestuario para los presonajes principales fue rentado a los Estudios Churubusco en la ciudad de México.

La sala IBO, fundada por el profesor Piñeda, es recordada como semillero de magníficos actores locales a quienes el tiempo los llevó a elegir diversas carreras profesionales, no así al ahora internacionalmente reconocido primer actor Manuel Ojeda. De los alumnos recuerdo a Magali Cortez, Basilisa Cosío, Aníbal Angulo, Ignacio del Río y Juan Ramos Cepeda.

Para los que nos formamos en el escenario del "Juárez" fue constante el deseo de lograr que fuera sólo teatro y que contara con todos los elementos necesarios para las artes escénicas, era un sueño, y con él salimos del Territorio a estudiar. A pesar de que la intención de que se lograra era de varias personas, fuimos contados los que perseveramos en la idea.

En los años sesenta transcurrió mi formación profesional, creciendo en mí la convicción de rescatar el Teatro Juárez. Y es

aquí que aplicaré, de alguna manera, la frase del maestro Alfredo González González quien me dijo un buen día "la modestia también es pecado mortal, no se te olvide Rosita". Reconozco en el maestro Alfredo a una de las personas que más me han alentado en la lucha por el rescate del Teatro Juárez, gracias.

Inician los años setenta con importantes sucesos políticos en el Territorio, dentro de lo más relevante es la designación de un gobernador nativo, y posteriormente la conversión de Territorio a Estado de Baja California Sur. Entonces es cuando inicio las gestiones para lograr rehabilitar el Teatro Juárez, prevalece en el estado un deseo de modernización, y lejos de que nos escucharan, tanto a Rubén Antonio Jaime Salgado, quien se solidarizó con mis intenciones, como a mí, el Teatro Juárez deja de serlo para

De izquierda a derecha: Cristina Macías, Lourdes Lucero, Sandra Verduzco Amao, Rosita Mendoza Salgado y el Profr. Armando Trasviña Taylor a la derecha al fondo (archivo de la familia Uribe Mendoza).

convertirse en cine: la empresa Alarcón firmó una concesión con el gobierno por una duración de veinte años.

En aras de la modernización la fachada del teatro desaparece, el pórtico se cierra y, lo más terrible, se destruye el escenario como tal, la fosa de músicos y lo que había prevalecido de la tramoya de madera, que era para nosotros lo más importante. Se inician décadas de trámites y antesalas ante gobernadores y presidentes municipales, la respuesta es siempre la misma: "faltan muchos años para que culmine la concesión a los Alarcón"; no desfallecimos, y mi lema fue "no pasa nada, lo más que nos pueden decir es HOY NO SE PUEDE", así es que regresaba siempre.

En 1976 la crisis financiera por la que atravesaba el país y la decadencia de la cinematografía nacional, propician la exhibición de películas de ínfima calidad en el Cine-Teatro Juárez y, ya en la década de los ochenta, un emplazamiento a huelga del sindicato de trabajadores de los cines locales ocasiona el cierre del edificio, convirtiéndolo en un basurero.

Se renuevan las solicitudes con los gobiernos estatales para recobrarlo y, gracias a que contábamos con personas verdaderamente dispuestas a ayudar, recibí el apoyo total de un muy querido amigo de mi familia, debido a la amistad y cariño que existe desde en vida de nuestros abuelos, el Lic. Héctor Castro y Castro, quien tiene un especial cariño por este teatro debido a que su señor padre fue uno de los primeros concesionarios, y él, durante su infancia y juventud, pudo pasar varias décadas de su vida dentro de sus instalaciones, incluso vendiendo y recogiendo los boletos. Con el apoyo decisivo de Héctor se redoblaron mis esfuerzos, contando, afortunadamente, con el valioso apoyo de las personas que posteriormente conformarían la asociación civil que fundé. Se inició la reconstrucción de nuestro soñado Teatro Juárez.

El teatro de mi esperanza

Como dentro del argot teatral se dice: "¡tercera llamada, iniciamos!", así se dio esta historia, contando con la decisión del Lic. Leonel Cota Montaño de regresar el espacio del Teatro Juárez al pueblo de La Paz, tal y como nos lo había prometido. En cuanto inició su gestión de Presidente Municipal del H. IX Ayuntamiento de La Paz, se llevó a cabo la entrega recepción del edificio del Teatro Juárez de parte del gobierno del estado, siendo gobernador el Lic. Guillermo Mercado Romero, quien también estuvo de acuerdo con nuestras solicitudes y, gracias a su buena voluntad, se omitió el problema ocasionado por el sindicato de los cines y accedió a apoyar para lograr el rescate; así, el 3 de mayo de 1996 se firmó el convenio.

La limpieza del edificio se inició el 31 de octubre del mismo año, ya por parte del ayuntamiento, firmando la escritura de la donación el 8 de julio de 1997.

Mientras tanto, me aboqué a conformar la agrupación para la que el Profr. Norberto Flores Mendoza propuso el nombre de Patronato de la Cultura de Baja California Sur, A.C.

Siempre bajo la asesoría del Lic. Héctor Castro y Castro, se ordenaron los estatutos y objetivos que nos regirían, y el 24 de septiembre de 1996 pude firmar en compañía de destacadas personas de la ciudad la tan ansiada escritura que nos fue donada por el Lic. Castro y Castro.

El Patronato "…tiene como finalidades preponderantes y no lucrativas entre otras, la de llevar a cabo todo tipo de eventos culturales como conciertos, recitales, concursos, capacitación en los diferentes aspectos de las bellas artes, fomento y preservación de nuestras tradiciones y toda clase de eventos sociales que conlleven al bienestar de la comunidad, así como otorgar becas a personas de alto rendimiento dentro de las artes y la ciencia".

Reconstrucción del Teatro Juárez.

El Patronato de la Cultura de B.C.S., A.C. apareció registrado en el Diario Oficial de la Federación, dentro de las organizaciones educativas, el 15 de diciembre de 1997.

En el Boletín Oficial del Gobierno del Estado de B.C.S., en el Decreto número 1141 expedido por el Congreso del Estado, por gestión nuestra, autorizan al H. Ayuntamiento de La Paz celebrar comodato, con duración de 20 años, con el Patronato de la Cultura de B.C.S., A.C. con fecha de 11 de diciembre de 1997.

La entrega-recepción tan anhelada del Teatro Juárez, de parte del H. IX Ayuntamiento para el Patronato de la Cultura se dio a las 21:00 horas del día 30 de enero de 1998, levantándose el acta a efecto de observar lo dispuesto en las cláusulas tercera y décima del contrato de comodato signado por ambas partes el día 18 de septiembre de 1997.

El 16 de octubre de 1997, el Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA) otorgó la constancia y reconocimiento, firmado por la Lic. Norma Rojas Delgadillo, para que el Patronato de la Cultura formara parte de la lista de Asociaciones Civiles autorizadas para expedir recibos deducibles de impuestos, debido a los fines que persigue.

La Secretaría de Hacienda y Crédito Público, en la Resolución de la Miscelánea Fiscal de 1997, autorizó al Patronato para recibir donativos deducibles de impuestos a partir del 18 de noviembre de 1997.

El 30 de noviembre de 2004 se firmó el convenio de colaboración cultural, celebrado por el Patronato de la Cultura y la máxima institución educativa del estado, la Universidad Autónoma de Baja California Sur, representada por el Rector, maestro Jorge Alberto Vale Sánchez, con el objeto de llevar a cabo actividades culturales, académicas y de desarrollo social en beneficio de la comunidad del estado de B.C.S. Incluido en este gran apoyo brindado por la Universidad, estaba también el respaldo para la infraestructura del edificio del teatro.

El teatro fue entregado al patronato por el Lic. Leonel Cota Montaño, entonces Presidente Municipal del H. IX Ayuntamiento de La Paz, en condiciones para trabajar en él, con los baños del vestíbulo nuevos, y la torre de la tramoya concluida, incluyendo la parrilla que sostendrá el telar y la iluminación, así como el piso del foro en muy buenas condiciones. El Lic. Guillermo Mercado Romero en su calidad de gobernador, además de su disposición

para facilitar los hechos, tuvo la gentileza de darme una gran sorpresa, el día señalado para la entrega me llamó por teléfono don Pedro Mercado, hermano del gobernador y miembro del Patronato, para decirme que llegara antes de la hora indicada porque llevarían "algo" que me gustaría, así que acudí muy pronto y al llegar vi estacionados frente al teatro los camiones de carga de "Refrigeración Loubett" que contenían el equipo de enfriamiento destinado al teatro. El Teatro Juárez, no cabe duda, tiene una gran estrella.

Debido al convenio que sostuve con el Lic. Jorge Amao Manríquez, que fungía como Director del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) en nuestro estado, sobre la autorización de rehabilitar el teatro en su interior de acuerdo a los tiempos y necesidades actuales para realizar el trabajo escénico, y que a cambio el Patronato se comprometía a trabajar para obtener los fondos necesarios para reconstruir la fachada con su arquitectura original, misma que había destruido la cadena de cines, el trato fue aceptado y con la disposición del gobernador en ese momento, Lic. Leonel Cota Montaño, de poner a la total disposición de las necesidades de reconstrucción a la Dirección de Obras Públicas del Gobierno del Estado.

Una decisión sin precedentes, pues fue fundamental para llevar a cabo una obra de la magnitud que se pretendía y así, bajo la dirección del Ing. Jaime Zapién, jefe de ese organismo entonces, y la sensibilidad artística del Arquitecto Adolfo Dorantes Salas y su equipo de colaboradores, el Teatro Juárez empezó a renacer.

Una de las más grandes satisfacciones en este trabajo fue que se descubriera que los pilares del pórtico estaban armados en piezas de cantera regional, cosa que ninguna de las personas mayores de 90 años que entrevisté, con el fin de obtener datos para este libro, sabían. La sorpresa fue general en la ciudad,

imagínense en mí. La columna lateral de la derecha –viéndolo de frente– fue destruida por la cadena de cines al colar una pared de cemento para modernizar la fachada, no se pudo rescatar y fue sustituida por una talla nueva, costo que fue aportado por el H. X Ayuntamiento representado por el Lic. Alfredo Porras Domínguez, quien estuvo constante con nosotros durante esta etapa. El rescate de las columnas tardó más de dos meses, lo que elevó el costo del pago de nómina que no estaba contemplado en el presupuesto ante la SEDESOL, así que las ventas de comidas y pasteles los domingos, por parte nuestra, se multiplicó, y todos participamos de muy buen agrado, contando con el apoyo de empresas como Inmobiliaria Pericú de Los Cabos, S.A. para cubrir frecuentemente los pagos de energía eléctrica y el seguro del edificio. La aceptación del INAH para la reconstrucción de la fachada se expidió el 26 de mayo de 1999.

Lograr el rescate, la rehabilitación y reconstrucción de nuestro teatro fue titánica, pero no imposible, ahí está de nuevo con todo. El granito de arena que aporté a mi tierra, sin el respaldo total del Patronato de la Cultura, no se hubiera logrado en tan pocos años (tomando en cuenta la falta de liquidez existente) gracias por siempre a todos y cada uno de ellos.

Patronato de la Cultura de Baja California Sur, A.C.

Presidenta	Rosa María Mendoza S. de Uribe
Secretario	Rubén Antonio Jaime Salgado
Tesorera	Guadalupe Graff de Zamudio

Coordinadores:

Relaciones públicas	Aurora Castro de García
	Pedro Mercado Romero

Arquitectura	Adolfo Dorantes Salas
Relaciones interinstitucionales	Jesús Hernández Vivanco
Pintura	Graciela Gómez de Onche
Danza Folclórica	Antonio Uribe Pérez
Música Clásica	Consuelo Amador de Rivera
Música Popular	Norberto Flores Mendoza
Teatro	Alfonso Álvarez Bañuelos

Una vez que tuvimos por entero la responsabilidad del edificio del Teatro, nos dimos a la tarea de iniciar las actividades dentro de él acondicionando, más con imaginación que con recursos, los espacios.

La distribuidora de la Cervecería Corona en la ciudad, bajo la dirección del Sr. Rodolfo Polanco, se unió al proyecto del Patronato colaborando con el préstamo de sillas de plástico para recibir al público, esto lo hacía cada vez que se lo requeríamos; sosteniendo este apoyo por un largo tiempo, mientras nuestra campaña "Dona una silla" surtía efecto en la ciudadanía. No fue fácil, mas con lo que se recababa en las diversas actividades que emprendíamos, pudimos comprarlas obteniendo un excelente descuento con nuestro querido amigo Rubén Castro y Castro, en la tienda de su farmacia.

Para la función de prueba, antes de la reapertura, el trabajo fue intenso, hubo que vestir el escenario, los fondos eran escasos pero el entusiasmo de todos enorme.

Con telas económicas, Graciela Gómez de Onche y yo, nos dimos a la tarea de elaborar en su taller de costura el telón de fondo, las piernas, y el bambalinón del proscenio, mismas que hasta hoy en día dan servicio.

Heriberto Parra Hake, entusiasta Presidente del Teatro Manuel Márquez de León, de Todos Santos, convocó a un grupo de jóvenes que él dirigió y, con cuerdas marinas y nudos scout, colgaron de la parrilla los tubos negros que fungen de varas y que sostienen el telar del foro, con dos likos, varios focos para jardín con los que se armaron las diablas y un reflector prestado, corrió la función de prueba con la pastorela "Por la machaca y las tortillas" con alumnos del Ballet Mejibo, y el grupo de Teatro Altaira, el día 13 de diciembre de 1997 a las 12:00 hrs., y por la tarde la obra de teatro "Los tristes pájaros del adiós" con el Grupo Altaira.

La función de reapertura se realizó con una pléyade de artistas locales y fue un éxito. A las 20:30 horas del 30 de enero de 1998 contamos con la asistencia de autoridades y un numerosísimo

Rosa María Mendoza Salgado confecciona el telar para el Teatro Juárez, 1997 (archivo de la familia Uribe Mendoza).

público que acudió feliz a su añorado Teatro Juárez. Conté con el valioso respaldo de la maestra Consuelo Amador de Rivera al frente de la dirección musical. Destacaron la participación de los concertistas Norberto Flores Mendoza y María de Jesús "Quichú" Isáis, e intérpretes Aurora Castro de García, Heriberto Parra y la Rondalla Azul, entre otros artistas.

La actividad cultural había iniciado y fue constante, aún en medio de las obras de reconstrucción y, a pesar de las incomodidades, el público no dejó de asistir.

El aprendizaje de administración fue intensivo: había que pagar luz, seguro del inmueble, personal y mantenimiento de equipo de iluminación, entre otras cosas, así como la reparación de los daños que ocasionaban los vándalos durante las funciones, sobre todo en los baños. Pocas veces alcanzaba para pagar intendencia, así que muy seguido nos vimos barriendo con aserrín la sala y el vestíbulo.

Viendo siempre hacia adelante, yo les decía a mis compañeros: el presupuesto no alcanzará para el pago de la nómina de mano de obra, así que tenemos que salir con el proyecto teatro bajo el brazo, a enamorar a La Paz para lograr apoyos. Algunas veces salí en ese plan acompañada y muchas otras veces lo hice sola, visitábamos a los gerentes y dueños de los almacenes de materiales de construcción con el fin de inmiscuirlos en nuestra idea de trabajo, fueron muy pocas las negativas.

De esta manera se obtuvo material diverso y, así, los recursos de la SEDESOL rendían para realizar más cosas; dando por resultado, en las auditorías federales, que se había avanzado de más en los trabajos que se habían contemplado en el proyecto presentado, y con el mismo presupuesto.

Entregando buenas cuentas, el Teatro Juárez pudo concursar tres veces seguidas, por lo que la SEDESOL del estado lo ponderó en la ciudad de México. El apoyo brindado por su entusiasta de-

legado en Baja California Sur, el Lic. Jorge Hernández Castillón y su secretario Thomás Balarezo Vázquez, fue definitivo.

La idea que sostuve fue que no nos donaran efectivo, sino materiales o, bien, que quien estuviera dispuesto a ayudar mandara hacer o instalar lo que se les requiriera y que lo pagara él mismo. Los proyectos más relevantes que nos habíamos propuesto se lograron, ellos fueron:

- Reconstruir la fachada original del Teatro Juárez, en el año 2000, mes de noviembre.
- Rehabilitación del vestíbulo en el año 2001, mes de enero.
- La construcción de los baños para camerinos y caseta de iluminación en el año 2001, mes de mayo

Así sorteando una y mil dificultades pero con la firme convicción de que era difícil lograrlo, pero no imposible, por el escenario del Juárez vimos pasar artistas locales, nacionales e internacionales, todos ellos se enamoraban del Juárez por la calidez que posee, calidez de un verdadero teatro y la sonoridad de su acústica. Las funciones eran constantes, la difusión de nuestras tradiciones de igual manera, y a la par, las ventas de comidas elaboradas por nosotros mismos también nos reportaban recursos para salir adelante con las necesidades primarias.

Dentro de la rehabilitación, cuidamos con especial celo la protección del enjaule de madera del techo de la sala, el que el cine anterior afortunadamente no destruyó; esta madera fue instalada en 1919 en la última remodelación que efectuó el gobierno del entonces Territorio, al igual que la celosía de cemento que aún funge de barandal en el palco o galería.

La instalación de butacas, desmontadas de un cine en Estados Unidos, donadas por una asociación internacional, auxiliaron por

un tiempo para brindar comodidad a los espectadores. Hoy en día se cuenta con butaquería nueva, lograda mediante el proyecto con CONACULTA por los actuales miembros del Patronato.

El convenio cultural logrado con la Universidad Autónoma de Baja California Sur, fue de resultados extraordinarios, durante tres años continuos el Departamento de Difusión Cultural y Extensión Universitaria, bajo la Dirección de Antonio Uribe Pérez, quien además de eficiencia le puso corazón, desarrolló una actividad profusa, con todas las expresiones artísticas, científicas y culturales que proyecta la Universidad hacia la comunidad.

La vida avanza, y una de las metas de mi desarrollo profesional fue el rescate de este espacio. Fui muy afortunada al contar con el inmenso respaldo del Patronato de la Cultura, de personalidades amantes de la cultura y de su puerto, y de mi familia.

Gracias a ustedes logré vivir una bella etapa: el Teatro Juárez está de nuevo en pie. Aún falta mucho por hacer, mas segura estoy de que se seguirá trabajando hasta lograr equiparlo con lo que falta; debemos hacerlo, puesto que es el centro cultural más representativo para los paceños por todo lo que ha significado en nuestras vidas.

Consciente estoy que todo tiene un principio y un final, y de que un solo grupo no puede realizarlo todo, de que debemos respirar otros aires y caminar otros senderos para cumplir con los ciclos de la vida.

De esta manera, en el año de 2007 decidí declinar la responsabilidad de la presidencia del Patronato, la que durante once años ejercí, para dedicarme a esta, igual de apasionante, nueva etapa de mi vida, que es la de colaborar en la preservación de la memoria de mi tierra, y en esto, de nuevo, todos estamos comprometidos. Gracias, gracias a todos.

Casa Sobarzo

Esta regia edificación, ubicada en Altamirano y Constitución, es una de las pocas que se han respetado en nuestra ciudad, conservando la arquitectura original en su fachada.

Fue construida por el general Manuel Mezta para su esposa María Balarezo Moreno, ella oriunda del puerto de La Paz. Su construcción se inició a la par que el Gral. Mezta iniciaba su gestión como gobernador del Distrito Sur de Baja California en 1917.

La señorial casona fue hermosamente amueblada. En ella se llevaron a cabo rumbosas fiestas. La señora de Mezta recibió allí a niñas y señoritas de conocidas familias paceñas, quienes acudían por las tardes a recibir clases de bordado, tejido y deshilado, entre otras manualidades. Éstas eran labores que en ese entonces debía dominar el género femenino como parte de su preparación para ser las mejores amas de casa.

Bajo la fronda del amplio huerto con que contaba la casa se podía ver a grupos de jóvenes realizando primorosos trabajos.

Al concluir la gestión del Gral. Mezta en el gobierno (1920) y pasado un tiempo, el matrimonio se trasladó a Sonora donde el general muere a finales de la década de 1930.

Ya viuda, la Sra. María Balarezo de Mezta regresa a La Paz y vende la casa al gobierno del Territorio, entonces bajo el mando del Gral. Olachea Avilés, quien le da da uso como hospital antituberculoso con el nombre de "Gral. Manuel Sobarzo".

Posteriormente, la casa es habilitada como cárcel pública durante la administración gubernamental del Gral. Manuel M. Pedrajo, a inicios de 1940.

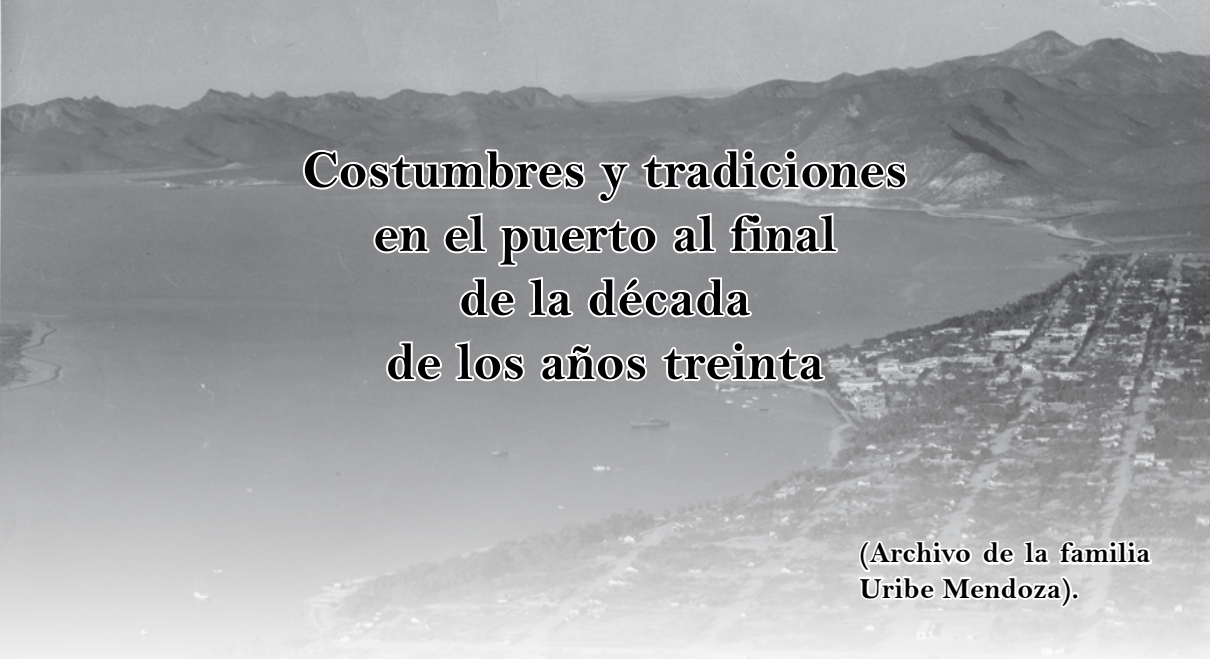
Casa "Sobarzo", residencia del Gral. Manuel Mezta y María Balarezo de Mezta (archivo de la familia Uribe Mendoza).

En la década de 1950, en el solar donde estuvieron las huertas, se instalaron las oficinas de la Delegación de Gobierno del Territorio.

Durante el gobierno del naciente Estado de Baja California Sur, con el Lic. Ángel César Mendoza Arámburo al frente, el edificio fue el resguardo del Archivo del Gobierno Estatal y del Municipio de La Paz a partir de 1975.

Finalmente, el 1 de abril de 1978 decidieron instalar la Biblioteca Pública "Justo Sierra", la que permanece allí hasta el día de hoy. Es el destino más adecuado para este significativo edificio.

Costumbres y tradiciones en el puerto al final de la década de los años treinta



(Archivo de la familia Uribe Mendoza).

El puerto de La Paz se caracteriza por su benigno clima en comparación con otros estados del país, debido a que sólo se tienen cuatro meses de temperaturas que ocasionalmente alcanzan los cuarenta grados centígrados, temperaturas que son soportables bajo la sombra de los árboles, en los corredores y en el interior de las habitaciones, con las ventanas abiertas, y si se cuenta con un abanico puede ser tolerante, pero en cambio se disfruta de ocho meses de clima templado.

Sus calles son anchas y arboladas, y sus habitantes de fácil y agradable trato, en medio de los cuales se puede vivir con toda tranquilidad, a tal grado que en estos años era común que las casas permanecieran con las puertas y ventanas abiertas, tanto de día como de noche, y que sus moradores pudieran dormir, ya fuera en los patios y hasta en las banquetas durante las noches de verano, en frescos catres de lona, y por las tardes y hasta muy entrada la noche en las mecedoras con las que todas las casas contaban. También, durante las noches, se formaba "la rueda" de familiares y amigos para conversar y disfrutar del "coromuel", brisa procedente del suroeste de la que la tradición ha forjado una leyenda:

> Se cuenta que en el siglo XIX, cuando el puerto era constantemente asediado por piratas, destacaba uno de ellos de apellido Cromwell. Se dice que tenía preferencia por el cerro de "La Calavera" para esconder lo obtenido en sus atracos a las grandes embarcaciones que cruzaban nuestros mares; después del atraco esperaba la tarde, fondeado en la bocana de la bahía, para que las velas de su barco se desplegaran con la brisa, la que soplaba al unísono en que se iniciaba el maravilloso espectáculo del crepúsculo, y así entrar a la ensenada para atracar en la playa que hoy llamamos "Coromuel".

Como es de entender, el término coromuel es la modificación del apellido del corsario, del cual la leyenda cuenta que por mucho tiempo vino a dejar el botín y un buen día no regresó más, quedando en el cerro de La Calavera un gran tesoro.

En la actualidad seguimos esperando con ansias la "entrada del coromuel" en los veranos.

La vida en el puerto era sencilla, pero con costumbres rígidas en cuanto a las tradiciones familiares se refiere.

El orden cotidiano en la casa no se alteraba, el desayuno consistía en diversos guisos, los que podían ser: machaca de carne de res, de venado o de pescado, queso asado, chorizos fritos, café recién molido y colado en talega de manta muy lentamente, tortillas de maíz o de harina, gorditas amasadas con manteca de res, todo acompañado con frijolitos refritos, pan del día o chimangos de maíz o de harina de trigo.

Para empezar el día, toda la familia debía estar a la mesa en punto de las siete. El señor de la casa y los hijos que desempeñaran algún trabajo, ya fuera comercio propio, oficinas de gobierno o como empleados en algún engocio de la localidad, acudían a éstos caminando debido a las cortas distancias en que se encontraba todo, y a que pocos contaban con automóvil propio.

Las señoras se quedaban en casa disponiendo los quehaceres diarios, ya fueran realizados por ellas mismas o dirigiendo a las personas a su servicio.

En una casa de clase media, que eran las que prevalecían en mayor número, se contaba con cocinera, recamarera, mozo para la limpieza de patios, banquetas, atender el almárcigo de hortalizas y los animales domésticos, galopina (ayudante de cocina), lavandera y planchadora y una o dos nanas para la atención y cuidado de los pequeños.

Durante la semana era común que se recibieran visitas alrededor de las diez u once de la mañana, o bien acudían la señora y sus hijas a saludar a sus familiares y amigos.

La comida se servía a la una y media de la tarde, las tiendas, ya fueran grandes o pequeños comercios, cerraban sus puertas a esta hora, abriendo de nuevo a las tres, la ciudad quedaba desierta hasta alrededor de las cuatro de la tarde, pues nadie perdonaba la reconfortante siesta después de comer.

Era común ver deambular por las calles a las personas, fueran hombres o mujeres, con coloridas sombrillas para protegerse del ardiente sol, o en el caso de las damas amplios sombreros de paja bellamente adornados; los caballeros, dependiendo de su alcance monetario, sombreros de pelo, hippi o de palma.

Las tardes se disfrutaban ampliamente y de nuevo, al cerrar el comercio, todo quedaba en silencio para iniciar al otro día en punto de las siete de la mañana: las tiendas más grandes a las seis, las tiendas de los barrios y el mercado con el alba, a las cinco de la mañana.

Las reuniones vespertinas no faltaban, ya fueran meriendas de café con pan y queso. Los señores tenían por sede el salón fumador del Casino de La Paz, donde pasaban el tiempo con juegos de mesa, y de no ser socios del casino se reunían en las bancas de

la plazuela; los jóvenes acudían al malecón o al muelle y también a las áreas de deportes del casino y, por supuesto, a las tardeadas de los jueves y domingos de las 5 de la tarde a las 8 de la noche.

La cena en el hogar se servía a más tardar a las ocho, con toda la familia reunida; si se tenía un compromiso previo, al terminar se asistía.

De las costumbres establecidas, la más inflexible y estrictamente observada eran los lutos, en los que había tiempo fijo de duración: si de los padres se trataba, era un año completo en el que se debía vestir de negro total, con vestido de "sarga" (tela muy gruesa) de austera hechura y escote alto, medias negras de popotillo, zapato cerrado y tacón bajo, manto de crespón sobre la cabeza, ausencia de maquillaje y alhajas, todo esto se llevaba aún en el verano (tal parecía que el duelo lo debían llevar como castigo), los espejos de la casa se cubrían con telas negras y, en caso que estuvieran en espacios de los niños, con manteles blancos; en la puerta principal se colocaba un moño negro que evidenciaba el luto de la casa y de que no se recibían invitaciones.

Tampoco se colocaban flores en los jarrones y se hablaba en voz baja; sólo salían para asistir a misa de siete de la mañana, y quienes tuvieran que salir a trabajar. Los hombres vestían pantalón negro y camisa blanca, a la cual, en una de las mangas, se le cosía un listón ancho alrededor y un moño negro a la altura del hombro.

Al cumplirse un año, los varones ya podían asistir a reuniones donde no hubiera música; en cuanto a las mujeres, continuaban llevando el negro total, pero ya podían salir a casas de amistades y familiares, las jóvenes dejaban el manto de crespón y, ocasionalmente, combinaban blanco y negro al vestir de manera muy discreta. Después del segundo año, durante seis meses podían vestir de medio luto o sea falda negra y blusa blanca, otros seis meses llevaban café oscuro, blanco, azul marino o gris, para por

fin volver a los colores. Si de los abuelos se tratara, sólo era un año; si fuera el esposo, la viuda, de no volverse a casar, podía vestir de negro o medio luto siempre.

Los velorios se efectuaban con sumo respeto, no se hablaba en voz alta y el rosario se rezaba cada hora. El carpintero acudía, a la hora que se le necesitara sin dilación, a la casa en donde se acabara de tener la pena del deceso de un familiar; tomaba las medidas del difunto y se retiraba a iniciar de inmediato la elaboración del ataúd de madera, el cual era forrado de terciopelo o telas más económicas, en colores obscuros para los adultos y blancos para los niños, se adornaban con galones y flecos de seda y aplicaciones de metal. Mientras traían el ataúd, la capilla ardiente se disponía en la sala de la casa colocando, en el centro de la misma, una cama donde se velaba al ser querido, y antes de salir al cementerio lo colocaban en el ataúd. Los carpinteros más solicitados eran: Luis Garciglia, Luis Lucero, Amansio Drew, Julián Galindo, Ramón López, Juan y Pepe Duarte entre otros.

Los candelabros para las velas los prestaba la iglesia, para los adultos estaban esmaltados en negro, para las señoritas eran plateados, a los niños sólo se les prendía una vela y el candelabro era azul.

Las ofrendas florales eran confeccionadas por cada familia con flores de sus jardines o compradas en las huertas cercanas, se utilizaban en especial flores de "inmortal", laurel, jazmines o madreselvas francesas o de colores.

En la cocina de la casa sólo se oían cuchicheos de quienes preparaban grandes ollas de caldo de gallina o menudo, tortillas y café para quienes velarían durante la noche; también se servía licor, como cogñac o cremas.

Al sepelio sólo asistían los varones, las mujeres visitaban a su difunto seis meses después; el cortejo fúnebre partía a pie, caminando en silencio y siguiendo la carroza fúnebre, propiedad

de Doña Belén Trasviña y que era jalada por una mula enjaesada en negro; la mula era propiedad de Crecensio González, quien vivía en los terrenos en donde ahora se encuentra el Santuario de Guadalupe, así que para avisarle que necesitarían de sus servicios, era menester cruzar toda la extensión de los arroyos que cruzaban la ciudad; la carroza de Doña Belén estaba bellamente revestida de tela negra y flecos de seda, si el cortejo era de una persona de escasos recursos el ataúd era sólo de madera y lo llevaban en hombros familiares y amigos, los que se turnaban durante el penoso recorrido hasta la iglesia y luego al panteón, al paso del cortejo por las calles los transeúntes se detenían y se quitaban el sombrero, las mujeres unían sus manos en señal de oración y todos se persignaban mientras las campanas de la iglesia doblaban a muerto.

La anécdota, que ha perdurado hasta nuestro días, sobre el noble equino que jalaba la mencionada carroza fúnebre se debía a que, además de este trabajo, asistía a su amo en labores cotidianas

(Archivo de Filiberto Cota Martínez).

llevando mercancías y todo tipo de carga en su carretón por los diversos rumbos de la ciudad, si coincidía en pasar por enfrente de la iglesia y tocaran las campanas, se detenía totalmente y había que esperar un buen rato para lograr que siguiera adelante; lo mismo sucedía si se escuchaban llantos, aunque fuera de niños.

Semana Santa en el puerto

La Catedral de Nuestra Señora de La Paz, única iglesia en la ciudad a principios de los años treinta –de la que fuera iniciada su construcción en 1861–, mantenía, durante las celebraciones de Semana Santa, la tradición de recrear el monte Calvario a un lado del altar mayor, con bloques de cantera, ambientándolo con cactus y otras plantas de nuestra flora regional, jaulas con aves canoras y palomas, las que cantaban durante la celebración de los oficios, creando un melodioso ambiente. Al fondo del altar se colgaba un gran telón pintado por artistas locales, en el que se apreciaba la escenificación de la crucifixión con las cruces de Dimas y Gestas, y sobre un pináculo de cantera que quedaba al centro, se colocaba una gran cruz de madera con la escultura de Cristo, la cual estaba especialmente articulada para el propósito del descendimiento de la cruz, lo que provocaba un gran impacto de realismo en los fieles, que llegaban hasta las lágrimas; el Cristo era colocado en una urna de cristal a un lado de la bellísima escultura de La Dolorosa (a la que todavía veneramos), vestida totalmente de negro con las más finas sedas que los grandes almacenes del puerto donaban cada año, perfumada y con delicado pañuelo dehilado por las señoras de la sociedad en su mano.

Las imágenes de los santos que estaban en los altares, eran cubiertos con mantos púrpuras, los jarrones sólo contenían flores blancas y la iluminación era a base de cirios de cera.

Acerca de esta tradición, el señor "Chico" Núñez, quien fuera sacristán y chofer del padre Alejandro Ramírez durante varios años, cuenta la siguiente vivencia:

> Durante estas celebraciones las actividades sociales del puerto se suspendían, los comercios cerraban sus puertas jueves y viernes, todo era recogimiento, asistían todos a las celebraciones religiosas.

Entrega de campanas para Catedral. Grupo católico. De izquierda a derecha: Epifanio "Tito" Beltrán, Arturo Canseco, Bachí L. de Von Borstel, Victoria Cota, Cecilia de Canseco, Jesús Talamantes, Enriqueta de Isáis, Eugenia de Talamantes, Justino Isáis, Carlos y Ofelia Sánchez, Graciela de Arámburo, Roberto y Justina García Formentí, Francisco Arámburo, Mario García, Conchita Casillas, R.P. Carlos Pizzioli, Monseñor Juan Giordianni, R.P. Dante Baronzzato (archivo de la familia Uribe Mendoza).

El sábado santo, en punto del medio día, se abría La Gloria y Francisco Juárez era el encargado de que las campanas repicaran largo y alegremente anunciando la buena nueva, por las calles los vecinos aumentaban la algarabía haciendo sonar grandes matracas de madera, y después de una semana de ayuno de carnes rojas, este día las ollas de cocido de res, de hueso oreado, humeaban en los hogares despidiendo su fuerte olor, los costillares y lomos se asaban, los palmoteos de las manos de las cocineras al hacer las tortillas, se escuchaba por doquier, en la cena se servían tamales de gallina y costillitas de puerco acompañados de champurrado, y había fiesta en las casas. Algo muy arraigado para el viernes santo era la creencia de que si se tomaban baños de mar, ese día, quienes lo hicieran se convertían en peces, leyenda que a los niños impresionaba grandemente.

Vamos a ofrecer flores

Durante las tardes de todo el mes de mayo, el mes de María, el atrio de catedral se poblaba de blancas nubes de encaje, tul y trajecitos de algodón almidonados, que vestían los niños y niñas paceños, quienes llevaban en las manos albos ramos de azucenas con "encajitos", las niñas lucían coronas de rosas blancas o de jazmines, y ofrecían sus flores a la Virgen cada misterio

Carmen y María Mendoza Pedrín (archivo de la familia Mendoza Salgado).

del rosario. Al final de la ceremonia se les repartían cucuruchos llenos de galletas de animalitos y pirulines de azúcar.

Pastorelas en el atrio de catedral

Otra de las tradiciones de las que me cuenta don "Chico", es la de las pastorelas en el mes de diciembre y las misas solemnes, cantadas por el coro que integraban: Mario Osuna, Angelita Beltrán, Trinidad Ríos, Carmelita Cota, "Chico" Núñez, Jorge, Jesús y Alfredo Ríos, Eduardo Carlón, todo bajo la dirección de Soledad Casillas de Álvarez, quien alternaba el uso del órgano y el piano en acompañamientos del grupo coral; los monaguillos que auxiliaban al sacerdote eran Félix Beltrán y Fernando Moreno, quien era el encargado de montar el nacimiento; también el apreciable Esteban Mayoral fue sacristán.

Procesión de niñas por la plazuela hacia catedral, 1915 (archivo de Filiberto Cota Martínez).

Nuestro señor San José en la Ensenada de La Paz

Uno de los barrios del puerto de La Paz que mantenía año tras año sus tradiciones era El Esterito, en donde se celebraba con gran lucimiento el día tres de mayo, Día de la Santa Cruz, fiestas en las que participaban todos sus habitantes, los cuales en su gran mayoría eran de origen Yaqui, mismos que llegaron al puerto contratados para trabajar en las armadas perleras locales como buzos, trabajo que generalmente realizaban sin escafandra, demostrando con ello su gran resistencia física.

Estos personajes inolvidables danzaban, desde el primero de mayo, pascolas y danzas ceremoniales de su lugar de origen, mientras que otros de ellos organizaban bailes populares, en los que se "alumbraban" con "cachimbas" de petróleo, a estos bailes acudían jóvenes y no tan jóvenes paceños, los que guardan agradables recuerdos de ellos.

El día tres, a medio día, los paceños no se perdían el colorido espectáculo que se daba en la ensenada, con la procesión de las canoas adornadas con flores y cadenas de papel de china, que rodeaban el "pangón" más profusamente adornado, en donde se transportaba la estatua del señor San José, santo venerado por los yaquis de El Esterito, éste surcaba el mar seguido por más canoas cargadas de músicos y niños, cruzaban hasta el palmar de Abaroa y regresaban a El Esterito para celebrar el cierre de la fiesta.

El año nuevo en el barrio El Choyal

El barrio donde aún vive la Profra. Pacita Amador de Esquivel, llamado El Choyal, celebraba la fiesta de fin de año organizada por doña Josefa Guerrero, y de ello Pacita deliciosamente me platica:

En el patio de doña Josefa se levantaba un cúmulo de piedras de cantera y arena, en el que colocábamos cactus y biznagas, y en la cúspide figuras de barro representando el nacimiento del Niño Dios, las cuales comprábamos "anca" Chabalito Ibarra, quien vendía, además, todas las imágenes religiosas que se buscaran, y juguetes tradicionales de barro, madera y "sololoy" [celuloide]. Una vez que llegaba la noche del treinta y uno de diciembre se congregaban la mayoría de los vecinos para celebrar la llegada del año nuevo con una representación que doña Josefa dirigía, en la cual mi hermana María y yo fuimos las intérpretes en dos ocasiones.

Mi hermana representaba el año viejo, con ropas desgastadas y harapientas, una barba blanca que arrastraba por el piso –la que confeccionamos con mecates y pintamos con agua de ceniza–, sombrero y el paso de un anciano reumático.

Yo personifiqué al año nuevo con un elegante traje y un fresco ramo de flores en los brazos, los diálogos los improvisaba doña Josefa, según los acontecimientos más relevantes que hubieran sucedido durante el año en la ciudad.

Al finalizar la representación, entre las risas y aplausos de la concurrencia, se cantaban las mañanitas, se servían tamales y champurrado elaborados por las señoras asistentes, rompíamos piñatas, bailábamos y así iniciábamos una nueva esperanza.

Estampas de la vida romántica en el puerto de La Paz

De La Paz… ¿Qué recuerdo?

El perfume del Ilán-Ilán que cubre la pérgola me envuelve y con él florecen mis recuerdos, recuerdos de una vida disfrutada a plenitud en este puerto, en este mi mundo.

¿Qué recuerdo de La Paz?, tantas cosas, sus calles, sus callejones, sus casas, sus gentes, las vivencias y mi familia, la mía y la de todos, éramos tan pocos, y a la vez seríamos tantos para conformar una sola, y sin embargo así nos veíamos: nos saludábamos todos siempre, al doblar una esquina, al cruzar una calle.

¿Por dónde nos vamos?… por la calle Independencia hacia el malecón en los años cincuenta.

Panorámica de La Paz. Calles 5 de Mayo y Revolución, 1930 (archivo de Filiberto Cota Martínez).

Salgo de Catedral a su atrio grande, solemne, rodeado por su barda de altas balaustras, veo su pila ojival con su monte de corales rematado con una alta cruz de cemento, a la derecha la ermita coronada por más corales y conchas, con su media fuente en donde se refleja la Guadalupana grabada en azulejos, resguardada por la madreselva de colores.

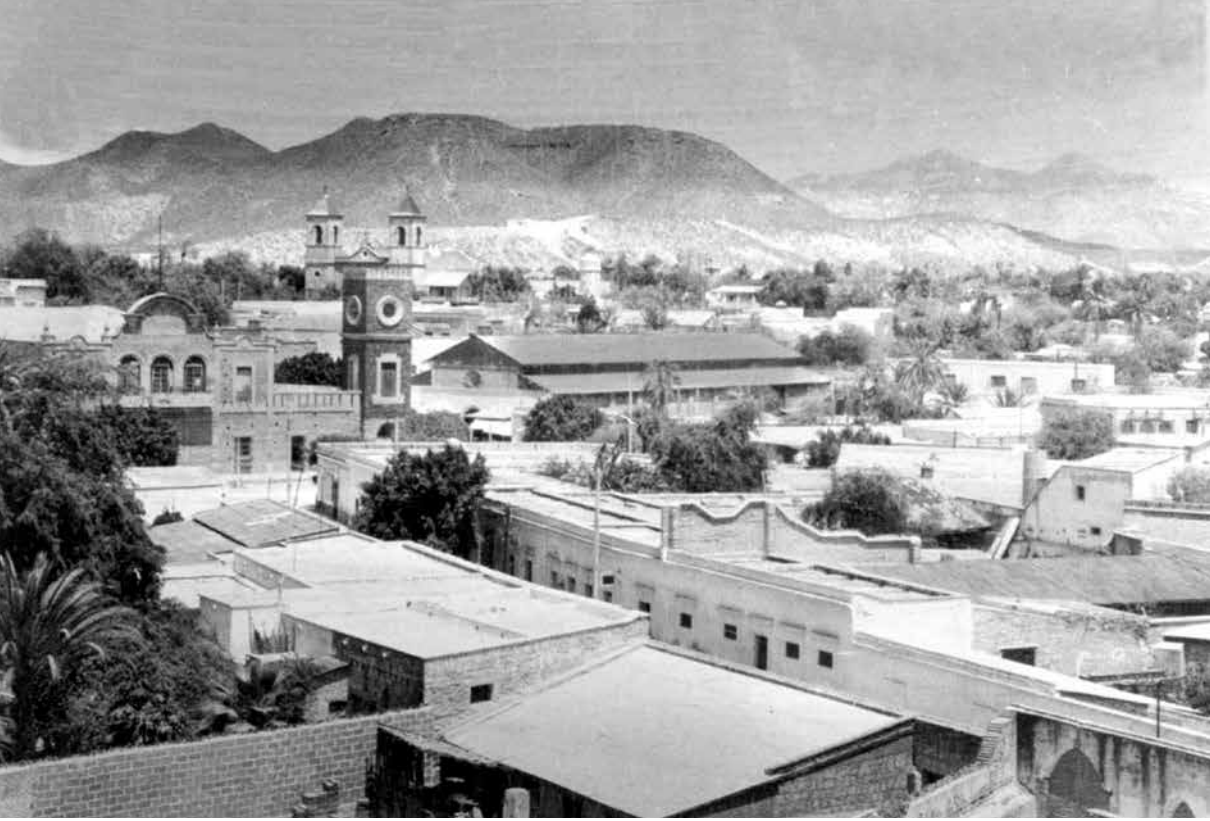
Atrio de la Catedral de Nuestra Sra. de La Paz (archivo de la familia Uribe Mendoza).

Ermita de Nuestra Sra. de Guadalupe en el atrio de la Catedral de Nuestra Sra. de La Paz, construida en la década de los cuarenta (AHPLM).

Traspaso el pórtico enrejado y cruzo la angosta calle empedrada para llegar a la plazuela, donde el jardín luce salpicado de destellantes obeliscos, camino sobre la roja alfombra que se ha formado con los pétalos de las flores de los vetustos tamarindos, percibiendo el aroma dulzón de los claveles mezclado con el fresco olor de la alfalfa con que va cargada la carreta de Juanito que avanza pesadamente por la calle y que satura el ambiente.

En la esquina de la izquierda la fachada, ya muy deteriorada, de reminiscencias francesas de lo que antaño fuera el elegante Casino de La Paz, tan renombrado en las crónicas sociales de su tiempo y que ahora alberga la oficina de correos, entro en ella para oír crujir el piso de duela bajo mis pies. Las casonas que siguen… ¡cuántas puertas tienen!, a través de los verdes matices de la fronda de la plazuela se enmarcan las arquerías de piedra de los inconclusos portales, al frente tengo el blanco edificio del Gobierno con sus altas ventanas, su balcón y, en su patio interior, el jardín conformado con la flora regional. Lugar al que regresaré por la tarde, para ver como despega de su azotea el globo que los encargados del departamento metereológico liberan diariamente para tomar nota de las condiciones del tiempo.

Desde la botica de Rubén Castro (Farmacia Baja California) ya veo el mar, y corriendo llego a la nevería de doña Ever (La Flor de La Paz), con sus nimbradas sillas, donde los aromas del café y la vainilla danzan entre los murmullos de la conversación, con las notas que emiten los pianos de la Escuela de Música que se encuentra al cruzar la "bajada" del cine Juárez, chispazo de luz y colorido que me fascina en los festivales en que participo; a mi derecha, en la esquina, la oficina del Registro Civil, ahí se escucha el mágico tintinear de la campanilla de una máquina de escribir que diestramente utiliza Consuelo González; siguiendo por la calle que baja hacia la playa el trac trac de la imprenta de gobierno, donde me entretengo redibujando con los dedos los



Panorámica del centro de La Paz, década de 1930 (archivo de Filiberto Cota Martínez).

arabescos de su reja. Me sorprenden diálogos, risas y la atercio-pelada voz del maestro César Piñeda: están en el foro de la Sala Ibo que él dirige y en donde ensaya una obra con Manuel Ojeda y Magaly Cortés como protagonistas.

Al bajar la empinada cuesta que lleva de la meseta del centro hacia la playa, me deslumbra el ígneo resplandor de las flores de la enredadera de "copa de oro" ("guayacán" en el sureste del país) que cubren la pérgola de la casa de doña Elvira, mi inolvidable abuela, y escucho, entre los regocijantes trinos de las aves cano-ras que ella atiende, el rechinar de la rondanilla del pozo del que Ambrosio saca agua. Ahora ¿hacia dónde vamos?, el mar está tan cerca, me gustan las flores… camino por la estrecha acera del

Callejón de Las Delicias que bordea el edificio en que se alberga la Escuela 18 de Marzo, sigo hacia la calle 16 de Septiembre: es emocionante cruzar la arena del arroyo, que forma la calle, los pies se hunden; en la esquina, sentado bajo la frondosa parota que da sombra a su tienda "La fama", Manuel Wong "El chino", quien es amigo de casa, saluda, se ríe con los transeúntes y llama la atención a los chamacos que corren por el callejón haciendo rodar las llantas en deshuso de los automóviles o de las bicicletas, lo hacen con una sorprendente habilidad, las empujan con las manos o un palo para que rueden y, así, recorren largas distancias sin que se les caigan, jamás pude lograrlo. Corro sobre la arena y llego a pararme de puntillas atisbando en la cerca de celosías de cemento que parece recortada en "Guipiure" de la casita de cuento de Ricardo y Chatita Sosa, ahí contemplo mi jardín de ensueño: ¡cuántos colores, cuántas flores! y el enorme reilete del molino girando veloz, los perfumes me embelesan y trato de identificarlos, los señores Sosa me invitan a pasar, me regalan una azucena rodeada de encajitos, todo blanco, y agradezco con un beso.

Al despedirme, volteo hacia el mar donde se destaca, sobre su espejo azul, el quiosco en medio de la calle, arena y más arena, tan blanca como mis flores… ¡me llaman!... es papá que pasa, y regreso a casa en un vaivén al rodar el auto sobre el empedrado de la calle Madero, veo a mi alrededor altas casas con sus rejas de madera y techos de tejamanil, pinos salados y árboles de la

Avenida 16 de Septiembre, se observa el quiosco al fondo, década de los cuarenta (archivo de Filiberto Cota Martínez).

India; contemplo mi ramo, a Lucry le encantarán las flores; al llegar a casa me bajo a la sombra del árbol del trueno que hoy, varios ramos blancos más, lo sigo viendo.

Describir mi puerto así, en unas líneas, me hace pensar: cuántas cosas se encierran en cada palabra y cuántas más en cada frase; reflexiono y, al profundizar, ahondo en el subconsciente que fluye cual incontenible manantial de evocaciones. Debido a que todas las familias se conocían, continuamente se podía escuchar o preguntar sobre la vida y costumbres de cada época, a lo que con gran agrado se respondía.

Siendo mi abuela Elvira poseedora de extraordinario carisma, su casa era frecuentada constantemente por sus amigas, para mí las más bellas señoras de la ciudad a quienes conocí desde que tuve razón y las recuerdo con gran cariño por todo lo que me profesaron; así, tengo siempre presentes a María Luisa de Ayala, Bachí de Von Borstel, María Teresa de Ruffo, Laura de Cornejo, Enriqueta de Isáis, Mercedes de González, Margarita de Taylor, Guadalupe de Castro, entre otras lindas personas.

Las antecesoras de dichas señoras vivieron los inicios de la ciudad de La Paz y, como ellas a mi, también les confiaron sus memorias, las que recogí y guardé en el alhajero de madera aromática tallado a mano en 1953 para mi abuela Elvira.

En aquellas tardecitas, cuando se reunían las señoras durante las meriendas, pude vivir con ellas sus recuerdos, oyéndolos con la misma fascinación con que disfrutaba al escuchar el murmullo del mar dentro de un rosado caracol, la sala de la casa de la abuela se engalanaba con frescos ramos de gladiolas colocados en altos jarrones, el piano era afinado con antelación por Amadito Leyva a fin de que la señora de la casa y sus invitadas pudieran amenizar la reunión donde se cantaban tonadas de moda, no faltaba que alguna de ellas tocara la guitarra haciendo dueto con el piano. Se acostumbraba brindar cremas de anís marca La Mona, o

crema de Damiana (estas dos últimas elaboradas localmente por Julio Gómez), de igual forma se preparaban ponches de frutas. La mesa se servía a las seis, engalanada con blanco mantel de "alemanisco" y vajilla de porcelana, generalmente blanca, en ella servían los bocadillos regionales como empanadas de picadillo o frijol dulce, burritos de machaca, tamales de carne de res –a decir de muchos "más amarillos que un mastuerzo" por la cantidad de huevo cocido con que enriquecían su relleno–, también ofrecían "campesinos" (tortas hechas en virginias o cemitas rellenas de salpicón, oriundas de Todos Santos, las que formaban parte del "bastimento" de quienes trabajaban en las huertas), la deliciosa gallina al horno o ensalada de gallina acompañada con tallarines caseros; no faltaba el café o el té de hojas de naranjo o de canela acompañando al "quequi" (cake), pay de limón, o coyotas, o arepas con mantequilla casera, o los muy solicitados chimangos de harina de trigo o de maíz endulzados con panocha y cubiertos de canela.

Mi casa

La casa marcada con el número 17 de la calle Madero, en el centro de La Paz, fue el lugar donde pasé mi niñez en los años cincuenta; papá la rentaba a la maestra María Luisa Arámburo viuda de Alvarado. Esta casa de mis recuerdos era una antigua y sobria construcción de gruesas paredes a línea de calle; el techo, muy alto, era de dos aguas armado con gruesas vigas cubiertas con tejamanil (tejas hechas de lascas de madera muy delgadas, muy comunes en las construcciones del puerto), con su alero hacia la calle. La puerta de entrada constaba de dos hojas de gruesos tablones labrados, éstos se aseguraban por dentro con una pesada aldaba de hierro forjado a

Rosita Mendoza Salgado, 1954 (archivo de la familia Uribe Mendoza).

mano –seguramente moldeada por uno de los primeros herreros que se asentaron en la ciudad–, era tan diáfano el sonido que producían las diversas piezas de la aldaba al golpearse entre sí que, por gusto, yo las movía constantemente.

Al lado de la puerta había una ventana que arrancaba desde el piso, resguardada con una sencilla reja de madera y, al abrirse las altas hojas de la puerta-ventana, se protegía la recámara de mis papás del sol con un visillo de tela de algodón. Era muy divertido pasar las horas tendida boca abajo en el piso y ver pasar sólo los pies de los transeúntes por debajo del visillo.

La entrada a la casa por la puerta principal te llevaba por un pasillo donde se bamboleaban las poltronas y era engalanado con dos macetones de cemento, decorados con incrustaciones de fragmentos de platos de porcelana que alguna vez fueron parte del servicio en la mesa de grandes banquetes; en uno de

Casa típica del puerto con farol, huerto y molino de viento, principios del siglo XX (archivo de Filiberto Cota Martínez).

los macetones lucía un nimbrado helecho que al moverlo la brisa parecía que estrujaran una hoja de papel; esta planta en Todos Santos era conocida como "hierba del golpe". En el otro macetón un exótico colomo negro al que frotábamos sus grandes hojas con las cáscaras de plátano para que se mantuvieran brillantes, esta planta resguardaba la entrada de la recámara de mis papás. Aquí terminaba la construcción de ladrillos, al bajar dos escalones estaban la sala y el comedor y, a un costado, mi recámara, a espaldas de la cual estaba la cocina, ésta contaba con entrada por el comedor y también por el patio.

Toda esta parte de la casa era de madera, las ventanas al patio tenían por rejas celosías de delgadas fajillas, el alto techo era de lámina roja cubierto con "cielo de manta" pintada de blanco con calidra, pisos de cemento que, al prepararlo, lo mezclaban con tierras de color y podía lucir rojo, amarillo o verde, según lo elegido, después lo pulían con jergas empapadas de aceite quemado y al final se trapeaba con petróleo morado, dando como resultado un piso espejeado. Toda esta construcción fue realizada por el más hábil ebanista que he conocido: mi PADRE, quien además de desempeñarse como director de Educación Física en el Territorio de B.C.S., se daba tiempo de poner en práctica sus habilidades para brindarnos comodidad para vivir.

Los muebles de la recámara de mis padres eran de líneas sobrias, se componían de un tocador de alto espejo biselado que aún guarda la bella imagen de mamá, con cajoneras a los lados; la cabecera y piecera de la cama al igual que los demás muebles son de caoba, un alto ropero y dos burós; las colchas de satín de fuertes colores que se encargaban por catálogo a Mc Calls, me fascinaban al tacto; un floreado linóleum daba color al piso y, en el centro de la habitación, la cuna de mi hermano Milo con su pabellón de tul pendiente del techo. Mi recámara era pequeña, con un juego de muebles diseñado para mi edad, de color crema, y

que fue regalo de los tíos Valerio y Angelina González; consistía en una cama de medio barandal, un buró, una silla un tocador con espejo circular y un ropero a la medida de la ropa de una niña de cinco años, muñecas por todos lados vestidas maravillosamente por tía Leonor Mendoza, y con su respectiva casita hecha de lámina, bellamente decorada con muebles, comprada en la juguetería de La Perla de La Paz.

La mesa del comedor es de madera de cedro, con patas convexas y seis sillas antiguas –seguramente provenientes de la casa de alguno de nuestros antepasados–, las cuales tenían en el asiento y el respaldo figuras mitológicas grabadas.

Los muebles de la sala tenían un diseño muy en boga en los años cincuenta, el tapiz rojo y rombos negros; la mesa de centro era rectangular y baja, sobre la cual mamá tenía una pecera con pececillos rojos y dorados que se multiplicaban al girar y reflejarse en la cubierta de la mesa que, para mi encanto, era de espejo. Cerca de la ventana, una vitrina con dos altas torres que contenían los regalos de bodas de mis papás, y las copas de cristal que eran el lujo de mamá.

En el centro de la mesa del comedor Lucry –como llamamos cariñosamente a mamá–, tenía colocado un vidrio ovalado que en algún tiempo protegió la fotografía de algún familiar, sostenido en un bello marco. Dicho vidrio era cóncavo y en él había puesto una capa de arena de arroyo y sembrado unas plantas que conocemos con el nombre de "pesetas" o "conchitas" y que se distinguen por sus hojas circulares de verde intenso. Esta mesa se vestía con almidonados manteles deshilados y también tejidos por tía Leonor.

Viendo la casa de frente, hacia el costado izquierdo se levantaba una barda de ladrillo aparente, de poca altura, rematada con una línea de fajillas de madera terminadas en punta y, en el centro de ella, un zaguán; el frente de la casa estaba pintado de

blanco, el zaguán resguardaba la entrada a un patio donde se enseñoreaba un frondoso árbol de otatabes, bajo el cual estaba un lavadero de madera que tomaba gran ritmo cuando María Lucero tallaba en él las prendas de ropa que, cubiertas por la blanca espuma que producía el jabón "pinto" (barras de jabón procedentes de la contracosta elaboradas con aceite de coco), parecía que danzaban con faldas de tul.

A un lado del lavadero estaba una alta pila de piedra que compartía su espacio con un tibor que anteriormente contuvo petróleo y que ahora surtía de agua a la diestra lavandera que prestó sus servicios en casa durante tantos años y a quien recordamos con cariño. Más al fondo se veía un techo de láminas rojas que protegía el banco de carpintería de papá y todos los instrumentos necesarios para esta labor que él dominaba plenamente; en este banco forjó una gran cantidad de los muebles que poseíamos; dicho banco lo convertí en escenario teatral durante mi infancia.

Contra la barda del fondo del predio, estaba el gallinero de grandes proporciones dentro del cual se pavoneaban las gallinas "chanas" (abadas) con su faldón de plumas blanco y negro, por lo que daban la impresión de estar cubiertas de remiendos; las estiradas pavipollas lucían su collar en el largo pescuezo, los gallos de fina estampa con las coloridas y tornasoladas plumas de su abanicada cola, las recatadas blancas y las altivas coloradas que en algún momento compartían su espacio con los engreídos guajolotes. Este gallinero estaba protegido hasta la mitad con techo de láminas rojas, las que eran tan usuales, bajo el cual había barras en forma de escalera donde las aves dormían, así como los nidos hechos en cajones y cacaixtles para las que estaban "echadas" (incubando); el resto del espacio fungía como asoleadero y estaba techado de tela de alambre, para evitar que escaparan las aves; el suelo estaba cubierto con arena de arroyo y, dos veces por semana, el mozo traía arena de la playa que contenía sargazo

y crustáceos que eran devorados por las aves con gran fruición, dando como resultado una excelente producción de huevo.

En otro extremo se encontraba el amplio cuarto de baño de paredes de ladrillo emplastadas con mezcla de arena y cal, un alto techo de tejamanil y el piso de cemento pulido –recuerdo que estaba siempre frío–, en un muro bajo de cemento descansaba una tina de zinc con agua templada al sol, misma que se usaría en el aseo diario vertiéndola con un tecomate partido por la mitad, en la pared un perchero para colgar la ropa y las toallas, y como complemento una banca de madera pintada de blanco.

Entrando a la cocina por la puerta del patio nos encontrábamos con un mundo blanco; una gran mesa con la cubierta de fuertes tablones de cedro con gruesas patas torneadas, forrada su cubierta con un mantel de caucho estampado con frutas y flores en alegres colores, en donde se amasaban las más deliciosas tortillas de harina, los incomparables buñuelos de mamá, los que llenaban una enorme canasta en las navidades, así como los chimangos endulzados con miel de panocha y aromatizados con canela, la estufa esmaltada en blanco, que consumía petróleo morado, tenía cinco hornillas y a un lado un horno de donde salían los pasteles rellenos de mermeladas de frutas, conservas de la casa, este pay se cubría con "rejitas" hechas de la misma masa y después de barnizarlas con yema de huevo se espolvoreaban con azúcar y canela; también los rellenaban con leche condensada previamente rendida, que en este tiempo llamábamos "leche del águila" (por el logo que tenía la lata en que venía), también rellenos de picadillo de res o de gallina, o de crema de limón; de este horno también salían las charolas con doradas galletas y las insuperables gallinas rellenas, la "galantina" que era una de las especialidades de Pilarillo –la cocinera de mamá, que dejó a mi abuela Elvira para seguir a su Lucry–; preparar la "galantina" era todo un

arte: había que deshuesar la gallina entera rompiendo lo menos posible la piel y posteriormente la rellenaba con jamón, ciruelas pasas, verduras finamente picadas y rebanadas de huevo cocido y la cerraba amarrándola con hilo grueso, le untaba manteca y le espolvoreaba especias para luego hornearla.

Otra de las delicias que vi preparar a Pilarillo lo llamaba "tamal perdido", a saber se cocinaba en una cazuela grande y honda, a pesar de mi corta edad me gustaba estar presente para tener la gran experiencia de darle vuelta a la manivela del molino que estaba atornillado en uno de los extremos de la mesa y ver cómo salía el nixtamal convertido en masa, la que se mezclaba con manteca de puerco, sal y salsa de chile colorado, con ésta se forraba la cazuela previamente untada con manteca y se rellenaba con el picadillo tradicional de carne de res "macheteada" sobre la tabla, guisado con chile colorado, gruesas rebanadas de cebolla morada, pasas, rajas de chile verde tatemado y, al final, se cubría con rodajas de huevo cocido y aceitunas, más rajas de chile y pasas, y se sellaba con una gran tortilla de la misma masa que pinchaban con un tenedor, la untaba con manteca para que dorara, se espolvoreaba con azúcar y se horneaba; nos fascinábamos con este platillo. Esta cocina era un paraíso para mí, sobre todo cuando me hacían merengues y los saboreaba mientras disfrutaba del sentido del humor de Pilarillo y las historias de Chonita Ávila, mi nana.

Algunos domingos eran especiales pues solía reunirse la familia, era cuando la abuela Elvira se instalaba en la cocina y, ayudada por Pilarillo, Chonita y Lucry, hacía gala de su conocimiento sobre la cocina todosanteña, y nos deleitaba con gallina frita, para lo cual ya estaba en espera la más frondosa gallina de casa, previamente lavada y aderezada.

Desde esos tiempos guardo la receta, mamá la preparaba muy seguido. Utilizaban una gallina entera en piezas.

GALLINA FRITA:

Cebollas y tomates
Cuatro dedos de maza
Chiles tatemados y en rajas
Varios ajos machacados
Papas y pasas
Varios virotes y mantequilla
Laurel y clavos de olor

Se sofríe la gallina con ajos sal y pimienta, con fuego bajo, cuando dora se le agrega el tomate, la cebolla molida y los cuatro dedos de masa disuelta en "nada" de agua.

Se confirma de sal y pimienta y se le agregan las rajas de chiles y las papas cocidas previamente fritas en rodajas, se sirve sobre rebanadas de virote dorado en mantequilla y se acompaña de arroz, ya sea blanco o rojo, hay quien gusta de rociar el platillo al final con pasas; puede también servirse con sopa fresca y frijolitos.

El postre podía ser o "zorrillo" o "natilla" con la que me deleité muy seguido en Todos Santos, en la acogedora casa de tía Emma Castro y su esposo Enrique Estrada. Esta casa se encontraba ubicada en "Cañada honda", próspero rancho agrícola de su propiedad.

NATILLA:

La leche se pone a hervir con una o dos panochas, canela y clavos de olor, o un ejote de vainilla.

Se mezcla maicena con leche fría y se le agrega a la leche hirviente sin dejar de menear, hasta que rinda al despegarse del cazo, y entonces se le agrega mantequilla de la casa, se sirve adornada con pasas y si hay piñones de la sierra mejor.

Otra de las tantas especialidades de Viruchy, como llamábamos con tanto cariño a la abuela, era la de preparar el relleno de los "guajos" que se servían en las reuniones familiares de navidad o de cumpleaños y bodas. Me contaba que su abuela Matea Albáñez le enseñó a hacerlo en su niñez, en su hacienda de San Juan en El Pescadero.

RELLENO ANTIGUO:

Carne de pollo desmenuzada
Carne de puerco sin grasa y molida o "macheteada"
Higaditos de pollo
Virotes
Manzanas
Ciruelas negras y pasas
Nueces
Mantequilla
Aceitunas picaditas

Manera de hacerse:

El pollo y los higaditos se cocen por separado, la carne de puerco se sofríe sola y se deja cocer con todos los olores, a saber: orégano, pimientas enteras, sal, laurel y clavo.

Se pican los higaditos, el pollo se desmenuza, el pan se remoja en caldo del pollo, se pican las frutas y en mantequilla se fríen los higaditos y las carnes, se agrega el pan ya molido y las frutas y se ablanda con caldo de pollo, se aconseja no rellenar el guajo sino servirlo como guarnición.

Y ni qué decir de los buñuelos que se deshacían sobre los platos hondos conteniendo miel espesa o clara según el gusto. La miel espesa la llamábamos "miel de dedo" y nos la hacían llegar de los molinos de la familia en Todos Santos o San José; rociada con queso macho "picoteado" o rallado sobre ella era deliciosa.

La cocina que rememoro tenía una ventana de pared a pared con enrejado de madera y sin cristales, por donde se contemplaba la pérgola cubierta por la madreselva de colores con cuyas flores formábamos collares, pulseras y coronas, así como los naranjos agrios con sus perfumados azahares, apacible lugar donde se columpiaban las jaulas donde gorjeaban una gran variedad de aves canoras de nuestra región.

Siguiendo con la descripción de la cocina se ven dos armarios que contienen todo lo necesario para cocinar, como ollas y sartenes de peltre, cucharas de madera, comales de forja y moldes para pasteles; en el otro armario la loza "del diario" y la cristalería necesaria para poner la mesa, y en la parte alta la vajilla fina y el juego de té de porcelana china decorada con dragones esmaltados; también una larga alambrera que servía de barra y que guardaba las galletas marineras y roncadoras, pescado y carne seca, chorizos, quesos de "apoyo" y "macho", chopitos oreándose, panocha dura y de gajo, cubanas con chocolate, con pinole y con cacahuates, alfeñiques, jamoncillos y zorrillo, (dulce de leche agria) y los granos como frijol, arroz, harina y azúcar y demás vituallas habituales en casa.

Mamá contaba con un gran lujo para aquellos tiempos, se trataba de una hielera, el antecedente del refrigerador, de color blanco y armada en madera como un pequeño ropero, de aproximadamente 1.80 m de alto por 80 ó 90 cm de ancho, forrada en su interior con lámina de zinc con una puerta arriba y otra abajo; en uno de los compartimientos se colocaba una barra de hielo,

misma que duraba un día, y así en casa podíamos tener leche, agua fresca y conservar otras cosas que requerían de refrigeración.

Un tiempo después, en el comedor se colocó algo inusitado y no muy usual en las casas de La Paz, un refrigerador de petróleo, en el que se podían conservar los alimentos por varios días así que disfrutábamos a discreción de "hielitos", nieve que a base de crema de maicena y leche "del clavel" preparaba mamá y donde las cajas de chocolates Hershey´s entre otros eran frecuentes.

Y hablando de refrigeradores, recuerdo una de las tantas pláticas, tan agradables como ricas en información, que he tenido con la tía Tita Domínguez de Salgado. A finales de los años veinte, al venir de Todos Santos a visitar a su abuelo paterno en La Paz, don Antonio Domínguez, quien vivía en una de las casas más grandes de la ciudad, sita en la calle Revolución esquina con Ocampo, casa que todavía ostenta en el frontispicio de su portón la fecha de 1890, me dijo:

> Muy temprano por la mañana, íbamos en carretela a uno de los ranchos de mi abuelo [ubicado en donde ahora se encuentra el parque Revolución] por la leche y otros productos, y todo lo que traíamos, al llegar a casa, lo acomodaban en el refrigerador –¿sabes cómo era?, me pregunta, yo la contemplo ansiosa, ella sonríe y continúa–. Al fondo de un gran corredor, cerca de la cocina, había un alto y amplio cuarto con paredes y techo de alambre de mosquitero, una gran alambrera, con puerta de tamaño normal por donde podías entrar, en el centro una mesa y sobre ella canastas con huevos, verduras, frutas, alrededor repisas donde estaban el queso, las ollas con la mantequilla, pescado seco y oreado, carne seca de caguama, de res y de venado, tortillas de harina, jamoncillos y otros dulces regionales, era así que se guardaban los alimentos sin peligro de moscas, gatos o ratones y en ambiente fresco; la leche hervida y el frijol cocido que se consumiría en el día, ahí se conservaban mejor.

Volviendo a la casa de la calle Madero en donde disfruté con mi familia de un ambiente plenamente provinciano. En la transparencia de esos días fui conociendo el entorno del puerto donde nací y sobre todo lo que podía llamar mi barrio. Teníamos como vecinos, al lado izquierdo, a Marcos Rivera y Consuelo Amador, su esposa, quien ha sido destacada concertista y maestra de piano por muchas generaciones, fue impulsora de la construcción del edificio de la Escuela de Música en el estado, misma de la que fue directora y realizó en este cargo una brillante labor. Consuelo fue gran amiga de mamá y me felicito a mí misma por seguir disfrutando de su cariño.

A la derecha contábamos con la amistad de la familia de don Víctor Liceaga y su esposa Elenita Ruibal hermosa señora, y sus hijos de los cuales con Víctor y Laura Elena conservo una bonita amistad; cruzando la calle empedrada y haciendo esquina con la calle Constitución la familia Aguirre; seguidamente, a quienes llamaba tíos con gran cariño, Alberto Alvarado y su esposa Tere Soto también pareja entrañable en casa al igual que sus hijos; seguidamente la tienda de Raúl Castro Peña y mi querida Quichú Isáis, destacada concertista y fundadora de la primer academia de música particular en la ciudad, de ella he aprendido que la perseverancia te lleva al éxito, en esta tienda llamada El Bazar mamá me compraba hermosos vestidos, sombreros de paja con cintas de satín, guantes y bolsas de mano decoradas con flores de seda, las cuales lucía en la misa del domingo, así como cuando viajábamos a la ciudad de México, Mexicali o Ensenada.

A un lado de este bazar encontrábamos a la familia del Capitán Bustos y su esposa Alicia Carrillo, Licha como más le llamamos, y quien ha sido como la presencia de una hermana de mamá para toda mi familia, así la vemos y así la queremos. De la casa de Licha continuaban unas altas y carcomidas bardas que cercaban un predio baldío, sombreado por vetustos pinos salados

(en este sitio, años después, se construyó el edificio de la farmacia Arámburo y la tienda de ropa para niños El Paje), en donde se guardaban por las noches los dos autobuses de servicio urbano que mi padre, en sociedad con los señores Manuel Sánchez, José Ángel Mayoral, Fortunato García Yuen, Guillermo García y Luis Dibeni, adquirieron a finales de los cuarenta, en la frontera, y que en gran odisea los trasladaron hasta La Paz. Estos autobuses fueron los primeros en brindar el servicio de transporte urbano en la ciudad.

Recuerdo que mamá, algunas tardes, me ponía al cuidado de Licha, la joven que fungía como boletera en el autobús más grande, con el fin de que fuera en el recorrido por la periferia para distraerme. Nunca imaginó Lucry que me favorecería grandemente al conocer durante esos recorridos los barrios del puerto y ver su ambiente aunque fuera de paso; como duraban de dos a tres horas, invariablemente yo regresaba dormida. También recuerdo cómo me divertía formando torrecitas con los veinte centavos de cobre, que en grandes cantidades se guardaban en casa en un baúl de madera todas las noches. Estas monedas eran para dar el cambio a los usuarios de los autobuses y también para los pasajeros de los taxis que papá tenía en el "Sitio Estrella" del que también fue pionero, y donde contaba con varias unidades de su propiedad.

Al continuar el recorrido por esta acera rumbo a la avenida 5 de Mayo me detenía a contemplar la casa de la familia Arámburo Salas con su hermosa arquitectura Sevillana, única en el puerto, y en la esquina entrababa a la tienda de regalos y librería propiedad de la misma familia Arámburo, que para mí era lugar mágico donde las letras escapaban de los libros cuando Paco me leía *Platero y yo*; además, lugar sumamente frecuentado por las señoras para adquirir revistas como: *La familia*, *Paquita*, *Vanidades*, *Life*, y románticas novelas entre otras; los señores adquirían

Impacto, *Jueves de Excélsior*, *Hoy*, *Revista de revistas*, y *Ocruzeiro* la que yo gustaba de recortar en casa de los tíos José y Leonor, y otras revistas de diversa índole.

Por esta avenida 5 de Mayo y haciendo esquina con Belisario Domínguez se encontraba la regia casona de don Felipe Cota y su esposa Columba Mendoza, tía de mi padre. Es precisamente de esta casa que guardo un brillante recuerdo con una anécdota plena de luz: en esos años se acostumbraba que los niños y niñas pasáramos un día de la semana en casa de los padrinos o tíos, y aunque para poder acudir a la visita tenía que soportar recomendaciones por bastante tiempo mientras me terminaban de vestir y peinar adecuadamente, a saber vestido de organdí, mandil blanco y almidonado el que nos delataba si habíamos o no aprendido a "bien comer", tobilleras tejidas que se marcaban en la planta de los pies provocando comezón que no debías dar a saber, zapatos de charol y el peinado con bucles y más bucles, el que coronaban con un enorme moño de listón, muy frecuentemente a cuadros y cuando ya estabas lista te polveaban la cara. Todo el atavío se impregnaba con el perfume del jabón Maja con que nos bañaban y el pelo saturado con el de la manzanilla, con que nos lo habían enjuagado, para mantener el color dorado del mismo.

Con todo y esto, yo me fascinaba cuando me tocaba visitar a la tía Columbita y a Luisita su hermana que vivía con ella. La casa se conservaba amueblada tal y como fue habilitada a finales del siglo XIX, ya que la tía Columba contrajo matrimonio con el señor Felipe R. Cota el 5 de junio de 1884, siendo ella originaria de San Antonio y él de El Triunfo, fue entonces cuando se instalaron en esta hermosa residencia.

Tanto ella como su hermana seguían vistiendo a la usanza de esa misma época, falda larga y negra, blusa blanca en el verano y negra en el invierno de cuello alto cerrado con un camafeo y manga larga, sus blanquísimos cabellos recogidos en alto chongo,

representaban una hermosa visión de otros tiempos, protegiéndose del sol con visera de celuloide verde rematadas con bies de tela sus orillas, su mirada era dulce e intensamente azul, gustaban sentarse en mecedoras austriacas a tejer o a abanicarse, yo disfrutaba al acompañarlas sentada en otra poltrona, tan alta que mis pies no tocaban el piso, y así las tres veíamos hacia la calle a través de la alta reja, ya que en el pie de la ventana colocaban, sobre una carpeta, muñequitos de "sololoy", churumbelas y pelotitas de duro caucho que lograban gran altura al rebotarlas en el piso, nunca me di cuenta si se vendieron o no, pero ellas pasaban la mañana cuidando la exhibición, y mientras me platicaban yo contemplaba las estrellitas que Luisita tenía en las orejas, y sobre todo cuando salíamos al patio para que me paseara en el columpio que pendía bajo el tamarindo y las estrellas de Luisita destellaban bajo el sol. Cuando yo le decía que también quería tener estrellas en las orejas como ella, sonriendo me decía "un día las tendrás", también me divertía corriendo por el patio, cortando naranjitas y subiéndome al brocal de la pila para contemplar los rojos peces que en ella había, las tías se aterrorizaban al verme y a gritos pedían auxilio a Ramona su sirvienta de tantos años, para que acudiera a bajarme y explicarme que "las niñas bonitas no hacían eso", también cuando se descuidaban me subía al automóvil modelo T, que desde la muerte del esposo de tía Columbita no se había vuelto a usar.

De este auto queda en la memoria de los paceños la anécdota siguiente: "debido a lo bien que administraba sus bienes el señor Felipe Cota [que fue esposo de la tía] el automóvil sólo se usaba los domingos, y para tal efecto el chofer llegaba temprano para sacudirlo y ponerle las llantas, pues el auto se mantenía toda la semana sobre unos soportes de madera para evitar el desgaste de las llantas, salía entonces el matrimonio a misa a la muy cercana catedral al servicio religioso; al salir, después de saludar a todos

sus conocidos, solían pasear por el malecón y regresar a casa; de nuevo se desmontaban las llantas y se colocaba el auto sobre sus soportes y se cubría con una lona, quedando así toda la semana".

Estando yo dentro del auto movía el volante y jugaba con las borlas de las cortinillas de terciopelo que cubrían las ventanas, y lo mismo hacía cuando visitábamos en Todos Santos a los tíos Mario Castro y Elisa Agramont, los que tenían un automóvil igual. Cuando mamá pasaba a recogerme le platicaba como había disfrutado el "quequito" bañado con crema de maicena, que no

Catedral de La Paz y parte de la plazuela (archivo de Filiberto Cota Martínez).

me había terminado la sopa, y que si sólo las viejecitas podían tener estrellas como las de Luisita, mamá sólo sonreía. Muchos años después comprendí que aquellas estrellas eran diamantes, así que en mis recuerdos guardaré el fulgurante resplandor de "las estrellas de Luisita" como una hermosa luz en mi infancia.

Regresando a casa puedo contemplar la plazuela (Jardín Velazco) con sus floridos tamarindos recortándose sobre la catedral de Nuestra Señora de La Paz, jugábamos al "gato" en los inconclusos portales en donde estaba instalado el supermercado "Sole" de la familia Fenech.

Al acercarnos de nuevo a casa saludaba a los señores Mena, los que habitaban una gran casa de arquitectura tradicional, muy bien conservada, con ventanas de medio punto y rematadas con celosía floral calada en madera, y gruesas rejas de hierro que terminaban en puntas de lanza.

La familia Mena proveía diariamente a este sector de leche fresca, de la cual en casa, tras el proceso de hervirla, se obtenía una gruesa y cremosa nata que a su vez nos proporcionaba la más deliciosa mantequilla para nuestra mesa, mantequilla que se obtenía gracias a la constancia con que Pilarillo batía las natas con cuchara de madera, hasta lograr eliminar el suero que contenía; al final la salaba y la colocaba en la mantequillera ya convertida en esfera, lograda con las palmas de sus manos.

Hoy, la fina mantequillera de cristal de mamá, que conservo con gran cariño, destella cuando la luz se refleja en sus múltiples cortes, invitándome a destaparla para que vea de nuevo tantos y maravillosos instantes de mi niñez.

De esta casa pasamos a vivir a Independencia 1107 donde transcurrió mi juventud, y de donde salí incontables veces para culminar mis estudios en la ciudad de México, mas en la atmósfera dejada atrás todavía puedo contemplar las imágenes de mis padres saliendo de fiesta, él, tan apuesto, vestido totalmente de

lino blanco, con las solapas del saco tiesas de almidón, y mi madre con su vestido de seda "jaspeada" en blanco y negro con su rizado pelo cayéndole en cascada por la espalda, su sonrisa pronta y su resplandeciente tez, despidiéndose de mí.

He sido muy afortunada por haber vivido todos estos años, en los cuales me parece que el tiempo se detuvo en mi mente, y mayormente afortunada me considero al poder tener, como una herencia de amor, esos días que guardo como un gran tesoro que enriquece mi diario vivir.

Lucila Salgado de Mendoza y Rosita Mendoza, calle Independencia y Callejón 18 de Marzo (archivo de la familia Mendoza Salgado).

El Real de San Antonio

El Real de San Antonio debe su nacimiento, como tal, a la creación del Real de Santa Ana que fundara Manuel de Ocio en el paraje en que el soldado Ignacio de Rojas recogió muestras de metal en 1720; dos años después el padre Ignacio María Nápoli lo llamaría Santa Ana, estableciendo en el sitio la misión de Santiago, mas al corto tiempo el misionero trasladó la incipiente misión a su lugar definitivo, más al sur.

En este sitio, ya deshabitado, Manuel de Ocio funda el primer asentamiento minero de California, en 1748, designándole el nombre de Real de Santa Ana. Años después, Santa Ana ya contaba con cerca de 300 habitantes y Ocio recibe los títulos de propiedad de las minas que había descubierto hasta entonces y que estaba laborando, entre otras: San Pedro, San Pablo, San Nicolás y el Triunfo de la Santa Cruz, el nombre de esta última mina dio origen al que sería más tarde El Triunfo, próspero pueblo. De la última mina, en un documento que se encuentra en el Archivo General de la Nación, aparece como dueño en 1777 Francisco Mendoza; también a esta mina se le consideró, en esa fecha, la más rica hasta entonces descubierta. Sobre Francisco Mendoza, el Historiador Pablo L. Martínez anota en la *Guía Familiar de*

El Triunfo, residente transporta agua desde "El Triunfito" para el uso del hogar, finales del siglo XIX (archivo de Roberto Fuerte López).

1700-1900: "Francisco Mendoza fundador de este apellido en la península en los siglos XVIII y XIX, con la familia que procreó con Nicolasa Castro".

Acerca de Manuel de Ocio, debo platicarles la experiencia que viví al visitar la casa que él habitó en 1748 al iniciar los trabajos de la minería: un buen día, a fines del mes de marzo del año 2002, por sugerencia de don Juan Manuel de la Peña, me trasladé hasta Agua Blanca, con el fin de visitar la tumba de Josefa Cota de Mendoza, la matriarca de mi familia por el lado de mi padre. Siguiendo la brecha hacia San Antonio de la Sierra llegamos a Santa Ana en donde fuimos amablemente recibidos, mi familia y yo, por las personas que ahí vivían, nos dijeron que estaban al cuidado de la propiedad sin saber a ciencia cierta a quién pertenecía, sólo sabían que pertenecía a la familia Ocio, a la que no conocían, y que cuatro generaciones de su familia habían nacido en este lugar, una clásica familia de rancheros sudcalifornianos.

Nuestra visita a la casa de Manuel de Ocio en Santa Ana, en 2002 (archivo de la familia Uribe Mendoza).

Nos permitieron entrar a la casa, nos llevaron a la fundición y a lo que quedaba del panteón, y a las ruinas de los almacenes llamados reales, que fueron creados durante la estancia en Santa Ana del Visitador José de Gálvez. La presencia del Visitador se debió a los registros que, sobre la producción, Ocio hacía a la Caja Real de Guadalajara en donde informa, la vez primera, que se obtuvieron 24 mil 642 marcos de plata. Es entonces que las autoridades Reales deciden tener el control de la explotación minera en California, en el año 1768, desistiendo de su intención en 1772, dejando las minas abandonadas, y decidiendo el gobernador Felipe Neve, previa autorización del Virrey, ponerlas en venta, siendo Antonio de Ocio, hijo del fundador de Santa Ana quien compró algunas de ellas en 1781.

Como bien sabemos, la casualidad es la madre de los descubrimientos, y yo tuve esta oportunidad una vez más. Hacía un año que había concluido mi anterior trabajo sobre la parte austral

de mi Estado con el título de *Huellas ancestrales*, y daba forma a la idea de éste, que sería mi segundo libro, y releyendo *La Guía Familiar de Baja California* de Pablo L. Martínez, sin buscar, el libro se abrió en la página número 152, y al final de ella pude leer el nombre de mi tatarabuela, María Josefa Altagracia Fajardo, nacida el 8 de abril de 1817; al ver el nombre de sus padres me quedé en suspenso, dice: Juan Fajardo y Josefa Osio, Osio me dije, llamé a los eruditos y llegamos a la conclusión de que, Josefa Osio era seguramente nieta o bisnieta de Manuel de Ocio, debido a la temprana edad en que se contraía matrimonio en esos años, por lo tanto, y por el desconocimiento que al menos yo tenía sobre estos temas, mi sorpresa fue mayúscula, lo mismo que para mi familia, al enterarnos que descendemos de este personaje, al ser María Josefa Altagracia Fajardo Osio, madre de mi bisabuela Alejandrina Legaspy Fajardo, a su vez madre de mi abuelo por mi línea materna, Lucio Salgado Legaspy.

Al Real de San Antonio, a los pocos años, pasaron a residir la mayoría de los habitantes de Santa Ana, al disminuir en buena proporción el caudal del venero que la sostenía, y al iniciar Gaspar Pisón y Guzmán los trabajos de la primer mina de su propiedad, en 1756, a la que Pisón llamó Santa Gertrudis, Pisón residió y trabajó en Santa Ana desde su fundación y bajo las órdenes de Ocio.

En 1790, después de años de altibajos en las labores mineras, ya fuera por falta de capital, azogue, y mano de obra, éste tuvo una notable recuperación, al grado de que estuvieron en explotación 18 minas y el Real de Santa Ana alcanzaba la cifra de 1700 habitantes.

Mas, debido al agotamiento de los minerales que afloraban en la superficie y de nuevo la falta de capital, entra de nuevo en receso.

Posteriormente se dieron, en 1837 y 1847, los descubrimientos de nuevas vetas en los cerros de las Vírgenes y las Cacachilas, los que fueron denunciados por pobladores de San Antonio y rancheros de localidades aledañas; de nuevo, por las mismas causas señaladas con anterioridad, quedaron limitados en sus intentos, siendo hasta 1857 cuando la Compañía Unida de Minas de Baja California, conocida también como Compañía Mexicana, se establece en San Antonio, constituida por empresarios y políticos mexicanos.

Durante 1862 y 1863, se establecen nuevas empresas, ahora con capitalistas norteamericanos, siendo las compañías: Franco Americana, Dannes, Kholer Brothers, Peninsular y El Triunfo. La mayor parte de estas compañías, no pudieron sostenerse, entre otras causas por la escasez de mano de obra, y la falta de tecnología adecuada para las labores mineras, además del engaño al que recurrieron algunos comisionados, los que alteraban sus reportes a los accionistas, magnificando las extensiones de terrenos metalíferos, la calidad de los materiales y la facilidad para llevar a cabo los trabajos.

En el primer decenio del siglo XX es ya incosteable la extracción de los metales y las empresas extranjeras se retiran de Baja California, siendo la Compañía Mexicana la que se sostuvo hasta el final del porfiriato.

Así, los habitantes del otrora próspero Real de San Antonio ven diluirse en el tiempo el bullicio que provocaba la intensa actividad minera y que propiciaba, como consecuencia, el importante desarrollo comercial de la zona, en donde se contaba con una sucursal de la "tienda grande" que tenían los empresarios de El Boleo en Santa Rosalía, en la que fungían como encargados Eduardo Mendoza, Procopia Mendoza y Adalberto Martínez, lugar donde se podían adquirir artículos europeos de toda índole,

tienda que administraban los franceses residentes en San Antonio, los que solían reunirse en su club "Ideal".

En la década de los años treinta transcurren los días con la tranquilidad que brindan las labores agrícolas y ganaderas a que se avocaron de lleno los pobladores, quienes decidieron no emigrar, perseverando las tiendas de don Carlos Mendoza y don Luciano de la Peña. Los años de auge minero proporcionaron, a una gran parte de las familias, la oportunidad de reunir considerables fortunas y tener una extraordinaria comodidad para vivir.

San Antonio llegó a ser el centro económico más importante del Distrito Sur, por lo cual se llegó a considerar la posibilidad de instalar en el Real la capital del Territorio.

Misión de San Antonio, B.C.S., inicios del siglo XX (archivo de Roberto Fuerte López).

Cuénteme don Juan Manuel

Don Juan Manuel de la Peña Gutiérrez, apreciado amigo de mi familia gustoso accedió a compartirme sus recuerdos durante varias agradables mañanas. En estas entrevistas pude contemplar, a través de la claridad de su plática, la vida de este gran pueblo y sus habitantes.

> A mi pueblo lo cruzan los arroyos de los San Juanes y el de La Cruz, al juntarse forman el arroyo de Tescalama que corre rumbo al Golfo; y tenemos cerca La Sierra de la Laguna, el Cerro La Ballena, el Cerro Alto y el Cerro del Caballo, contando todavía con los ranchos tradicionales de "Agua Caliente", "Agua Blanca", "El Mortero" (donde Ocio instaló el molino para los metales), "La Fundición", "Santa Ana", "El Dátil", "Los Potrillos", "Las Termópilas", "Palo de Arco", "Agua de San Antonio", "San Antonio de

San Antonio, B.C.S., inicios del siglo XX (archivo de Roberto Fuerte López).

la Sierra", "Las Palmas", "La Concepción" y "Palos Verdes", este último es el rancho que más elevado está sobre el nivel del mar.

En los ojos de agua "Santa Cruz", de la mina de "San José" y en los "San Juanes" es común disfrutar de reuniones campestres con la familia, así como también en Ensenada de Muertos, El Sargento y La Ventana, hacia donde nos trasladábamos por el camino real que contaba con puentecitos –camino en muy buen estado y que data de la época del auge minero–. Era por ahí por donde se sacaba el metal de San Antonio y El Triunfo para embarcarlo.

Recuerdo que la escuela del pueblo estaba instalada en una edificación propia, y construida para este fin, contaba con un huerto y una gran pila para almacenar agua. Con gran reconocimiento y cariño, recordamos a los maestros que nos guiaron en nuestros estudios en la Escuela No. 4, la que durante el gobierno del general Pedrajo, en 1939, recibió el nombre de Enrique Rebsamen, los maestros fueron: Elena Izábal, Isabel Castro, Adolfo de la Peña, Félix Orozco, Horacio y Salvador Pérez Martínez, Ricardo Amador, Carmen Famanía, Enriqueta Meza, Francisco Jerez Angulo, Gilberto Castro, Antonia Meza de Green, y María de Jesús Rolland. Esta última maestra, María de Jesús Rolland

María de Jesús Rolland Piñeda, maestra emérita (AHPLM).

Piñeda, dejó una fecunda huella de entrega dentro del magisterio, al igual que en La Paz, posteriormente. Maestra entusiasta y decidida. En San Antonio, además de atender el grupo de alumnos que se le asignó, conformó una academia de mecanografía, una orquesta para varones y un circo en el que participaba todo el alumnado, organizando funciones, para recabar fondos para la misma escuela, espectáculo en el que ella misma actuaba con gran éxito. Haciendo gala de su entusiasmo y dedicación a su profesión, para que los alumnos alcanzaran un mayor nivel académico, animó a sus compañeros maestros a capacitarse para extender la enseñanza hasta el sexto grado de primaria, pues en ese entonces alcanzaba sólo el cuarto grado.

Desfile escolar en San Antonio B.C.S., 1948 (archivo de la familia Uribe Mendoza).

Mención especial también tenemos los realeños al recordar al Dr. Enrique Von Borstel Labastida, quien realizó su servicio social en mi poblado en los años cuarenta. Lo veíamos acompañado de algún ranchero por las veredas y caminos hacia El Triunfo y rancherías cercanas, muy pocas veces a caballo, pues prefería caminar, maletín en mano y calzando altas botas para protegerse de las espinas y las serpientes. Plike, como afectuosamente se le llamaba al doctor, gustaba con frecuencia de unirse a los gambusinos a buscar metales en las minas y montes. Al ser el Dr. Plike poseedor de extraordinaria voz, con una brillante coloratura de tenor, se unía al grupo de personas que gustaban del arte en sus diversas expresiones y que dominaban algún instrumento musical en la Escuela de Artes que Jesús Rolland inició, lugar en donde se ofrecían inolvidables veladas literario-musicales.

Casas de sólida construcción y muy amplias conformaban el centro del pueblo, recuerdo sobre todo la de los Mendoza, que destacaba por su arquitectura interior, con desniveles, ubicada

Coronación de la Reina de la Primavera 1950 en San Antonio, B.C.S. (archivo de la familia Uribe Mendoza).

en la ladera del arroyo de La Cruz, y "la casa del callejón" que baja al mismo arroyo, la que, a decir de los abuelos, perteneció a Manuel de Ocio y actualmente es propiedad de la familia De la Peña.

En San Antonio se contaba con cinco barrios, en donde vivía el grueso de la población, y oye lo que te digo Rosita, sus habitantes eran muy celosos de sus terrenos, no era fácil entrar en sus dominios, estos barrios tenían por nombres: Barrio Colorado (de ahí se llevaba barro), Las Chureas, Las Higueras, Tarichi (donde brota el agua) y Las Parras; pero cuando de bailes en la plaza se trataba, todos convivíamos y podíamos platicar con todas las muchachas, al igual que cuando asistíamos a los bailes que se daban en la casa municipal de El Triunfo, animados por la orquesta de los hermanos Rieke de Miraflores.

Por las calles del centro deambulaban personajes, con quienes podíamos transportarnos al mundo de la fantasía a través de sus pláticas: Aureliano, quien lucía más joven cada vez; Maklis, oriun-

Casa de Manuel de Ocio en San Antonio, construida durante la década de 1750 (archivo de la familia Uribe Mendoza).

do de Miraflores, vestido siempre de saco y corbata; la "Patita", señora que cantaba a todo lo que alcanzaban sus cuerdas vocales.

Los artesanos de las rancherías proveían a los lugareños y poblados vecinos, sobre todo, de cazuelas y sillas, las que bajaban de la sierra acomodadas tan ingeniosamente que no se caían, a pesar de que las cargas tenían una considerable altura y se bamboleaban sobre el lomo de las mulas. Uno de los tejedores de los asientos de las sillas y poltronas de mayor renombre, era don Antonio León, el que, a pesar de estar ciego, realizaba el tejido con cogollo de palma (brote de la palmera en su cúspide, el que luego se convierte en hoja), con él se hace todavía el "soyate", tanto para asientos, hamacas y cuerdas muy resistentes.

Los sartenes y cubetas de hierro eran la especialidad de Juan de la Peña, quien tenía además la planta de hielo y una tienda de abarrotes. Al inicio del siglo XX, la planta de hielo era propiedad de los franceses avecindados en el pueblo y encargados de algunas minas, la planta inició trabajando con vapor de leña, posteriormente con tractolina y después con diesel.

En las cazuelas serranas se cocinaban, en especial, liebres y carne de venado, de este último también, sierra arriba, se hacía menudo que era muy apreciado por los serranos. En consecuencia, de tener la mayoría de los hogares huertos familiares, siempre se contaba con frescas aguas de frutas. En la panadería de Juan de la Peña diariamente se podían comprar coyotas y huaraches, entre otras piezas de pan, y en casa disfrutábamos de las "michas", pan logrado con maíz cocido y "martajado" con panocha, y que se cocía en el comal sobre la hornilla en forma de tortitas. Con el calor que quedaba después de cocinar los alimentos diarios, comúnmente se servía en la cena, para acompañar, los frijolitos calduds con queso de apoyo y, de tomar, té de limón.

El nombre de "michas" deriva de la manera de llamar afectuosamente al gato de la casa, los que se protegían del frío de la región cerca de las hornillas.

En los años cuarenta todavía se encontraban, entre los habitantes del pueblo, hombres empeñados en la minería como:

Bernardo Torres, Loreto Amao, Jesús Manríquez; los capataces Güichito Valdez, Zaragoza Manríquez, Teófilo Manríquez, Filemón Mendoza y Catarino Márquez entre otros, los que gustaban de reunirse en la plaza a conversar entre ellos y con quienes gustaran escucharlos. Narraban las interesantes odiseas propias de su trabajo, y recordaban tantas vivencias de su niñez. Como cuando en la fábrica de carros de carga de tracción animal, en El Triunfo, se laboró por varios meses hasta lograr terminar el carro que don Nabor Mendoza ordenó, de tamaño especial para que cupieran en él 19 barricas de mezcal de la producción de su destilería, la que estaba ubicada en su hacienda "El Oro".

En 1950, el molino de Marcelino Amador tuvo gran auge, con la producción de panocha y panocha de gajo.

Personas tan respetadas, como apreciadas, eran las parteras, quienes además de su tarea especial, "subían la mollera" y curaban de "empacho", se recuerda a doña Jesusita, y doña Elinea que también era la rezandera en los velorios y novenarios; así, estaba en comunión con la vida y la muerte a un tiempo, al igual que Confianza Martínez Vitorio la que se anunciaba "rezandera, partera, quita el mal puesto, hecha la baraja, consejera, y hace crema de Damiana".

Agradecimiento constante se tiene por los médicos Dr. Enrique Von Borstel Labastida, Dr. Rascón (médico militar), Dr. Dolores Cervantes Dávalos, Dr. Carlos Estrada Ruibal, Dr. Antonio Carrillo Huacuja, enfermero Alfonso Cota quien se preparó con los mencionados galenos.

El centro de reunión de los señores era la peluquería, propiedad de Luis I. Sagredo, quien rentaba el local a la familia Mendoza, y lo tenía acondicionado con billar y venta de cerveza.

Antonio Sánchez, "Toño el herrero", era el encargado de la planta de luz y era quien recibía los recados, escritos y de palabra, de quienes salían del pueblo o pasaban de otro lugar y llevaban prisa; él, posteriormente, los hacía llegar a los interesados a cambio de unas monedas.

Armando Manríquez "el manís", realizaba múltiples oficios, como: músico, fotógrafo, encargado de proyectar las películas cuando se podía, mecánico, electricista, siendo además poseedor de gran viveza e ingenio.

María Avilés atendía el único restaurant, brindaba antojitos regionales y era famosa por su peculiar manera de expresarse a base de dichos locales.

Lugar preponderante tenían los zapateros, a cual más hábil de todos, José Búrquez, Ernesto Rieke que también se desempeñaba como herrero y talabartero de reconocida categoría, Carlos Ojeda, Rosario Castro y José Amao.

La costurera que destacaba fue doña Engracia, la que dominaba con arte la sastrería, y fue madre de Mateo Avilés, quien fuera el peluquero de varias generaciones en el puerto de La Paz.

La tintorería la atendía Rosalía Márquez de Amador, quien conocía a la perfección el uso de la savia y hojas de árboles y arbustos de nuestros montes, para desmanchar, limpiar y teñir las prendas que se le encomendaban.

La producción de quesos era importante, además de la venta local se llevaban a La Paz, en donde eran especialmente apreciados, sobre todo los que provenían de los ranchos serranos como La Concepción y Los Palos Verdes.

San Antonio, que aún conserva la memoria de su estirpe minera, fue cuna de innumerables familias que aún conforman rancherías, pueblos y ciudades de nuestro estado, entre las que orgullosamente se encuentran las familias de donde provengo.

Gracias DON JUAN MANUEL DE LA PEÑA GUTIÉRREZ, por hacernos partícipes de tus vivencias.

Te recuerdo siempre.

Agosto 31 de 2001, La Paz B.C.S.

“Voy anca…”

Las tiendas de abarrotes

Registradas en el periodo que va de 1920 hasta fines de 1950, las tiendas de abarrotes, que proveían a los habitantes del puerto de La Paz de todo lo necesario para la vida diaria, tenían en su mayoría como razón social el apellido de su propietario, y también las había con nombres como: “La Perseverancia” de Conrado de la Peña, “La Fama” de Manuel Wong, “La Popular” de la familia Arámburo, “La Morena” de la familia Cota, entre otras. Las

Calle Tercera (actualmente Avenida Revolución) tomada desde la calle 16 de Septiembre. En la esquina se aprecia “La Perseverancia” de Conrado de la Peña (archivo de Filiberto Cota Martínez).

Interior de "La Perseverancia" de Conrado de la Peña 1940, en primer plano: Conrado de la Peña; tercera persona: Rogelio Salgado de la Peña (archivo de la familia Salgado Ayala).

personas se referían a ellas, tanto al informar que se dirigían a ellas o bien al hacer la encomienda a otro, de una manera muy singular: "ve a traerme una barra de jabón, un cuarto de manteca y diez centavos de arroz, anca Chale" o bien voy "anca Gallito" o "anca Ruffo" y así a la tienda que estuviera más cerca, y si además vivía en la parte alta de la ciudad: "voy pa' bajo".

Entrar a estas tiendas para una niña soñadora como yo, era entrar a un lugar mágico, me fascinaba al grado de que no siempre podía contestar de inmediato a la voz de quien me atendía, y que me saludaba y preguntaba a un tiempo "buenos días Rosita, ¿qué

vas a llevar?", mientras me hablaban, yo ya estaba dando vida a los objetos que contemplaba.

Para personas realistas significaba, además de comprar sus provisiones, enterarse de las últimas novedades de lo que hubiese ocurrido la noche anterior, o de las horas que llevara transcurrida la mañana, así, como la vida, milagros y descendencia del vecino recién llegado al barrio, tal parece que era más eficaz estar ahí que leer el periódico.

Pero también para soñadores y realistas llegar a estas tiendas era percibir aromas tan disímbolos y que nos eran tan familiares, como el azucarado olor del piloncillo, que contenido en cacaixtles pregonaba con orgullo "soy de Todos Santos", cacaixtles que estibados sobre el piso formaban torres, el incomparable olor a pan recién horneado, a chiles verdes y frescos, y dominando la vista los mazos de cebollas moradas con sus verdes colas; olor a chiles secos, a salvado, a maíz, y a las especias que mezcladas con vinagre condimentaban los chorizos de puerco y de res que colgaban de un tendedero, casi sobre las cabezas de los clientes, como si fueran guirnaldas en día de fiesta, o también luciendo como collar de grandes corales pendiendo de un gancho de hierro de tres puntas sobre la balanza.

Un lugar privilegiado tenía en el tendedero, donde se exhibían al mejor postor, colgando como pendones, las piezas de carne seca de res, y de venado en algunas ocasiones, carne que también se ofrecía ya asada y machacada en pulida piedra, aderezada con ajos y orégano, este producto es indispensable para realizar nuestro platillo regional la "machaca".

Mientras se escuchaban los reclamos de atención de no muy buena manera, sobre todo de los chamacos imprudentes al que más, y los que rápidamente recibían la reprimenda del tendero, al tiempo que éste escurría el suero de los "chopitos", de las "cuajaditas" y del requesón. Y se escuchaba la fuerte voz del hortelano recién llegado con sus canastos de frescas frutas.

Espacio favorito era donde el terso queso de "apoyo" se encontraba, pues era del que los clientes no perdonaban "la probadita" y del que los niños con 5 centavos podían disfrutar de "papel y sobre" (delicioso bocado, que consistía en una finísima rebanada de queso o en su caso "surrapas" de queso y "surrapas" de piloncillo o panocha de gajo), después de la degustación los adultos pedían frecuentemente que les pesaran unos gramos, lo cual acompañaban de un "virote" y algún chile picante y lo saboreaban con gran deleite mientras esperaban su turno de atención.

Alteraba los sentidos el intenso aroma del "queso macho", que retaba al más fuerte, pues no era fácil partirlo. Azorada presencié más de una vez cómo lo cortaban sin piedad con un serrucho, logrando pequeños trozos que, al rallarlo y espolvorearlo sobre los alimentos, nos brindaba un incomparable sabor.

Desde un lugar apartado, según las dimensiones de la tienda, no faltaban las emanaciones que se desprendían de los tibores de tractolina y petróleo, combustible muy solicitado para uso doméstico: en los quinqués, estufas y para pulir pisos de cemento. También se despachaba gasolina que ya venía envasada en latas de 19 litros cada una, mismas que se llevaban en una jaba de madera.

El petróleo se llevaba a casa en diversidad de envases, en los que se servía por medio de una bomba manual que contaba los litros con gran ritmo. También se veían los atados de velas de parafina que, colgando de sus pabilos, giraban en incesantes piruetas.

Las ayudantes de cocina y amas de casa urgían que les sirvieran, en sus platones de peltre, la mantequilla de rancho, que no tenía rival untada en gruesa capa sobre una arepa; mantequilla que al llegar a casa era moldeada como una esfera y colocada en mantequillera de cristal. Al lado de este preciado manjar, la manteca de cerdo, contenida en grandes latas, se ufanaba de ofrecer tres categorías: la refinada blanca, la mediera color crema

y la más humilde que contenía asientos, y que finalmente era la de mayor demanda pues era la más solicitada por su gran sabor, multiapreciado en nuestras cocinas.

A fines de los treinta ya se distribuían refrescos embotellados que se pedían como sodas, algunos de frutas naturales con el nombre de "La Paceñita" que eran envasados por don Ramón Briceño, quien por algún tiempo selló su contenido con una canica de barro; ya a fines de los cuarenta se compraba la "Califrut" cuya patente y distribución tenían Salvador de Alba Salinas y Carlos Rodríguez del Río. En el diario de la tarde, *Nuevas de Hoy*, el 12 de abril de 1949 se promocionaba:

VINOS DE SAN VALENTÍN

Los mejores vinos de mesa. Distribuidor- Nicolás Simón
Independencia y Guillermo Prieto # 52

FÁBRICA DE GASEOSAS "JOSEFINA"

Elaborada con las mejores aguas de San José del Cabo.
Agente: Guillermo Escudero Luján, precio de fábrica 16 cts.

AGUA SUPER PURA ELECTRIFICADA
EMBOTELLADORA CALIFORNIA, S. DE R.L.
Calle Bravo e Ignacio Ramírez.

Y en los cincuenta reinaba "La Vita" de Don Carlos Navarro de Alba, gran amigo de mi casa; refrescos que se ofrecían al tiempo o fríos y, así, tenían otro costo. Anteriormente fueron muy populares las "Sodas Regias" que distribuía Arturo Canseco.

En esos años tuvimos en casa la fortuna de deleitarnos con los refrescos de ciruela del monte, que envasaba en San José del Cabo el muy querido maestro y amigo de casa el Profr. Fernando Cota Sández.

Cuando un grupo de amigos coincidía en el local, sobre todo en el verano, podían disfrutar de una sola cerveza Bohemia o Pacífico dentro de la tienda, las que reposaban en la hielera hecha de madera, forrada con lámina de cinc, y que contenía el hielo suficiente para un día, además, se cubría con sal de grano y se tapaba con un costal de jarcia.

En el lado opuesto a los abarrotes se podía saludar a quienes tenían el don de saber confeccionar ropa, señoras muy apreciadas y sastres de gran reconocimiento, quienes podían escoger libremente en el amplio surtido. Estando cerca del estante de las telas, embelesaba el recatado aroma del almidón de las piezas de manta trigueña, tusor, cabeza de indio, y de las coloridas percalitas, esta última tela de fresco algodón que junto con la muselina y las taminitas eran las preferidas en nuestro clima y, a su vez, eran vistas con desdén por las aristocráticas sedas, tafetas y *moauress* vecinas.

En la vitrina, contrastando con los perfumes de tocador Maja, Madreselva y Soir de París, se hacía presente el penetrante olor de la brillantina que tenía el poder de aplacar las "greñas" más insubordinadas, en la cabeza de quienes para bien o para mal tenían el pelo grifo y que sin este bendito aceite de olor, aún cuando lo sujetaran con peinetas, daban la impresión de traer un nido de pájaros como sombrero. No sólo las mujeres lo compraban, también los jóvenes y aún señores que gustaban de verse relamidos. Este mágico aceite se vendía a granel, y para que no desentonara en el tocador acudían a comprarlo, llevando frascos desocupados de perfume.

Un aroma agradable era la fresca fragancia de las barras de jabón para lavar la ropa, y que nos llevaba a recordar las blancas sábanas de ruán de nuestras camas.

Con frecuencia, las tiendas de abarrotes estaban ubicadas en esquinas y su estructura consistía generalmente en una pieza rectangular de considerable tamaño, la cual contaba con varias puertas para entrar, hechas de gruesos tablones, con aldabones de hierro forjado para cerrarlas por dentro, reforzando su seguridad con "trancas", las que consistían en un grueso barrote que cruzaba las dos hojas de la puerta por el interior, y que se sostenía en dos fuertes alcayatas a los lados de las mismas. Al interior de la tienda se alternaban los espacios entre puerta y puerta con

Panorámica de la Paz. Se aprecian La Torre Eiffel, zapatería de chinos y la Presidencia Municipal al fondo, década de 1920 (archivo de la familia Uribe Mendoza).

vitrinas para exhibición, o bien bancas de madera para que los clientes descansaran y esperaran a ser atendidos.

El mostrador para la venta, hecho de sólidos tablones pulidos, corría a lo largo de toda la tienda o bien en forma de escuadra.

Fuera del alcance del cliente, en una vitrina colocada detrás del mostrador, eran exhibidos los sombreros de pelo y paño que colocados en percheros lucían su mejor ángulo, igual que los de paja fina de trigo, con gran ala para proteger el delicado cutis de las señoras que gustaban de cultivar rosales y violetas y, ayudadas por el mozo, atendían los almárcigos que proveían de hortalizas su mesa. Los sombreros de palma, zapatos y huaraches, de elaboración local, se apilaban aparte. La producción de las fábricas de calzado en la ciudad era importante, como se difundía en el periódico *La Vanguardia* con fecha de 27 de mayo de 1928:

> LA ELEGANCIA.- Su nombre lo dice, donde se calza la gente chic. La única fábrica de calzado en el Distrito. E.C. Beltrán y Cía.
>
> ROCHOLL RUFFO Y CIA.- La Suela Viosca le dará agilidad para triunfar en las actividades modernas, además que su larga duración le hará olvidar la partida de los zapatos.

Tenería Suela Viosca, 1938 (archivo de Filiberto Cota Martínez).

> Comodidad y actividad.- Dos de las máximas tendencias modernas. Comodidad y actividad le darán a Ud. sus zapatos si llevan SUELA VIOSCA.

En contraste con los toscos zapatos, se podían adquirir pañuelos finos delicadamente bordados y deshilados, importados y también salidos de las hábiles manos de damas de la localidad, los había económicos, de muselinas de colores, y para los caballeros de tela de algodón blancos o con franjas de color fuerte, sin faltar los tradicionales paliacates, tan solicitados por la clase trabajadora, haciéndolos parte de su vestimenta, anudándolos al cuello o mostrando sus rojas puntas en la bolsa trasera del pantalón.

Apilados en el piso, rollos de mecate de diversos gruesos, arreos para monturas, atados de escobas, unas de hojas de datilero, otras de mijo y otras más de hojas de palma. Colgando de alcayatas en la pared rollos de soyate, uno de sus usos era para tejer los asientos de sillas y mecedoras, imprescindibles en los corredores y banquetas paceñas.

Un espacio nada ensoñador era donde se podía decidir ante una amplia gama de lonjas de pescado oreado y seco, que diseminaban en el ambiente su peculiar olor, lonjas que colocadas en un grueso costal sobre el mostrador, parecían placas de hielo, cubiertas como estaban de gruesa sal.

A primera hora de la mañana y después de las cinco de la tarde, se recibían los tibores de leche bronca que procedía de los ranchos y establos aledaños, por lo que se podía comprar leche fresca dos veces al día; debido a lo cual, en casa eran comunes los bollos de nata y tortillas de harina amasadas con ella, la que les daba una crujiente y dorada apariencia, y nada igual que saborear una tortilla de maíz "quemadita" con una gruesa capa de nata con sal. Lamento que hoy ya no tengamos esa fortuna.

Para disgusto del tendero, no faltaba que un personaje popular o un amigo bromista rompiera la monotonía al llegar y con una vara provocara un escándalo con toda la suerte de utensilios para la cocina, desde cucharas, pocillos de peltre, ollas y sartenes, palanganas y comales hechos en forja, los que se exhibían de una singular manera: pendiendo de un tendedero de alambre que cruzaba la tienda. Daban color las cazuelas de diversos tamaños y formas, las que aún mostraban las huellas del artesano, al igual que las redondas tinajas de barro y las tinajas especiales para destilar el agua, labradas en cantera rosa, mismas que se ufanaban por saberse indispensables y que se asomaban curiosas en los repisones.

Las señoras que gustaban de labores manuales disertaban sobre el surtido de agujas, dedales, ganchos y agujas para tejer, estambres, cuadros de manta y cuadrillé con dibujos impresos para bordar, hilazas y aros de madera para tensar la tela; y solían cambiar impresiones sobre el más práctico destramador (peine), y el peine para despiojar que se compraba disimuladamente, pero que era de vital importancia. Ahora, al escribir sobre este tema en especial, y con más de cincuenta años de diferencia, me sorprende ver lo persistente de estas plagas, pues en la actualidad en nuestras escuelas ha proliferado esta epidemia de piojos a pesar de contar con tanto adelanto en cuestión de higiene.

Una vitrina especial mostraba los dulces y vinos importados, vinos que, envasados en estilizadas botellas, estaban colocados en ordenada formación y contenían cremas de anís y jerez, las que lucían arrogantes con su casco de metal, otras parecían columnas de ámbar gracias a la dorada crema de Damiana que contenían y que era aportación del sur del Territorio. Todas ellas flanqueadas por obesos señorones envueltos en sus doradas bufandas y tocados con alta chistera, repletos de burbujeante sidra y vinos espumosos, y en osado contraste, los transparentes y deslucidos

litros y cuartitos del bravío tequila y el aguardiente callejero, que pretendía conversar con el cogñac que impasible les contemplaba.

Los que disfrutaban plenamente del reposo, eran los vinos generosos de la región en sus rubicundos botellones con oreja, de la cual colgaba desenfadada la etiqueta de cartón en donde estaba escrito a mano, con dibujada caligrafía, su procedencia: Comondú o La Purísima; necesitaban reposar, pues recién habían llegado de lejanos sitios de nuestra península, a través de las tortuosas veredas de la sierra y a lomo de mula, haciendo su trayecto final en barco, y ya en La Paz en carretón de mulas hasta la negociación que las había solicitado.

Había que esperar un descuido del tendero para pellizcar alguno de los dulces regionales que se ofrecían en palanganas de peltre o bateas de madera, cubiertas con blancas servilletas, bajo las cuales se adivinaban lánguidas rebanadas de crocante papaya enmielada, el verde espléndido del dulce de limón escondido en ollas, esperando a que lo lucieran en elegante fuente de cristal, el ambarino zorrillo (dulce de leche cortada con jugo de limón o, bien, aprovechando la leche que se agriaba), panocha de gajo de San Bartolo, Todos Santos o Santa Gertrudis y, los más fáciles de probar, los jamoncillos, mis favoritos. Y, en temporada, ni qué decir del dulce de pitahaya y el mangate, entre otras delicias, como las barras de guayabate.

Estas tiendas de barrio se surtían de los almacenes de La Perla de La Paz. Los productos del mar y del campo los proveían directamente los rancheros y los pescadores ribereños respectivamente. Así, los paceños podían escoger de qué rancho compraban y de qué lugar de la bahía consumían el pescado, la caguama o los mariscos. Afortunados tiempos.

Siguiendo con la distribución de la tienda, detrás del mostrador, sobre la pared del fondo, dominaba un gran estante que llegaba al techo, ahí se encontraban los jabones de olor marca

Colgate, Palmolive, Maja, y Soir de París. Llamaba la atención la latería que formaba altas columnas, presumiendo su procedencia extranjera en elegantes etiquetas, cual lustrosas medallas. Lámparas de petróleo, veladoras en coloridos vasos de cristal y otros objetos delicados; cigarros, de los cuales había un extenso surtido de marcas como Del Águila, 99 amarillo y 99 blanco, Tecolote, México y España (estos eran para torcerse), Engargolados, Faritos, Tigres, Argentinos, Bohemios, Montecarlo veinte y Montecarlo extra, Virginia, Casino, Americano, Chester Field y Luckies; también se encontraban hojas para preparar cigarros, para ello el tabaco venía en cajas de lámina dorada ostentando, con letras negras, el nombre de Príncipe Alberto.

Por medio del diario *El Pacífico* (La Paz, B.C., viernes 20 de febrero de 1914) se promocionaba otra marca: "Fume siempre cigarros SIN IGUAL. Son los mejores. Concesionarios Herrerías y Cía. Suc. Fabricantes. Apartado #25, Mazatlán, Sinaloa. Agente en La Paz B.C., C. Antonio Ruffo".

Como eran tiendas de todo, bajo la cubierta del mostrador estaban los cajones donde se guardaban los diversos granos en venta como arroz, frijol, lenteja, chícharos secos, garbanzos, trigo, maíz, entre otros; al lado del azúcar estaban la harina, avena y café verde para tostar.

Las cargas de carbón y de leña, y los catres de lona y de jarcia se estibaban en la trastienda.

Era muy común el trueque entre comerciante y cliente, tanto de animales domésticos, como productos alimenticios, y sobre todo puñados de morrallas (pequeñas deformaciones de las grandes perlas encontradas sueltas en las ostras de las madreperlas), las que tenían escaso valor comercial entre los perleros y que, sin embargo, eran muy cotizadas en la joyería local: engarzadas en anillos, crucifijos, broches y broqueles para las niñas, los cuales la mayoría podíamos poseer; al igual que en los fistoles de los

señores. También se daba el caso del cambio de una perla de considerable tamaño por una buena despensa o algún artículo especial, como una estufa de petróleo, cosa que pude atestiguar en las tiendas de mis familiares.

Era interesante ver cómo, para comprar algunos artículos, los clientes llevaban diversos recipientes; por ejemplo, para la manteca comprada en pequeñas cantidades, se despachaba en latas desocupadas de sardinas; y si la manteca estaba lo suficientemente sólida, se podía servir en cucuruchos de papel de estraza, por supuesto que llevar la manteca así, en nuestro clima, obligaba al portador a correr hacia su casa. El azúcar, la harina y los granos los vaciaban en latas de mediano tamaño que antaño contuvieron dulces o conservas, o se colocaba el producto en el centro de un rectángulo o cuadrado de papel de estraza, el que se doblaba por la mitad, se retorcía por los lados y doblando el sobrante hacia el frente se cerraba a manera de sobre; la leche se servía en botellas de cristal que cada familia poseía y eran especiales para ello, las había en medidas de un litro, medio y un cuarto de litro, algunos llevaban su olla.

Para transportar el mandado se requería de una canasta de mimbre o carrizo o de un morral de ixtle que eran tejidos con hilos de múltiples colores.

Como los recursos económicos eran escasos en la mayoría de la población, con frecuencia las compras se hacían a cuenta de cartera (crédito) y se pagaba por semana o quincenalmente. El tendero tenía, para este efecto, una libreta grande, en donde separaba varias hojas para cada uno de sus clientes que lo hubieran solicitado y que tuvieran buena reputación, y el deudor tenía a su vez una libreta o cuaderno pequeño, donde se le anotaba lo que adeudaba con todas las especificaciones de los artículos que llevara.

El horario para iniciar el servicio, era desde las cinco treinta o seis de la mañana, cerrando a la una de la tarde, cuando el puerto "moría", pues la siesta después de comer no se perdonaba; y de nuevo abrían a las tres de la tarde, cerrando a las ocho de la noche.

El empleo era escaso y los que brindaban estos establecimientos eran numerosos, desde el intendente y los empleados de mostrador que por lo general portaban mandil y calzaban las populares alpargatas. Era común que los empleados entraran a trabajar a muy corta edad y continuaran hasta más de los cincuenta años de edad, salvo los que se aventuraban a montar su propio negocio que, de instalarse en otro barrio, lograba triunfar.

Confeti

Finalizaba el siglo XIX y en la joven ciudad de La Paz estaba en pleno la organización gubernamental, educativa, de archivos eclesiásticos, del comercio, hacendaria, cultural, el tráfico marítimo y el necesario esparcimiento para sus habitantes.

Las soirés y tertulias –reuniones literarias y representaciones teatrales y operísticas– eran frecuentes, llevadas a cabo en las espaciosas casas de las familias prominentes, como las de los Von Borstel, Domínguez, González de la Toba, Felipe Cota (su entusiasta esposa, Columba Mendoza, continuó realizándolas hasta iniciados los años cuarenta del siglo XX).

Después de 1881 en que fue construido el palacio de gobierno, su patio central y los corredores fungieron de excelente espacio para tales fines. En la memoria de quienes vivieron estos glamorosos años, y que además pertenecieron a la clase alta en la sociedad del puerto, quedó latente el recuerdo.

De estos recuerdos tuve la fortuna de ser depositaria, como un valioso presente, en una diáfana tardecita paceña, mientras contemplábamos desde su jardín uno de los espléndidos crepúsculos de nuestra tierra. Mi compañera en esos momentos, era

una bella y admirada mujer, representante del señorío de esos tiempos, **Cuquita Taylor** (1892-1993).

Cuquita recordaba las pláticas de sus tías rememorando los lucidos bailes a que asistieron, sobre todo a los llamados bailes de máscaras, como el que se anunció el 14 de febrero de 1884 en el diario *La Voz de California* de Felipe R. Cota: "Jóvenes entusiastas por el culto a Tepsícore, preparan dos bailes suntuosos que animarán la temporada de carnaval. Ya veremos."

En 1890 la pujanza económica del puerto estaba en su apogeo. En el más hermoso edificio que ha tenido La Paz, ubicado en la esquina de las calles Puerto y Zaragoza –la casa y tienda de la familia de Miguel González y de su esposa Elena de la Toba llamada La Torre Eiffel–, se llevó a cabo un rumboso baile de

Coronación de la reina y rey del Carnaval de 1890 en el interior de la Torre Eiffel (archivo de la familia Uribe Mendoza).

carnaval en los amplios salones del primer piso, donde habitaba la familia, durante el cual fue coronada su hija María González de la Toba llevando como rey feo a Agustín Ruffo Polastri. María, recordada por su belleza y alegre carácter, lució espléndida, vestida para la ocasión en razo color violeta y encaje crema, rebordado en cristales y perlas. Cuenta Cuquita que quienes estuvieron en la fiesta no olvidaban el fulgor de los bordados, se decía que las perlas que rodeaban el resplandor de su capa eran naturales de nuestros mares.

Este reinado carnestolendo fue el que dio inicio a la tradición anual de estas fiestas de disfraces, que se celebraban en la semana anterior al inicio de la cuaresma. Cuquita Taylor rememora las pláticas de las señoras de su familia que le contaron que "fue todo un éxito, y asistieron todos los que conformaban la elite social. El derroche de ingenio, gracia y lujo de los disfraces fue memorable".

También queda una anécdota muy singular:

> Siendo tres días de fiesta, el siguiente baile se celebró en la casa de don Carlos Domínguez [Revolución y Ocampo], decorándose los salones y amplios corredores, para la ocasión, con profusión de espejos y guirnaldas de flores engarzadas con ricas telas y plumas de pavos reales. Era frecuente jugar a los inocentes entre amigos, así que la reina del carnaval María González envió las invitaciones para asistir al baile a sus amigas y a los pretendientes de éstas, con una hora distinta; y al mismo tiempo, les ordenaba a los jóvenes que la escoltaran desde su casa hasta el lugar de reunión, dejando así a sus amigas sin pareja.
>
> Al enterarse las muchachas del juego, decidieron vestirse todas igual y de color diferente del que todos sabían que lo harían. El color escogido por todas fue en razo rojo, con guantes negros, peinados altos con plumas y máscaras de gasa rebordadas en pedrería, y así el grupo rojo llegó al baile antes que la reina, y pidieron a las señoritas de la familia Domínguez su apoyo para resguardarse en una de las recámaras de la casa.

La reina llegó escoltada por sus amigos y, al iniciar la orquesta los acordes del vals de la reina, las desconocidas damas escarlatas tomaron por sorpresa a sus respectivos galanes, abriendo el baile ante la algarabía de la concurrencia y quedando la reina desconcertada en su florido trono. Después de recuperarse de su impresión, pasó a la pista de baile con el Sr. Gastón Vives, en medio de una lluvia de confetis que arrojaban sus amigas, quienes seguían de incógnitas, y de los invitados que eran muchos, provenían de El Triunfo, San Antonio, Todos Santos, San José del Cabo, Santa Rosalía, Guaymas, Mazatlán, Empalme y extranjeros que se encontraban de visita o de paso, todos portaban máscaras, por lo cual no se sospechó de las damas de rojo. Fue en la cúspide de la alegría, al sonar las doce campanadas del alto reloj de pie y cumplir todos con la tradición de quitarse las máscaras, que se descubrió todo y, olvidando las bromas, la fiesta continuó hasta el amanecer, despidiéndose para volver a verse en unas horas en el último baile, la cita era de nuevo en la casa de María y ahora se llevaría a cabo en el amplio patio rodeado de corredores con altas columnas de cantera.

Los festejos carnestolendos continuaron año tras año, pero ahora los jóvenes se dividían, proponiendo cada grupo su candidata a reina, conformando comités que se distinguían vistiendo a sus integrantes de color igual, como rosa y negro, azul y amarillo entre otros. Realizaban durante varios meses diversas actividades, obteniendo los fondos necesarios para la compra de los fastuosos trajes de la reina y su corte, destacándose el de la reina de 1904, María Labastida, cuyo traje rememoraba un vestido de la reina María Antonieta de Francia, en colores rojo y oro totalmente bordado en seda y perlas. Carnaval del que se cuenta con una detallada crónica en el diario *La Baja California*, semanario de información, variedades y anuncios, bajo la dirección de Tirso

Campos, contando con la traducción de Jorge S. Alvarado, en primera plana se leía:

> "La Baja California" postula para presidente de la República en el cuatrienio constitucional de 1904 a 1908, al egregio patricio y eminente estadista, Gral. Porfirio Díaz.

Más adelante se describía una lúcida crónica del carnaval de ese mismo año, 1904:

> ¡!QUE VIVA NUESTRA CIUDAD DE LA PAZ¡!
> ¡!QUE VIVA EL COMITÉ DEL CARNAVAL DE 1904¡!
>
> Esplendorosamente animados y suficientemente lucidos estuvieron los días de carnaval, celebrados con inusitado entusiasmo en esta pacífica y hermosa ciudad de La Paz, la que, por primera vez, anotará en su voluminosa historia de diversiones el capítulo más brillante que registrarse haya podido durante muchos años en esta lengua de tierra mexicana, como dice nuestro poeta californio D. Filemón C. Piñeda en el programa escrito por él, para regir las fiestas carnavalescas a las que debemos la grata inspiración con que pasamos al papel por medio de nuestra débil pluma las presentes líneas que llevan con pálidos colores las dulces reminiscencias del pasado.
>
> El primer número del programa se verificó el domingo 14 del corriente a las cuatro y media p.m., festejando la feliz llegada de Torote Ciruelo, rey del carnaval, y la de su augusta consorte, la bellísima y pudorosa reina de la hermosura señorita María Labastida, acompañados de su noble corte, formada por las no menos bellas señoritas Jesús Moreno, Margarita S. Silver y María del Carmen Sánchez Ordaz, así como los caballeros jóvenes Gilberto Isaías, Reynaldo Ojeda y Lucio Salgado Legaspy [mi abuelo], cuyo acto se verificó en la escalinata del muelle.

El convoy presentaba una vista verdaderamente encantadora, pues la carroza real que remolcaba el "París" fue adornada con exquisito gusto por el capitán de la marina mercante Sr. Adolfo Labastida, quien dirigió la maniobra de remolque y desembarco.

Al desembarcar los reyes del carnaval, guapo joven D. Enrique S. Carrillo y su bella consorte, los mil espectadores que se encontraban en el muelle quedaron en profundo silencio.

El Intendente del Rey Sr. Lauro de los Ríos, se adelantó a recibir a sus majestades dándoles la bienvenida a nombre de la ciudad e invitándolos a pasar a ella.

Una valla inmensa se abrió para dar paso al cortejo real, yendo en primer término el Rey, la Reina y el Intendente, seguidos de las damas de la corte y caballeros. El entusiasmo se desbordó y en medio de las aclamaciones y salvas llegaron los augustos soberanos al carruaje real, prevenido para el efecto. El vehículo lo formaba una graciosa paloma anidada sobre vaporosas nubes de gasa, trabajo bien ejecutado por el inteligente Sr. D. Luis Valdés.

Instalados los reyes y su corte en sus respectivos carruajes, el Intendente dio órdenes y la comitiva se puso en marcha en la forma siguiente: Descubierta de Lanceros mandada por el joven Justiniano Hidalgo. Enseguida el Intendente, quien portaba un elegante traje estilo Luis XVI. A continuación la escolta de máscaras, jinetes en briosos jumentos, tras éstos una larga fila de buggys, carros alegóricos, Dogs Cars, siendo de advertir que mucho llamaron la atención. Fueron premiados los carros alegóricos Sombrilla de la Casa Viosca, La Torre Eiffel, Bote Casillas, Canasta Bañuelos y Piragua Silver.

Al terminar esta comitiva se veía al elegante jinete Rosendo Sandoval, Rey de Armas, con vistoso estandarte que anunciaba el carruaje real y tras éste el de la Corte, cubriendo la extrema retaguardia un pelotón de Lanceros mandados por el Sr. Francisco Verdugo.

El Intendente cumplió con el programa, haciendo que el convoy siguiera el derrotero señalado, así como se guardara la mayor protección y orden.

Llegado que hubo el cortejo a la esquina de la popular Eureka, hizo alto desprendiéndose la música que dirige el entendido profesor Juan Nava, Rey de Armas, carroza real y de corte e Intendente, quien los condujo al vistoso y elegante trono levantado frente al Jardín Velazco, ex profeso para S.S. Majestades.

Una vez instalados los reyes, su corte y el jurado calificador formado por las aristocráticas damas señoritas Julia González, Pepita Navarro y la Sra. Mariana de Schanbt y de los caballeros Sres. Antonio Ruffo, Gastón Vives y Francisco de A. González, el Intendente dio lectura e informe respecto a la Real de los Galápagos.

A continuación su Majestad Torote I, dio las gracias al señor Intendente ofreciéndole establecer un Virreynato en el Zacatal que llevará por título La Villa Rica de Sordonápoles I.

Terminado este acto siguió otro no menos lucido, y consistió en que el Intendente, espada en mano y a la cabeza de los feroces Lanceros, seguidos de todos los carruajes y carros alegóricos, desfilaran ante el trono, para que la Junta Calificadora designara los premios, habiéndolos obtenido los carros siguientes: Primer premio Sombrilla Viosca, segundo premio Torre Eiffel, tercer premio Bote Casillas, Peña y Palacios; premio Canasta, Señorita Hidalgo y Sr. Bañuelos.

Este acto terminó ya a obscuras y la fiesta de este día, con una lucida serenata y juegos de disfraces.

Los gastos de orquesta y brindis durante los carnavales corrían a cargo de los señores de mayor solvencia económica de la comunidad, el confeti y serpentinas las regalaban en las compras los almacenes de La Perla de La Paz y La Torre Eiffel y los cascarones los preparaban cada una de las familias.

En el carnaval de 1905 se coronó reina a Laura Hidalgo, con un vestido en rosa, bordado con perlas, y a quien el pueblo llamó "la reina viuda", debido a que el rey se enfermó un día antes y no pudo acompañarla. En 1906, la bella Lupe Savín y Carlos Carri-

llo presidieron las celebraciones como sus majestades, época en que, además de lanzar el confeti, se entablaban batallas florales.

El carnaval de 1908 con su reina Margarita González Rubio, es recordado en especial por su fastuosidad y quien mejor se refería a él era Cuquita Taylor, quien fungió como dama de honor. Estos festejos tuvieron como tema a Turquía y para realizar los trajes, el maquillaje y los carros alegóricos, así como el trono y la decoración de los salones, fue invitado un comerciante originario de aquel país y su familia que se encontraban avencindados en Mazatlán, quienes gustosos vinieron a dirigir los preparativos.

Los bailes populares se efectuaban en el Jardín Velazco, llamado "La plazuela" por los porteños. Las batallas de confeti duraban hasta bien entrada la noche. La reina del carnaval encabezaba los festejos en majestuosas carrozas, escoltada por hombres que montaban caballos lujosamente enjaezados, escolta que proclamaba los edictos de alegría ordenados por la soberana.

Las fiestas alcanzaban tal magnitud de entusiasmo que las señoritas

Baile de disfraces en el marco de los carnavales de la década de 1920 (archivo de la familia Rodríguez Mendoza.

llenaban su carnet, con gran rapidez, con los nombres de los jóvenes deseosos de bailar con ellas: lanceros, galopas, polkas, contradanzas y valses. Siendo insuficientes las hojas para escribir. Me dice Cuquita: "se veían obligadas a anotar los nombres hasta en sus guantes". De esta romántica época quedan los más gratos recuerdos y narraciones.

Los sucesos acaecidos en el país en 1910 evitaron la continuidad de las celebraciones carnestolendas, retomándose en 1923 en que se nombró a Tota Moreno como reina de las fiestas.

En 1932, dos jóvenes muy apreciadas en la sociedad, contendieron amigablemente por la corona: Susy Fernández y Guillermina Fuentes, logrando el triunfo Susy por su grata presencia y a decir de ella misma (cuando tuvimos la oportunidad de conversar en 1997): "gané por la autoridad moral que mi papá representaba en el puerto", él era el Dr. Eduardo J. Fernández,

Comité de Susi Fernández (archivo de la familia Davis Avilés).

Integrantes del Club Bohemio y Susi Fernández, Carnaval 1932 (archivo de la familia Davis Avilés).

inglés avencindado en la ciudad y que fungía como director del Hospital Salvatierra, quien tenía como lema para ejercer su profesión como médico "que los ricos paguen lo que los pobres no pueden", así que era sumamente querido y respetado; continúa Susy: "me apoyaba el bando rojo así que uno de mis vestidos era de ese color, precioso y de altos vuelos en la cauda, confeccionado en Mazatlán. No llevé chambelán porque ya estaba comprometida en matrimonio a mis 17 años. Papá me apoyó en el reinado para ver si desistía de la boda, lo cual no ocurrió. Mi coronación fue en el Teatro Juárez".

En ese sitio fue donde, coincidentemente, tuve la oportunidad de conocerla durante la coronación de la reina de la poesía de 1997.

1936 dejó una anécdota plena de entusiasmo por las fiestas. Jesusita Manríquez Mendoza y Manuelita Vázquez fueron las candidatas. Jesusita y su comité, por las actividades que realizaban, se trasladaron hasta San José del Cabo a organizar una serie de bailes; debido a la distancia y los caminos de terracería, no pudieron estar a tiempo en el cómputo final en la ciudad de La Paz. Al venir de regreso, cuando llegaron a San Antonio los recibieron con un telegrama donde le anunciaban su triunfo. En el poblado de San Pedro la estaba esperando una caravana de automóviles para acompañarla hasta la Paz. Hizo su entrada triunfal como nunca se había visto: personas a pie y en carro y bandas de música tras ella.

Jesusita entre sus damas Corina Mendoza y Licha García, Carnaval 1936 (archivo del Profr. Eligio Moisés Coronado).

Cuando tuve la oportunidad de entrevistar a la señora Jesusita Manríquez de Díaz Bonilla, rememoró emocionada el diseño del vestido que lució en su coronación de la siguiente manera: "Era estilo princesa en color blanco, la coronación fue frente al palacio de gobierno y, como se acostumbraba, estaba programada a las diez de la mañana; mas, fue tanto el revuelo que ocasionó mi llegada a la plazuela, que tuve que dar vueltas alrededor del quiosco, seguida por el pueblo que me aclamaba, y fui coronada hasta las dos de la tarde". De ahí salió hacia el malecón para su paseo en lancha por la ensenada, fue la primera reina en visitar la cárcel "Sobarzo" y a los enfermos del Hospital Salvatierra.

Los bailes fueron inolvidables de alegres y con cuatro orquestas.

En los puestos que se instalaban alrededor de la plazuela, durante estas celebraciones, además de antojitos ofrecían cascarones y bolas de confeti que fabricaba don Pedro Lieras Contreras; el sordo Basilio rentaba sillas frente al gobierno al precio de tres sillas por un centavo; algunos disfraces de las "mascaritas" eran rentados por conocidas costureras, recordando a los hermanos Mayoral y Jorge Ríos, quienes fueron los que dieron color y alegría varias décadas con sus vestimentas de largos batones, en los que utilizaban recortes de telas disímbolas y tocados con altos cucuruchos rodeados de un vistoso holán y armados de una vara de palo de arco a manera de bastón, con el que se defendían de los perros callejeros que, asustados con la vestimenta y el sonar del cencerro con que llamaban la atención, los seguían, y así llegaban a la plazuela, y en gran grupo bailaban sin parar.

También se recuerdan con cariño otras reinas de los años treinta como:

1933 Chelo Nava y Paula Moreno
1934 Manuelita "Chita" Boucíguez y Amor Guerrero

1935 Pilar Moreno
1937 Flora Angulo
1941 Lilí Torre y Feliza Angulo
1942 Aurora Viamontes y Carmen Gómez

El 28 de febrero de 1943, en el periódico de Jorge Carrillo se lee la nota: "El domingo o sea mañana, será electa en plebiscito la señorita que presidirá los festejos del rey Momo".

En la edición del 10 de marzo de 1948 dice: "Su majestad Pollo II fue a dar a la cárcel pública. La real corona rodó por los suelos el lunes, después de que su real consorte Arcadia I se negara a liberarlo por escandaloso".

Manuelita "Chita" Boucíguez, 1934 (archivo de la familia Uribe Mendoza).

Lilí Torre (archivo de la familia Razura Torre).

En la publicación del 1 de febrero de 1944 se lee:

> La Asociación de Estudiantes en México y el Hotel Perla apoyan a la señorita Lupita Mendoza Arámburo para reina del carnaval.
>
> La cooperativa "La Esperanza" a la señorita Socorro Lizardi y el Escuadrón 203 a la señorita Rosina Hidalgo.

En esta contienda fue coronada Socorro Lizardi y su princesa Carmen Gómez. Carnaval de 1944.

Los lucidos carnavales continúan con la entronización de hermosas paceñas que daban realce a los festejos.

1946 Chayito Rochín y Lolita Morín.

1947 Tichi Calderón y Fory Carrillo.

Socorro Lizardi, 1944.

1948 Arcadia "Nena" Beltrán y Pollo Fierro.

1949 Beatriz Muñoz Milhe.

1950 Josefina Aragón Balarezo y Norma Santana. Josefina acompañó al Gral. Agustín Olachea, gobernador entonces del Territorio, a cortar el listón inaugural del pavimento hidráulico del malecón.

1951 Bibi Martínez.

1952 Alicia Unzón y Gloria Trasviña.

1953 Blanca Mendoza y Lolita Ruffo.

1954 María Luisa Ayala y Lupita Abaroa. María Luisa (María para quienes la recordamos con gran cariño, una personalidad inolvidable), acompañada por su chambelán Luis Golbaum.

María Luisa Ayala acompañada por su chambelán Luis Golbaum (archivo de la familia Salgado Ayala).

1955 Toñita Fernández.

1956 Blanca Fisher y Maclovia "Coba" Corral. Blanca, hermosa reina de dorada cabellera a quien acompañé en su reinado, siendo una de sus pajes de honor, mi compañera fue Marisol Fernández. El día de la coronación salimos del muelle de Punta Prieta, en una lancha adornada con gasas y flores, seguidas por otra embarcación donde venía una banda sinaloense, cruzamos la ensenada de nuestro puerto escoltadas por otras tantas lanchas y canoas que hacían sonar sus bocinas, arribamos al muelle fiscal donde fue recibida con cohetes y más bandas de música, cuánto humo y cuánto ruido, así desembarcamos.

Ya en el malecón, subimos a su carroza de color blanco, adornada con profusión de gasas y columnas griegas, llegando a la plaza en medio de ovaciones para nuestra reina tan bella y tan querida por todos. La coronó el Gral. Olachea, con ella tuve la fuerte impresión de entrar a la cárcel "El Sobarzo" a entregar cobijas y cigarros a los reos, y al hospital anti-tuberculosos que estuvo ubicado en Bravo y Lic. Verdad (aquí estuvo instalado también el Hospital Salvatierra hasta el año 2012) a donde llevamos sábanas y cobijas, y de igual manera juguetes a los niños, hijos de las personas que padecían esta enfermedad y que estaban recluidos en una especie de casa cuna a la que llamaban "Preventorio", y que estaba situada en la calle 5 de Mayo y Ramírez, donde ahora está el Jardín de Niños Rosaura Zapata, los festejos fueron muy lucidos y, además de los bailes, hubo grandes banquetes en el Hotel Perla.

1957 María de Jesús Sánchez Collins (Chuyita) y Lolita Rivera. Chuyita, tan querida como hermosa, y ahora esposa del también apreciado maestro Norberto Flores Mendoza, destacado pianista, muy reconocido a nivel nacional.

Luces, cascarones, confeti, trajes de fantasía, colorido que disfruté en mi niñez. Sin imaginarlo siquiera, casi treinta años

Desembarque de la Reina Blanca Fisher, paje: Rosita Mendoza Salgado (archivo de la familia Uribe Mendoza).

Coronación de Blanca Fisher, 1956 (archivo de la familia Uribe Mendoza).

después, tuve la oportunidad de organizar y dirigir los eventos culturales del carnaval alrededor de 13 años. Tanto en el descuidado Teatro Juárez, entonces en posesión de una cadena nacional de cines, como en el Teatro de la Ciudad, con la responsabilidad de los juegos florales, coronación de la reina de la poesía, y la entrega de la presea Valores Culturales de Baja California Sur, reconocimiento que tuve el honor de recibir en 1997 por toda una vida dedicada a la promotoría cultural y a la danza.

De igual manera, las alumnas de mi academia vistieron con su gracia y belleza las carrozas durante los desfiles por el malecón, luciendo el amplio vestuario con que aún contamos y, de igual manera, participaron en el desarrollo de las representaciones escénicas en las que, además, tuvimos la colaboración de jóvenes de las instituciones de enseñanza media superior y profesional de la ciudad, así como grupos de teatro locales, la brillante participación de alumnos y maestros de la Escuela de Música del Estado, y de destacados grupos de danza folclórica.

Tuvimos la magistral asesoría, en lo referente a poetas y escritores, del gran e inolvidable maestro Néstor Agúndez Martínez excelso poeta, sonetista, escritor y la imagen de promotor cultural natural que aún nos rige. Personaje relevante del que Todos Santos se siente orgulloso de que haya nacido en su suelo, tierra que él tanto amó y dio a conocer al mundo.

Olimpiadas

Especial mención se debe hacer sobre el relevante acontecimiento del mes de noviembre en nuestro territorio, cuando los colores de la Olimpiada Territorial vestían al puerto de La Paz.

Estas confrontaciones deportivas fueron impulsadas en San José del Cabo por el entusiasta maestro de educación física Profr. Alejandro Pedrín Bello, al inicio de los años treinta, competencias en las que mi padre José Emilio Mendoza Mouet ("Milo Mendoza"), en 1932, figuró ya como el gran deportista nato que era, y a quien el maestro Pedrín Bello había preparado. Esta olimpiada se celebró en Todos Santos y, llevando la representación de su pueblo, San José, obtuvo el primer Lugar en salto de garrocha y altura en la categoría infantil.

La tercera justa deportiva fue en Santa Rosalía en1933, aquí obtuvo también el primer lugar, entre otras disciplinas, en el lanzamiento de la jabalina, especialidad que lo llevaría más tarde a ser el campeón Nacional, al implantar un nuevo récord nacional con la medida de 56.80 metros, siendo ya entonces parte del equipo del Politécnico Nacional, en donde además fue poseedor del tercer lugar nacional en salto de altura y de garrocha. De esta forma obtuvo el derecho de representar a nuestro país en la

competencia internacional efectuada en Los Ángeles, California, en donde obtuvo el segundo lugar en las disciplinas que dominaba y, en la misma ciudad, en la Universidad de California y del City College obtuvo el primer lugar en lanzamiento de jabalina, regresando a México con medallas de oro y plata.

Emilio Mendoza Mouett marcando récord nacional en el lanzamiento de jabalina, logró 56.80 metros (archivo de la familia Mendoza Salgado).

El campeonato nacional lo implantó al ingresar a estudiar, en la Escuela Nacional de Educación Física de la ciudad de México, la carrera de Maestro de Educación Física en1940, por acuerdo tomado entonces por el Presidente de la República Lázaro Cárdenas del Río, al ser seleccionado para recibir la beca correspondiente.

Años después, al estar ya como Director Federal de Educación Física en el Territorio en el año de 1950, fue convocado para que asistiera, en representación de México, a los Juegos Deportivos Panamericanos y del Caribe, realizados en la ciudad de Guatemala y, ya sin tener un entrenamiento continuo, logró obtener el cuarto lugar.

El gobierno del Estado de Baja California Sur reconoció los logros deportivos de mi padre al dar su nombre al Gimnasio de Usos Múltiples de La Paz (GUM): *Emilio "Milo" Mendoza.*

En nuestro puerto, los preparativos para que se llevaran a cabo las Olimpiadas Territoriales, que eran encabezados con gran entusiasmo por mi padre y el Profr. Jesús Castro Agúndez entre otros destacados maestros, provocaban un gran revuelo. Ya en los años cincuenta, recuerdo a mamá colaborando en el teñido de camisetas de los deportistas locales de amarillo fuerte, y grabándoles el número con cera, ayudada por la plancha y sus vecinas y amigas que gustosas la apoyaban.

Se destaca, en 1948, el récord de Pedro Avilés Guerrero, "El Olímpico", en las carreras de fondo de 400, 800, 1000 y 5000 metros.

El estadio estaba situado a un costado del monumento a Morelos, el mismo lugar que tiene ahora, sólo que hoy la glorieta de 5 de Mayo y Lic. Primo Verdad está vacía, el monumento se trasladó al jardín que está frente a la secundaria Morelos sobre el boulevard 5 de Febrero.

El espacio deportivo, que ya llevaba el nombre de Arturo C. Nahl, contaba con una gradería de ladrillos, emplastada con cemento y protegida con una malla de alambre de gallinero al frente, las pistas estaban a campo abierto teniendo como fondo el "cerro atravesado", los carriles para los corredores los habían marcado los propios maestros, encabezados por mi padre, con cal.

Las fosas para saltos las rellenaban con arena de arroyo y/o aserrín, el beisbol se jugaba por las tardes, siendo los equipos fuertes los de Santa Rosalía y los de La Paz, el boleibol y el basquetbol en la cancha de la Mutualista Unión, los lanzamientos de jabalina, martillo y disco se efectuaban al fondo de las pistas del estadio, la natación era un atractivo especial (recuerdan los que tuvieron oportunidad de disfrutarlo), el lugar de salida era en el muelle fiscal y desde el momento en que los nadadores se lanzaban al mar la algarabía no paraba, los competidores nadaban hasta llegar a las pangas, que estaban fondeadas al terminar el canal, preparadas para auxiliarlos en caso necesario, y regresaban a la meta que era el muelle; también había competencias de regatas a través de la ensenada, salían del varadero de Abaroa hasta enfrente de la calle Hidalgo y regresaban al mismo lugar.

Panorámica del estadio deportivo Arturo C. Nahl, 1936 (archivo de la familia Mendoza Salgado).

Conscriptos participantes en las confrontaciones en el norte del territorio, representando a La Paz. Al centro el coronel Raúl C. Mendoza Arámburo y Román Pozo Méndez (archivo de la familia Mendoza Unzón).

Las olimpiadas culturales se desarrollaban exclusivamente en el Teatro Juárez, y consistían en confrontaciones de oratoria, declamación, danza, teatro y canto; las delegaciones participantes hacían gala de imaginación y arte en la confección de los vestuarios y escenografías. Y ni que decir de la actuación de los participantes, se recuerda en especial la rivalidad artística entre Santa Rosalía y La Paz, sin dejar de recordar las excelentes sorpresas que daba la delegación de Todos Santos con Néstor Agúndez Martínez al frente, como director artístico.

A todos estos eventos se aunaba la exposición Agrícola, Ganadera y Comercial; los que tuvimos la oportunidad de visitarla en el Parque Revolución, lugar en donde se instalaba,

Equipo de Basquetbol de La Paz, B.C.S., 1931. De izquierda a derecha: de pie Francisco Urcádiz, Rodolfo Salgado Pedrín, Arturo Guerrero, José Bejarano, Juan Agruel; en el piso: Emilio Villaseñor, Julián Villaseñor, Manuel Casillas, César Piñeda Chacón, Rodolfo Sosa y Silva (archivo de la familia Mendoza Salgado).

convivimos con personas provenientes de todo el Territorio y pudimos apreciar lo que cada pueblo producía y, por supuesto, adquirirlo: desde la fina talabartería de Miraflores, vinos de Comondú, quesos de todos los ranchos, al igual que los dulces y conservas, aceitunas que se ofrecían preparadas de distintas formas, toda clase de manualidades, unas tejidas, otras bordadas con un arte exquisito, las coloridas cubre-camas de retazos de tela, que llamaban "cuiltas" o "traperas" con diseños fantásticos, tapetes confeccionados sobre costales de jarcia, anudando en su trama retazos de telas multicolores, a los que llamaban "chivos" y también alfarería.

En cuanto al área en donde se encontraba la gastronomía regional, no había quién se resistiera a deleitarse con burritos, tamales de res, de puerco y dulces, empanadas de carne y de frijol dulce, pozolada, menudo, champurrado, de Todos Santos;

Equipo de la Escuela Normal Rural de San Ignacio, Territorio Sur, 1932 (archivo de la familia Mendoza Salgado).

las maravillosas coyotas, las arepas, el guarapo, las melcochas, cubanas con cacahuates o chocolate, alfeñiques, y la regia panocha de gajo de San Bartolo o La Purísima, y no dejaban de comprar sus frascos de pinole del rancho de Las Vinoramas, chorizos frescos y oreados; en otros puestos se encontraban frescas aguas de limón, tamarindo y naranjitas, y nieve de los mismos sabores; los increíbles "quequis" caseros y las tortillas de harina infaltables en nuestra mesa.

Los grandes ganaderos lucían sus mejores ejemplares, tanto vacuno como caballar, los que se ofrecían para cruza o en venta, y también los rancheros ofrecían aves de corral y canoras.

Pero lo más importante en esta fiesta para los sentidos, al igual que en las justas deportivas, era tener la experiencia de estar reunidos en sana convivencia, los sudcalifornianos del norte y del sur en un solo interés: seguir adelante como siempre lo hemos hecho, sin que las distancias nos amilanen ni cambien nuestra identidad.

Así vivimos en nuestro puerto, la ciudad de La Paz, o como mejor la mencionara el poeta Jesús Castro Agúndez: nuestra patria chica. Así, día a día al caer la tarde, casi cronométricamente a las seis de la tarde, la brisa del sureste que llamamos coromuel entraba, llevándose el sofocante calor y al unísono se tenía el espectáculo de ver girar los rehiletes de los múltiples molinos que adornaban nuestro paraíso, y con esta visión, el grito de los pavos reales y la plática de la "rueda" de señoras meciéndose en sus cómodas poltronas, finalizaba un día más en el puerto de La Paz.

Mientras aquí prevalecía esta tranquilidad, la segunda guerra mundial estaba concluyendo, dejando una memoria cruel a la humanidad.

H. Cuerpo de Bomberos

Sobre el Cuerpo de Bomberos Voluntarios a fines de los cincuenta, rememora Eduardo Hannel Cortez: "Bajo la dirección de Norbert Hannel se conformó el primer grupo. Sus nombres son Arturo Sotelo, Sergio Placier, Rafael Salgado, Carlos de los Reyes, Enrique Aréchiga, Alfredo Fisher, Eduardo Olachea, Jesús Manuel Sobarzo, Emiglio Villalobos, Canty García, Juan Fuentes, Ramón García, Javier Cerecer, Rafael Ojeda, Mario Cosío y Eduardo Hannel.

El cuartel de bomberos, a decir de quienes brindaban sus servicios, estaba instalado en los patios del Hotel Los Arcos de manera provisional, los impulsores del proyecto en 1959 fueron Alberto Alvarado Arámburo, Marcelo Rubio Ruiz, Armando Trasviña Taylor, Carlos Ponce Macías, Earl Lachman, Tim Tate, Enrique Castillo, Alfonso Robinson, Club Rotario La Paz, Distrito 415, y los señores Coppola, propietarios del Hotel los Arcos.

En el buque "Spruce" llega a La Paz la motobomba Mack, Modelo 1949, de media tonelada, donada por Earl Lachman el 27 de agosto de 1959.

El Club Rotario La Paz donó los equipos de protección personal y una sirena de aire; el gobierno del Territorio que presidía

el Gral. Bonifacio Salinas Leal los trajes de asbesto. Contando con este equipo, los flamantes Bomberos de la ciudad de La Paz se instalaron en un terreno prestado por la familia Kino Cota, sito en Guillermo Prieto entre 5 de Mayo y Constitución y, por supuesto, lo llamaron Cuartel de Bomberos.

También con el apoyo del Club Rotario La Paz, se trasladó desde Ciudad Obregón el Comandante del Cuerpo de Bomberos de esa ciudad, Sr. Guillermo Vélez Calderón, con el fin de brindar capacitación a los bomberos paceños.

La primer acción importante fue el 9 de septiembre de 1959 cuando, debido a los efectos causados por un huracán, quedó la estación Inalámbrica incomunicada por las fuertes corrientes de los arroyos de aguas broncas que cruzan nuestra ciudad, estación que estaba ubicada en la calle Rangel. Era la única comunicación en ese entonces con el macizo continental en estos casos de desastre, de tal manera que los bomberos demostraron su decisión cruzando las corrientes sujetos con cuerdas, a la vez que cargaban depósitos con combustible para evitar que la estación dejara de funcionar y quedáramos incomunicados. También organizaron albergues y el traslado de personas que se encontraban en zonas inundadas.

Pronto contaron con una ambulancia marca Cadillac, modelo 1950, donada por Mr. Tim Tate, siendo ésta la primera con que se contó en el Territorio Sur; no podemos dejar de recordar aquellos días, cuando al escucharse la sirena, ya fuera de la ambulancia o del carro de bomberos, corrían tras ellos los chamacos y algunas personas mayores para enterarse de primera mano de lo que ocurría, no importaba qué tan retirado fuera el suceso, si era de noche los perros aullaban, era todo un acontecimiento en el pueblo.

El Sr. Alberto Alvarado Arámburo, siendo Delegado de Gobierno, puso a disposición de los bomberos al operador de

la cisterna, el señor Antonio Carballo, quien en poco tiempo se incorporó a los voluntarios.

En estos años no se contaba con apoyo oficial, sólo se recibían donativos de particulares por medio del Patronato de Bomberos que ellos mismos y personas interesadas habían fundado, y para lo cual se organizaban toda clase de eventos sociales para obtener fondos que utilizaban en las prioridades que eran frecuentes. Los integrantes tenían que adquirir su uniforme, el que consistía en pantalón azul marino, camisa blanca, corbata azul y gorra. Ya en los años sesenta, el Cuartel de Bomberos tuvo su sede en el patio de la oficina de Tránsito ubicada en Altamirano entre 5 de Mayo y Constitución.

Integrantes del H. Cuerpo de Bomberos posan para la foto en la avenida 5 de Mayo y Lic. Verdad frente a la glorieta del monumento a Morelos.

En memoria de quienes vivieron la década de los cuarenta en nuestro puerto se reconoce a los operarios de la Tenería quienes fungían, sin saberlo, como Bomberos en las emergencias que eran frecuentes entre la población, y se reconoce en especial el apoyo que brindaron en el huracán de 1941 que asoló el sur del territorio y en especial a La Paz. Los arroyos que cruzan la ciudad tuvieron corrientes, a decir de los que lo presenciaron, como nunca antes. Sujetos de la cintura con cuerdas salvaron infinidad de personas que llevaban los arroyos, y transportaron a muchas más para refugiarlas en los galerones de la misma Tenería. De este huracán quedó una anécdota en nuestra familia: al estar viendo correr el arroyo de la calle 16 de Septiembre en la esquina de la calle Revolución, mi madre y un grupo de amigas vieron flotar una canasta y escucharon el llanto de un bebé (tal y como relata la leyenda de Moisés), Chatita, una de las jóvenes que ahí estaban, no dudó en pedir que la amarraran de la cintura y se arrojó a las aguas broncas para rescatar al bebé, que resultó ser una niña, la cual, al no ser reclamada, las autoridades decidieron dársela en adopción y Chatita tuvo la felicidad de vivir con ella y la familia que posteriormente formó, hasta muy avanzada edad en que murió rodeada de cariño.

El Tepeyac del puerto de La Paz

A finales de 1939, la Santa Sede confía el vicariato de Baja California a los padres Misioneros del Espíritu Santo, designando a Monseñor Felipe Torres Hurtado como administrador apostólico, a quien acompañaban los padres Agustín y Guadalupe Álvarez Herrera, entusiastas iniciadores del gran Movimiento Guadalupano de Baja California; propusieron al pueblo de La Paz unirse para construir un santuario a la Virgen de Guadalupe.

Sucediéndose, a partir de entonces, constantes reuniones en los barrios de la población: El Esterito, El Choyal, El Manglito, Pueblo Nuevo y Centro, hasta lograr, de común acuerdo, elegir el mejor lugar, el cual adquirieron por compra. El 12 de octubre de 1945 se inicia el proyecto con la colocación de la primera piedra. Regina Romero Martínez atestigua y recuerda:

> La piedra era como de 40 centímetros, lo recuerdo como un sueño, nosotros teníamos nuestra casita ahí, donde ahora está el atrio.

La ceremonia, de tan gran significado para la grey católica, culminó con la santa misa que presidió el padre Agustín Álvarez, acompañado por el padre César Cartaldi.

Inicio de los trabajos de cimentación del Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe (*Santuario de Guadalupe. Medio siglo de historia. 1945-1995***).**

Don Eugenio Olachea rememora:

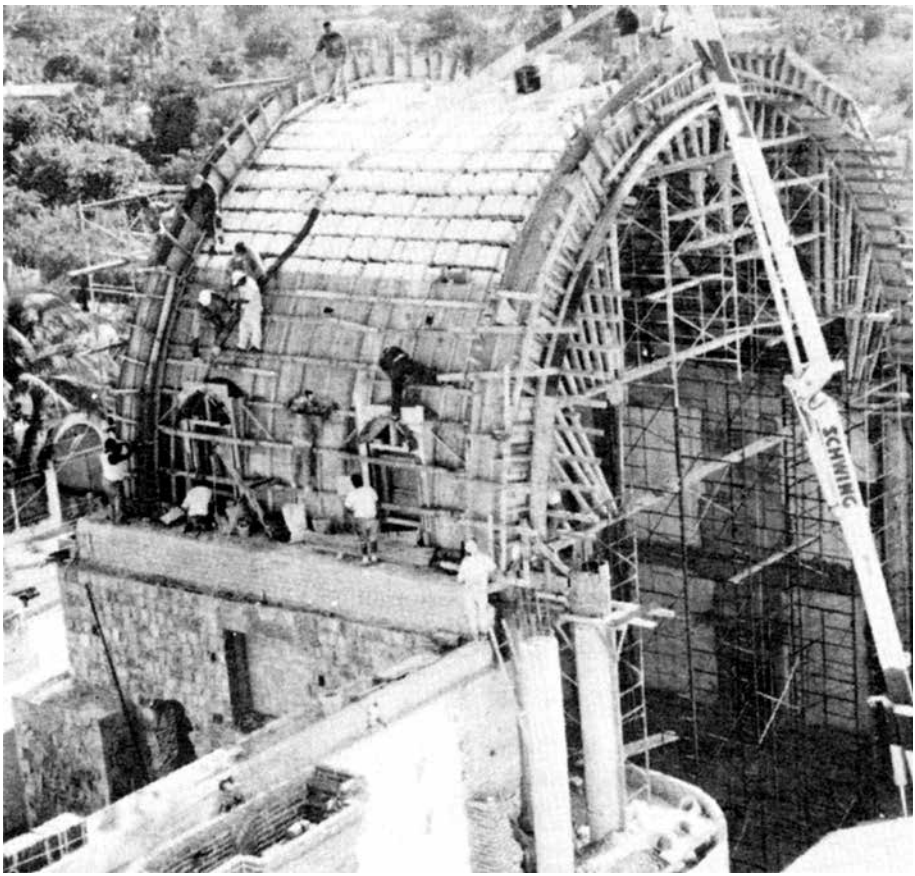
Nunca lo voy a olvidar, estábamos en el monte, había unas cuantas casitas nada más y lo demás era monte cerrado.

De la misma manera, don José Hernández Moreno refiere:

Recuerdo que era ya tarde, la ceremonia fue muy sencilla, yo tenía 17 años y era integrante del Orfeón Pio X, cantamos a dos voces la misa "Non fecit" de Julián Zúñiga.

El Profr. Alfredo Carballo Cota afirma que en 1946 se celebraron las primeras fiestas en el lugar que se tenía designado para erigir el santuario, "hubo kermess y los fondos se destinaron para la compra de materiales de construcción".

El entusiasmo era muy grande. Así, el 28 de marzo de 1948 arribó a La Paz el padre Luis Ruggera y en su primer informe señaló: "la población es de quince mil habitantes, hay mucho auge



Trabajos de construcción del Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe (*Santuario de Guadalupe. Medio siglo de historia. 1945-1995*).

en las fiestas guadalupanas y, por lo que toca al templo, sólo existe la pared de enfrente, a muy buena altura".

A decir de don Antonio Alonso Jordán: "fue hasta el 17 de enero, cuando meramente se empezó a trabajar en las excavaciones de la cimentación, yo mismo fui acarriando amigos y vecinos para que nos ayudaran, el primer proyecto lo hizo el Ing. Pompeyo Tello Barrera y con esas indicaciones se empezó".

Uno de los más entusiastas grupos fue el que encabezó la señora María Trinidad Beltrán, quien fungió como presidenta del grupo guadalupano del barrio El Choyal.

El misionero comboniano Antonio Zelindo Marigo, estando a cargo del Santuario, inició en 1952 el orfanatorio Tepeyac a un lado del santuario guadalupano, y relata que hombres y mujeres de la acción católica, dirigidos por Julián Rivera, Francisco González, Angelita de Colunga, Rafaela González, Josefa Castro y Josefa Rivera, iniciaron los domingos de kermés con el fin de recaudar fondos y continuar las obras.

Monseñor Juan Giordani Nana evoca: "vine por primera vez a La Paz en 1957, y sólo estaban las paredes hasta arriba". Fue él mismo quien constituyó la parroquia del santuario el 1 de enero de 1963. "A pesar de que no tenía techo, ni archivo, la confió a la 'Ciudad de los niños y niñas'", nos describe el padre Carlos Toncini, sucesor del padre Zelindo. El padre Mario Balbiomi Paruzzi, que colaboró de 1964 a 1965, escribió: "yo daba misa bajo las estrellas o bajo los rayos del sol".

Con muy pocos fondos, en 1970, el maestro José Alemán de la Rosa creó la estructura metálica del techo provisional que nos cobijó por más de 20 años, obra que se logró con gran dedicación del padre Antonio Marrochi.

Bajo la dirección del padre Issac Villafaña Arroyo, quien estuvo al frente del Santuario de agosto de 1976 a septiembre de 1981, se construyeron el altar y la pila bautismal, se terminaron

los capiteles, la casa habitación para los sacerdotes y los salones para la catequesis; para este fin se contó con la valiosa ayuda de ADVENIAT (organismo de solidaridad de los católicos alemanes con la iglesia de América Latina).

Los trabajos continúan con el padre Jorge Enrique Pozos Carriedo, quien estuvo en la administración de 1990 a 1994, logrando reforzar los muros con la idea de hacer dos cúpulas, siendo tan desafortunado el proyecto que el dos de septiembre de 1992, a unos meses de haberse iniciado las obras y aún sin concluir, se desplomó la cúpula mayor, afortunadamente sin causar daño a persona alguna. En el transcurrir de cincuenta años se han considerado tres proyectos, el del Ing. Pompeyo Tello Barrera, Ing. Sebastián Díaz Encinas y Edgardo de la Peña, este último logró ver realizada parte de la fachada.

Hoy, 24 de septiembre de 2013, estamos a sesenta y ocho años del inicio de las obras, y con el mismo entusiasmo, y siguiendo un proyecto totalmente diferente del primero, crecen las esperanzas y se redoblan esfuerzos para lograr verlo concluido; esta propuesta, que se encuentra muy avanzada, es de los arquitectos Víctor Sánchez, Alfredo Tinoco, Jorge Ramírez y Gustavo Escobar, mis mejores deseos por un final feliz.

Aeronáutica en el puerto

La era de la comunicación aérea, y los beneficios que trae consigo, se inició en el Territorio Sur de la Baja California a finales de la década de los años treinta. La anécdota de ese inicio la relatan, deliciosamente, los que tuvieron oportunidad de vivirla, Pacita Amador y Simón Romero Geraldo:

> En el sitio en donde hoy se encuentra el palacio de gobierno se había acondicionado parte del llano, apisonando la tierra después de desmontar alrededor de un kilómetro, pues se esperaba la llegada de un avión, noticia que entusiasmó a la población del puerto, pues era la primera vez que esto sucedía; un número considerable de personas se trasladaron al lugar indicado desde temprano, lugar que se había denominado "el aeropuerto".
>
> El avión formaba parte de la flota de la Fuerza Aérea Mexicana y era piloteado por el teniente oriundo de El Triunfo, B.C., de nombre Feliciano Flores
>
> La espera fue infructuosa, tuvieron que regresar al centro de la población desilusionados. Otro día se supo la noticia: al pasar el avión sobre la Isla San José tuvo que realizar un aterrizaje de emergencia en la isla al descomponerse una propela. El Capitán P.A. Aarón González, que acompañaba a Feliciano Flores, acudió

a solicitar el apoyo de las embarcaciones que ahí se encontraban, para que en un pangón de los que utilizaban los barcos para cargar y descargar sal, se subiera el avión para trasladarlo a La Paz. De esta manera tan singular llegó a La Paz el primer avión. Hizo su entrada triunfal de la manera clásica en que llegaba todo a nuestro puerto, por mar.

A fuerza de remo, hizo su entrada a la ensenada de La Paz el pangón, con el avión, hasta el muellecito que se encontraba en la desembocadura de la calle Bravo con el malecón.

A su espera se encontraba un numeroso grupo de jóvenes, entre ellos quien fuera tiempo después apreciado maestro y deportista el Profr. Fortunato García Yuen, quien narra la aventura que todos ellos vivieron al llevar el avión desde el malecón hasta el llano: "pretendían subir el avión jalado por cuerdas hasta la pista del llano, por la pendiente de arena y piedras de la calle Bravo, el comentario era que como se atascaba, con los jalones de las cuerdas se podía desarmar. Oyendo la discusión, el grupo de 'palomilla' que ahí estábamos, formamos equipo y, en peso, lo subimos en medio de un gran griterío y risas, no pesaba gran cosa parecía zancudo; una vez en lo alto de la calle, lo jalamos con las cuerdas hasta la pista, unos jalábamos y otros le levantaban la cola; fue todo un acontecimiento que se comentó por varios días".

La pista de un kilómetro estaba trazada sobre tierra apisonada, posteriormente el aeropuerto contó con una caseta para recibir a los pasajeros y corredores techados de lámina para acomodar la carga, los pasajeros se trasladaban hasta el centro de la ciudad en los contados carros de sitio que existían. Cuando se daba el caso de que algún vuelo llegaba de noche, la pista se marcaba rodeándola con hachones empapados de aceite o petróleo.

La década de los cuarenta inicia con transportes aéreos, primordialmente de carga.

En amena e interesante plática con Raúl Aréchiga Espinoza y el capitán Antonio Colunga, tuve la oportunidad de recibir datos de gran importancia sobre este tema y sus pioneros.

Aerovías Contreras, compañía residente en la ciudad de Tijuana, rentaba en la ciudad de San Diego un avión DC-3 con matrícula XA-GIZ, el que volaba hacia La Paz los viernes vía: Tijuana-Santa Rosalía-La Paz, regresando los lunes a Tijuana.

Continúa una nueva empresa que ostentaba el nombre de Líneas Aéreas del Pacífico, al mando del Cap. P.A. Carlos Cervan-

Avión de carga y pasaje norteamericano en la pista del aeropuerto, donde ahora es la calle Isabel la Católica e/ Juárez y Bravo. Década de los cuarenta (archivo de Enrique Avilés).

tes Pérez, volando Tijuana-La Paz un avión DC-3 con matrícula XA-GAM, el que también realizó cuatro vuelos Tijuana-La Paz-Acapulco, suspendiéndolos por incosteables.

El Valle de Los Planes despuntó como zona agrícola el 24 de junio de 1946, durante el gobierno del general Agustín Olachea Avilés, siendo algunos de los primeros agricultores el Ing. Marcelo Virgen, los señores Salvador Castro, Marcelo Gaume, Juan Manuel Amador, Juan de la Peña Rosas y Juan de Dios Lucero. Producían cereales, hortalizas, fresas y flores que exportaban a Estados Unidos.

Otra línea carguera en estos inicios fue San Diego Skay Freycht, con aviones C46 y DC-3 que volaban directamente de San Diego a Los Planes, B.C.S, para transportar flores y fresas producidas en el Valle de Los Planes, que eran vendidas en el mercado estadounidense. Esta línea tenía como condicionante, para poder realizar vuelos de carga a México, que contara también con pilotos mexicanos en su tripulación, rememorando Raúl Aréchiga los nombres de los capitanes Endy Onill, norteamericano, y los mexicanos Francisco Zárate, Miguel Márquez y el Cap. Güereña.

Transmar de Cortez, representada por el Cap. Luis Coppola, inicia operaciones como carguero y correo en un avión DC-3, realizando los vuelos: Guaymas-Ensenada-Tijuana-Santa Rosalía-Puerto Cortés-La Paz, en otra ruta volaba: Guaymas-Isla del Carmen en donde se descargaba lo que tenía como destino a Loreto, correo y carga que se enviaba en una barcaza, al no contar Loreto con pista de aterrizaje.

Posteriormente Transmar de Cortés abrió un vuelo para pasaje. Trasladaba de 21 a 28 pasajeros en cada vuelo, haciendo 4 horas con 20 minutos en vuelo directo a Tijuana desde La Paz. Al no contar con la suficiente demanda de pasaje, la línea realizó la modificación de transportar pasaje y carga, a la vez, con capacidad de 3 toneladas.

Transmar de Cortés en los años cuarenta (archivo de Filiberto Cota Martínez).

La empresa de Luis Coppola incorporó a la flota un avión Fairchild 27, avión que no cubrió las expectativas del vuelo directo a Tijuana, por no tener la capacidad suficiente de combustible, teniendo que hacer escala en Ciudad Obregón a recargar gasavión, lo que encarecía los costos.

Como pilotos de Transmar de Cortés se recuerdan a los capitanes: Lee, Eliseo Gastélum, Antonio Colunga, Francisco Robles Cáñez, entre otros, al igual que del Fairchild, también Roberto Fernández Torres. Nos narra el Cap. Colunga Valdez que su primer vuelo en Transmar de Cortés fue el 8 de mayo de 1959 y el último el 1 de junio de 1961, fecha en que esta empre-

sa con su personal de tierra y vuelo pasaron a formar parte de Aeronaves de México.

Aerocarga es la línea de la que más recuerdos se guarda por el intenso servicio que brindó a la población. Avión C-46 de 5 toneladas, al mando del Cap. P.A. Carlos Cervantes Pérez. En él se transportó un importante número de personas desde Mérida, Yucatán, con el fin de brindarles ocupación en la recolección de las cosechas en el naciente Valle de Santo Domingo, en la década de los cincuenta, que fue cuando empezó a fructificar como zona agrícola; tiempos en que se llegaron a sembrar hasta 20,000 hectáreas de algodón y otras tantas de trigo. La ocupación primordial de este avión fue el transporte de carga, tales como hortalizas, orégano, damiana, carne y pescado seco, quesos, entre otros productos originarios de nuestra región, era frecuente que, aún sin contar con asientos adecuados para ello, transportaba pasaje y, sobre todo, a grupos de deportistas y artistas locales que salían a representar al Territorio Sur, tanto al norte de la península como a la contracosta, de manera tal que las personas que viajaban en él tenían que acomodarse lo mejor que se podía, entre costales y javas de madera.

También en esta década, volaba directamente de la ciudad de México a Puerto Cortés un avión de carga de Aeronaves de México para llevar langosta y pescado fresco y seco para el mercado del centro del país.

Con gran afecto se recuerda al radio-operador que atendía los vuelos de Transmar de Cortés y Líneas Aéreas del Pacífico, Luis Rochín Pérez, quien también daba servicio de mantenimiento a los radios de las aeronaves, realizaba este trabajo en la sede central de información: la casa de la familia Aréchiga Espinoza en la calle Aquiles Serdán y Constitución en La Paz.

El Valle de la ilusión

La zona agrícola del Valle de Santo Domingo nació en 1936 a iniciativa del general Juan Domínguez Cota, quien fundó los ejidos Matancitas, Ramaditas y Santo Domingo, los que se poblaron con habitantes originarios de La Purísima.

En diciembre de 1941 arriban a La Paz en el barco Salvatierra, fletado en Mazatlán con un costo de cuatro mil pesos, 85 familias, encabezadas por su líder Salvador Abascal Infante, con el propósito de fundar una colonia sinarquista en el norte del Territorio Sur, la cual llamaron María Auxiliadora, en un predio que originalmente fue nombrado "Plan de Caballos".

Salida de los colonos sinarquistas hacia el Valle de Santo Domingo en 1942 (AHPLM).

El primero de enero de 1942 partieron de La Paz, con destino al ejido Santo Domingo, las 218 almas que conformaban las 85 familias sinarquistas. Se transportaron en trece camiones de carga del gobierno del Territorio, apoyados en todo lo que fue posible por el gobernador Francisco J. Múgica.

Los inicios fueron sumamente difíciles debido a lo inhóspito del lugar y la falta de instrumentos de labranza. Gracias a que el ejido Santo Domingo ya producía, aunque en baja escala, maíz, frijol, hortalizas y algunos productos ganaderos, los sinarquistas recibieron el apoyo que se da entre vecinos, sobre todo encontrándose en medio del desierto.

Las primeras colonias que se establecieron en el Valle de Santo Domingo fueron: La Nueva California, Jalisco, Álvarez, Las Delicias y El Norte, para 1956 ya existían sesenta y cuatro colonias dedicadas a labores agrícolas.

Construcción de la carretera transpeninsular, tramo La Paz-Cd. Constitución, 1952 (archivo de Alejandrino de la Rosa H.).

En 1950 llegó al Valle de Santo Domingo el trazo de la carretera transpeninsular y, para 1953, ya existía un camino de terracería que redujo el tiempo de traslado de La Paz al Valle de 24 a 7 horas, en promedio. En las labores agrícolas se alcanzó a dar trabajo a cerca de 10,000 jornaleros, quienes venían de todas partes del país, durante la siembra y cosecha de ejotes, pepinos y calabazas, en sus inicios. Posteriormente se incorporaron los cultivos de algodón, trigo, cártamo, alfalfa y jitomate.

El 8 de agosto de 1941, procedentes de Pénjamo, Guanajuato, arribaron a los ejidos de San Juan de Matancitas y Ramaditas "El grupo de los 24", encabezados por Refugio Acosta González, quienes realizaron un fructífero trabajo.

Aeronáutica agrícola en el territorio

De las memorias "Cincuenta años al servicio de la aviación agrícola", libro inédito del Cap. P.A. Antonio Colunga Valdez:

> El 9 de junio de 1956 llegué al puerto de La Paz, en una travesía de 90 millas, procedente de Guaymas, Sonora, a bordo de mi avión Sterman, acompañado de los pilotos que conformaban mi equipo de trabajo, los que tripulaban los tres aviones J-3 con que contaba en esos momentos, siendo sus nombres: Jorge Gutiérrez, Eduardo Jáuregui y Amador Cruz Manzanares, aterrizamos en la Isla San José para recargar combustible y continuar hacia La Paz.
>
> El primer servicio de fumigación lo realicé el día 13 del mismo mes, sobre 200 hectáreas de sembradío, propiedad de Miguel Pino Payas.
>
> Posteriormente nos trasladamos al Valle de Santo Domingo, instalando nuestra base en un poblado al que llamaban El Crucero, mismo que en unos años se convertiría en Ciudad Constitución. El trabajo, al inicio, fue bastante complicado, debido a que no se contaba con pistas de aterrizaje, las cuales se improvisaban en

donde hubiera plano. El valle era muy extendido y los lotes sembrados de pequeñas superficies, además de ser una zona ventosa, lo que limitaba las horas de trabajo, pues en estas fechas sólo se aplicaba insecticida en polvo.

Se tiene en memoria a los pilotos que fueron sus compañeros en el trabajo de fumigación en el Territorio: Juan Romero, Daniel del Toro Vargas, Oscar Trasviña, Alberto del Valle Reynoso, entre otros. Al declinar la bonanza del algodón y el trigo, partían con frecuencia, por temporadas, al centro del país en busca de mejores ofertas de trabajo.

El capitán Colunga, que iniciara su instrucción dentro de la aviación en 1946 en San Luis Potosí, obtuvo su licencia de piloto comercial en 1948 con 218 horas de vuelo, y cierra su ciclo como piloto fumigador en 1999, al cumplir 50 años de servicio dentro de la aeronáutica agrícola, profesión en la que sorteó todos los percances acordes a este trabajo, los cuales logró salvar con bien, tal y como él lo reconoce gracias a dios; por ello fue galardonado con el diploma y medalla "Moisés Vázquez Elliot".

El capitán P. A. Miguel Carrillo Ayala y su avioncito "Pinocho"

(La hazaña de un sudcaliforniano de origen michoacano)

Por Mercedes Acuña Peralta

Desde tiempos muy remotos, el ser humano mostró su anhelo por volar con alas propias o sin ellas, e inmerso en ese afán secular, con el tiempo pudo construir los aparatos que le permitieron satisfacer su deseo. México, al igual que otras naciones, cuenta felizmente con toda una historia de la aviación saturada de hechos relevantes, victoriosos muchos, trágicos otros, pero todos

consignados en unos anales de la aeronáutica civil y militar que a los miembros de esos sectores, lo mismo que a los ciudadanos comunes de nuestra patria, siempre nos llenan de orgullo.

El capitán Miguel Carrillo Ayala, michoacano de nacimiento y sudcaliforniano por adopción, protagonizó un capítulo de esa historia que hoy por hoy nos despierta interés.

En diversas publicaciones se ha relatado que era el día 14 de mayo de 1936, cuando algunas personas que estaban en el aeropuerto de Balbuena, de la ciudad de México, avistaron algo que venía del cielo en dirección a la pista: "Es un avión", afirmaron unos. "No, está muy pequeño, es un mosca", dijeron los demás.

La pequeña silueta volátil, desafiando los aires, dio primero dos o tres vueltas, luego inició el descenso e hizo su aterrizaje.

Ante la mirada atónita de algunos de los presentes, el joven Carrillo bajó del "Pinocho" –nombre de su artefacto– e inmediatamente después sobrevinieron los interrogatorios.

Fue entonces cuando se supo que aquel audaz piloto de 27 años de edad, venía de Zitácuaro, Michoacán, de donde había salido a las siete de la mañana del día en mención, enfilando hacia Loma Larga, luego a Maravatío, para tomar el tendido de la vía férrea que lo llevó por una zona montañosa con destino a la ciudad de México, habiéndose presentado la necesidad de hacer un aterrizaje forzoso en Villa del Carbón, Estado de México, debido a la neblina y a la falta de brújula y mapas.

Casi tres años atrás, el autor del singular aparatito, quien era mecánico de oficio y un apasionado de la aviación, se había fijado el propósito de construirlo siguiendo los planos publicados en una revista que llegó a sus manos, la *Popular Mechanic–Mecánica Popular*–, pero haciendo las adaptaciones que necesitó realizar, de acuerdo con sus posibilidades. Seguidamente dirigió la fabricación de la pequeña nave, contando para este efecto con la ayuda entusiasta de amigos y familiares afines a su causa.

En uno de los reportajes del periódico *El Universal* se dijo que un maestro mecánico de nombre José Zepeda fue el que le ayudó

a Carrillo Ayala a modificar el motor de un vehículo marca Ford modelo 1930, que serviría para instalarse en el avioncito, y que ambos personajes también acondicionaron el tren de aterrizaje. A su vez, que fueron los hermanos Armando y Antonio Manjarrez quienes contribuyeron preparando la madera que utilizaron para construir el fuselaje y el ala de una sola pieza, y que un inglés llamado Héctor Tregoni donó setenta y cinco pesos para la compra de una hélice de madera que le vendieron al versátil Carrillo en la ciudad de México. Se relata igualmente que Esther Cortés, una mujer solidaria con el proyecto, proporcionó la tela que se usó para cubrir la madera del fuselaje, la cual fue pintada a mano en color plateado por Braulio Pérez Negrón, quien también le grabó como emblema la máscara estilizada del legendario cacique de Zitácuaro, Canicuti. También se ha dicho que poco antes de concluir la construcción, Miguel Carrillo tomó un curso de aviación con el piloto Rafael Obregón y siguió practicando con el piloto Agustín Gutiérrez Peláez, logrando sumar cuatro horas efectivas de vuelo antes de efectuar él solo su hazaña, la que duró un total de dos horas, aproximadamente.

Se ha dicho que así como hubo mucha gente que creyó fielmente en el objetivo del intrépido michoacano, no faltaron algunos que lo consideraron como un sueño imposible de realizar, y que dentro de estos últimos surgió el apodo de "Pinocho", mismo que después quedaría inscrito en una parte visible del avión, junto con la figura del personaje del famoso cuento del italiano Carlo Lorenzini, posiblemente como mensaje irónico o subliminal para aquellos incrédulos que se burlaron de la obra. Tiempo después, el propio Miguel Carrillo Ayala recibiría también el mote de "Pinocho", con el que sería conocido el resto de su vida, ya no en tono burlesco, sino más bien de admiración y de asociación afectuosa con su inmortal aeronave.

Volviendo al arribo del "Pinocho" y al tema de su constructor, se sabe que la noticia de la proeza ejecutada por este novel piloto causó tanta sensación entre la sociedad y la prensa mexicanas, que

el entonces presidente de México, general Lázaro Cárdenas del Río, al conocer los detalles del suceso, decidió apoyar a Carrillo Ayala para que cursara formalmente la carrera de aviador. De esta manera, con el tiempo se convirtió en capitán piloto aviador de la Fuerza Aérea Mexicana.

Años después, Fernando Jordán Juárez, en su libro *Mar Roxo de Cortés. Biografía de un Golfo* escribiría sobre Miguel Carrillo y su llegada a tierras sudcalifornianas, lo siguiente: "Se hizo piloto de carrera y mecánico militar. Fue de la Ceca a la Meca con las escuadrillas, cumplió su servicio durante la guerra y patrulló convoyes en aguas del Caribe. Ascendió hasta capitán y un buen día llegó a la Baja California, en el cumplimiento de una misión".

No se tiene plena certeza de la fecha en la que decidió pedir licencia para establecerse en San Lucas, población costera del municipio de Mulegé, Baja California Sur, pero se calcula que fue durante los años cuarenta.

"Al principio –continúa Jordán– el lugar le pareció demasiado seco y salvaje. Luego se interesó en el desierto y acabó enamorándose de esta tierra. Olvidándose casi de su estado natal, donde todo es (o era, antes de los taladores) bosque, ríos y sombras de arboleda. [...] Su primer paso fue pedir licencia en la FAM. Libre ya, se vino a San Lucas, ofreció al gobierno sus servicios como comandante honorario de este campo de aterrizaje (aceptados) y se plantó aquí. [...] San Lucas es un sitio estratégico para muchas cosas.

Ofrece una de las mejores pistas de la Baja California, está a orillas de un bello estero, está bastante cerca y suficientemente lejos de Santa Rosalía. [...] Pinocho tenía aquí un terreno a su medida. Aquí montó un taller [...] como no hay dos en Baja California. Aquí puede construirse un avión o un coche y cualquier tipo de maquinaria [...] bajo las palmas datileras de San Lucas [...]"

Al investigar estos hechos, lamentablemente no localicé datos sobre la fecha y los motivos del cambio de residencia de esta

persona a la ciudad de La Paz. Sin embargo, sabemos que años más tarde se estableció en nuestra capital sudcaliforniana junto con su familia, permaneciendo aquí hasta el final de sus días.

Sobre este particular, el escritor Carlos Domínguez Tapia dejó asentado en su libro *Forjadores de Baja California* que Carrillo Ayala nació en Agostitlán, Michoacán, el 6 de julio de 1908 y que en Sudcalifornia fue propietario de la línea aérea "Lucifer", comandante del Escuadrón 203 con sede en La Paz y que murió en la misma ciudad de La Paz, Baja California Sur, el 16 de junio de 1965.

Conclusiones

La hazaña aérea que protagonizó el capitán Miguel Carrillo Ayala en los años treinta del siglo pasado, significó un parteaguas en su vida y un gran ejemplo de tesón muy representativo para los mexicanos. Han transcurrido casi ochenta años de su gloriosa travesía y esta acción a muchos nos sigue causando asombro y admiración. Es muy justificable el orgullo que los michoacanos sienten de que un zitacuarense nativo de Agostitlán haya trascendido en la historia de esta manera, y es muy legítimo el honor que sentimos los sudcalifornianos de que haya elegido nuestro estado para residir, entre nosotros, las dos últimas décadas de su vida junto con su esposa, la señora María Damaris Maya de Carrillo, y sus hijos e hijas.

Notas

Miguel Carrillo ha recibido merecidos e innumerables reconocimientos desde el aterrizaje que hizo el 14 de mayo de 1936 hasta nuestros días. Algunos de ellos, son los siguientes:

- El histórico aeroplano que construyó, permanece en el Museo de la Aviación de la FAM y en el 2008 fue llevado a

Michoacán, al conmemorarse los cien años del natalicio de su fabricante.

- En 1936 circularon tarjetas postales donde apareció el primer avión construido en Zitácuaro por un zitacuarense.
- Existe el proyecto de fundar un museo en su honor y la demanda ciudadana de que el aeropuerto de Zitácuaro lleve su nombre, desconociendo si estos dos puntos hayan llegado ya a su concreción.
- A lo largo de los años han destacado su proeza los diarios nacionales *El Universal*, *La Prensa*, la edición especial *El Centenario de la Aviación en México* y quizá otros más. Por su parte, en B.C.S., el semanario *El Eco de California* también le dedicó un espacio en 1988 y una revista especializada en temas de aviación del estado de Chihuahua hizo lo propio.
- De igual modo, el episodio de "Pinocho" ha sido narrado o comentado en los libros *La voluntad de volar*, del periodista Ubaldo Marín Marín; *"Pinocho": una página en la historia de la aviación mexicana*, del historiador Moisés Guzmán Pérez; *Mar Roxo de Cortés. Biografía de un Golfo*, del escritor y periodista Fernando Jordán Juárez, y *Forjadores de Baja California*, del escritor Carlos Domínguez Tapia.

Lo más probable es que existan muchas otras fuentes documentales que realcen este extraordinario capítulo del temerario aeronauta michoacano-sudcaliforniano y es posible que también haya inspirado a diversos autores a la creación de distintas formas de expresión, como ocurrió con Edmundo de la Portilla, "Currente Cálamo", quien le dedicó el poema "Pimienta y mostaza", que fue publicado en el periódico *La Prensa*, el 20 de mayo de 1936, diciendo en el fragmento inicial lo siguiente:

¡Pinocho!

Pinocho sin elementos
construyó un aeroplanito

en el que hizo un estupendo
y admirable viajecito,
pues sin brújula ni nada
desde Zitácuaro a acá,
hizo el joven la jornada
con toda felicidad...

Lola

El vigoroso canto de los gallos rompe el silencio del amanecer, mientras que el majestuoso pavo real recorre las altas bardas, luciendo su iridiscente plumaje con los primeros destellos del sol que emerge tras la serranía.

Ambrosio, el mozo de la casa, se despereza mojándose la cara con el agua fresca que contiene la blanca palangana de peltre, y se dirige a partir la leña apilada en el patio, la cual acomodará bajo las hornillas de la cocina; para luego, con el agua que extraerá del pozo de alto brocal, llenar las pilas para el uso de las labores domésticas y una más para el aseo de la familia.

Cerca de esta casa vive la vieja Lola, que a esta hora termina de vestirse con su bata de percal y, después de ponerse sus imprescindibles medias de popotillo, calza alpargatas que anuda al tobillo, cubriendo la cabeza con floreada pañoleta, la que ocultará sus trenzas cruzadas sobre la cabeza a manera de corona; con este ajuar terminará el día, aunque la seda del pañuelo se le adhiera en la frente con el sudor de las faenas diarias.

Lola sale de su casa que está hecha de madera, con el techo cubierto en partes de láminas y otra con hojas de palma, las paredes muestran vestigios de que han sido encaladas de diversos

colores en el transcurrir de los años; de la pared frontal cuelgan diversidad de recipientes, tales como ollas, teteras, y pocillos de peltre, ya en desuso, en la cocina, y en donde ahora florecen plantas de amorcitos, hielitos, espárragos y coronas de cristo; rodeando la casa: grandes latas que anteriormente contuvieron manteca y que ahora, blanqueadas con cal, son macetas donde reverdecen helechos, colomos negros y brocados de moradas y carnosas hojas.

Una esquina del patio está sombreada por un jacalosúchil como si fuera una gran sombrilla y, a su vez, perfuma la mañana con el delicado aroma de sus blancas y enceradas flores. Lola baja dos escalones y ya está en su jardín, donde los blancos patos se

Casa de Lola (archivo de Filiberto Cota Martínez).

resguardarán de la inclemencia del sol mientras chapotean en una charca, bajo un frondoso mezquite.

El predio de Lola y su familia es de gran proporción en el barrio de El Esterito, y luce limpio, pues antes del alba se ha regado y barrido con escoba de palma que ella misma hace. En un alto banco de madera, a un lado del lavadero, sus hijos terminan de limpiar los peces que en la madrugada han capturado, durante su incursión a la ensenada del puerto en su canoa; pronto saldrán a ofrecerlos por las calles de la ciudad, pendientes de palancas, las cuales están hechas con un palo de ciruelo silvestre, o palo chino, o palo zorrillo; esta palanca se sostendrá sobre los hombros del vendedor, pasando por detrás de la cabeza; de los extremos de la palanca se colgarán los pescados, ya limpios, con un cordón de soyate, y llevando varios pequeños de un lado y uno o tres grandes

Canoas ribereñas, años cuarenta (archivo de la familia Uribe Mendoza).

del otro y un cuartito de carne de caguama, logran el equilibrio del peso, además, en la mano libre llevarán un balde conteniendo almejas, caracoles de diversas especies y algún pequeño pulpo, también callos de hacha y jaibas, y todavía el pescador se colgará del cuello varios collares de piola en donde a manera de cuentas se han ensartado callos de madre perla oreados al sol, y que les traen los tripulantes de las armadas perleras, colgando en la botavara de las goletas.

Acerca de estos collares, Fernando Jordán en su espléndida memoria *El otro México* nos relata lo siguiente:

> Bajo el toldo de lona, los hombres en dos turnos, pasan el día "matando" conchas y reuniendo perlas (a este trabajo los pescadores y buceadores le llaman "la matada").
>
> Los "matadores" se sientan, en torno de un montón de conchas que rindiera la marea anterior, sobre banquitos de madera o de piedra con una tabla al frente que les sirve de mesa y un cuchillo para hacer el trabajo en medio de un calor infernal, rodeados de millares de moscas que los torturan.

Esta acción se desarrollaba en las islas en donde fondeaban las armadas perleras en nuestra bahía. Las grandes armadas no aprovechan los callos del molusco, pero en cambio los buzos encuentran en ellos un negocio, y a medida que extraen la perla quitan el callo y lo van ensartando en una piola, formando collares que, ya secos, se conservaban de dos a cuatro meses, y los vendían a su regreso al puerto en uno, dos o tres pesos el collar; este producto era consumido con gran deleite por los paceños, preparándolos en cazuelas de barro, con abundantes ruedas de cebolla morada, salsa de chile colorado, hojas de laurel, ajos, y rociados con orégano, y lo acompañaban con morisqueta y tortillas de maíz, ya fuera en el desayuno o la cena.

Leer *El otro México* nos lleva a una experiencia inolvidable.

Sobre la personalidad de Fernando Jordán, rememora mi querida Josefina González Verdugo:

> A fines de los cuarenta, nos reuníamos en casa de Yolanda Muñoz las integrantes del club Thalía, y a una de esas reuniones acudió Jordán, el tema de la plática fue sobre la travesía en su velero por el Golfo, de donde nació *Mar Roxo de Cortés. Biografía de un Golfo* y, asimismo, nos pidió que le ayudáramos a bordar la bandera que ondearía en él, así como el banderín con el nombre de *Impacto*, revista para la cual trabajaba. El águila de la bandera lo bordó Gloria Peña y el nombre de *Impacto* sobre el banderín negro lo realizó, en hilo dorado, Josefina González.

Josefina González Verdugo y Fernando Jordán. Ella borda el banderín para el barco que abordaría Fernando.

> Jordán poseía un trato muy agradable, excelente conversador y muy risueño, se sentía muy orgulloso de su automóvil Jeep, en el que se transportaba constantemente a su rancho que estaba ubicado cerca de San Juan de la Costa. Su deceso se dio a conocer el 14 de mayo de 1956, a un año de que fuera premiado con la flor natural por su poema "Calafia".

El club Thalía, del que era presidenta Lolo Salas, contaba entre sus socias a Antonieta Velarde, Socorro Taylor, Judith y Rosita Isáis, Celia Polanco, Chelo montes, Gloria Peña, Beatriz y Yolanda Muñoz, Lupita Galindo, Upy Mendoza y Josefina González, quienes realizaban diversas actividades en beneficio de la comunidad.

Los pescadores ribereños, clásicos personajes del puerto se desplazaban descalzos muy temprano por las calles, unas de ardiente arena y otras empedradas, tomando breves descansos bajo los frondosos laureles de la india y árboles del trueno que bordean y refrescan su camino, van pregonando su pesca, ofrecen a quince centavos la pieza mediana o dos chicas, el cuarto de caguama a veinte centavos, a diez centavos dos tazas de mariscos, las cabezas de pescado para la sopa eran de "pilón"; los pescadores con su pregón, vistiendo camisa anudada a la cintura, pantalón de mezclilla arremangado hasta las rodillas, descalzos, con su rostro curtido por el sol, sombrero de palma y paliacate al cuello, mantenían siempre la sonrisa que mostraba su blanca dentadura.

Los otros integrantes de la casa de Lola laboraban como estibadores en el muelle fiscal o en las bodegas, ya fuera de La Perla de La Paz o de La Torre Eiffel, o en alguno de los grandes huertos del puerto.

Mientras tanto, nuestra Lola cierra tras de sí la reja que cerca su solar, hecha de varas de palo de arco y revestida con enredaderas de "balsaminas" y "manto de la virgen", con sus

delicadas flores azules volando como suaves pañuelos de seda; avanza por la calle de gruesa arena, aún húmeda por el sereno, siguiendo las rodadas que dejaran los carretones de José Lucero "El Tiburón", Macario Cota el "Chino Güero", José Martín, "Chito" Romero, Ramón Angulo y Manuel Núñez, unos llevan quesos frescos, "cuajaditas" o quesos "machos", traídos desde los ranchos cercanos como La Trinchera, La Fortuna, San Blas, Los Divisaderos, La Huerta, San Pedro, Las Vinoramas, El Cajoncito, quesos que transportaban envueltos en hojas de enredaderas de San Miguelito, que proliferan en nuestros montes, sobre todo en la época de lluvias, junto con las yucas amarillas, tendiendo sus esplendentes telones de color sobre ciruelos, palos verdes y torotes; los cacaixtles, que se apilaban tras el conductor, brindaban una colorida visión al asomarse por entre las varas de palo de arco con que estaban hechos los ramilletes de flores rosa pálido y bugambilia de San Miguelito.

Otros de estos transportes entraban a la ciudad con una algarabía de cacareos provenientes de las javas que encerraban pollos para la crianza o gallinas para el consumo culinario; otros carbón, verduras y granos. Era común que estos carretones hicieran alto a la entrada de la ciudad, a la vera del camino real que venía del sur, en la tienda y huerta de Don José Cota, la que comprendía una manzana circundada hoy por las calles Bravo, Rosales, Ignacio Ramírez y Guillermo Prieto. El Sr. Cota permitía que en los corrales de su propiedad, habilitados con enramadas, hornillas y bebederos para las bestias, acamparan los rancheros y carretoneros; y, por supuesto, que en la tienda de abarrotes que también poseía el Sr. Cota en la esquina de Bravo y Guillermo Prieto, quedaran los mejores productos. Así que los paceños viajaban desde el centro del puerto para obtenerlos y disfrutar al mismo tiempo de un paseo al campo, anunciando a sus vecinos: voy pa'rriba anca José Cota, y regresaban con los

mejores quesos, requesón, miel de colmena silvestre, carne seca en lonja o beneficiada en machaca, huevo de gallina y guajolote para consumo o para la crianza, la codiciada leña de mezquite, chorizos de puerco y de res, entre otras delicias regionales, y a mejor precio. También se podían adquirir estos productos en la tienda de la Chinita Yuen en Juárez y Madero, en El Tecuán de José Amao, con Bernardo Maldonado y, por supuesto, en los grandes almacenes del centro de la ciudad, así como en la panadería de Antonio Beltrán, entre otros establecimientos comerciales de los diversos barrios.

Hablando de los carretoneros, también se les podía ver constantemente transportando mercancías adquiridas por los propietarios de las tiendas de barrio, en los almacenes de La Perla de La Paz; también transportando las despensas de las casas particulares y menajes de casas de las familias que se mudaban de un barrio a otro. En su transitar por las calles, eran polizones frecuentes los chamacos que o se sentaban en la orilla de su plataforma o se colgaban de ella, arrastrando los pies por la arena del arroyo, hasta que el cochero los fustigaba con el látigo o los perros callejeros los hacían desistir, provocando la carcajada de Lola, que continúa caminando, mientras repasa mentalmente los pendientes domésticos, y al ver la carreta cargada de alfalfa y flores, a grito abierto le pide a Josesito que no olvide la docena de claveles y gladiolas y los mazos de alfalfa para la casa de Doña Elvira, su patrona.

Calle Central (ahora 16 de Septiembre), 1943 (archivo de la familia Uribe Mendoza).

La Perla de La Paz, segundo piso, años veinte (archivo de Filiberto Cota Martínez).

Lola aligera el paso deseando que María, la galopina (su ayudante en la cocina), ya esté moliendo el nixtamal y el café. De pronto, al cruzar la bocacalle, contempla el mar que refleja la dorada luz del sol. Por fin, Lola abre la verja de la casa donde es la responsable de la cocina desde que era una jovencita, recorre la pérgola cubierta por la enredadera de copa de oro, con sus enormes flores amarillas que alcanzan a contener, entre sus gruesos pétalos, un vaso de agua, destapando a su paso las jaulas de los canarios, cardenales, cenzontles, güírigos, calandrias y gorriones, y, como si la saludaran, todas las aves inician sus gorjeos al unísono, al fin y al cabo ella los alimenta a diario.

Torre Eiffel, 1902 (AHPLM).

La cocina ya está en movimiento, la masa de maíz y de harina de trigo están listas sobre la mesona, cubiertas por blancas servilletas en espera de convertirse en deliciosas tortillas que del comal pasarán a la mesa. Ambrosio barre el patio y la empedrada banqueta con su escoba de dátil, con el sombrero de palma calado hasta las orejas, silbando alegremente; mientras María y Lola se afanan con el desayuno.

La cafetera humea, el frijol refrito reluce, la machaca de pescado se sazona con ajo, rodajas de cebolla y chile verde, y recibe su rocío de orégano; con el palmoteo para hacer las tortillas despiertan los señores de la casa, que soñolientos se toman en su cama el aromático café con leche que les ha dejado en el buró su fiel sirvienta.

Al fondo del patio, las gallinas pregonan la nueva producción de huevo, mezclándose los cacareos con el grito de ¡pan caliente! del marchante que va por la calle con la gran canasta haciendo equilibrio sobre su cabeza y llevando en una mano el cabrestillo para colocarla cuando Lola, presurosa, acude con el platón de blanca porcelana de la marca Ánfora y escoge entre el surtido de conchas, volcanes, virginias, virotes, tostados, machos, suspiros, huaraches, fruta de horno, ladrillos y ojos de buey; cada pieza por dos centavos, y comprando más de veinte centavos recibía un "pilón" de dos piezas. El pan recién elaborado, podía ser de las panaderías de Onésimo Cosío, Miguel Moyrón, Pedro Liera, de los hermanos Ortega, José Valle, Esteban Talamantes, Vicente Flores, Macedonio Osuna o Pablo Ríos, este último descendiente de la familia Ríos proveniente de Mazatlán y que fuera responsable de la primer panadería que existió en el puerto, propiedad de González y Ruffo.

En casa de doña Elvira el desayuno estaba completo con estas aromáticas y apetecibles delicias del horno y, mientras la familia inicia el día a las siete y media, y María atiende el servicio de la

mesa, Lola con sombrilla, lechera y morral en mano, acompañada de Ambrosio, sale rumbo al cercano mercado (Belisario Domínguez entre Independencia y 16 de Septiembre), en él surtirá todo lo faltante en la cocina, seleccionando legumbres, verduras y quesos, en los puestos donde atendían Esperanza Cota, Chepa Ojeda, Trino Osuna, Luis Higuera, Félix Colín, Gildardo y Eugenio Osuna Mayoral. En cuanto a las carnicerías, podía comprar con Severo Gómez, Santos Núñez, o Julio Albáñez, de no encontrar ahí lo que buscaba tendría que ir a la carnicería de Félix Ojeda o Deódoro y Cuco Moyrón quienes estaban instalados muy cerca de la huerta Las Tullerías de quien era propietario Enrique Ruffo (5 de Mayo y Guillermo Prieto), en donde aprovecharía

Mercado Madero en los años veinte (AHPLM).

para comprar, además, las más frescas ciruelas rojas y amarillas y guayabas, entre otras frutas. Mientras, Ambrosio compraría la leche, ya bien en el establo de Miguel Cornejo (5 de Mayo y Héroes de Independencia) o tal vez tendría que acudir al establo de Esteban Talamantes, que aunque estaba retirado tenía fama de leche "gorda" inmejorable para la mantequilla (Altamirano y Ocampo), cerca de Las Tullerías; otro establo que podía visitar era el de José María Chollet, en todos el litro se pagaba a veinte centavos.

Lola y Ambrosio regresan a casa a media mañana con las vituallas necesarias para preparar los alimentos del día renovados de energía tras la larga caminata que se hacía amena pues conocían a todos los que se encontraban y se enteraban de los últimos sucesos. La jornada de trabajo apenas empezaba, la comida se preparaba al tiempo que se atendía a las personas que visitaban la casa durante la mañana, los que lograban una agradable tertulia en la pérgola y era cuando se brindaba agua de tamarindo, naranjita o limonada; una vez que regresaba el señor de la casa de su trabajo o negocios, la mesa se servía en punto de las dos de la tarde. Las viandas eran variadas cada día y podían ser: pescado frito o estofado, cocido de hueso oreado con abundantes legumbres, el cual tiene un gusto y olor muy fuerte, zambumbio (caldillo de carne de pecho con salsa de chile colorado con cuadritos de papa y rajas de chile verde tatemado), caldo arroz (caldillo de carne de pecho con papas y arroz sabroseado con recaudo de tomate y cebolla, y quienes gustaban del picante uno o dos chilpitines molidos), gallina pinta (caldo de cola de res cocido con frijol y maíz con o sin chile colorado), éste es uno de los platillos más representativos de la comida ranchera en nuestra tierra; picadillo macheteado de res con chile colorado, gruesas rodajas de cebolla morada, cuadritos de papa, pasas, rajas de chile verde tatemado y aceitunas, no faltaba la morisqueta, el caldo de pescado y de jaiba,

y la deliciosa sopa de callo de hacha con arroz y las imprescindibles tortillas de maíz. Para beber: agua de frutas, y de postre natillas, guayabate y otros dulces regionales acompañados con "queso de apoyo" y, con frecuencia, un vaso de leche que de no contar con hielera en la casa, mantenían los vasos ya servidos en un recipiente con agua y trozos de hielo.

Antes de las cuatro la cocina ya estaba recogida y, mientras la familia tomaba la siesta, los sirvientes tomaban un breve descanso, durante el cual podían regresar a su casa después de dejar previstos los bocadillos de la merienda, y regresar alrededor de las seis para preparar la cena que se servía a las ocho.

Era costumbre tomar la merienda a las cinco de la tarde y departir con amigos y familiares en una u otra casa, se servían aguas de frutas, café para acompañar el pan dulce con queso fresco, también coyotas o empanadas de frijol dulce o de carne; disfrutaban de estos bocadillos mientras comentaban las novedades del día, como las noticias de la segunda guerra mundial que era parte central en las conversaciones. Como vemos, eran tiempos de tranquilidad en los horarios y actividades, y además de muy buena mesa, así que en la cena se podían degustar platillos como el de los callos de madreperla, machaca de res o pescado, sierra frita, todo acompañado con frijolitos bien refritos, morisqueta y ensalada a la vinagreta; de tomar: café, té-limón, té de damiana o de hojas de naranjo, todos endulzados con panocha; la sobremesa podía seguir con una velada, amenizada con el piano o la guitarra, instrumentos que podían tocar cualesquiera de los presentes ya que se tenía gran inclinación por el estudio de la música en la mayoría de los habitantes del puerto; o también tocando en la vitrola los discos de pasta de 78 revoluciones, con melodías en boga, o deleitándose con la maravillosa voz de Enrico Caruzzo o escuchando por la radio las estaciones XEW y otras de la contracosta, siempre y cuando la antena de cobre del radio

estuviera bien clavada en un recipiente con tierra, la cual debía estar mojada; con sencillez preguntaban ¿ya regaste la antena?.

De estos días quedó en mi familia la anécdota de una de las muchachas del servicio que era oriunda de un rancho cercano, la que hasta que llegó a la casa de la abuela conoció el radio. Una vez que se le pasó la impresión de oír hablar al "cajón" y que hubo vencido el temor de acercarse coincidió que en ese momento se escuchara una melodía de su gusto y se quedó embelesada, cuando concluyó, a toda prisa, le pidió al aparato: "tóquela otra vez señor don radio" y como la programación siguió su curso, se retiró muy indignada declarando no volverle a hablar a "don radio" y así lo hizo por varios meses en que ni siquiera volteaba a verlo, hasta que le hicieron comprender la situación. Después de la velada y de retirarse a descansar, frecuentemente se despertaba agradablemente pasada la media noche, con los acordes de las guitarras del "Son de la Zona" si el pretendiente era militar, o de la orquesta ya fuera de Filomeno Mijarez, Luis González y sus Tigrillos, Los Canarios, o de los grupos de Amadito Leyva o Pablo Carballo, quienes, contratados por el enamorado de alguna de las señoritas de la casa, tocaban una larga serenata. Estas serentatas era cotidiano escucharlas por los diferentes barrios de la ciudad. Y así, en medio de románticas melodías se acortaba la noche y el sofocante calor; y una vez más el canto del gallo saluda un nuevo día, mientras que el altivo pavo real despliega su magnífico resplandor y lanza su desafiante grito.

Martha y Victoria

En la recámara, todavía en penumbra favorecida por la cortina de cretona que cubre el visillo de encaje, el cual podía verse desde el angosto callejón empedrado, a través de la sencilla reja de madera que protege la ventana, se recobra la animación cotidiana. Martha y Victoria las jóvenes de la casa dejan sus lechos revestidos con blancas sábanas de ruán y fundas delicadamente deshiladas; es una amplia estancia con el piso cubierto por un floreado linóleum, amueblada con un tocador de gran luna circular, un alto ropero de dos puertas cubiertas por espejos, dos burós y dos camas con cabecera y piesera de metal forjado en caprichosos arabescos.

Callejón 18 de Marzo (acuarela de Felipe Becerril).

Todo se baña de luz cuando Martha recorre el visillo; es fin de semana y está pleno de actividades sociales, así que ella y su hermana se apresuran a vestirse.

Los vestidos de fresca etamina son los elegidos, es tan suave la trama de la tela que deja adivinar el refajo de falla y encaje. Victoria calza zapatos de "esqueleto" con tacón grueso y bajo llamado tacón cubano, los llevará tal como lo indica la moda del momento en estos grandiosos años cuarenta, con tobilleras blancas en vez de medias de seda, apenas ayer los había adquirido en la zapatería de Don Porfirio Fuentes (B. Domínguez e Independencia) en este establecimiento se exhibía el cartel de promoción de la primera película sonora que se estrenaría en un par de días en el cine-teatro Juárez y que llevaba por título "Allá en el rancho grande". El revuelo por asistir a la premier era grande, mas sólo acudirían al estreno los invitados de las autoridades locales; otro día se abriría la taquilla con el alto costo de $1.50 por persona.

Las jóvenes del puerto eran muy afortunadas al contar con un numeroso grupo de modistas, sumamente hábiles, para confeccionar toda clase de trajes, según la ocasión. Los nombres que se mencionaban con más frecuencia eran: Tomasita Acuña, Ma. Justina de Domínguez, Alejandrina Cota, las hermanas Gutiérrez, Ma. Jacinta Geraldo de Agruel, Luisa de Orozco, Chepita Lizardi, estas tres últimas eran consideradas como las mejores "pantaloneras" de la ciudad; otras reconocidas modistas fueron Elisa Estrada Vda. de León, quien además era una fina bordadora con chaquira y canutillo, Consuelo Zumaya, Ma. Ondina Lara, Elena Márquez de Navarro, Juanita González de Fiol y, quien confeccionaba trajes de gran gala y de novias, Doña María Labastida de Ruvalcaba; en El Esterito las modistas más apreciadas eran Margarita Taylor y Nina Lara. Antes de visitar a cualesquiera de ellas, Martha y Victoria tendrían que recorrer las tiendas como La Palma de Isidoro Scholnnick, Al Puerto de La Paz, La Ciudad

de Viena de Salomón Tuchmann, Casa Yuen de la familia Yuen Hamm, La Perseverancia de Conrado de la Peña, La Princesa de Arturo Canseco, El Coromuel de Don Felipe Cota y la tienda de Adelina Chacón, entre otras, y por supuesto los almacenes de La Perla de La Paz, en donde seleccionarían las telas con que les realizarían los trajes que requerían.

Los géneros favoritos eran: organdí, "punto" (tul), crespón, algodones, tela espejo, charmesse, piel de ángel, tafetas, moares, sedalino, pongee, piqué y marroquí, esta última tela tenía la particularidad de que su trama se encogía con gran facilidad, de tal forma que debían tener mucho cuidado de no sudar en demasía, o de que no se les volteara encima de la falda algún refresco para no pasar un bochorno, con todo y esto era un género muy solicitado por su fresco aspecto y buena caída, no importaba que sólo se usara una vez.

Para complementar su arreglo, el peinado y los tocados eran muy importantes: había que acudir al salón de belleza de Tilita Ruibal o de Elvira León donde, según el gusto de cada quien, dichas señoras les elaboraban complicados peinados, algunos con rellenos de pelo para dar volumen formándoles dos grandes roles encontrados a manera de corona y el resto del pelo lo recogían con redes bordadas con cuentas de cristal y lentejuelas rodeadas de flores de seda y organdí; los accesorios, como collares, aretes y prendedores de vistosas piedras de cristal, daban el toque final a su hermosa presencia.

En estos tiempos en que la segunda guerra mundial asolaba al mundo, en nuestro tranquilo puerto sólo extrañaban (a decir de las señoras que vivieron estos días) las medias de seda que escasearon, y las que suplieron con gran talento polveándose las piernas y marcándose la "raya", con gran precisión, con lápiz para delinear la ceja (las medias de seda fina tenían marcada talonera de la cual subía una línea a manera de costura que corría por la

pierna aportando elegancia). A estas medias, aunque resistentes por la seda misma, solía corrérseles algún hilo del tejido y había personas dedicadas a "subir el hilo" ayudándose con una copa o vaso de cristal y un gancho para tejer muy fino, este trabajo era muy bien pagado.

Esta década ha quedado marcada en la historia de la moda como la más deslumbrante y, quienes tuvimos la suerte de que nuestras madres y familiares la hayan vivido a plenitud, lo podemos constatar al atesorar tantas prendas y accesorios tan glamorosos. Los varones, si el clima lo permitía, encargaban la confección de sus trajes a los hábiles sastres Manuel Palos, Eloín Trujillo y al joven aprendiz Manuel Sánchez, y compraban los cortes de casimir, lino o dril en cualesquiera de los almacenes.

Los aromas favoritos entre las muchachas de la época eran Soir de París, Colonia Maja, Flores de Amor, Maderas de Oriente, Madreselva de Max Factor, Tabú, Flores de Azahar, Agua de Colonia Sanborns, Cotty, "Para tí". También contaban con la protección de los desodorantes Mumm y Harriet. Los labios se encendían con los tonos de las marcas Tanger o Burgois y los barnices para las uñas marca Cutex, todo esto adquirido en la botica de Ruffo, principalmente. Los varones preferían las colonias Siete Machos y Jockey Club.

Los atavíos se complementarían, en las damas, calzando zapatillas de fina piel de la marca Las Tres B que distribuía la zapatería La Palma y las de marca Cóndor en La Perla de La Paz o en Al Puerto de la Paz. Si de modelos de zapatos más económicos se tratara, se adquirían los confeccionados localmente en el taller de Julio Beltrán o con Esteban Aguirre y, de ocuparse el mantenimiento del calzado como cambiar tapitas o fijar algún broche, hebillas o bien cambiar el color, se acudía con Lamberto Escopinichi o Ramón López.

Así, una vez llegado el momento de asistir a los eventos sociales, que eran frecuentes, todo estaba a punto y uno de ellos era asistir al Casino de La Paz, al que sólo tenían acceso los socios.

El Casino se encontraba en la esquina de Independencia y Revolución a un costado de la plazuela y estaba en boga no sólo en el Territorio, sino también en todo el noroeste de la República, desde donde frecuentemente se hacían viajes a La Paz para asistir a sus eventos; viajeros que eran hospedados en las casas de las familias conocidas.

Panorámica del centro de La Paz, en primer plano el Casino, década de 1930 (archivo de Filiberto Cota Martínez).

Las crónicas de los diarios, tanto locales como del interior del país, decían de él:

> La Paz se enorgullece hoy de tener un centro social que lleva por nombre Casino de La Paz, siendo quizás uno de los mejores montados en todo el litoral del Pacífico. Habiendo sido inaugurado el 14 de julio de 1924, cuenta con todos los departamentos necesarios, muy bien instalados para ejercicios de cultura física, así como también para otros deportes tales como: Han ball (boliche), skating rinkg, basket ball y otros.
>
> El activo actual presidente de dicha corporación, Mr. Arturo C. Nahl, partirá próximamente a New York a comprar un aparato radio-telefónico de gran potencia, para recibir a distancias mayores de cuatro mil millas, pudiéndose oír audiciones de cualquier parte del mundo.

Interior del Casino de La Paz, 1926 (archivo de la familia Uribe Mendoza).

Constantemente se ven en este casino, muy distinguidas y guapas señoritas, tanto de este puerto como de lugares vecinos que vienen a disputarse el campeonato de pool.

El casino de referencia cuenta entre sus socios con corresponsales prominentes y distinguidas personas de Londres, París, Chicago, New York y de diferentes ciudades de México, que al venir a La Paz lo han visitado y han obtenido la categoría de miembros componentes.

Por acá se ha hecho proverbial la frase: La Paz, Baja California, se reconoce por su delicioso clima y por su casino.

Uno de los tantos eventos, renombrados en estos tiempos, era el baile del día primero de julio en que se conmemoraba el Día de la Marina y que tradicionalmente se llevaba a cabo en el muelle fiscal, donde se daba la alternancia de las familias más conocidas con los oficiales y marinos, tanto de la zona naval regional y los tripulantes de las fragatas y barcos que se encontraran fondeados en la bahía. Otro eran las tardeadas, que sólo duraban de cinco a ocho de la noche, ya fuera en el cuartel Pineda en donde amenizaba "El Son" integrado por militares, o en la plazuela, con los acordes de orquestas locales o de alguna que estuviera de paso. También estaban las reuniones organizadas por los integrantes del club "Las Tempranillas", "Social Paceño", y el club "Tepsícore"; generalmente estas fiestas eran en las amplias pérgolas de doña Teresita Labastida quien, por su alegre carácter, siempre estaba dispuesta a colaborar y se preocupaba de que todo estuviese impecable, para lo cual mandaba blanquear los pilares que sostenían el enrejado de madera con agua de cal, a la que agregaban sal gruesa para que fijara bien. Enterados los asistentes de esto, tomaban las debidas precauciones para no recargarse o pasar cerca de ellos para evitar quedar polveados tanto de la ropa como de la piel. El baile era amenizado por las orquestas de don Luis González o de Filomeno Mijares. Era común que quienes

no eran invitados rondaran la casa "ventaneando" la fiesta, y muy seguido terminaban bailando en la banqueta.

Los bailes de estas épocas se caracterizaban por su alegría e ingenio, era costumbre "la tanda robada", para lo cual se tenía prevista una escoba adornada con listones, la que era tomada por alguno de los invitados que en ese momento no tenía pareja; bailaba con ella en el centro de la pista entre los danzantes y de improviso se la daba al galán que le quedara más cerca, o al que en ese momento bailara con quien él pretendía, y así se quedaba con la muchacha; el juego continuaba hasta terminar la pieza de música y quien se quedara con la escoba, al final, iniciaba de nuevo, hasta que la dueña de la casa dijera ¡basta! La fiesta terminaba a las 12:00 en punto cuando la orquesta tocaba la galopa "El Conejo" (danza tradicional de nuestro estado en el que se demuestra la energía de quienes la interpretan).

Las reuniones sociales se comentaban por varios días, debido al éxito que daba por resultado el cuidado que ponían en ellas quienes organizaban. Para acudir a ellas los grupos de jóvenes, lo mismo que para retirarse, lo hacían con total confianza en los carros de sitio de personas de la localidad, sumamente conocidos y respetados, como Felipe Avilés, Felipe Romero, Fidel Gutiérrez, Jerónimo Cardoza, "Sotito", Jerónimo Castro, Amado Romero, Federico Lizardi y el apreciado Bullanga. Era también muy tradicional ver a los grupos de muchachas acompañadas por señoras amigas de las familias a quienes llamaban "chaperonas", quienes compartían con los anfitriones la velada mientras observaban el baile, haciéndose disimuladas con los nacientes romances.

Un acontecimiento de importancia tuvo lugar en 1937, cenabaile, ofrecida por el gobernador, coronel Juan Domínguez Cota, debido a que el primer grupo de Boy Scout con que se contaba en el puerto, conformado por el Sr. Olmedo, a su vez fotógrafo oficial del Gobierno del Territorio, asistiría a Santa Rosalía, re-

presentando a La Paz, en las festividades que tenía organizadas la empresa francesa El Boleo. Los jóvenes fueron debidamente entrenados para que participaran en el desfile, con banda de guerra. El Sr. Merced de la Cruz Salgado Castro recuerda, entre otros, a Ernesto Ruffo, José y Pepe Gibert, Agustín Ruffo, Francisco y Jorge Von Borstel y Merced Salgado Castro, "éramos diez en total y en la banda de guerra nos auxiliaron, en mayor número, militares de esta plaza. Para trasladarnos allá, El Boleo envió al barco Korrigan III, en el que navegamos. Al llegar a Santa Rosalía familias mexicanas y extranjeras nos alojaron en sus residencias, brindándonos finas atenciones. Regresamos después de una semana en el mismo barco y nuestras familias nos recibieron en el muelle de La Paz con grandes muestras de alegría".

Finalizaban los años treinta, la planta de luz se encontraba ubicada en la esquina de la ahora calle Comercio y Ocampo, teniendo el mar casi a la puerta, el notificador que entregaba los recibos mensuales era Don José Toledo en 1931, y el costo del consumo era fijo, con valor de $3.50.

Edificio de la planta de luz, años treinta (AHPLM).

La tranquila villa de La Paz era custodiada por policía montada que hacía sus rondas en la noche.

A pesar de las distancias que tenían que recorrer caminando, los jóvenes de estos tiempos acudían a los bailes populares que se organizaban en los barrios como La Tenería, en un gran espacio que cubría un frondoso mezquite, en cuyas ramas colgaban mecheros con aceite o petróleo para iluminar, a los que se conocía con el nombre de "changos", el sitio se llamaba "La Zorra". En el mismo barrio, los bailes más formales se realizaban bajo las pérgolas de la Esc. Torres Quintero, la que fue edificada por los propietarios de La Tenería, Ruffo y Rochol, para la atención de los hijos de sus obreros. En El Esterito se reunían en el parque "Narciso Mendoza" (ubicado en donde ahora se encuentran las oficinas del IMSS, sobre el malecón), y en el Centro: en el muelle fiscal, la plazuela y, posteriormente, en la Mutualista.

María Salgado Castro, Enrique Cunningham y Consuelo Bátiz Ríos en el malecón de La Paz, 1944 (archivo de la familia Mendoza Salgado).

El servicio de agua potable era deficiente, la gran mayoría de las casas contaban con pozos artesianos, de los que extraían el vital líquido con cubetas a fuerza de mano; se recuerda que, en 1933, don Jerónimo Cardoza vendía a cinco centavos el balde.

Mi tía Chelo Bátiz recuerda que, ya en 1936, se vendía agua en la única pipa que había en la ciudad, y que tenía como chofer a Carlos Angulo.

En 1941 se inauguró el Hotel Perla con una cena-baile que congregó a toda la sociedad porteña y creó un gran revuelo, tanto en el puerto como en la contracosta. La cena-baile fue amenizada por la orquesta Lenín que, con más de un mes de anticipación, llegó de Los Mochis, Sinaloa; también participaron orquestas locales. A decir de las jóvenes que acudieron a la fiesta, agotaron en los comercios las sedas, brocados y demás géneros usados para trajes de baile, las modistas no se dieron abasto, fue todo

Hotel Perla, fotografía del día de su inauguración en 1941 (archivo de la familia Uribe Mendoza).

un acontecimiento y, por supuesto, todas las habitaciones del flamante hotel se ocuparon.

Se contaba en la ciudad con 10,401 habitantes.

Gracias a las memorias que gentilmente me ha brindado nuestro apreciado amigo Eligio Moisés Coronado, cronista del Estado Baja California Sur, puedo recrear con sus colores originales la vida cotidiana de La Paz.

El barco correo hacía dos viajes a la semana a Topolobampo y Guaymas para recoger la correspondencia.

Los paseos para pasar el día en El Mogote y a disfrutar de un "caldo largo" (contenía todos los mariscos y pescados que se obtenían con gran facilidad en sus playas), lo realizaban rentando pangas a Rafael León y a Salomé Flores.

En los restaurantes, además de los antojitos mexicanos, lo clásico era disfrutar de una sopa de caguama o un regio platillo de aletas rellenas, un caldo marinero o sopa bucito, mojarras fritas, huevas de pescado capeadas y rebozadas en salsa de tomate, coctel de mariscos, ensalada de jaiba, caracol "burro" guisado en chile colorado y acompañado de morisqueta. Disfrutando de estas delicias se planeaba la reunión para degustar un pecho de caguama asado. Eran otros tiempos; los centros de reunión comerciales podían ser El Mazatlán de doña Felícitas García, El Bahía de Ramiro Alvarado o El Talismán de Nicolás Martínez.

Para comer un buen menudo había que acudir a la fonda de Pachita, frente a la plazuela.

Y los mejores tamales con café en La Preferida o en La Bajada de la botica de Olguín (después "Baja California").

Dos veces por semana se acudía al cine tropical (en la Mutualista), a donde tenían que llevar sus propias sillas.

Para refrescarse del intenso calor, nada mejor que saborear los raspados de Déodoro Moyrón en el mercado Madero.

Las cantinas: Don Conrado, Salón Montecarlo, La Mexicana, Aloha Bar y Cantoya.

La alfalfa requerida por las amas de casa para alimentar a sus gallinas la repartía en su "troquesito" don Julián Rivera, quien además vendía carbón.

Los hoteles eran El Perla, El Central y, por el callejón 21 de Agosto, el de la Sra. Lupe Pozo.

Farmacias: la del Dr. Olguín, posteriormente fue de Rubén Castro y con su nombre se le conocía, y la de Severiano Delgado por la calle Reforma.

Los bailes: en la terraza del Hotel Perla, en la Terraza de la Zona Militar, el cuartel Pineda y la Mutualista, éstos en el centro de la ciudad, amenizados con la orquesta jazz de Los Californianos.

Las serenatas: los jueves y domingos en el quiosco del malecón y en la plazuela.

En 1944, el aguinaldo para los empleados de mostrador anca Ruffo consistía en un corte de dril para pantalón y un corte de popelina para camisa, con valor de cuatro pesos.

Los pirulines y los jamoncillos más codiciados eran los que se podían adquirir en el puesto del mercado Madero con don Pedro Liera a un centavo la pieza.

De las enfermeras de Salubridad –recordadas con especial cariño y admiración por todas las personas con quienes tuve el placer de platicar durante una década con el fin de lograr esta memoria– fui muy afortunada en conocerlas y haber recibido su atención cada vez que lo necesité, son: Anita Ruibal, quien nos ayudó a llegar a este mundo a un sinnúmero de paceños, ella y su familia fueron entrañables en la mía; Chabelita y Marina Coronado, Natalia Cota, Ofelia Bolaños, Angelito Fernández, Lucía Jordán, María Luisa Pozo, Graciela Taylor, "Chita" Salgado, entre otras.

Los paseos campestres más frecuentes se hacían a los ranchos El Coyote, Las Vinoramas, El Cajoncito, El Novillo, San Pedro. Se trasladaban en "troques" acondicionados con sillas.

Las carreras de caballos eran frecuentes y la pista se improvisaba en "la carretera de Cardoza", por la calle Bravo, desde Altamirano hasta la calle México, siendo la meta en donde ahora está la Clínica del ISSSTE, y en donde también terminaba la pista del aeropuerto.

La fiesta de doña Leonor

Entre telones de los preparativos de una fiesta en la década de los cuarenta

Al acercarse el cumpleaños o día del santo de alguno de los integrantes de la familia, gran algarabía y movimiento se adueñaba de la casa y sus habitantes desde semanas antes. Se podaban los árboles, se pintaban macetas y maceteros, se sacudían las enredaderas de madreselva, de jazmín español y el jazmín francés de cremoso color, que subían por los altos enjaules de madera con que se formaban las pérgolas; se pintaban los sillones y mecedoras de jardín combinando las anchas tablas con que estaban hechos de color crema y verde o rojo; los pisos de cemento de toda la casa se pulían con petróleo crudo; los muebles del interior relucían después de que los habían frotado con franelas empapadas de aceite rojo; las carpetas, tejidas por la abuela, se almidonaban al punto de quedar como redes de azúcar.

Las ventanas estrenaban cortinas de vaporosa gasa que se recogía a los lados con anchos listones, las camas se revestían con colchas de cretona en floreados de vivos colores y circunda-

das de plisados olanes de tafeta; lo que era muy representativo era la gran cortina de la puerta del pasillo principal, elaborada totalmente con caracoles brillosos que al golpearse entre sí con la brisa o al paso de las personas producían un nítido tintineo, este sonido ha quedado grabado en la memoria de quienes lo escuchamos en la niñez como algo mágico e inolvidable. Esas cortinas eran elaboradas por don Andrés Lucero, quien, como el gran artesano que era, también trabajaba el carey de fina mane-

Celebración paceña 1937. De izquierda a derecha: Rosita Ceballos Famanía, Beatriz Von Borstel Labastida, Alejandrina Salgado Castro, Esthela Galván Moreno, María Teresa Isáis, María Esthela "Licha" García, Alma Consuelo Bátiz, Lilí Torre, Concepción García, Reyna Bendrel, Yolanda Galván Mora, María de Jesús Nena Isáis, Corina Mendoza Moreno; de pie: José Tortoledo, "Güero" Payén, Alfonso Castro, Enrique Von Borstel, Armando Isáis Famanía, Humberto García Green, Javier Montes López, Félix Beltrán Albáñez, Pedro Salas Solerci, Mario García Reyna (archivo de la familia Reynoso Mendoza).

ra, aplicándolo en joyería y accesorios como abanicos y peinetas, entre otros delicados ornamentos.

Las cortinas de caracoles, tan frecuentes en las casas del puerto, podían ser de dos hojas y recogerlas a los lados, o tener galería terminada en picos y las hojas laterales con desniveles de altura.

El jardinero se encargaba de trasplantar los helechos más frondosos en altos macetones, los que circundaban el pasillo de la entrada, pero el movimiento más grande e importante era en la cocina, era ahí en donde se reunía el consejo que decidiría cuáles gallinas, guajos o cerdos, que habitaban el fondo del patio, serían los encargados de deleitar a los invitados y, así, colaborar con la casa para que este banquete fuera recordado y comentado por mucho tiempo.

Una vez dictada la sentencia por la cocinera, el mozo y la galopina entraban al gallinero y se enfrascaban en una errática persecución hasta lograr atrapar, una a una, a las aves ya destinadas para ser viandas en potencia. Una vez capturadas se encerraban en los "separos" de engorda y limpia, los cuales eran gallineros de techo muy bajo o bien cacaixtles, en donde previamente se les alimentaba de manera especial, dándoles abundantemente pan blanco remojado en leche para suavizar su carne y para que dorara mejor.

Llegado el día de la fiesta era punto final para las aves en cuestión: se preparaba el cadalso para el guajo, al que le vertían licor por el pico, se suponía que lo sacaba de la realidad mientras era colocado su largo cuello en el patíbulo, hecho con un tronco o madero grueso; y, así, con la supuesta relajación que da el licor, su carne estaría suave.

Los niños, curiosos como yo, rodeábamos a las cocineras para juntar y guardar las piedrecillas y fragmentos de vidrio pulido que las gallinas guardaban en sus mollejas. Éramos testigos de

cómo, en más de una ocasión, las aves salían corriendo; pues, al estar sólo inconscientes cuando recibían el baño de agua hirviente para poder desplumarlas, revoloteaban hacia el patio por última vez o hacían un desastre en la cocina.

Los guajos, y algunas veces también los patos, pasaban por los mismos rituales y quedaban listos para adobarse y hornearse, o bien para cocerse y preparase en ensalada o paté para untar los sándwiches. Las mollejas, pescuezos y patas se reservaban para el consomé de otro día, el cual, servido con chilpitines, cebollita, cilantro y limón, era sumamente apreciado por los señores para contrarrestar la resaca de la fiesta.

El lance del rozagante cerdo podemos reducirlo hasta verlo en el centro de la mesa, en la charola recién traída de la panadería, con su dorada apariencia a un lado del guajo relleno. Volviendo a la orden del día que se llevaba en la casa, vemos que a las seis de la mañana las gallinas, ya cocidas, se enfriaban; unas eran desmenuzadas para la ensalada, otras se desmenuzaban de manera más fina para untar los sándwiches, que tenían como base "barritas" (pan alargado), las que se untaban con mantequilla derretida y se acomodaban en platones formando círculos hasta lograr una pirámide: Estos bocadillos son exquisitos, pero los que quedan para otro día son insuperables acompañados de una taza de café negro, bien caliente.

La ensalada y el paté de gallina se aderezaban con la mayonesa que se hacía con antelación. A saber, los ingredientes son aceite de olivo, huevo, jugo de limón, sal y pimienta, todo se agregaba lentamente pero batiéndolo vigorosamente mientras se le agregaba mostaza en polvo; el toque final se le daba con vinagre de chiles en escabeche.

Loreto, la diestra cocinera, y sus ayudantes siguen en constante acción: toca el turno a los higaditos de las aves y de los cerdos que se convierten en delicado paté, que dispuesto en

fuentecitas de cristal se ofrecía como botana en galleta de soda (galletas saladas); también, como botana, cacahuates horneados con sal, aceitunas y la fascinante "hojarasca", para la que se necesitaba una gran destreza para lograrla.

Sólo Loreto, a quien tanto queremos aún en la familia y que laboró por decenios en esta casa, era experta en esta labor; se recogía el pelo con floreada pañoleta cubriéndole totalmente la cabeza, mientras en una de las hornillas del pretil de la amplia cocina, hervía en una gran bandeja la manteca de cerdo, y tomando de una palangana, una a una, las papas, que ya habían sido desprovistas de su cáscara, con asombrosa rapidez y auxiliada con el pela papas de mango de madera, dejaba caer finas lascas sobre la hirviente grasa, su ayudante apenas alcanzaba a sacar con el escurridor las doradas hojuelas cuando ya caían más, las iba colocando en una alta caja de cartón forrada con papel de estraza, mientras que otra persona las espolvoreaba con sal, se llenaban varias cajas con estas crujientes hojuelas. Aromas, sabores y sensaciones que no se olvidan.

Algo que me impresionó sobremanera era lo que degustaban algunos señores con especial deleite: en varias ocasiones vi al tío José Rodríguez colocar en una pastelera de cristal un queso de "apoyo" al que quitaba una parte del centro, llenaba el vacío con vino de excelente calidad y luego lo cubría con la tapadera de la pastelera, al pasar los días el queso se fermentaba y el resultante de dicha fermentación se podía untar en las galletas de soda; mi impresión la provocaban los gusanos que se formaban con el queso y el vino, ¡eso era lo que comían!

En la mesa, las ollas de ponche de tamarindo, naranjita y jamaica reposaban en espera del licor con que más tarde se flamearían para luego enfriarse con trozos de hielo.

En el otro extremo de la cocina doña Leonor, la señora de la casa, daba el toque final a la pasta elaborada por ella días atrás

y que hoy se mezclaba con salsa de chile colorado, caldo de gallina, aceitunas y pasas; adornándola con queso rallado, rodajas de huevo cocido y carne desmenuzada de las gallinas; éste es uno de los platillos más representativos del sur de nuestro estado y lo llamamos sopa fresca. El broche de oro de la fiesta era, sin lugar a dudas, el tradicional quequi que las más reconocidas reposteras hacían llegar a hora prudente, ya fuera Conchita Mendoza o Maximiana Martínez a quien cariñosamente llamábamos Chimana, pastel elaborado a mano y con ingredientes frescos, unidas sus tortas con mermelada de frutas o crema de leche y forrado con betún de miel, el que por sí solo era una delicia y nada fácil de lograr; el quequi se servía colocando sobre la rebanada una generosa cucharada de nieve de vainilla de la nevería La Flor de La Paz, también acompañado de una copa de rompope frío.

La cocina sigue en movimiento, la casa reluce, los invitados llegan al caer la tarde y, al mismo tiempo, la orquesta afina sus instrumentos al fondo del corredor. Los señores portan sacos de dril o lino si el clima lo permitía, o bien sólo la camisa de céfiro inglés, de manga larga. El vestir de las señoras era de gran colorido y clase, como vestidos de vaporoso organdí, etaminas o tira bordada suiza para el verano, brocados, seda o charmess si refrescaba, todas lucían sus radiantes collares de perlas naturales y, en la mano, el imprescindible abanico español. Calzaban finos zapatos de la marca Las Tres B, generalmente de tacón puente y adornados con calados que llamaban de "esqueleto", medias de seda con raya y talonera.

Los regalos para los festejados se presentaban sobre una charola y podían consistir, para las damas, en un corte de tela, medias de seda, perfumes y frecuentemente un puñado de morrallas.

Hablando de perlas, Southworth, en *La Baja California ilustrada*, anotó: "Algunas de las perlas más grandes y más perfectas que se conocen en el mundo, han sido descubiertas en el Golfo

de California. Manuel de Ocio, uno de los más antiguos armadores de buques para el buceo de la perla, envió en una ocasión a la reina de España una perla de color rojizo, del tamaño de un huevo de paloma y valuada en $55,000 (dólares); esa perla figura actualmente entre las joyas de la corona de España. La perla Cleopatra, descubierta en el año de 1891, fue vendida en París por la suma de $17,000 (dólares). Casi todas las perlas negras, que se cuentan entre las más raras, han sido descubiertas en los placeres del Golfo. Las perlas de Ceylán, Tahití y el Golfo Pérsico son, por lo general, de color blanco y amarillo".

De esta manera, las mujeres, en especial las paceñas, en su gran mayoría lucen frecuentemente estas joyas.

Ensenada de La Paz, 1940 (archivo de Filiberto Cota Martínez).

Los obsequios para los señores, invariablemente, eran una botella de licor ya fuera regional o importado, o también un corte de popelina fina o céfiro inglés para las camisas; cualesquiera que fuera el obsequio se envolvía en papel de china, retorciendo las puntas sobrantes o bien sujetándolas con alfileres de "cabecita".

Las reuniones resultaban todo un éxito, debido al alegre carácter de los paceños todos bailaban, algunos cantaban.

La seguridad en la ciudad era tal que, si el señor no estaba en condiciones de manejar su automóvil y debido a que las casas no se encontraban demasiado lejos unas de otras, la familia podía irse caminando por las solitarias calles sin correr peligro alguno.

Una delicadeza de los anfitriones era enviar, otro día con el mozo, una olla de peltre conteniendo un aromático caldo, hecho con los huesos que quedaron del pavo y gallinas horneadas después de desmembrarlos para servir los platillos, la regla de oro fue siempre aprovechar todo.

Chonita

Para quienes la conocimos y admiramos. Señora de quien tuve la oportunidad de frecuentar su casa, a la cual llegaba de la mano de mi abuela Elvira.

La casa de Chonita, residencia de grandes proporciones, muy cerca de la playa, destacaba por su arquitectura clásica y austera, muy alta y rematada por una ancha cornisa, pintado todo el frente de blanco; destacándose sus ventanas, las que arrancaban del piso al techo, protegidas con gruesas rejas de hierro forjado a mano; lo fascinante para mí, en mis visitas, era pasar una y otra vez por el pasillo de la entrada en donde destacaba una cortina confeccionada con caracoles, procedentes de la orilla del mar, los que Chonita había recogido tarde con tarde, yo hacía chocar los caracoles sólo para escuchar su tintineo sin igual.

Los muebles con que estaba habilitada la casa los conformaban un conjunto de piezas austriacas, sillas y sillones, brillantemente esmaltadas en negro, el tono refrescante lo brindaban el juego de sala de mimbre pintado de verde y crema.

Los macetones con helechos bordeaban la larguísima pérgola cubierta de resplandecientes flores de bugambilias y madreselvas, pérgola que cruzaba un patio en el que lucía un gran jardín rodeado de palmeras de coco y datileras, al fondo dominaban dos gigantescos macapules (higos silvestres), árboles de cuyas gruesas ramas pendían bejucos tan fuertes como sogas, las cuales me brindaban la oportunidad de colgarme de ellas y volar mientras mis manos resistieran.

Era tan grande el patio que se podían encontrar grupos de gaviotas o pelícanos paseando libremente entre las plantas, en este ambiente tropical vivió una de las mujeres sudcalifornianas que destacó en nuestra historia.

Una de estas vivencias, por demás interesante, es la que le narró Chonita a Félix Alberto Ortega Romero y que él plasmó en sus memorias, las que ahora conforman el libro *Pervivencias* (esta anécdota se encuentra relacionada con la intercesión de la Virgen de Nuestra Señora de La Paz):

> [...] a principios de 1918, un mediodía, se empezaron a formar al unísono tres trombas o culebras de agua frente a La Paz, allá en las cercanías de la punta del "Mechudo". Aquello fue el fenómeno más espectacular presenciado en mi larga existencia. Imagínate tú, tres descomunales remolinos sorbiendo agua de la bahía en negras columnas y elevándose al cielo en medio de un zumbido ensordecedor. Y así, mientras se adelgazaban las bases para ensancharse en las alturas en forma de hongos, lentamente, minuto a minuto, se fueron acercando al puerto de La Paz.
>
> Poco a poco el rústico malecón de aquel entonces se llenó de paceños que contemplaban la pavorosa escena, demudados por la angustia.
>
> Una vez que el párroco del templo de Nuestra Señora de La Paz tuvo conocimiento del suceso, empezaron a tañer las campanas y casi inmediatamente bajaron por lo que hoy es la avenida 5 de

Mayo un grupo de personas portando en andas a la Virgen de La Paz, que se veía majestuosa y señorial sobre su pedestal humano.

Al frente venía el cura sosteniendo la vara del crucifijo [...] Cuando la Virgen fue presentada frente al fenómeno, éste detuvo su avance. Las columnas de agua quedaron estáticas en medio de la bahía y luego recurvaron rumbo al norte hasta desplomarse en el cañón de San Lorenzo.

Nuestra Señora del Pilar de La Paz. "Santa madre de Dios escucha las súplicas de tus hijos, los que nos acogemos a ti como puerto seguro, ruega por nosotros reina de La Paz" (archivo de la familia Uribe Mendoza).

Sobre el levantamiento revolucionario de 1913 en nuestro puerto queda también grabada, en la historia, una anécdota que demuestra la valentía y convicción de las mujeres sudcalifornianas, y de la cual es protagonista Encarnación "Chonita" Canalizo de Allinson, quien fue una de las personas que contribuyeron en forma sobresaliente para apoyar esta causa.

En el libro *Pervivencias* su autor relata lo siguiente:

> El mayor Eduardo Encinas, herido de bala en una pierna, había logrado escapar de los traidores a su causa, los que habían tomado el cuartel que se encontraba ubicado por la calle Belisario Domínguez a espaldas del palacio de gobierno, aprovechando la poca visibilidad que brindaba el amanecer llegó por el callejón Constitución hasta el gran zaguán que resguardaba el patio de la casa de Chonita Canalizo, quien los apoyaba.
>
> De inmediato lo ayudaron a entrar a la casa y Chonita, sin pérdida de tiempo, mandó a sus sirvientes a que subieran por la callejuela y recogieran las marcas de sangre con una pala y una carretilla, pues Encinas, en breves palabras, le contó lo sucedido.
>
> Tan pronto y el mayor estuvo a resguardo, fue atendido por el doctor Allinson, esposo de Chonita, y después se le introdujo en un ropero oculto tras una falsa pared, porque ya se oían los gritos destemplados de la gendarmería y tropa allanando las casas vecinas.
>
> Cuando tocó el turno a la mansión de los Allinson Canalizo, por más que revolvieron y buscaron no encontraron al fugitivo, toda vez que, además de su torpe proceder, se toparon con la habilidad y sangre fría de doña Encarnación; sin darse por vencidos, dejaron vigilancia en la zona.
>
> El matrimonio Allinson poseía unas minúsculas salinas en el lugar conocido como "Enfermería", ubicado poco antes de "Pichilingue", y por cuestiones de mantenimiento llevaban carga desde La Paz; esta ruta se hacía a través del mar, en pangas o canoas.
>
> Tres o cuatro días después de lo acontecido al mayor Encinas, al caer el sol en el horizonte, doña Chonita se puso en acción:

sus mozos transportaron bultos y costales desde la casa hasta la playa que estaba enfrente; voltearon una de las pangas de tal manera, que quedó con la quilla hacia arriba. En uno de aquellos envoltorios, desde temprano, se embaló al mayor Encinas, quien fue acomodado debajo de la embarcación, donde permaneció en espera y a merced de su suerte.

Doña Encarnación, delgadita y menuda como era, salió de su casa pasada la media noche, vestida de hombre, tocada con una gorra de marinero y sola; en el fondo de la panga trasladaba al mayor Encinas, convulsionado por una altísima fiebre; bogó a doble remo por espacio de diez millas, en contra de la corriente, para ponerlo a salvo en "Enfermería", mientras en La Paz era buscado por cielo y tierra, menos por mar.

En cuanto el mayor medio se repuso fue transferido a un barco que lo condujo a Mazatlán; de ese lugar, con ayuda de familiares de doña Chonita, pasó al estado de Sonora para integrarse a las tropas del general Maytorena.

"Pacita"

Es plena madrugada y en la casita de madera que se encuentra en las goteras de la ciudad, la vacilante luz que brinda el quinqué de petróleo, toma fuerza escapando por las rendijas de las paredes. Así, la casa, vista a lo lejos, parece un alhajero que pretendiera encerrar una estrella. El frío es intenso, las plantas que la rodean se doblan por el peso del sereno. Doña Paula enciende la cachimba y remueve las brazas de la hornilla para avivar el fuego, hay que colar café y revisar una vez más el bastimento que se ha preparado: alimentos como machaca, pinole, galletas roncadoras, chorizos oreados, tortillas de harina, quesos y el regalo especial que lleva a sus familiares y que consiste en carne seca de caguama para una machaca a la greña.

Doña Paula lucha por controlar el temblor, pues la cocina tiene paredes de vara trabada y el aire frío se cuela libremente mordiendo las carnes. Pronto llegará el carro de mulas que la llevará con su familia hasta el muelle del puerto para tomar el barco de vela en el cual viajarán hasta el puerto de San Evaristo, lugar muy cercano a la Isla San José, donde los esperarán familiares que viven en los ranchos llamados La Purificación y El Bosque, ubicados en la sierra al norte de la ciudad de La Paz.

Éste, que será el primer viaje de los niños de doña Paula, se ha preparado con mucho entusiasmo. Pacita, vivaracha niña que ocupa el primer lugar entre sus hijos, la auxilia; ya desde entonces mostraba su carácter alegre y emprendedor, mismo que años más tarde la ayudaría a llegar a ser la destacada maestra que brilló con luz propia en los centros educativos en que laboró, beneficiando a un gran número de generaciones de estudiantes.

Plenos de emoción, ya todos los de casa están de pie y se arremolinan alrededor del fogón para calentarse; el café servido en pocillos de peltre humea y es saboreado a sorbos, el rechinar de las grandes ruedas del pesado carro de mulas que esperan se escucha cada vez más cerca aumentando la algarabía de los niños. Al llegar éste, doña Paula sirve un pocillo más para el cochero, el cual lo bebe con gran deleite, mientras la familia, en medio de un gran alborozo, acomodan los baúles de lámina, cajones de madera y morrales de ixtle con sus pertenencias. Los niños suben a sentarse sobre las pilas de cargas de leña que están destinadas para la venta; acomodados en esta altura su imaginación volará creando fantasías y, desde ahí, serán los primeros en ver el mar que a estas horas asemeja una gran charola de plata con el suave resplandor de la luna.

Una vez todos arriba, el carro avanza pesadamente por el arroyo que forma la calle hacia el centro de la ciudad que aún duerme.

Al llegar a las empedradas calles sólo se escucha el rodar de las grandes ruedas y a los perros que, con discordantes ladridos, demuestran su aversión hacia quien viaja en la oscuridad. Quienes van en el lugar más alto pueden ver el muelle que ya está en plena actividad, pues el día empieza a clarear. Pronto, avanzan muy cerca del mar por la blanca arena y ven cómo, con gran bullicio, un numeroso grupo de estibadores descargan las mercancías recién llegadas en las embarcaciones ahí atracadas,

acomodándolas en los vagones del tren de carga del más grande almacén del puerto que ostenta el nombre de La Perla de la Paz, estos vagones avanzarán por la vía que cruza por el centro del muelle de madera, sigue por la calle de La Playa y continúa por el callejón que conduce a la puerta principal de esa tienda, donde labora gran parte de la población en diferentes ocupaciones, desde oficinistas, empleados de mostrador, intendentes, almacenistas, etc., así como marineros con su capitán, los que son responsables de los barcos de carga y pasaje propiedad de la misma empresa y que ostentan los nombres de "Providencia", "San Antonio" y "Santa Teresa".

La familia de doña Paula se despide de su amigo carretonero y, cargando sus pertenencias, se dirigen a buscar la panga que los llevará hasta el barco propiedad de Wenceslao Villanueva, quien es también su capitán; el barco se encuentra fondeado cerca del

Calle Muelle, 1915 (archivo de Filiberto Cota Martínez).

canal, donde también están otras embarcaciones, la de Pánfilo Romero y la de Pilar Carballo que hacen el mismo recorrido que ellos harán.

En el muelle están los barcos mercantes y de pasaje y en ellos se leen los nombres de "Sonorita", "Edna Rosa", "Araguán", "San Arturo", "Viosca", "San Jorge", "Korrigan", los que hacían 13 horas hasta Santa Rosalía y 20 hasta Guaymas.

Rompe en pleno la mañana y, mientras la familia espera, dan buena cuenta de su ración de burritos acompañados del café con leche que llevan en botellas, que anteriormente contuvieron tequila y que ahora resguardan la preciada y aromática bebida. Los hijos de Paulita aprovechan el momento para divertirse, haciendo revolotear ordenados grupos de pelícanos que muy pensativos y con aires de sabios los observaban, unos desde la orilla del muelle, otros acomodados sobre las canoas surtas en la arena.

El momento de abordar llegó, suben a la panga, la que pronto se acerca al costado del barco en que navegarán y, una vez en él, el velero se desliza por las tranquilas aguas. El vigía, desde el faro, hace sonar la campana anunciando su salida, al diáfano sonido le contesta la aguda sirena del velero, el cual cruza la Ensenada de La Paz con la velocidad que le brinda la brisa, hinchando las velas que compiten con las nubes y las parvadas de blancas gaviotas que contrastan con el cielo de intenso azul; desde la bocana pueden ver en lontananza la blanca línea de la costa, donde sobresalen los negros manchones que forman las colonias de zopilotes sobre las palmeras.

Después de navegar por varias horas, avistan el puerto de San Evaristo y de nuevo una panga se acerca, esta vez para desembarcarlos y llevarlos hasta la playa donde sus familiares los esperan para iniciar el recorrido de dos días por la sierra; a lomo de mula suben por escarpadas veredas flanqueadas por ba-

rrancas, hasta cuyas profundidades ven rodar los pedruscos que se desprenden al paso de la caravana.

Además de esta experiencia, tendrán la oportunidad única y maravillosa de toparse de frente con el rey de la montaña: el borrego cimarrón, que en manadas sube cuesta arriba con la agilidad que corresponde a quien tiene el dominio absoluto de estas alturas. Contemplan la majestuosidad del macho dominante que, desde un risco, los observa luciendo su airosa cornamenta, gruesa y espiral, que le da un aspecto soberbio; las hembras, de cornamenta más delgada y ligeramente curva hacia atrás, protegen a sus crías rodeándolas en su veloz carrera hacia la cresta de la sierra.

En una planicie el grupo hace alto para descansar y comer. El abuelo, don Gorgonio Amador Cota, quien era el mayor productor de frutas y vino de La Purificación, después de desensillar su cabalgadura se dispuso a disfrutar de un cigarro, sacando de la maleta de su silla de montar su tabaquera de tela de color brillante, confeccionada por su esposa, la cual constaba de tres secciones: una para el tabaco, otra para las hojas de elote, muy finas, casi transparentes y ya recortadas del tamaño adecuado, y otro departamento para el encendedor que, ha saber, era un eslabón de acero con una mecha o cordón de tela y una piedra de pequeño tamaño y plana, la que al golpear el eslabón producía chispas, prendía la mecha y con ella el cigarro y, seguidamente, con un dedal la apagaba, y todo se volvía a guardar para una próxima ocasión.

Continuaron subiendo la sierra rodeados de impresionantes paisajes, cañones salpicados de piedras rojas, bosquecillos de palo blanco, choyas, todas las especies de cardones y tupidos arbustos de diversos tonos de verde y colorida floración. Al anochecer detuvieron la marcha en una meseta cubierta con una gran saliente

de roca que formaba un techo para pasar la noche, disfrutando del cintilar de las estrellas y, horas después, tener la fortuna de admirar la grandiosidad de un amanecer en plena Sierra de La Giganta. Luego del café recién colado prosiguieron su camino y, cuando divisaron el cerro de El Pilón, supieron que habían llegado a la casa ancestral.

La casa se encuentra en una meseta cerca de donde corre un arroyo proveniente de un ojo de agua que se encuentra sierra arriba, y que brota de un monte de piedra volcánica, el predio donde fue fincada esta casa está rodeado por una cerca de mediana altura, hecha de piedra bola, las cuales han sido colocadas con gran precisión una sobre otra y sin mezcla alguna para pegarla, habilidad propia de los serranos.

La casa consiste en un cuarto grande, con paredes muy gruesas de adobe crudo y emplastado con mezcla de cal, las puertas son de madera de cardón, el techo, muy alto, de hojas de palma y el piso de lajas de piedra. La rodean, por los cuatro lados, corredores techados también con palma, sostenidos por gruesos horcones de palo zorrillo, de donde cuelgan jaulas de carrizo con pájaros silvestres y en otras jaulas de alambre suben y bajan sin cesar ardillas a las que llaman "juancitos".

La cocina está alejada y es amplia, también techada con palma; dentro se ve una hornilla de piedras y barro, las paredes son de palo de arco entreverados con hojas de dátil, del techo cuelgan dos largos zarzos de vara de palo day. En uno de ellos protegen los alimentos de los animales caseros y de los montaraces que por las noches suelen acercarse, en el otro zarzo que cuelga sobre una pared, guardan los enseres de cocina. Un pretil de piedras unidas con barro auxilia como mesa, también hay una mesa confeccionada con gruesos tablones forjados con "suela" –a saber, una especie de pequeña hacha indispensable para la carpintería artesanal–, para amasar y picar todo lo que se ocupe. Colgando de las vigas

del techo las ollas de peltre lucen encenizadas para protegerlas del hollín del humo de la leña; pendiendo de las paredes están las cazuelas, orgullo de las señoras de la casa, quienes en su arte para elaborarlas les dan diversas formas; cucharas de madera y pocillos colgando de los lados de grandes cacaixtles que, con una división al centro, fungen como trasteros.

A través de las paredes de varas de la cocina pueden verse altas pilas de leña en el espacio que sirve de patio, en el otro extremo se encuentra una mesa de madera, de gruesas y toscas patas, cubierta por un mantel bordado en punto de cruz, con alegres colores y sencillos diseños, algunas sillas con asiento de

Canal de riego en la sierra (archivo de Filiberto Cota Martínez).

tule, además de un par de largas bancas con asiento de un solo tablón (los muebles que componen el menaje de estas casas son confeccionados por los hombres de la localidad usando serrucho y "suela" contando, por supuesto, con martillo clavos y una gran habilidad para hacer ensambles), al centro de esta mesa, en una charola y volteadas hacia abajo, las tazas y los vasos con que cuenta la casa. El piso es de tierra apisonada que a base del riego diario toma firme consistencia.

El patio está poblado por una diversidad de árboles frutales que dan sombra a la acequia, hecha con derroche de ingenio: con troncos de palmera rajados por la mitad, ahuecados por el centro y sostenidos en alto por horquetas de palo zorrillo, para que así corra el agua que se utiliza en el servicio de la casa y regar el huerto de naranjos, limones, toronjas, granados, higos, uvas y la parcela de donde se proveen de chiles verdes, cilantro, cebollas, hierbabuena y telimón.

Esta finca data de épocas misionales y está compuesta de una sola pieza, dividida en el interior con cortinas de cretona floreada y otras hechas con la manta de los costales que se desocupan de la harina y el azúcar, tela que a base de paciencia y tallado han logrado las mujeres. Los hombres solteros duermen en el tapanco, un mesanín dentro de la misma habitación hecho con troncos delgados y sostenidos con vigas de palmera sobre el cual colocan colchonetas rellenas de lana de borrego y paja; para subir hasta el tapanco se ha colocado un tronco al que, a golpe de hacha, le han formado los peldaños.

Las camas están hechas con tiras de cuero estiradas en un marco de madera con patas gruesas, y colchonetas a manera de colchón, el que cubren con una cubrecama que llaman "cuilta" y que, artísticamente, logran con los sobrantes de las telas con que a través de los años se han confeccionado sus vestidos, formando ingeniosos diseños, también las llaman "traperas". De los

mismos sobrantes realizan tapetes que colocan a los pies de las camas o en los asientos de las sillas y los llaman "chivos", es un bello trabajo multicolor que realizan sobre un cuadro de costal de jarcia, al cual van anudando, en su trama, angostos recortes a manera de listón y rodeándolo de un bies de la misma tela para evitar que el costal se desteja.

En bancos bajos que conocen como "bufetes", están colocados los baúles de lámina y piel donde se guarda la ropa y piezas de valor; al lado de la cama está una silla con asiento de tule y su "chivo"; en la pared central se encuentra un altar con toda la corte celestial, adornada con repisas que sostienen veladoras y floreritos con hierbas aromáticas y flores de jardín, todo rodeado de rosarios. En medio de la pieza, colgando del caballete del techo con gruesas cuerdas de soyate, la cuna del recién nacido: es nada menos que un pequeño cacaixtle, delicadamente elaborado por las amorosas manos del padre, como es tradición, y cubierto con manta de cielo.

En la pared de enfrente, los sombreros y las cueras de piel de venado de los hombres (traje representativo de nuestro estado, lo lucen los rancheros sudcalifornianos con gran prestancia, como símbolo de virilidad), dispuestas siempre para salir a campear cuelgan de alcayatas forjadas a mano. Estas prendas las elaboraron sus antepasados, seguramente asesorados por pacientes jesuitas, quienes también, dentro de otras cosas, les dejaron la tradición de llevarlas durante su peregrinación a San Ignacio de Loyola hasta la capilla de La Soledad, el 4 de octubre de cada año.

Doña Paula recorre ansiosa la recia casa donde ha nacido y en donde es recibida con tanto gusto y cariño por sus familiares. Ya bajo la fronda de la arboleda y rodeados por una jauría de perros, que en ese momento son amigables, toman agua de naranja y platican, mientras los niños van a recorrer la huerta que se encuentra cruzando el cauce del cañón y subiendo escalones

centenarios formados con lajas de piedras de colores. La huerta está cercada por un agrupamiento de pesadas rocas, una vez dentro de esta muralla se disfruta de una pila que se llena diariamente desde el manantial que nace cuesta arriba. Así ha sido desde 1842 año en que la familia Amador se instaló en este lugar.

Después de un mes de agradables vivencias, Paulita y familia regresan a La Paz recorriendo de nuevo las veredas serranas, recordando con deleite los platillos saboreados en tan agradable compañía, platillos tradicionales del norte de nuestro estado como el "sipáiz", manjar aprendido a elaborar en la cocina jesuita y del cual se ha pasado la receta de generación en generación (delicia que pude constatar en las ocasiones que mi querida Josefina González Verdugo lo preparó para mí).

Ahora la recua de mulas que acompaña a los viajeros es mayor, pues transportan un cargamento de vino, dulces, gorditas y orejones diversos, entre otros, para su venta en La Paz, y en especial el diezmo que los rancheros de los lugares visitados ofrecían a la iglesia, consistente en un barril del mejor vino que producían.

El gusto de estos vinos es incomparable debido al proceso de elaboración que seguían los serranos, ya que era totalmente artesanal: después de recolectar la uva la asoleaban en "tapextles" (una especie de catre de lona) para que se marchitara, tapándolas en la noche para evitar el sereno, esto se hacía por un par de días, luego las vaciaban en tinas de cuero sostenidas en fuertes maderos. Los hombres seleccionados para la labor, después de lavarse muy bien los pies, se arremangaban el pantalón bailando por turnos, incansablemente, sobre las uvas; una vez que se extraía todo el líquido cubrían las tinas con cueros curtidos por 40 días, al destaparlas se procedía a colar el vino y, mediante un embudo, se envasaba en barriles que se almacenaban bajo la sombra. Las "madres" (asientos) de las cáscaras de las uvas, se

aprovechaban para hacer vinagre y la marmaja (lo que queda de las cáscaras) se las dan de comer a los animales domésticos, como a los burros, mulas y cerdos, que ante la diversión de las gentes del rancho trastabillaban al caminar y también sufrían la resaca correspondiente, pero aseguraban que comer la marmaja los hacía más fuertes y a los cerdos les suavizaba la carne.

El velero fondea en la Ensenada de La Paz y la familia Amador retorna a casa, renovados, a continuar las labores que día a día engrandecerán al puerto de La Paz.

Gracias a las remembranzas, que hicieron mis delicias, de la Profra. Pacita Amador Amador de Esquivel, pudimos realizar un recorrido en el tiempo en la década de los años 30.

La vida en el puerto

El siglo XX marcó innumerables cambios en el mundo para quienes nacimos y aún vivimos en el puerto de La Paz y que, además, tuvimos la fortuna de ser parte de los primeros cincuenta años del mismo. Estos años fueron los que marcaron el final de una época romántica y apacible, tiempos que nos formaron el carácter, que nos hicieron ver hacia adelante aún en la adversidad. Al irse, se llevaron consigo la vida cotidiana de todo un pueblo, memoria que ahora es nuestro compromiso mantener viva para las nuevas generaciones que forjarán una nueva historia.

Las gallinas de Raquel

Con la percepción de una niña de siete años, la proporción de espacios y objetos se magnifican. Y, así, podemos darnos cuenta de que lo que veíamos como un solar enorme en esos días, al verlo hoy con algunos años de distancia y sin dejar de sorprendernos con la realidad, nos damos cuenta que es un predio de relativo espacio.

A mediados de los años cincuenta solía instalarse un circo en el solar sito en Independencia y Callejón 18 de Marzo (en donde hoy es el estacionamiento de los camiones de pasaje Águila), este predio estaba sombreado por un vetusto tamarindo al cual solíamos subir hasta sus cumbres con la habilidad sorprendente de los niños. En la esquina de enfrente, detrás de la Escuela 18 de Marzo, se encontraba la casa de mi abuela Elvira y, por encontrarse esta casa en alto, desde sus ventanas podíamos observar la colocación de la enorme carpa del circo y cómo acomodaban las jaulas con dos leones; los artistas del circo recurrían a mi abuela y su vecina Raquel para que les permitieran sacar agua de los pozos de sus casas, y les vendieran comida casera; de esta manera, nos brindaban pases y si queríamos podíamos asistir diario a las funciones.

Un buen día el domador de los leones, al darles su comida, se descuidó y se escapó uno de ellos, con la consiguiente alarma. Recuerdo que era un domingo y yo dormía a las seis de la mañana en la recámara de la abuela, la cual tenía una ventana del piso al techo, resguardada con reja de madera, que daba al callejón, el que también llamaban de "Las Delicias", al griterío de "¡enciérrense, un león anda suelto!" las puertas de la casa se aseguraron, yo desperté con el griterío, dándome cuenta de la cantidad de personas que corrían y gritaban por el callejón. Pude ver que varios hombres forcejeaban con una red de gruesa cuerda, debe haber sido la red en donde caían los trapecistas. Después de un rato, ya acompañada de mi abuela, vi como llevaban envuelto en la red al infortunado animal, arrastrándolo por el empedrado, hasta lograr meterlo de nuevo en su jaula.

Tras este alboroto se escucharon los gritos de enojo de Raquel, quien era reconocida por los deliciosos tamales de gallina que vendía, y para lo cual tenía en su patio javas de alambre en donde resguardaba y engordaba las aves de corral para confec-

cionar los antojitos con que contribuía a sostener a su familia. El león prófugo había dado cuenta de la totalidad de las gallinas y Raquel reclamaba su pago.

El resultado fue que el circo dio por terminadas sus funciones y en el primer barco local en que consiguieron pasaje salieron de La Paz, tratando antes de dejar en prenda a Raquel los trajes de las trapecistas, que por supuesto ella se los arrojó a la cara. La autoridad se dio cita en el muelle para evitar que el barco zarpara con los cirqueros, sin antes pagar LAS GALLINAS DE RAQUEL, lo cual se obtuvo en cierta cantidad.

Después de la impresión que tuve al contemplar el resultado de la voracidad del león, no asisto a los circos.

Jardín Colón

Es septiembre, el sol brilla a plenitud, camino de la mano de mamá, con las ansias de llegar al lugar prometido, recordándolo en la línea del tiempo hasta 1953, contemplo blancas figuras, son las maestras del Jardín de Niños Colón: María Luisa Piñuelas, Jesús Gómez, Cayuya Isáis, María Luisa Arámburo y, brindándome la mano con que aún cuento, Judith González Isáis.

Al llegar a la casona de sobria arquitectura que lo albergaba, y traspasar sus puertas, avanzamos por el pasillo flanqueado por dos luminosos salones, de donde emanaba un misterioso olor del que pronto descubrí su origen: las crayolas de brillantes colores. De pronto, me vi en un amplísimo salón en el que sólo se encontraba un piano y al fondo, resguardado por un arco de medio punto, el espacio que fungía como foro, lugar donde más tarde tendría contacto por vez primera con las artes escénicas al participar en cuentos, coros, y diversas danzas y bailes.

Esta era la sala de cantos y juegos donde diariamente nos saludábamos, acompañados por las notas que brotaban del piano

magistralmente tocado por la maestra María Luisa Arámburo. Cantábamos al sol, a las flores, a las abejas, al agua y a los peces, con la felicidad y la inocencia que sólo una vez en la vida tenemos la fortuna de poseer.

Al salir de este espacio, ya estábamos en el umbral de un enrejado de madera que daba acceso a una ancha pérgola, cubierta

Alumnos de primer grado en el año de 1953. Al fondo la educadora Judith González Isáis. De izquierda a derecha: de pie Irma Peláez Morales, Rosa María Monroy, (?), (?), Francisco Manríquez Osuna, (?), (?), José Luis Bustos Carrillo, (?), Rosa Elena de la Toba Amador, Luz María Cardoza, (?), (?), Yolanda Von Borstel González, (?), (?), Rosa María Mendoza Salgado, Agustín Arriola Isáis (archivo de Agustín Ariola Isáis).

por la madreselva de colores de la que cortábamos ramilletes para, con sus flores, hacernos largos collares. Al final de la pérgola se encontraba una fuente en donde, bajo las hojas de las plantas de papiro, se protegían del sol los rojos peces que cuidaba la señorita Cayuya; a la derecha, los bancos con arena de la playa y más salones, donde se guardaban maderitas, corcholatas, palitos y aserrín, todos pintados de colores. Salones que nos transportaban con la imaginación, al estar decoradas sus paredes con frisos que tenían imágenes de pájaros, nubes, abejas y conejos, entre otros animalitos.

Al costado izquierdo de la pérgola se encontraba mi salón, con un alto techo de cuatro aguas hecho de tejamanil, habilitado con mesas y sillas pintadas de color crema con cenefas verdes, al igual que los armarios donde se guardaban los rompecabezas de madera, los traga-bolas, y los mágicos cajones pintados de rojo y amarillo de donde podía tomar las cuentas de madera perforadas de todos colores, las que me fascinaban, formaba con ellas, ayudada con una gran aguja de canevá y una larga hebra de estambre, un collar sin fin, era una de mis actividades favoritas.

Las niñas asistíamos al kínder con vestidos confeccionados con carranclán, organdí o popelina de color y, sobre el vestido, un delantal blanco, tan almidonado que parecía de papel, tenía los olanes rematados con tira bordada, eran tan tiesos que si no tenías cuidado podías rasparte la cara o a quien estuviera cerca.

A pesar de que mi cabello es ondulado, al igual que el de otras niñas, a mamá le gustaba peinarme con bucles, así que era frecuente que durmiera con "cuetes" en la cabeza, que se formaban enredando cadejos de pelo en un rectángulo de cartón suave y se aseguraba con sobrantes de listón o de tela, por lo que amanecía con la cabeza convertida en un plumero multicolor. No recuerdo que haya sido incómodo. Al quitarme los listones y los cartoncitos, el pelo no lo cepillaban, sólo lo acomodaban

con los dedos y terminaban este esponjado peinado con un gran moño, generalmente de listón a cuadros, este peinado variaba los domingos, cuando había fiesta o para ofrecer flores, entonces nos formaban los bucles con broches especiales para que pudieran caer sobre los hombros.

El refrigerio favorito –al menos para mí– era llevar en la lonchera un virote con mantequilla, espolvoreado con azúcar o untado con leche del Águila (condensada) y un termo con limonada o agua de naranjita. De esta feliz época de mi vida guardo por siempre el recuerdo de mis queridas maestras.

Flor de pitahaya, nuestro traje regional

El traje que representa a nuestra tierra, nace gracias a la sensibilidad de la paceña Susana Avilés Hirales, quien al acudir a admirar una exposición local de floristería a fines de la década de los cuarenta, captó su atención la delicada belleza de la flor de pitahaya que estaba expuesta.

Un par de años después, tras abrirse la convocatoria para el concurso por medio del cual se elegiría el traje regional del Territorio Sur de la Baja California, en abril de 1951 –el concurso fue iniciativa del Club de Leones de La Paz–, Susana Avilés Hirales hace la propuesta de crear un traje basado en la flor de pitahaya, cuyo diseño dibujó el profesor José Torre Iglesias, de la Escuela de Enseñanzas Especiales Número 27 de la que ella era alumna.

La pintura que se plasmaría en el traje fue realizada por las alumnas Rosalba B. de Castillo, Altagracia de Irizar y Estela Beltrán Cota, que pintaron bajo la dirección del Profr. Torre Iglesias. La interpretación del modelo –que lograría hacer palpable la idea original– lo hicieron las alumnas Matilde Avilés Hirales, Rosalba B. de Carrillo, Guadalupe Ruiz S. y Carmela R. de Peláez,

bajo la asesoría de Alejandrina Cota Carrillo, maestra de corte y confección, y de la maestra de costura María de los Ángeles Cota.

El traje, en sí, consta de falda roja sobre la cual se dibuja un brazo de pitahayo, que luce tres flores y sus frutos, salpicadas y haciendo resaltar sus contornos con lentejuelas, chaquiras y canutillos, logrando con ello crear un bello efecto, la blusa es blanca y de amplio escote, el que rodea una flor de pitahaya

Susana Avilés Hirales, creadora del traje regional "Flor de pitahaya", 1951 (archivo de la familia Uribe Mendoza).

abierta, cuyos pétalos envuelven los hombros. Los colores que predominan son el rojo, el verde y el blanco los que, a su vez, son los colores de nuestra bandera nacional; además, un rebozo blanco y, como tocado, un moño de tul que simboliza la espuma del mar, y lleva bordadas chaquiras negras que representan las semillas de los frutos.

El traje de Flor de Pitahaya fue el que obtuvo el primer lugar en el concurso y fue premiado con quinientos pesos en una verbena popular el día 5 de mayo de 1951 en la plazuela Jardín Velazco, siendo declarado traje oficial por el gobierno del Territorio Sur de Baja California.

A la derecha Susana Avilés Hirales con alumnas de la Escuela Técnica de Enseñanzas Especiales. Representaron al Territorio en el Instituto Politécnico Nacional de la ciudad de México el 15 de julio de 1951 (archivo de la familia Davis Avilés).

Nuestro traje lució en todo su esplendor el 5 de julio, en la Convención Nacional de Leones en el puerto de La Paz, al portarlo bajo las banderas del leonismo 36 jóvenes de la sociedad paceña, quienes brindaron la bienvenida a los visitantes. Complementaron el grupo, la viril presencia de nuestros rancheros vistiendo La Cuera, confeccionada en cuero y gamusa, indumentaria que se ha usado para campear en nuestra tierra desde las épocas misionales.

Diseños que participaron en el certamen para seleccionar nuestro traje regional, portados por hermosas paceñas. A la izquierda está Pacita Amador Amador creadora del traje que obtuvo el segundo lugar, a su lado Matilde Avilés Hirales luce el traje triunfador, Conchita Mendía Flores (cuarta de izquierda a derecha) con el traje creado por Concepción C. de Castro y que obtuvo el tercer lugar, al final de la fila Rosinna Hidalgo. El evento se realizó en el quiosco del malecón y la premiación fue al siguiente día en la plazuela (archivo de la familia Uribe Mendoza).

En el concurso de la selección del traje regional participaron también los diseños presentados por Paz Amador Amador y Concepción C. de Castro, obteniendo reconocimientos. El Jurado calificador, para tal efecto, estuvo conformado por las señoras Anita Borbón de Olachea, Anita Von Borstel de Gómez Jiménez, Carmelita Ruibal de Peláez y el Ing. Víctor Manuel Liceaga.

El traje de pitahaya nos representó, por primera vez, en la ciudad de México el 15 de julio de 1951, en el Congreso de Estudiantes de Escuelas Técnicas del país, al que fueron convocados por el Instituto Politécnico Nacional, evento en el que lo lució orgullosamente su creadora.

El Caimancito

Finalizaba la década de los cuarenta, para precisar era el año de 1948, siendo presidente de la República el Lic. Miguel Alemán Valdez y al frente del gobierno del Territorio el Gral. Agustín Olachea Avilés, se inicia la construcción de la que sería la "casa presidencial" (según se le nombraba en ese tiempo), se edificaría en un predio cercano al balneario El Coromuel; este terreno había sido, durante varios años, propiedad del diputado federal oaxaqueño Manuel de Sodi y su esposa Elena Cuéllar. Ellos donaron al gobierno local poco más de seis hectáreas y media, las que se sumaron a una y media hectárea más, concesionada por el gobierno federal, a través de la Secretaría de Agricultura y Ganadería, para la ampliación de la residencia oficial.

Esta casa recibió el nombre de "El Caimancito", debido a la conformación rocosa que se aprecia frente a ella, la que se puede observar aún bajo el agua gracias a la claridad de nuestro mar, misma que semeja un caimán reposando.

El edificio se construyó con ladrillo, producido en la ladrillera cercana al panteón de Los Sanjuanes, y una mezcla elaborada con

cal traída de Todos Santos y arena proveniente de las faldas del cerro atravesado. El techo, de terrado, con enjaule de vigas de palmera que sostenían losetas de barro recocido y con acabados de teja de barro rojo; los pisos fueron recubiertos con mosaicos de cemento rojo y las paredes pintadas en blanco; marcos de puertas y ventanas de madera e instalación eléctrica y sanitaria; lámparas de techo y paredes hechas a forja y vidrio soplado, y otras sólo con vidrio, traídas ex profeso de Guadalajara, Jal., al igual que las tejas con que cubrieron todo el techo.

La finca, que consta de dos pisos, fue hecha con materiales regionales y mano de obra de trabajadores nativos.

El costo de la construcción, incluyendo mano de obra y materiales, fue de doscientos cincuenta mil pesos y concluyó en 1950.

El Caimancito, 1950 (AHPLM).

La dirección de la obra estuvo a cargo del arquitecto Gilberto Herrera González, quien estaba a cargo de obras públicas del gobierno de entonces, y fue auxiliado por el maestro y diseñador Raúl Piñeda Chacón.

El estilo californiano de la arquitectura de El Caimancito imperó en varias construcciones del puerto, como todavía lo podemos observar en el actual Museo de la Ballena, ubicado en el malecón costero, en Álvaro Obregón y 16 de Septiembre, casa que fue construida por Roberto Ruffo Polastri a finales del siglo XIX y adquirida, posteriormente, por el general Olachea, quien remodeló su fachada con este estilo arquitectónico. De la misma forma fueron edificadas varias casas habitación de las calles Ocampo y Bravo entre las calles Félix Ortega e Isabel la Católica.

XVII Convención del Club de Leones de la República Mexicana

5-7 de julio de 1951

La noticia imperante en esos días era el decreto expedido por el presidente de la República, Lic. Miguel Alemán, dado en un artículo único: la zona libre que comprende los Territorios Norte y Sur de la Baja California y la zona libre parcial creada para el Estado de Sonora, continuarán rigiendo durante un nuevo plazo de quince años, a partir del 1 de enero de 1952.

La Paz se viste de gala con la brillante belleza de María Teresa Ruffo Azcona que lució en pleno al ser coronada reina nacional del Club de Leones de la República Mexicana.

El Hotel Perla, con su gerente Amador Fernández Montes, brindó hospedaje y atenciones a los visitantes, a la vez que deliciosas comidas. La bienvenida la brindó el pueblo de La Paz en un alegre baile popular en el Paseo Álvaro Obregón, el jueves 5 de julio, a partir de las 21:00 horas.

María Teresa Ruffo Azcona, reina del leonismo nacional, a su derecha se aprecia a Beatriz Muñoz Milhe. Pajes: Esthelita Villalobos Ojeda y María Corina Reynoso Mendoza (archivo de la familia Uribe Mendoza).

El viernes 6: té canasta en el Hotel Quinta Dorita, y una vistosa noche mexicana en el malecón, donde hubo concursos de cancioneros, trajes regionales, juegos pirotécnicos, loterías y baile.

El sábado 7 de julio: **baile de gran gala**, también en el malecón, en donde la paceña María Teresa Ruffo Azcona será coronada como S.G.M. Reina del Club de Leones de la República Mexicana, llevando como chambelán de honor a su hermano Agustín Ruffo.

Concluyeron los trabajos de la convención el domingo 8 de julio con la inauguración, en la zona agrícola del Valle de Los Planes, de la escuela construida por el Club de Leones local con cooperación del gobierno del Territorio.

El gobernador del Territorio, Gral. Agustín Olachea Avilés, despidió a los convencionistas con una comida en Ensenada de Muertos.

Águila pioneros de la península
(Libro de Javier Corona Bombardelli)

> Al inicio de los cincuenta sucedían cosas relevantes en la ciudad que anunciaban la transición del cambio de vida que tendríamos. En 1954 nació la línea de camiones de carga para el transporte de trigo y algodón que se producía en el Valle de Santo Domingo en su auge agrícola, línea que ostentaba ya el nombre "Transportes de carga Águila".
>
> El grupo empresarial lo representaba el Sr. José Matteotti Perini, como presidente.
>
> Como socios fundadores: Eugenio Olachea, Fernando Cerecer, Mariano Abascal, Ventura Avilés, Rogelio Pozo, los hermanos Juan y Manuel Cota, Luis Jiménez, Agustín Cota, José González, Raúl Carlón, Manuel Mendoza y Eduardo Fernández, entre otros. Al tiempo sólo perseveraron seis socios, a saber: José Matteotti

Perini, Eugenio Olachea, Fernando Cerecer, Juan y Manuel Cota, y Ventura Avilés.

En 1958 se compró el primer autobús de segundo uso en la frontera, con cupo para 35 pasajeros, teniendo como chofer a Natividad Gutiérrez. Lo trasladaron por la brecha, desde Tijuana, en aventuras sin precedentes.

Ya en La Paz se iniciaron, también por la brecha, los recorridos para trasladar pasajeros desde La Paz hasta Cabo San Lucas, dejando y recogiendo pasaje y correspondencia por cada uno de los pueblos del sur. Iniciaron en 1959, incorporándose quien fuera el segundo chofer de esta línea: Javier Corona Bombardelli, con el mismo recorrido.

Embarque de trigo procedente de Santo Domingo años cincuenta, muelle fiscal (archivo de Filiberto Cota Martínez).

¡Cani cani por todos!

La inasistencia escolar, en una gran parte de la población infantil, era notoria. De esta manera, en la mayoría de los hogares se contaba con niños y adolescentes para realizar diversos servicios, como acarrear agua del pozo, barrer patios y banquetas, llevar y traer mandados; esto último era el preferido de muchos, pues cuando los enviaban a comprar a las tiendas, sobre todo de abarrotes, lo necesario en la cocina, era frecuente "capar la cochi", o sea que solían quedarse con cinco, diez o más centavos en cada compra y lograr, así, un fondo para su provecho.

Llega el tan esperado progreso. Mis sabios entrevistados dicen que "el progreso es el fin de los pueblos como tal". En la ciudad se hace notoria la ausencia de niños y niñas chiroteando en las calles y banquetas por las tardes. Los automóviles van ganando terreno y son otros los sonidos que ahogan los ecos de gritos, risas y cantos infantiles.

Se va perdiendo el aviso de "cani cani por todos", "¡gato!, te alcancé", "quémenlo, quémenlo por traidor" (los 21 quemados); "chile, tomate, cebolla, mole, mole, mole" cuando saltábamos la cuerda que giraba a gran velocidad; la algarabía de las palmadas al jugar a los encantados, "la peregrina", "el caracol", "la cebollita", "los colores" y, en las banquetas recién lavadas, el coro de niñas jugando a las "piedritas" con caracoles, a "las comadres" o "las comiditas" con las tiernas imágenes de las niñas imitando a su mamá, arrullando y vistiendo a sus muñecos bajo los árboles o las pérgolas.

También se van diluyendo los grupos de niños que, en los patios o en el arroyo y en cuclillas, jugaban con las canicas y catotones a la rayuela, el hoyito, la línea o el tirito con la alegata de "las de agüita son las mías"; apostaban pirulines o gallitos de miel en las competencias con el trompo, que dominaban plenamente,

en los lances del dominio, el círculo y la china (tapa de lámina que traían los refrescos de ese entonces); jugaban al balero con sus círculos de colores, ¡cuánta habilidad demostraban! Y, sobre todo, el correr por calles y solares baldíos, los que abundaban, en la fantástica odisea de elevar papalotes o palometas de tantas formas y colores, y ver la angustia reflejada en sus caras cuando se reventaba el hilo y se escuchaba: ¡se fue a la milpa! Muy seguido sucedía esto, tan sólo unos minutos después de que nos lo hubiera entregado el habilidoso chamaco del barrio que lograba maravillas con el papel de china, varas de carrizo y engrudo; por ellos pagábamos cincuenta centavos, un peso, dos pesos cincuenta centavos, o más, según el diseño y tamaño, después de hacer cola por un buen rato para poder comprarlo.

Muellecito del malecón en el desemboque de la calle Bravo, años cincuenta (archivo de Filiberto Cota Martínez).

Los niños y niñas más pequeños se divertían en grande con las pelotas, los carritos, y los oíamos contar 1-2-3, al darle velocidad a los trompos de lámina de colores sobre el piso y por las tardes se veía a grupos de niños sentados en el piso, alrededor del aparato de radio, para escuchar la frecuencia de la primera estación radiofónica en el Territorio en la inolvidable voz de Francisco King, su creador, con su eslogan: "XENT radio La Paz, en la colina del sol, frente a las playas del mar bermejo" y el fondo musical de "Marea baja". Y el momento tan esperado por los pequeños, el programa que presentaba la dulce voz de Margarita King, en donde coreábamos canciones de Gabilondo Soler "Cri-cri", y soñábamos con los cuentos que narraba Milissa Serra.

No podemos olvidar la algarabía de la palomilla, la que los sábados por la mañana o durante las vacaciones acudía a la playa. Los varones corriendo hasta el "muey" (muelle), para pescar muleginos, botetes o tamborillos, los que luego llenaban con arena para que al secarse quedaran como "pompas" y después les sirvieran como boyas para delimitar los territorios en sus juegos en el mar; las niñas nos entreteníamos haciendo casitas con la arena y recogiendo conchas y caracoles "brillosos", a los que les dábamos diversas, utilidades. Mi diversión favorita era correr descalza por la orilla del mar abriendo los brazos, rodeada de gaviotas y, al regresar a casa, correr más de prisa para llegar a disfrutar de una "conchita" rellena de frijolitos refritos y el abrazo de mamá.

Los coros de las rondas al cantar "Doña Blanca" y "el milano no está aquí, está en su vergel", voces que brotaban de las enormes ruedas de niños quienes, con sus brazos, formaban fuertes cadenas mientras giraban saltando. Y al grito de "¡lotería, gané con la pera!", se van diluyendo nuestros pasos en las calles de La Paz. Se alejan por los callejones con el turulún, turulún, turulún en la tierna voz de un niño que imita el trotar del caballo que

imaginariamente monta, mientras se azota con la mano la pierna y luce su sombrero tejano de fieltro con su estrella de sheriff al frente y el cinto con la funda que sostiene la pistola de Roy Rogers, el vaquero de los cuentos comprados en la librería Arámburo.

Mientras, en la bocana de nuestra bahía se empieza a dibujar el contorno de un barco que ostenta, sobre su blanco costado, el nombre de Transbordador La Paz.

Y, en el puerto, la vida continúa…

Transbordador La Paz, atracado en el muelle fiscal (archivo de Filiberto Cota Martínez).

Demolición del Palacio de Gobierno en el inicio de la década de los sesenta, fue construido en 1881(archivo de Filiberto Cota Martínez).

¡Aún nos preguntamos
los motivos que se tuvieron
para tal atentado con que se inició
la destrucción de la arquitectura del puerto!

Fuentes consultadas

Testimonios orales

Acuña Peralta, Mercedes

Agramont de Villegas, Rosa

Avilés Hirales de Davis, Susana

Avilés, Enrique

Aréchiga Espinoza, Raúl

Amador Amador, Paz

Bátiz Ríos, Alma Consuelo

Castro de Salgado, Elvira

Colunga Valdez, Antonio

Coronado, Eligio Moisés

Domínguez Salgado, María Dolores "Tita"

Davis Taylor, Ranulfo

Fernández de Hernández, Susana "Susy"

González Verdugo, Josefina

Gibert Taylor, Graciela

González Mendoza, Raúl Arturo

González M. de Scholnnick, María Angelina

González Mendoza, José Manuel

García Yuen, Fortunato

Mendoza Mouett, Leonor

Mendoza Rodríguez, Rodolfo

Mendoza Arámburo, Raúl Camilo

Mendoza de Reynoso, Corina de Jesús

Mondragón González, Miguel

Núñez, Francisco "Chico"

Ruffo Azcona, Agustín

Niño de Rivera, Mauricio "Güicho"

De la Peña Gutiérrez, Juan Manuel

Salgado Salgado, Matea

Salgado de Mendoza, Lucila Victoria

Salgado Castro, Merced de la Cruz

Taylor Cota, Refugio "Cuquita"

Villegas Agramont, Rosa

Villegas Agramont, Francisca "Pachita"

Verdugo, Amadeo

Verdugo de Isáis, Enriqueta

Von Borstel Mendoza, Ana María

Bibliografía

Archivo Histórico Pablo L. Martínez, Acervo histórico documental y fotográfico.

Diario *La Voz de California* (1881-1884), colección particular de Francisco Arámburo Salas.

Diguet, León, *Reseña geográfica y estadística. Territorio de la Baja California*, primera edición, 1912.

Gómez, Miguel Ángel, *Compagnie du Boleo*, antología fotográfica, 1988.

Ibarra Rivera, Gilberto, *Historia de la educación en Baja California Sur, siglos XIX-XX.*

_____, *Escritos y escritores de Baja California Sur*, primera edición, 1998.

Jaime Félix, Reyna Leonor, *Teatro Juárez 1910-2010.*

Martínez, Pablo L., *Guía familiar de Baja California 1700-1900*, edición de 1965.

_____, *Las cinco fundaciones de La Paz, B.C.S.*, segunda edición, 1984

Ortega Romero, Félix Alberto, *Pervivencias*, gobierno del Estado de Baja California Sur, 1990.

Reyes Silva, Leonardo, *Calles y monumentos de la ciudad de La Paz, B.C.S.*, 2001

Santuario de Guadalupe. Medio siglo de historia. 1945-1995, s/ed.

Southworth, J.R., *La Baja California ilustrada*, 1899.

Trejo Barajas, Dení, *Historia general de Baja California Sur*, tomo I. La economía regional, SEP/Conacyt/UABCS/Plaza y Valdez Editores, 2002.

Valadez, Adrián, *Historia de la Baja California 1850-1880.*

Vivanco y Villegas, Aurelio, *Baja California al día*, primera edición, 1924.

Von Borstel Labastida, Enrique, *Resumen de la historia de la medicina en Baja California Sur.*

Contenido

A manera de prólogo 9

Introducción 13

La Paz 15

Crónicas y noticias del siglo XIX 45

Crónicas de *La Voz de California* 45

Semblanza del puerto 83

José María Barrios de los Ríos…
Baja California, la diferencia 83

Semblanza de la educación 97

La Torre Eiffel 109

Temple y visión 126

La medicina en La Paz, siglos XIX y XX 133

Teatro Juárez 151

El teatro de mi esperanza 173

Casa Sobarzo 183

Costumbres y tradiciones en el puerto al final de la década de los años treinta 187
Semana Santa en el puerto 193
Vamos a ofrecer flores 195
Pastorelas en el atrio de catedral 196
Nuestro señor San José en la Ensenada de La Paz 197
El año nuevo en el barrio El Choyal 197

Estampas de la vida romántica en el puerto de La Paz

De La Paz… ¿Qué recuerdo? 201
Mi casa 209
El Real de San Antonio 227
Cuénteme don Juan Manuel 233
"Voy anca…" 241
Las tiendas de abarrotes 241
Confeti 255
Olimpiadas 273
H. Cuerpo de Bomberos 281
El Tepeyac del puerto de La Paz 285
Aeronáutica en el puerto 291
El Valle de la ilusión 297
Aeronáutica agrícola en el territorio 299
El capitán P. A. Miguel Carrillo Ayala y su avioncito "Pinocho" 300

Lola 307
Martha y Victoria 321
La fiesta de doña Leonor 335
Entre telones de los preparativos de una fiesta en la década de los cuarenta 335
Chonita 343
"Pacita" 349
La vida en el puerto 361
Las gallinas de Raquel 361
Jardín Colón 363
Flor de pitahaya, nuestro traje regional 366
El Caimancito 370
XVII Convención del Club de Leones de la República Mexicana 372
Águila pioneros de la península (Libro de Javier Corona Bombardelli) 374
¡Cani cani por todos! 376
Fuentes consultadas 381
Testimonios orales 381
Bibliografía 383

Algo de nuestra historia en Santa Rosalía

En los inicios de 1990, un matrimonio amigo, conocedor de mi interés por la vida e historia de mi estado, tuvo a bien regalarme una revista editada en Santa Rosalía, a finales de 1980, titulada *Razón Política*, de la cual era director el Profr. Benito Juárez Murillo, oriundo de ese puerto. Fueron tres tomos, en los cuales venía subrayado un artículo que para mí era relevante, se trataba nada más y nada menos que de las memorias de la Señora Consuelo Corona de Nopper, persona muy conocida y apreciada en La Paz, donde residió sus últimos años.

Somos un gran grupo de familias, residentes de este puerto, los que frecuentábamos su casa y, estoy segura, de que si yo, en mi niñez, le hubiera comentado de mi particular interés por saber sobre el pasado de mi tierra, gustosa me lo hubiera contado todo.

Al leer sus historias creí escuchar su voz.

Y tal como se dan las cosas del destino, un buen día, ya estando en el año 2000, llegaron a mis manos, de increíble manera, los escritos originales de Consuelo, salidos de su máquina de escribir, así como los textos de su puño y letra para sus borradores, tal vez de dos decenios atrás. Sentí que ella misma me los entregaba. Ya estando yo inmersa en este trabajo decidí incluirlos

por la gran importancia que tienen en nuestra historia, en la cual ella también se vio involucrada sin pensarlo. Gracias Consuelo Corona de Nopper por tus recuerdos. Qué afortunados fuimos todos al encontrarlos.

Santa Rosalía, B.C.S. Panorámica de El Boleo, 1894 (archivo de la familia Uribe Mendoza).

Memorias de la señora Consuelo Corona de Nopper

Heme aquí principiando a escribir la odisea de Santa Rosalía, después de haber oído insistir que escribiera mis memorias y de haber recibido la carta de Isabel Chandelier diciéndose historiadora francesa, pidiéndome informes, fotografías, documentos y todo lo concerniente al boleo. Le di informes los que pude y retratos; documentos no, porque no tengo.

Me decidí hacer las memorias, de mala gana, cuando oí decir a la esposa de un eminente escritor bajacaliforniano que es mi deber escribirlas.

Pero ahora, ¡qué memorias, Dios mío! No pueden ser más desnutridas.

Cuando quisiera detenerme en un diccionario humano en la "BOLEO" ésta se borró en la persona de mi papá, en la persona de mi papá Llemo, hermano de mi madre, que se fue ya; habitante del lugar desde fines del siglo pasado (1889) cuando la compañía Boleo comenzaba a palpitar.

Su padre dirigía una agencia aduanal en Nogales, Sonora, cuando llegó de La Paz, Baja California, Agustín Arreola, el que le dijo que en Santa Rosalía estaba instalándose una compañía minera francesa de cobre. Que a él, mi abuelo que tenía hijos, le

convendría cambiar su agencia aduanal a aquel lugar. Los franceses eran instruidos y tendrían influencia sobre sus hijos Guillermo y Altagracia; mi abuela, a quien le gustaba viajar, animó a su marido a correr la aventura.

Cuando mi abuela llegó a Santa Rosalía preguntó a su esposo:

—¿No nos quedaremos aquí ni una semana, verdad?

—Aquí nos moriremos –contestó él.

La Baja California es una región hostil que observa, al que viaja a ella, exactamente como un individuo osco y feo, el que poco a poco se transfigura al darse uno cuenta de sus estupendos dones naturales.

Augusto Nopper, nacido en el Jura, en aquella Franche Comte lujuriosa de vegetación y de paisajes grandiosos, recién llegado al Boleo, fue a pasearse una semana santa al campo, en mula, y vio salir la luna. Contemplándola dijo:

—Éste es el país donde me quedaré para siempre.

Ese sueño no se realizó porque yo, bajacaliforniana, en busca de salud para él lo llevé a morir a Suiza.

Un día en que yo pasaba mis películas de cine de Baja California en una reunión de alumnos de la Escuela Central París. Sentí que me estremecía al oírlo exclamar: ¡Cómo amo este país!

Todos saben que un ranchero yendo de Santa Águeda a La Playa en el siglo pasado, se encontró en el arroyo unas bolitas verdes que mandó a Guaymas a un alemán. El que las mandó a analizar a Europa. Las que resultaron de cobre puro; las cuales señalaban la vecindad de una mina de gran importancia.

Comenzaron a trabajarla Dato, Muller y Eustaquio Valle, el que murió ahogado navegando de Mulegé a la Costa de Sinaloa.

Los hijos de Esther Garayzar de Valle son sus nietos, habiendo trabajado los hijos de Eustaquio en el Boleo después de la desaparición de su padre.

El ingeniero Cuminge, francés cuyo nombre figura en algunos libros de ciencia franceses, dándose cuenta de la importancia del mineral escribió al banco Mirabeau de París que se debía formar una sociedad anónima para trabajar la mina.

En París se negaron primero a ello; enseguida comprenderán la razón: miren el mapa de Europa y deténganse en Hamburgo de donde partieron los veleros alemanes cargados de coque, carbón, etc., para abastecer lo que fueran las minas del Boleo.

Vean también el puerto del Havre, en Francia, de donde salieron los cargos con toda la alimentación para aquellas desoladas y olvidadas costas de Baja California. Bajen sus ojos hasta Cabo de Hornos donde luchaban los veleros contra la corriente para pasar al Océano Pacífico hasta que llegaban a Cabo San Lucas para navegar por el Mar de Cortez y anclar más al norte en el mar abierto del puerto de Santa Rosalía.

La insistencia y conocimientos de Cuminge decidieron al Banco Mirabeau y la compañía del Boleo comenzó a palpitar.

La península de Baja California estaba, en aquella época, ignorada del continente. Cuando enviaban un funcionario del gobierno para acá, sus compañeros decían:

—Otro que mandaron al infierno.

Venían barcos de Francia trayendo latas de pastel trufado, jamón del diablo, de carne, de sardinas, legumbres y frutas, deliciosas galletitas, barriles de vino tinto y blanco, que se vendían a 65 centavos el litro; botellas de champaña, de vino Santernos, de Bordeau, de Macon, aceite Duret, pimienta, vinagre mostaza y sal… Sin saber que en Ojo de Liebre se encontraban las salinas más grandes del mundo.

Los franceses se establecieron en un lugar donde no vieron llover jamás. Formaron el pueblo en el lugar más accesible, en un arroyo entre dos cerros el que iba a dar al mar. Los cerros

terminaban en dos mesas, la Mesa Norte y la Mesa Sur. En ésta vivían cómodamente para la época de los empleados federales y demás funcionarios del gobierno y el telégrafo. En la mesa Norte se levantaba la dirección donde se encontraban las oficinas de la compañía, un hotel, un hospital y las habitaciones de los empleados franceses, también muy cómodas para la época.

Pasa por mi imaginación el paisaje de la playa, sobre la que se levantaban las viviendas que habitaron mis antepasados al fin del siglo pasado. Mi madre contaba, creo, doce años, mi tío diez y seis y su hermana Loreto veinte.

Supe que ella era hermosa y atractiva. Los Garayzar eran sus vecinos y luego trabaron amistad con ellos.

En su casa tenían lugar alegres bailes de jóvenes, de ambas nacionalidades, cuya amistad para unos tuvo la duración de la existencia.

El señor Santalier acudía a aquellos bailes; en una de sus vacaciones a Francia volvió casado con una francesa a la que éste relegaba en los bailes que tenían lugar como la mejor distracción.

Bailaba sin parar con las mexicanas más hermosas dejando a Galanela arrinconada.

Un día ésta le dijo al hermano de mi madre:

—Guillermo, acompáñame a mi casa.

Aquel jovencito se sintió orgulloso de haber sido elegido por madame Santalier como su acompañante, la que, decepcionada de su marido, preferiría retirarse.

Mi prima Esther Garayzar de Valle se encontraba un día en las oficinas de la compañía del Boleo en San Francisco, cuando el señor Santalier, agente comercial de la compañía del Boleo en los Estados Unidos de América, le pedía fuera a su oficina.

Al verla exclamó:

—Es ella, su fisonomía evoca mi juventud cuando conocí a su mamá. Nos encontrábamos en las fiestas y llegó a ser la

muchacha de mi vida. Me fui de vacaciones a Francia decidido a pedir a Loreto su mano a mi regreso. Cuando volví ésta se había casado y había abandonado el lugar.

Aquel hombre demostró siempre, a mi familia, una gran amistad.

Cuando ocupó en San Francisco el puesto de agente comercial de la compañía del Boleo, venía de vez en cuando a Santa Rosalía por negocios. Lo primero que hacía era venir a nuestra casa a saludar a mi abuela, a mi madre y a su hermano Guillermo.

Vivíamos en el grupo minero de soledad. Nuestra casa se encontraba al pie de un cerro del que pendía un peñasco enorme y amenazador. ¿Vivimos ahí mucho tiempo? No lo sé.

Un día mi mamá me hacía las trenzas sentada frente a la puerta.

—Adiós –exclamó de repente.

—A quién saludas? –pregunté.

—A un burro que pasó –dijo tranquilamente.

Ver pasar un burro era un acontecimiento que podía contar en las emociones de un ser humano en un día, en uno de los grupos mineros de la Compañía del Boleo y la espantosa soledad espiritual que se soportaba en el Grupo de Soledad.

Una noche desperté entre nubes de polvo y los gritos de horror de mi mamá ante el temor de que el amenazador peñasco del cerro me hubiera matado. Las tablas de la pared de la casa sobre la que el catre de mi mamá se apoyaba, volaron en pedazos.

Al día siguiente, el entonces gerente de la compañía, el señor Michot, estuvo en el Grupo de Soledad y ordenó nos cambiaran a la casa de un capitán de minas francés que se encontraba de vacaciones en Francia, la que se levantaba cerca de un terreno inmenso, según mis ojos de niña, de tierra color amarilla, residuo del cobre que se llevaban los carros a la fundición a Santa Rosalía.

Mi mamá me recomendaba no fuera a jugar al terreno. Vana prohibición, lo primero que yo hacía, en compañía de mis amigas, era hacer con aquellas tierras amarillas casa, minas, cerros y puentes.

A la vuelta a mi casa mi mamá me reclamaba con insistencia mi desobediencia, a pesar de mis rotundas negativas.

> Jugaste en el terrero, tu vestido blanco se encuentra ahora sucio como un limpia platos, ya no podré ponértelo de nuevo mañana. Pero cuando te ponga tu bonito vestido rosa no te daré permiso de ir al terrero, te quedarás sin salir de la casa.

¡Qué injusticia tan grande, Dios mío¡

El último sábado de cada mes llegaba a los grupos una comisión con talegos llenos de dinero para pagar a los mineros. La gente lo llamaba el sábado de raya.

Un aire de fiesta invadía el pueblo. De la oficina del grupo salían aquellos felices mortales derecho a la tienda.

Se veía una gran agitación en las casas. Freían chorizos, se hacían tamales, menudo y tortillas de harina y, sobre todo, se bebía mezcal.

Vi muchas veces al día siguiente un hombre tirado sobre un catre que, honestamente vestido, levantaba la cabeza débilmente y gritaba:

—Hijos de la… Eso era de cajón.

Un día, para mi gran asombro, otro levantó la cabeza de un catre y gritó:

—¡Viva Dios!

Un día después de esas bacanales, aquella tía Lola daba vueltas en el corredor de su casa. Una chiquilla que pertenecía a un de las familias que ella protegía, en cuya casa había tenido lugar una de aquellas fiestas, se le acercó diciéndole: "dice mi mamá que le preste el tápalo que 'tray' puesto para ir a hacer un

mandado". Dile –le contestó aquella– que éste es el único que tengo y que hace frío.

La niña volvió al rato diciendo: —dice mi mamá que no se va a tardar, que se va a apurar para traerle luego el tápalo.

Lola respondió la misma cosa y se envolvió más en su chal.

La misma volvió al instante con la petición de su mamá una vez más insistente: —toma –Dijo Lola arrancándose el chal en que estaba envuelta–. dí a tu mamá que se lo regalo.

Así fue como Lola, que tosía porque estaba tuberculosa, se quedó sin tápalo.

Era la madre de dos hermanas que eran las maestras de la escuela del Grupo de Soledad. Yo asistía a aprender las primeras letras. Pertenecían las alumnas a las familias de los mineros. Mis compañeras portaban collares de cuadritos de coral engarzados en un hilo. Cómo me hubiera gustado portar uno de aquellos collarcitos.

Posteriormente, ya siendo grande, en un viaje a Taipei se me presentó la oportunidad de comprar un hermoso collar a muy buen precio, tanto, que creí que era falso: cuarenta dólares. Y con esa duda lo compré. Quería darme el lujo que de niña no pude alcanzar, que mis pequeñas condiscípulas pertenecientes a la familia de los mineros poseían y que a mí me fue vedado.

Los franceses llevaban una vida austera, no sé si al firmar su contrato recibían la sugestión de vivir retirados del autóctono, o si para volver a su país, convertido en el de sus sueños, economizaban para reunir fondos con que establecerse allá.

A algunos de ellos sacó de la miseria la compañía del Boleo. O ¿qué pensarían aquellas gentes al encontrar aquí paisajes tan inhospitalarios?

¿No adivinaban, como sucede siempre, su obscuro destino?

Ayudarían a formar poblaciones en regiones ignoradas y a formar con su ejemplo cerebros nuevos.

A inspirar, ignorándolo, una raza muy mexicana desde el paralelo 28 hasta Cabo San Lucas.

Donde sólo crecían torotes y gobernadoras se plantarían árboles del fuego, los que necesitarían el agua tan escasa por acá, en la lucha por el progreso.

La tifoidea se llevaba sus cuerpos bañados en vida por el sudor, al pedregoso cementerio donde una hilera de tumbas de franceses se confunden con las erosiones.

Otros de vuelta en Francia evocaban aquel país perdido, con alguien que llegaba de Santa Rosalía. Pedían noticias de aquellos compañeros de trabajo a quienes recordaban con emoción y en el que habían descubierto cualidades extraordinarias y entre los que habían pasado los días más felices de su vida.

Yo me encontré en Francia esas gentes que recordaban con emoción a los mexicanos que habían sido sus compañeros en el boleo.

El Boleo fue dirigido por Saladín de 1885 a 1887.

Eseale Bassuat, del que oí decir a mi mamá que por prescripción médica no debía casarse y que, enamorado de una señorita de Mulegé, dijo a Mathieu: "cásate con angelita y dejaré el puesto de director". Lo que se realizó.

Mathieu, ruso americano. Laforge casado con americana.

Ernesto Michot, de raza negroide, ingeniero de la Escuela Central de París, el que decidió que los directores en adelante serían siempre de la ECP.

Raoul Plouin –en su tiempo se declaró la Guerra Mundial de 1914 a 1918, siguiendo como consecuencia la extraordinaria aventura de los veleros alemanes.

Gelimier. Augusto Nopper. Con él se inició la liquidación de la compañía del Boleo. Vimos salir del puerto de Santa Rosalía, barcos cargados de gente sin trabajo, en busca de mejor porvenir.

Con Pierre Mahieux, ingeniero de la Escuela de Minas Saint Etieune se oyó el grito del fin del Boleo.

En Santa Rosalía existía la calle ancha, que sonaba en mis oídos como lugar de vergüenza, ahí se veían las mujeres "malas" atravesar vestidas con camisas, es decir, muy inmorales, casi desnudas para la época y tan de moda hace poco años. Llevaban los ojos pintados con ojeras negras espantosas, signo de lujuria.

Cuando era niña pasaba corriendo la calle para ir al pozo a casa de amigas de mi mamá.

Una de las mujeres "malas" me perseguía con su cariño, se acercaba a mí con amabilidad. Yo corría desaforada. Un día ésta me llamó y, yo, vencida por la insistencia me acerqué a ella y me dejé acariciar.

Unos días después me dijo mi abuela: supe que juanita te habló y que tú te acercaste a ella. Hiciste bien, el orgullo es horrible nada premia tanto Dios como la humildad.

A pesar de la indulgencia de mi abuela, no volví a pasar por la calle ancha.

Ernesto Michot era un hombre muy activo, entre sus numerosos proyectos levantó ranchos, huertas, todo nunca visto en la región; hizo plantar caña de azúcar en San Marcos al sur de Santa Rosalía, donde las cañas crecieron bellísimas. Mandó instalar maquinaria que vi trabajar en la molienda, viendo al mismo tiempo hacia el norte dibujadas en el luminoso cielo bajacaliforniano las montañas de Santa María y las Vírgenes.

Para nuestra decepción, la panocha o piloncillo salió salada debido a la sal de la arena donde se plantaron las cañas. El habitante debe haberlas probado y sabido que eran saladas; pero no lo dijo. El bajacaliforniano endulzaba su café con aquel producto, el queso lo tomaba con miel de panocha, las toronjas, naranjas, calabazas y camotes los cocían con la espesa miel de aquella azúcar negra. Todo muy sano.

En Todos Santos y San José del Cabo, donde se trabajaba mucho la molienda de la caña, se encontraban hombres y mujeres jóvenes completamente desdentados. Se decía que se debía a la mucha panocha que éstos comían caliente, recién hecha, rociándola después con agua fría.

Si Michot hubiera tenido éxito, los bajacalifornianos aún seguiríamos alimentándonos con melaza tan recomendada por los grandes dietistas.

Los ancestrales propietarios de las plantaciones de caña las dejaron secar para plantar en su lugar algodón, cuyo precio subía sin medida. Poco después el precio del algodón bajó y aquellos sitios paradisiacos se convirtieron en desiertos.

La compañía del Boleo traía leña del vecino Loreto y hasta Zihuatanejo, que vendía barata.

Conocí en Zihuatanejo unas señoras que poseían el mejor hotel en el año de 1962 y me dijeron que su padre lo había construido con el dinero que había ganado vendiendo leña a la compañía del Boleo.

También ésta levantó ranchos donde se criaba ganado para abastecer de carne a los obreros, empleados y funcionarios del gobierno.

Desde antes del principio de siglo, El Boleo tuvo escuelas en Santa Rosalía y en los grupos mineros.

Dichas escuelas impartieron la enseñanza mexicana. En ellas se festejaba siempre, además del 15 de septiembre, el 5 de mayo como una de las fechas más gloriosas del país.

El hospital de la compañía tuvo doctores franceses desde sus comienzos. Todos fueron jóvenes, considerados en Santa Rosalía y sus alrededores como grandes cerebros, venidos de aquel gran país. No puedo juzgar si adquirieron experiencia aquí, pero lo que sí puedo decir es que vi a algunos en el país con reputación de grandes médicos.

La guerra mundial de 1914 absorbió a todos sus hombres y, como acá, comenzaron a faltar doctores, vinieron americanos. Un día llegaron tres médicos mexicanos, los que levantaron el pabellón patrio en el país para siempre.

Yo oí decir que la gente criticaba a los franceses porque prohibían cortar leña del monte. Lo que, según la gente, castigaban con multa.

Decía Lola, mi tía abuela, que era una injusticia impedir a esa pobre gente recoger los palitos secos que se encontraban regados entre las piedras.

Ella fue considerada como muy inteligente entre nosotros y creo que lo era; no iba nunca de su casa al monte que no era.

Comentaba, muchos años después, acerca de la leña que se prohibía recoger, mi interlocutor me dijo: —traían más leña verde que seca, el monte es muy pobre, si solamente hubieran levantado los palos secos del suelo como decían, en tres días no hubiera habido nada que recoger. La compañía luchó debido a su cerebro europeo contra la destrucción de tan pobre vegetación.

En los grupos mineros se levantaba la casa más grande del grupo: la Oficina de Planos. Ahí yo veía entrar y salir a los ingenieros franceses y agrimensores mexicanos que éstos formaban. Aquella oficina daba un aspecto distinguido e importante a mis ojos de niña. A su flanco se encontraba la oficina del grupo. Ahí el funcionario más importante era el Jefe de Grupo, el manda más. Los hubo mexicanos y franceses. Desde mi casa veíamos llegar a la oficina dos o tres hombres, el sirviente de la casa decía: los encontraron cortando leña y los multaron.

Otras veces el grupo era más numeroso. El mismo sirviente decía: —vinieron a quejarse porque otro los hechizó, vinieron los hechizados, el hechicero y los testigos.

En "El Precursor de Mulegé" salió una versión muy diferente que mis oídos de niña oyeron, acerca de un capataz francés muy grosero. Sancey era ingeniero de la Escuela Central de París.

Aquí va la historia de la muerte de Sancey, el único francés muerto asesinado durante la existencia del Boleo.

De la oficina del grupo venía Mauro Flores a reclamar a Sancey, a las puertas de la mina, por una multa injusta que le había caído encima. Éste, que era un ingeniero y que se ocupaba solamente de la técnica en las minas, le contestó:

—Déjame en paz, yo no tengo que ver en eso.

Por lo que mauro se echó encima de él y con un machete que llevaba en las manos le atravesó los intestinos. Esta versión la oí de la boca del jefe de la policía que la contaba a mi mamá Nes, que apoyada sobre la barandilla de la casa lo escuchaba. Mi abuela, que conocía bien a Sancey, el cual iba muy seguido a casa, lanzó un grito y viendo hacia atrás se dio cuenta que yo, tan alta como un Champiñón, temblaba horrorizada.

Al día siguiente, mi papá Llemo me llevó al hospital a Santa Rosalía a visitar a Sancey muerto. Ahí vi sobre un catre un cuerpo inerte cubierto con una sábana de los pies a la cabeza. Es todo lo que volví a ver de mi amigo Sancey, quien me cargaba en sus brazos y me hacía regalos, del que tenía como recuerdo en mi cuello una medalla de la Virgen de oro, que él había pedido a su mamá a Francia.

Raúl Plouin, que fue después director de la compañía y que había sido compañero inseparable de Sancey, dijo a mi mamá Nes que lamentaba la muerte de aquel pobre muchacho. "Sancey tuvo la culpa, Flores lo detestaba porque le coqueteaba a su hermana, nosotros debemos vivir aquí completamente aislados para evitar malas interpretaciones de los mineros. No tenemos apoyo en las autoridades".

El juez dijo que no había que procesar a Mauro Flores porque no valía la pena. Que un francés muerto era lo mismo que un perro muerto.

Jesusita Pérez, amiga de mi mamá, fue a pasar unos días al grupo de soledad en nuestra casa.

Yo veía con admiración su cruz que le pendía al cuello adornada con piedras azules. Llegó esto a oídos de Sancey el que me dijo que pronto iba a tener otra igual, que él iba a pedir a su mamá. Aquélla le mandó una medallita de oro con una virgen grabada diciéndole que para una niña eso era lo más indicado. Éste se la entregó a mi mamá porque no tuvo valor de verme a la cara, y le dijo que ya había escrito diciendo que era una cruz con piedras lo que había perdido, que se la mandaran luego.

Cuando la cruz llegó, ya Sancey había muerto y las oficinas de la compañía del Boleo la devolvieron a Francia. Me sentí desolada cuando lo supe. Hubiera querido poseer la cruz no como un adorno, sino como un recuerdo de mi amigo mártir.

Sus principios no le impidieron a Raoul Plouin enamorarse de una mexicana y casarse con ella. De esa unión existen en el país descendientes educados en Francia y bien establecidos en México.

Como los franceses vivían en la Mesa Norte la gente comenzó a llamarla Mesa Francia y, a la Mesa Sur, Mesa México.

Desde la profunda sombra de mis recuerdos, veo la imagen de los mineros del Grupo Soledad en cuclillas, frente a la puerta de la mina llevando la lámpara alimentada con aceite de ballena como único ajuar.

Veo más claro, años después, un buen número de mulas saliendo de la mina; las que, al sentirse en el aire bañadas por la luz, corrían y se revolcaban gozosas haciéndome adivinar lo que es la libertad al salir de la opresión.

Los mineros no habían ido a trabajar el lunes, descansaban para entrar a la mina el martes.

En la infancia del Boleo no se oyó hablar de robos ni de asaltos, ni había a quien asaltar tampoco.

Mi mamá poseía unas tijeritas con las que me cortaba las uñas, la cajita llena de novenas que rezaba todas las mañanas, dos anillos y una pulsera con diamantes que le había llevado mi padre de vuelta de sus viajes de negocios a México, los cuales se encontraban en Santa Rosalía en la casa de su primer Jesús de Vielledent para usarlos en los tres primeros bailes con que obsequiaba la compañía a sus gentes. Para no perderlos en sus

Caserío de los mineros, 1895 (archivo de la familia Uribe Mendoza).

viajes de regreso en el tren, que recogía el mineral, allá quedaban dentro de una cajita sobre el buró.

Uno de los jefes de grupo que mencioné antes, fue mexicano nacido en el sur del Territorio. Su esposa, guapa y bien hecha, hacía una buena pareja con su marido, el que era alto y buen mozo.

Ella ocupaba sirvientas entre las familias de los mineros, las cuales pasados veinte días fallaban a su trabajo. La señora mandaba preguntar la razón de esa ausencia.

—Dígale que ya no voy a volver –ésta contestaba–, y que me mande lo que me debe por quince días de trabajo.

El jefe de grupo la mandaba al "túnel" por falta de respeto a su señora. Ese sitio era donde iban a dar los borrachos pendencieros, el cual era una cueva hecha en la roca con puerta de rejas de fierro.

La compañía hizo venir a algunos centenares de chinos para trabajar en las minas. Uno de los que vivían se llamaba Vladivostock. Toribio Corbalá era el jefe. Un hombre alto, grueso, moreno, de trato agradable, muy respetado por los chinos.

Recién llegados a sus viviendas, uno de ellos ató sus dientes con una cuerda que amarró de muy alto y se dejó caer para hacerlos poner de oro.

Muy seguido reclamaban a gritos que el trabajo de la mina no les gustaba. Decían que habían sido engañados al ser contratados. Seguido despertaban uno que otro, pero pronto eran capturados y tenían que volver. No encontraban zonas hospitalarias donde refugiarse. Para llegar al país de sus sueños tenían, cosa imposible, que atravesar a pie toda la península, sin agua, donde reinaba la muerte.

Ante tantas reclamaciones vino al fin un mandarín desde China. Vestía una elegante túnica de color azul adornada con un collar con piedras rojas que le caía casi hasta la cintura. Cuando se regresó a China se la regaló al señor Michot, el que la aceptó

contra su costumbre. Quedaron trabajando los chinos en las minas y un día partieron en un barco rumbo a su tierra. Quedó uno que otro en Baja California, distinguiéndose con éxito en el comercio.

Hubo un capitán de minas francés, llamado Peillerón. Las relaciones entre él y los mineros eran excelentes. Era un hombre sencillo.

Llegó un jefe del trabajo enviado por el gobierno. Alto, grueso, de aspecto imponente, desconocedor de las bromas. Los mineros tenían que estrenarlo y le presentaron una queja. Un día Peilleron fue llamado a la oficina del jefe del trabajo. Los mineros se llamaban para todo entre ellos con el adjetivo "cabrón": "Cabrón, dame mi barra". "Este cabrón se quedó con mi paño". "El viernes llovió, no nos dio la gana trabajar y nos pusimos a beber aquel cabrón y yo".

A los oídos de Peillerón llegaban esas frases junto con las otras que aprendía de español en las minas.

El jefe del trabajo dijo a Peillerón:

—Estos señores se quejan de que usted los insulta.

—¿Yo los he insultado?, no señores, no es posible que digan eso.

Uno de los mineros que se encontraban en el grupo de los que habían ido a quejarse se adelantó y dijo:

—Este señor me dijo cabrón.

Entonces hablando en español con acento bien francés de Peillerón se oyó:

—Eso no es insulto, todos los mexicanos son cabrones.

Con una carcajada general se disolvió la reunión y el jefe del trabajo dejó la sala con su aire de gran señor que dejaba adivinar su aspecto cohibido.

Un 15 de septiembre, Peillerón y su familia se fueron a pasear al desierto por primera vez, en compañía de algunos amigos.

Al amanecer del siguiente día, se levantó antes de que los otros: se fue a dar la vuelta y no supo volver al lado de sus compañeros. Sus amigos, rastreadores expertos que encontraban fácilmente a la gente perdida en aquellas soledades se confesaban impotentes para encontrarlo; cuando de un rancho muy lejano avisaron que lo habían encontrado con la cabeza bajo un arbustillo que ni siquiera lo cubría del sol. Era el mes de septiembre en Baja California y aquél confesó no haber tenido para beber más que sus orines. Los mineros lo llamaban después el "Peillerón perdido".

A fines del siglo pasado, cuando las gentes se dieron cuenta de que el pueblo de Santa Rosalía tomaba cuerpo, pensaron que lo que hacía falta era una iglesia. Católica por supuesto, siendo en aquel tiempo la única religión conocida en el lugar. El Señor Laforge era director de la Compañía del Boleo. Entonces, un grupo de señoras, entre ellas mi abuela –que fue la que me contó la aventura–, fueron a pedirle la construcción de una iglesia. No se atrevieron a llegar hasta él y fueron a hablar con su esposa.

Ustedes tienen razón –contestó la señora– yo soy protestante y sería dichosa si se encontrara aquí una iglesia de mi religión. Ustedes católicas son la mayoría y es justo que tengan su iglesia. Pasaré su petición a mi marido. Dos días después un enviado del director vino a decir a esas damas que su demanda estaba en plan de realizarse, así fue como la iglesia que diseñó Eiffel proponiéndola como modelo para las colinas francesas de África fue traída en paquetes, con pedazos de la mina dentro, que formaban la iglesia que había sido destinada para una exposición. La escultura de Santa Bárbara con su vestido azul sobre el que se veían muchas estrellas, protectora de los obreros y mineros, venía destinada para el altar. La iglesia se llamó de Santa Bárbara. A mediados de 1989 se abrió la iglesia al culto.

La compañía traía misioneros italianos, los cuales recibían un sueldo quedando con la categoría de empleados.

El padre Rossi fue el primero.

Se ocupaban de los deberes de todo sacerdote sin recibir retribución.

Los casamientos, bautizos y demás sacramentos eran gratis.

Yo debo haber tenido diez años cuando uno de ellos, el padre Severo, dijo que cada persona que asistiera a la misa del domingo debían dar 10 centavos, porque era deber de todo cristiano de pagar los diezmos a la iglesia y que ahí no daban nada.

Desde entonces el padre Severo fue juzgado muy avaro y muy interesado por el dinero.

Un hermano comboniano, chaparrito, gordito y activo, me platicaba feliz que él solo había hecho más amplia la iglesia de Santa Rosalía.

A su lado se encontraba un sacerdote comboniano a quien yo había dicho un día que no hay enemigos más grandes de las Bellas Artes que los curas que reformaban las iglesias, refiriéndome al horror que sentí el día que pasé por ahí y vi el atropello en la iglesia de mi tierra para hacerla más amplia.

—Dígale lo que piensa insistió su compañero.

Yo no tenía derecho de atacar aquella dicha y quedé muda.

Voy a escribir aquí recuerdos muy lejanos, la razón que me hizo creer cuando era niña, que yo había nacido en el lugar más ingrato que me había escogido Dios. Por lo que viví con complejos sintiéndome muy insignificante después, reaccioné muy tarde.

Cuando vivíamos en Purgatorio mi mamá me daba permiso de irme a pasear al campo que era el desierto que se encontraba a la salida del grupo. Buscaba flores y a veces encontraba una matita cubierta de florecitas diminutas de color blanco con el centro café obscuro, una plantita de quince centímetros de altura con una flor única también, blanca con el centro amarillo. Las desenterraba cuidadosamente para plantarlas en casa, ahí bien regadas se sentirían felices. Pero aquellas plantitas se doblaban y

morían lamentablemente, oprimiéndome el corazón. Nunca pude conseguir que una plantita del campo creciera en mi casa, habían nacido para padecer sin agua ya más grande aprendí a admirar los cactos y a amarlos. Muy seguido tenía mis dedos heridos por las espinas que se clavaban en ellos cuando trataba de arrancar una pequeña biznaga u otro pequeño cactus para plantarlos en mi jardín, me destrozaban las manos porque allí se sentían mejor que en ninguna parte.

Raoul Plouin se encontraba como director en Santa Rosalía cuando en 1914 estalló la primera Guerra Mundial. Época en que los veleros alemanes llegaban durante el primer año de guerra, sin saber que dicho conflicto estaba en marcha desde hacía meses.

Teníamos la costumbre de ver llegar a los barcos. Anclaban en la bahía y daban nuevo movimiento al puerto con la descarga del material que traían. Un día vimos que el que había terminado de descargar se salió del puerto y, en lugar de hinchar sus velas y dirigirse hacia el Océano Pacifico, fue a anclarse, hecho insólito, frente al rompe-olas, viendo hacia el pueblo de Santa Rosalía.

Poco tiempo después llegó otro barco, descargó, alegró el puerto con el ruido de la descarga, terminó y repitió el mismo movimiento del velero anterior.

La Guerra Mundial estaba en marcha. No podían navegar sobre mares dominados por los aliados que se apoderarían de ellos o los echarían a pique. Doce veleros repitieron la misma operación en el año de 1914 permitiendo al puerto de Santa Rosalía formar, durante varios años, un paisaje extraordinario.

Algunos barcos se quedaron en Santa Rosalía hasta 1922. Unos estaban muy deteriorados y no podían navegar hasta ser reparados. Los propietarios de otros y sus compañeros no existían ya. Dollar compró varios, los cuales le dieron servicio muchos años. Ellos y gran parte de su tripulación no asistieron al milagro de volver a sus lares.

En Santa Rosalía era triste ver a los capitanes de esos barcos ir de la tienda al hospital, a la cantina de don Gabriel Casillas y a sentarse en la banqueta de la tienda de don Arnulfo Liera, quien les entregaba el dinero que les mandaban los alemanes de Guaymas para su subsistencia.

Eduardo de los Ríos (apodado "El Chivo Hervido") un muchacho a quien su mamá había lavado el cerebro con la idea de guardar todo lo que ganaba para mantener a sus hermanos, fue el único que hizo amistad con ellos y que se vio en su compañía durante las horas libres aprendiendo con ellos el alemán. Los domingos los pasaba entre ellos, él encontraba consuelo en su

Atracadero de Santa Rosalía, B.C.S., 1895 (archivo de la familia Uribe Mendoza).

soledad de muchacho pobre y decente; ellos, un contacto en el país que habitaban, difícil por la influencia de la raza enemiga en el lugar. El habitante huía de su compañía, pues no querían tener relaciones con ellos. No se supo la razón por lo que la plebe llamó Chivo Hervido al muchacho. Se distinguió en su infancia por los vestidos que le hacía muy bien hechos su mamá, por lo que era diferente de los chamacos que le gritaban Chivo Hervido y que lo apedreaban.

En La Paz vi, treinta años después, en el varadero de José Abaroa, un viejo alemán que fue uno de aquellos marineros alemanes de blancos pies descalzos, porque no tenían con que

comprar zapatos, que quedaron de la tripulación de los barcos que ofrecieron aquel espectáculo único frente a nuestro puerto durante ocho años.

Un día llegó a La Paz un buque europeo. El capitán de él, que había sido marinero en uno de los barcos alemanes que se refugiaron en Santa Rosalía, mandó llamar al velador del varadero.

—No voy a ir, –dijo.

—Ve –le dijo José Abaroa–, si te mandó llamar es porque debe tener justos deseos de verte.

—Yo no tengo deseos de verlo, insistió.

Al fin, a insistencia del patrón fue y éste lo vio regresar cargado de botellas de licor que le regalaron en el barco.

Se llamaba Pancho Parno, poseo un retrato de él, muy jovencito, acompañando a José Abaroa el dueño del varadero que lo acogió. Creo que esa fotografía le hubiera encantado poseer al autor de "To Santa Rosalía Further and Back" capitán Harold D. Huycke Jr., el cual me buscó para pedirme informes antes de escribir su interesante libro sobre la odisea de los veleros alemanes. La persona a quien le preguntó mi paradero temió molestarme y no se lo dijo.

El señor Michot hizo traer una cocinera de Mazatlán para su servicio. Además, se encontraba en su casa la recamarera, muchacha que siempre sonreía y se veía feliz.

Oí decir que Anita hacía la recámara del señor Michot de día y de noche. La cocinera, que había sido traída de Mazatlán, hacía un gasto escandaloso, sacaba de la tienda, por cuenta del patrón, una gran cantidad de provisión. El Señor Michot no reclamaba jamás. Un día en que leyó cargado en su cartera que le mandaron de la tienda quinientos pesos de azúcar, suma inaudita en aquella época; llamó a doña Avelina y se lo reclamó —es porque a Anita le gusta toda clase de dulces –le contestó.

Si es así, todo está bien, no insisto, dijo el jefe.

La compañía daba tres grandes bailes al año, el 31 de diciembre, el sábado de carnaval y el 14 de julio, los que eran rumbosos; el del 14 de julio era el menos alegre. Los señores se vestían con trajes de etiqueta, lo que los hacía sudar y sentirse mal.

Asistían los franceses con sus familias, luciendo sus mejores trajes.

Era la gran distracción para ellos y la única. Los ingenieros vestían frac (al engancharse en parís recibían la orden de conseguirse uno). Eran invitados los empleados de la compañía, los capataces más importantes, los funcionarios del gobierno del lugar y los de Mulegé, que venían de tan lejos en vapores con sus familias, entre las que se encontraban las muchachas más bonitas y más distinguidas de la región. Esos bailes eran espléndidos, obsequiaban exquisitos sándwiches constantemente y había una gran cena y licores en abundancia, de los mejores. Una de las invitadas, esposa de un empleado mexicano de la compañía, llevaba un mozo con una gran canasta, el cual se apostaba en la calle cerca de la casa del director donde tenía lugar la fiesta. Su patrona le pasaba todos los sándwiches que recogía, llenando siempre la canasta.

Para repartir el cotillón se nombraban un rey y una reina, los que danzaban llevando con ellos los juguetes que iban repartiendo a las señoras y que eran objeto para caballeros.

Se oía otra pieza de música tocada siempre por la orquesta del lugar y las damas se levantaban a obsequiar el juguete que le habían dado al caballero con el que bailaban la pieza.

El rey y la reina volvían a danzar y a obsequiar en seguida a los señores objetos propios para señoras y señoritas, los que al son de la música, aquéllos ofrecían a una dama danzando con ella esa pieza. Deben haber sido emociones fantásticas las de aquellos cotillones.

Siendo niña oí la crónica de esas fiestas y la descripción de aquellos juguetes tan ambicionados, así como los celos que éstos despertaban.

El director pasaba gran parte del tiempo conversando con los capataces mexicanos de los servicios más importantes.

Invitaba a ir a cenar a la nuera del juez don Pablo Pozo y al alba, tiempo en que terminaba el baile, se hacía fotografiar del brazo de la misma dama en compañía de las personas que quedaban en la fiesta.

El resto de su vida la pasaba en la dirección, en los servicios y en su casa.

Dijo un día a Augusto Nopper; "mi política de aislamiento es la que todo director debe seguir aquí, pero es muy dura".

Fue compañero de viaje en el tren de Nogales a Guaymas de María Casillas, hermosa e inteligente señorita, la que platicó, sorprendida, que el señor Michot había conversado todo el camino con ella. Es el hombre más gentil y distinguido que he conocido, dijo.

En mi infancia padecía de fiebre todos los veranos. Los doctores me sometían a la dieta de la leche que me horrorizaba y que mató en aquellos tiempos de inanición a los enfermos de tifoidea. Querían obligarme a beberla echándomela en la boca con una cuchara, la que no tragaba escupiéndola. Yo era la única hija y mi madre temía perderme. Su primer hijo había muerto porque, durante una enfermedad, no pudo hacerlo beber ni la leche de su seno ni la de vaca, ni la de una burra que mi padre compró para él.

El doctor insistió que me dieran nieve de leche que hacían para mí en una pequeña garrafa.

Papá Llemo hacía venir de Guaymas el hielo en sacos y, un día, éste se acabó.

El doctor dijo a mi mamá que el señor Michot era el único que tenía hielo en su casa

—Escríbele una carta pidiéndole –dijo.

Oyéndolo me movía de gusto, mi mamá no se atrevería a levantar los ojos ante aquel gran señor, y no haría la carta. Yo no sabía el amor de las madres y mi mamá la escribió y la mandó en el último tren.

Los trenes caminaban solamente de día, recogiendo el mineral, pero aquella noche llegó muy ruidoso al grupo de soledad, donde vivíamos, con el hielo que enviaba el señor Michot, desde entonces tomé nieve sin objeción.

Ernesto Michot también mandó hacer aceite de comer con aceitunas de olivos que hizo plantar en San Bruno. Bellísima huerta en la costa donde también se plantaron hermosísimas viñas.

Pero los habitantes del Boleo, que solamente conocían el aceite francés Duret y no el que yo probé en España, lo encontraron de olor y sabor insoportables. Los años pasaron y otro de los directores que le sucedieron compró las botellas que quedaron en la tienda y terminaron en su cocina.

Michot compró, para la compañía del Boleo, las minas de San Antonio. Un ingeniero francés dejó, antes de morir en Santa Rosalía, muy malos informes acerca de lo inconveniente que podía ser la compra de esas minas. Vino otro después, un arribista que subió a un buen puesto y que dio los informes que Michot le pidió y que él inventó para presentarlos a París, de donde vino el consentimiento para aquel negocio que fue un desastre.

La compañía del Boleo perdió una fortuna y abandonó las minas. Michot mandó abrir pozos para que el ganado no careciera de agua.

Cerca de éstos vivían el ranchero y su familia, los que parecían felices.

Michot, que era soltero, fue el más espléndido. Hacía venir desde Francia juguetes para el cotillón que él hizo conocer. Algunos hechos de papel de colores llamativos y otros que despertaban la

ambición de la concurrencia: centros de mesa de metal, floreros, juegos de costura para las damas; billeteras, navajas, etc., para los caballeros. Muchas envidias y disgustos despertaban aquel cotillón.

Muy recién llegados de Francia, murió la esposa de Alberto Vielledent, de tifoidea. Él lloraba inconsolable en público. Jesús Cota, la maestra de escuela, lo compadecía, él, viéndola, pensó que con ella podría formar un hogar. Cuando se casaron, dijo a su mujer que sus hijos hablarían francés con él y los miembros de su familia, que vinieron a trabajar al lugar también. Entre ellos hablarían el francés siempre; tiempo tendrían de practicar el español, hablando con su mamá, sus parientes, los sirvientes y los habitantes del pueblo.

Crecieron hablando las dos lenguas con perfecto acento.

Vielledent tuvo el puesto de jefe del puerto. Un día que el noroeste soplaba muy fuerte, pasó un velero guiado por un hombre al que éste gritó:

—Déjeme llevar la vela –se fue solo en la barca que le habían prestado, la que se volteó.

Jesús veía desde su casa el puerto donde trabajaba su marido, que no debía de tardar en llegar, cuando comenzó a ver gente que corría y se amontonaba en el lugar en que Vielledent debía encontrarse. Como era muy nerviosa echó a correr hacia el puerto. Encontró a un hombre al que preguntó que si qué pasaba, él contestó:

—Un francés anda ahogándose, esos son como las vacas, se ahogan cuando les llega el agua al trasero.

El señor Michot se enojó muchísimo, el jefe del puerto había humillado a la bandera francesa y colocó a Vielledent en un empleo subalterno con menor sueldo.

El Sr. Michot quiere que me retire, pero no le voy a dar el gusto –dijo éste.

Algunos años después, ya con un puesto importante, Vielledent le avisó que iba a asociarse con un paisano que trabajaba una tienda de lujo en Guaymas; aquél se enfureció, su empleado iba a la ruina; su presunto socio era un hombre de mala fama. Vielledent se fue a trabajar a las ciudades de Francia, su socio le vendió al fin su parte y éste se hizo rico. Fue cónsul de Francia en Guaymas.

Un día llevaron a su casa al Sr. Michot, gravemente enfermo, de paso a un hospital famoso en Estados Unidos.

No fue más lejos, ahí murió dejando a Vielledent el recuerdo del fuerte grito que lanzó el jefe al morir.

Los descendientes de Vielledent existen en gran número en distintas partes del país, algunos muy considerados por los que los conocen.

Viví muchos años fuera de Santa Rosalía; cuando volví encontré una sociedad que me agradó. Había vivido en las fronteras donde dominaba la influencia americana, yo era latina y me encontré dichosa.

El doctor Velarde, muy recordado todavía, casado y querido por todo, se movía entre aquellas juventudes francesas.

Después de dura guerra, de parte de algunos franceses que no querían ver al director casado con una mexicana, de algunos mexicanos casamos Augusto Nopper y yo.

Por acuerdo tácito entre los dos, nunca hablé con él de los asuntos de la compañía ni le pedía nada en favor de los que hubiera querido favorecer. Lamenté en el fondo de mi alma el problema de las cosas que era una autodefensa de la empresa. El pueblo se hubiera invadido de gente ajena a su economía. Las casas, la carne que curaban con dificultad, todo hubiera sido absorbido por elementos ajenos a ella y los habitantes que la servían hubieran sufrido escasez.

La empresa construyó casas con la madera que trajo con tanta dificultad, en las que vivían sus empleados y obreros. Nadie que no estuviera al servicio de ella tenía derecho a ocupar esas casas.

A veces un obrero soltero subarrendaba su habitación a gentes extrañas al servicio del Boleo. Cuando éste se separaba de la empresa sus protegidos dolorosamente tenían que dejar sus hogares.

Se desgarró mi corazón no pudiendo ayudar a gentes que yo consideraba dignas de vivir en ellas.

Nuestra conversación era acerca de nuestros perros Djinn y Betty. Yo sabía que solo de oírme mentar a sus colaboradores se ponía nervioso. Me bastaba verlo llevarse las manos al bolsillo y sacar un cigarrillo para saber que tenía que cambiar de tema.

Cuando recién casada pedí a Nopper me permitiera acompañarlo cada año cuando él iba a hacer su visita anual a los ranchos de la compañía, me aceptó. Nunca creí esto posible, no tenía derecho, según yo, a travesar el umbral del misterio, cabalgando bajo el sol alumbraba aquellos fabulosos parajes.

La primera noche que pasamos en casa del ranchero, el que en unión de su mujer e hijos se presentaba feliz, comenzó para mí una nueva vida.

Al día siguiente me sorprendió don Ezequiel, el jefe de los rancheros, diciéndome que había mucho zacate en ese lugar.

Vi al director bajar de su mula que montaba muy bien, arrancar a la tierra una miseria de hierba y decir. En efecto, este año no faltará alimento al ganado. ¿Dónde está la pastura?, pregunté. Son esas ramitas de zacate que salen entre las piedras, me contestaron.

Ahí me di cuenta de mi completa ignorancia hasta entonces y que tenía mucho que aprender ahí.

Vi a un ranchero que montaba una mula. Iba a mandado para volver tres días después; amarraba una ligera cobija a la silla que

parecía casi un cigarro. Su mujer le dio un paquete que yo podía sin trabajo oprimir con mis manos. Supe que era el "lonchi". Unos "burros" compuestos de tortillas de harina con unas hebras de carne seca. Llevaba una "bota" de cuero llena de agua.

La región no podía ser más árida, pero esa tarde debíamos llegar al agua.

Oí que mi compañero me decía: —Baja, vamos a dormir aquí.

—Pero, ¿dónde estaba el agua? Un ranchero comenzó a escarbar con una pala la arena seca.

Esperó un momento, el pozo que había hecho comenzó a llenarse de agua clara que venía de abajo.

Otro tiró de una cuerda a una de las mulas, la que se precipitó sobre el agujero y de un sorbo vació el agua que había ahí.

El ranchero tiró con precipitación la cuerda y ató la mula lejos de ahí. Así bebieron todas nuestras mulas. ¿Cuánto tiempo iban a tardar para volver a beber?

Al día siguiente se repetiría la operación, sin duda antes de partir. Pero fui defraudada, las mulas bajacalifornianas seguirían su triste destino y nadie pensó si podían tener sed.

Cuando todas las mulas terminaron de beber hicieron el pozo más profundo para quitar la tierra donde las bestias habían dejado sus babas, dejaron surgir de nuevo aquella agua clara y llenaron nuestras botas.

Otra tarde llegamos a un lugar que lleva el nombre de unos pequeños animalitos negros parecidos a las cucarachas. No recuerdo el nombre.

Ahí dormí envuelta en mi sábana para impedir que aquellos animalitos invadieran mi cuerpo. Lo que no les impidió que se pasearan gentilmente como pudieron sobre mi piel.

En las cajas que cargaban las mulas llevaban nuestros alimentos.

Don Ezequiel y los mozos nos acompañaban a la hora de comer.

De vuelta a Santa Rosalía supe que todos los rancheros se habían enfermado del estómago. Nuestros alimentos eran diferentes a sus pequeños burros de tortillas de harina y machaca que ellos acostumbraban.

Nada es producto de mi imaginación, ni una novela de amor por Baja California, sino un libro de información.

Nos presentaron en casa de Tomás, el ranchero principal, a un jovencito que había llegado como profesor de los niños de los ranchos cercanos.

Varias semanas después, me enseñó Nopper, muy risueño, una carta que había recibido de parte del profesor del rancho de Tomás, la que decía:

> A presia bl eñor favor andame 5 livos apel y 20 lapi ara lescula.
> Ucha gra ia.

Hizo pedazos la carta muy contento, porque había mandado libros de papel y lápices para la escuela.

Quiero creer que fue un discípulo y no el profesor quien firmó el recado, el que hizo el pedido.

La correspondencia que mi marido recibía y que le divertía, me la hacía leer, luego la hacía pedazos y la echaba al cesto de la basura.

Si hubiera poseído un poco de clarividencia habría juntado los pedazos, los hubiera copiado y ahora tendría tesoros.

Cuando yo me encontraba en la ciudad de México o en otra parte a su derredor, en provincia, me decían, cuando sabían que era de Baja California: "Es allá donde yo quisiera vivir pero no es posible tener un pasaporte para entrar".

—Ud. Comienza a hablar bien el español.

En el correo: —No recibimos aquí paquetes para el extranjero.

Trataba de hacerles saber que yo era mexicana y que la Baja California estaba en México. Y cuando me iba me gritaban: "good by".

La compañía tuvo cuatro barcos: El "Korrigan I" que fue antiguo yate, el "Korrigan II" que lo sucedió, el "Korrigan III" que fue el más grande y hermoso, el que fue vendido porque el gobierno exigía un gran número de marineros en él, resultando muy caro. Después compraron uno muy chico, el "Korrigan IV" navegaba inclinado de lado. Tuvieron pelero el "Argyl" y el "Providencia" madereros. Los dos navegaron con bandera panameña hasta que el gobierno los hizo cambiar su bandera por la mexicana.

Por la estimación y respeto que inspiraban a Nopper los yaquis, que de sonora venían a trabajar en las minas, nadie hubiera creído en aquellos tiempos de suficiencia francesa.

Había orden de dar espléndida recompensa a los yaquis que se presentaban a bailar frente a la casa en cuaresma.

Un día de frío noroeste me encontraba en el baño, bajo la ducha, cuando oí un perenario llamado con fuertes golpes a la puerta que daba Nopper, quien había llegado de la dirección precipitadamente.

—Sal pronto, dame dinero para los yaquis que bailaron frente a la puerta.

—Espera que me seque y me vista y salgo a la carrear –contesté.

—Sal como estés, los yaquis están esperando –dijo.

—¿Prefieres que me ataque una pulmonía a cambio del tiempo de los yaquis? –grité indignada.

Ante tal exclamación no tuvieron más remedio que esperar el dinero él y sus yaquis.

Nopper me telefoneó una tarde diciéndome que iba a tardar en venir porque un jovencito se había electrocutado en la mina del grupo de Purgatorio y estaban tratando de volverlo a la vida dándole respiración de boca a boca. Volvió muy tarde con aspecto miserable.

La compañía organizó un servicio que se llamó "Seguridad Primero", para enseñar a los obreros a auxiliar a sus compañeros accidentados. Un día del año se exhibían grupos de obreros que auxiliaban a supuestas víctimas. El grupo que lograba terminar primero de vendar uno de aquellos cuerpos, era el ganador y el premiado. Ese día era de fiesta y todo el mundo se veía contento.

Planta procesadora de El Boleo, 1895 (archivo de la familia Uribe Mendoza).

Nopper, desde su lecho de enfermo de una crisis del mal que lo llevó a su fin, discutió con el gobierno de los Estados Unidos para que aumentara en unos centavos el precio del cobre que aquél necesitaba para la guerra; amenazando con cerrar los trabajos porque la empresa perdía. Consiguió el aumento y decidió que con las ganancias se pagarían los gastos del negocio y que el resto en lugar de caer a favor de los accionistas que habían siempre sido bien servidos; se repartiría entre obreros y empleados.

Hubo enemigos para esta idea, la que al fin se realizó.

Un minucioso trabajo de contabilidad fue necesario para hacer la repartición.

Un día en que convaleciente, cojeando, volvió a Santa Rosalía en el "Argyl", nos dijo el capitán Erezuma que todos los obreros estaban de acuerdo para ir a recibirlo al barco, vestidos con su traje blanco.

Yo sé que, íntimamente, su corazón hubiera palpitado de gusto ante ese gesto. Iba a ser el premio de tantos años de calvario dedicados al servicio del Boleo; que eran para él los accionistas de la compañía que fueron servidos fielmente, el pueblo y sobre todo los mineros a los que les tenía dado su corazón, sin decirlo.

Lo oí decir al doctor en Suiza, en sus últimos días, que los mejores obreros del mundo eran los del Boleo.

Al llegar el "Argyl" a Santa Rosalía, vi que unas señoras francesas nos esperaban; confieso que me cayeron mal; eran los obreros vestidos de blanco que el capitán Erezuma nos platicó y que yo hubiera querido ver ahí.

Después supe que uno de los jefes franceses había hecho saber a los obreros que a Nopper le hubiera disgustado mucho esa manifestación. "Así se escribe la historia".

El sindicato hizo saber a Nopper que durante la Segunda Guerra Mundial no habría huelgas, y así fue.

Un día hubo una gran discusión entre el sindicato y la empresa. El primero trataba de despedir a un joven médico (el Dr. Aguirre) que a duras penas comenzaba su carrera. El director lo defendía.

Un día pasé frente a la sala donde tenían lugar las discusiones: un murmullo de multitud llegó hasta mi automóvil.

Llegué a mi casa al mismo tiempo que él, al verme sollozó, había perdido y el joven aquel se quedaba sin rumbo.

El sindicato podría haberse sentido orgulloso sabiendo que había hecho llorar al director por su derrota.

Muchas veces, después de haber discutido y perdido en fuertes luchas entre capital y trabajo, lo vi llegar tranquilo y aprovechar con gusto lo que se había preparado para la mesa.

La compañía del Boleo estaba en liquidación. Cuando terminaran los trabajos iba a ver su fin el pueblo.

Comenzaron a llegar funcionarios de la capital a estudiar el problema; todos se regresaban sin haberlos resuelto.

Un día llegó el señor ministro. La visita de este personaje iba a abrir nuevos oídos a la esperanza.

Venía seguido a merendar a la casa y, como máximo homenaje, lo llevamos a pasar un domingo a la Bahía Concepción.

Deseaba hablar intensamente a solas con él. Nopper, él y yo formábamos un trío inseparable cuya conversación era siempre interesante y muy amistosa. El milagro humano se había realizado: la amistad sincera y desinteresada palpitaba entre nosotros. Hasta que un día en que mi marido se fue a otro lado en busca de papeles, hablé precipitadamente:

> Es necesario que no termine el Boleo, el gobierno tiene que sostenerlo hasta que Santa Rosalía se convierta en un centro turístico. Posee todo para ello: hospital, comercios, boticas. El país es extraordinariamente hermoso, los alrededores turísticos son inagotables, se puede…

El ministro cortó mi conversación precipitadamente diciéndome:

—El continente no perderá de una manera tonta sus riquezas por... Vea usted un propietario con dos terrenos: uno riquísimo en el que todo abunda y en el que pone todo su cuidado. Del otro lado se encuentra, también de su propiedad, un terreno pedregoso, el que carece de agua y que nada produce.

¿A cuál va aquel hombre a dedicarse?

A aquel terreno fantástico y abandonará el otro.

La vuelta de Nopper a la sala sin adivinar nuestras confidencias terminó con nuestra conversación.

Al día siguiente voló a la capital y Santa Rosalía comenzó a ver partir a sus obreros en barcos que irían a Guaymas, La Paz, Ensenada.

Ahí, con mis pretensiones de profeta dije: —cada vez que encuentre un ex habitante de Santa Rosalía: "a ese el porvenir le pertenece".

Cuando Nopper me comunicó que había enviado la dimisión de su puesto a la oficina central, sentí que el cielo se desmoronaba, cayéndome sobre la cabeza: tendría que irme dejando a Mamá Nes, a su edad; pensando en la muerte y en que no contaría con mi presencia amada ya.

No era posible; eso era un drama insoportable.

Guardé silencio para oírlo todavía decir que había que dejar el campo a los jóvenes y que era necesario partir.

Le contestaron de París ofreciéndole un puesto en las oficinas de la compañía en México.

Aceptó renunciando al sueldo que se le designó, bastante importante por el de $600.00 al mes que él dispuso. Pocos meses después renunció.

El día de su partida de Santa Rosalía, algunos miembros del sindicato se presentaron en casa a despedirlo.

Cuando anunciaron su visita, telefoneó a la tienda pidiendo champaña que todos bebimos reunidos.

No pudo acompañarlos hasta el pie de los escalones como acostumbraba, se devolvió porque sollozaba.

Tuve que precipitarme yo y despedirlos dándoles las gracias.

Él se fue en el "San Marcos" a Guaymas para seguir en el tren rumbo a México. Yo me quedé casi un mes esperando al "Korrigan", que andaba ocupado en el Sur, para irme hasta manzanillo con todos nuestros bultos.

El día de mi partida, de un mes de mayo excepcionalmente caluroso, las señoras de la Mesa Francia fueron a casa a diferentes horas, una por una, a despedirme, excusándose de no poder despedirme en el muelle porque iban a asistir a un pic-nic en el campo.

Los que quedaron dirigiendo al Boleo, Mahieux y García Quintilla llegaron a recogerme para llevarme al muelle. Reímos y bromeamos mientras llegaba a la hora de partir.

Al llegar el momento temido, fui desesperada al patio y en el lugar en que todos los días una nube de gorriones con gran algazara venían a disputar su maíz molido; a mis pollos enanos les pedí perdón por mi vergonzosa fuga y les expliqué, desgarrada mi alma, la razón por la que no entrarían ya su cotidiano alimento. En ese estado de ánimo dejé en casa parte de mi vida, incomparable con las otras que he habitado.

Para mi gloria, los miembros del sindicato estaban en el muelle para despedirme. ¿Dónde están ahora? Desde estas líneas los saludo.

Bien guardada debe encontrarse una carta de mi marido que me envió una vez estando en México, y anunciándome su vuelta me decía:

—Afortunadamente estas ahí para esperarme en Santa Rosalía, es mi gloria y mi tortura.

Estábamos reunidos en París en la sala de la casa del señor Fraise, que trabajó en el Boleo. Uno de los invitados llegó y me fue presentado; era un joven distinguido y agradable. Se apellidaba Mirabeau. Después de un minuto de conversación, le hice la pregunta que muy seguido me hacía a mí misma:

¿Por qué no van ustedes a Santa Rosalía?

—Tengo muchos deseos de ir a hacer pum pum –dijo haciendo el ademán de disparar un arma.

—Qué lástima me da, no sabe geografía –clamé en voz alta. Ese fue el fin de la conversación.

Al verlos, días después, me dijeron que Mirabeau estaba apenadísimo por haberme ofendido.

Como yo no poseía grandes conocimientos de las expresiones de la lengua francesa, supe después que yo lo ofendí también diciéndole "me da lástima".

Siempre pensé que los accionistas de la compañía debían venir a Santa Rosalía como un deber, a darse cuenta de la obra admirable que franceses y mexicanos realizaban en una región tan hostil.

Se contentaban con el precio de las acciones del Boleo, sin realizar la obra formidable y la resistencia de sus compatriotas y de la feliz influencia que dejaban aquí.

Se terminó la impresión de
Crónicas de mi puerto. La Paz 1830-1959
en el mes de diciembre de 2014,
con un tiraje de 500 ejemplares.
El cuidado de la edición estuvo a cargo
de Rosa María Mendoza Salgado
y Luis Chihuahua Luján